

rafael bautista s.

EL TABLERO DEL SIGLO XXI

geopolítica des-colonial de un nuevo orden post-occidental





rafael bautista s., es pensador, escritor
y conferencista boliviano.

Ha sido finalista en el premio nacional de poesía "Yolanda Bedregal-2003", también en el premio nacional de cuento "Bartolomé Arzans y Orzua" del Festival Internacional de Cultura, el 2004. El 2006 es seleccionado para la "Muestra de Poesía Boliviana Contemporánea", realizada en la Feria Internacional del Libro de Santa Cruz. Ese mismo año es galardonado en el "VI Encuentro Nacional de Filosofía y Humanidades", realizado en Cochabamba.

Es profesor invitado en varias universidades, programas académicos y de formación política, dentro y fuera de Bolivia. Actualmente dirige el "taller de la descolonización" y la "comunidad de pensamiento amáutico", en La Paz y en El Alto, Bolivia.

Sus artículos políticos aparecen, de modo regular, en diversas páginas de información y pensamiento alternativos, como: rebelión, telesur, portalalba, rusiatoday, aporrea, loquesomos, elviejoblues, argenpress, ALAI, tinku, bolpress, foromundialdealternativas, etc.

EL TABLERO DEL SIGLO XXI
geopolítica des-colonial de un nuevo orden post-occidental



Rafael Bautista S.

EL TABLERO DEL SIGLO XXI
Geopolítica des-colonial de un nuevo orden post-occidental

yo soy si Tú eres
ediciones

El tablero del siglo XXI
geopolítica des-colonial de un nuevo orden post-occidental

Primera edición:

Reservado todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por Ley; quedando prohibido, bajo sanciones penales y resarcimiento civil, a quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicasen públicamente, en todo o en parte, el presente texto, sin autorización previa y escrita del autor o la editorial.

© Rafael Bautista S., 2019

rafaelcorso@yahoo.com

© de la presente edición:

yo soy si Tú eres ediciones, 2019

© el taller de la descolonización

La Paz, Bolivia

© diseño de cubierta: Rafael Bautista S. y Franz Palacios

© Ilustración de cubierta: James C. Christensen 2018

© Ilustración de contracubierta: Internet

Impreso en: karpós

*

IMPRESO EN BOLIVIA / PRINTED IN BOLIVIA

ISBN: 978-99974-0-962-1

D.L.: 4-1-2498-19

ÍNDICE

Introducción general	11
----------------------------	----

PRIMERA PARTE

GEOPOLÍTICA DEL ENCLAUSTRAMIENTO

§1. Hacia una geopolítica del mar	25
§2. Hacia una geopolítica del mar (segunda parte)	39
§3. Hacia una geopolítica del “proceso de cambio”	53
§4. La geopolítica del fallo de La Haya	63

SEGUNDA PARTE

GEOPOLÍTICA DEL PODER ESTRATÉGICO-CRÍTICO

§5. ¿Hay una Venezuela sin Chavez?	79
§6. ¿Del bloqueo de Cuba al bloqueo del ALBA?	87
§7. ¿Fin de ciclo o ciclo del fin?	97
§8. Geopolítica del “golpe suave”	111
§9. Geopolítica del “golpe suave” (segunda parte)	117
§10. La colonialidad de un “gigante”	125
§11. El plan Colombia: ¿la nueva fisonomía de Sudamérica?	131
§12. Hacia una geopolítica de la “diplomacia de los pueblos”	141
§13. Geopolítica del sentido común: ¿Por qué triunfa Bolsonaro?	155
§14. La miseria imperial hecha sentido común contra Venezuela	169

§15.	El “horizonte plurinacional” en la nueva geopolítica post-occidental	175
------	--	-----

TERCERA PARTE

GEOPOLÍTICA DE LA DES-GLOBALIZACIÓN

§16.	La geopolítica detrás del secuestro presidencial	189
§17.	El G77 y la descolonización de la geopolítica	201
§18.	La fractura geopolítica de Sudamérica empieza en Brasil	215
§19.	El “exit” de Europa o su salida de la historia	229
§20.	La encrucijada post-brexít para Europa	237
§21.	“Lady and the Trump”: ¿Por qué pierde Hillary?	243
§22.	La guerra del “mundo de la post-verdad”	257
§23.	El neoimperialismo: una descripción des-colonial de la nueva cosmogonía del estado profundo	277
§24.	¿Golpe en Venezuela o definición del cisma geopolítico global?	301
§25.	Amazonas: el infierno detrás del incendio	309

CUARTA PARTE

GEOPOLÍTICA Y DESCOLONIZACIÓN

§26.	El desafío después del triunfo	321
§27.	¿El fin de la hegemonía?	337
§28.	¿Estado autonómico o Estado plurinacional?	343
§29.	¿Empate técnico o catastrófico?	355
§30.	El “termidor” de la <i>revolución democrático-cultural</i>	363
§31.	Después de Venezuela, Bolivia: ¿cómo se produce una “revolución de colores”?	377
§32.	¿Cómo descolonizar la revolución en este nuevo siglo?	399
§33.	El verdadero juez es el pasado	411

*Al comandante Hugo Chávez
el único lucido en toda esta historia*

INTRODUCCIÓN GENERAL

El presente libro es no sólo una continuidad histórica y teórica de los dos volúmenes de nuestro *Pensar Bolivia del Estado colonial al Estado plurinacional*, sino la *complejización* de una reflexión iniciada en torno a lo que significa *pensar un proyecto propio*. El título actual quiere precisar el sentido que fue adquiriendo esa *complejización*, apropiándose del *carácter multidimensional* que desarrolla la geopolítica actual; apareciendo como la hermenéutica más acorde a la *hipercomplejidad* que adquiere un mundo sumido en plena *crisis civilizatoria* y, además, en transición a un “orden multipolar” (que no decanta todavía su fisonomía adecuada).

Qué clase de mundo es el que se tiene en frente y, en consecuencia, qué diagnóstico de la *crisis* se deduce de ese análisis; es lo que nos permite exponer, en toda su extensividad, los márgenes de posibilidad *real* de un proyecto determinado. En ese sentido, sus posibilidades no la deciden sólo sus potencialidades sino también la crítica percepción del horizonte global en el que se objetivan las posibilidades de su realización.

Pensar nuestro país, a la luz del horizonte epistémico que nos abrió la insurgencia indígena andino-amazónica, nos proponía ya no sólo una descripción hermenéutica de ese horizonte, sino también una exposición crítica del contexto epocal en el cual sucede aquella insurgencia, esto es, la *crisis civilizatoria global* que caracteriza al naciente siglo XXI. Esto significaba *situar* la

reflexión y exponerla en cuanto reflexión geopolítica. El mundo que se tiene en frente ya no es el mundo del siglo del auge del capitalismo; es más bien el mundo de la decadencia del proyecto civilizatorio que *dio origen al capitalismo*, es decir, la modernidad; pero esta decadencia, expresada en la multiplicación de la *crisis* en todos los ámbitos de la vida humana y planetaria, muestra también la resistencia de un mundo que pone en movimiento *todos sus recursos* para restaurar su hegemonía global, es decir, para imponerse como *único mundo posible*.

La narrativa que adopta esa resistencia descubre, en ese sentido, los propósitos básicos y últimos de esa hegemonía como *dominación exponencial*; leer geopolíticamente esta situación significaba describir, en los propios términos de la dominación expuesta, la fisonomía misma del último Imperio moderno en su fase apocalíptica. Porque es *como geopolítica* que se expone *su más acabada ideología imperial*.

Un Imperio *nunca* piensa de modo *local* sino *universal*, en consecuencia, su política verdadera no es la infatuación de su poder consumado sino la *continua irradiación indefinida* de éste. Esto significa que el verdadero poder político es siempre *estratégico* y lo que la perspectiva imperial siempre ha subrayado, es su poder *extensivo* en perspectiva mundial (de modo inverso, la *colonialidad emancipatoria* del ámbito periférico se condena a pensar sus posibilidades sólo de modo *local*; ello explica que la reflexión geopolítica haya sido lo más descuidado en toda política anti-imperialista).

Si el capitalismo se expresa como economía política, el “imperialismo” lo hace *como geopolítica*. Por ello resulta problemático la afirmación de que “el imperialismo es la fase superior del capitalismo”. Esta perspectiva, usual en el “socialismo del siglo XX”, no es consciente de su confusión economicista, ni

de su trasfondo teleológico, que reafirma una concepción *lineal* y etapista del devenir lógico e histórico. La vocación imperialista *antecede* al capitalismo; éste es, más bien, el modo cómo esa vocación halla una *base material* que legitima el factor *exponencial* que define al “imperialismo”. La injusticia estructural a nivel global presupone un núcleo mítico que debe afirmar la *desigualdad humana* (bandera “civilizatoria” imperial) como fundante de un proyecto de *dominación exponencial*.

Por eso, un Imperio nunca lucha por algo sino por *todo*. Eso es lo que define su carácter *exponencial*; porque el *todo* no es una referencia cuantitativa sino cualitativa y esto es, lo que precisamente, hace posible el capitalismo; de modo que éste sería la toma de auto-consciencia de la vocación imperial en cuanto *dominación exponencial*, es decir, *ilimitada* e *infinita*. Esto significa que, el capitalismo, es imperialista de principio; sólo de ese modo se proyecta como economía del crecimiento y desarrollo ilimitado, y esto sólo es posible desde la afirmación de la *desigualdad humana* como base sustantiva de una *clasificación mundial* que origina el diseño geopolítico *centro-periferia*.

La sistemática acumulación por concentración universal de riqueza es lo que hace posible la *realización absoluta* del capital, es decir, de la vocación imperial que contiene. Esta vocación expone, en la geopolítica, su narrativa más explícita. En ese sentido, conocer y comprender la ideología propia del Imperio, es sólo posible desde la revisión crítica de los mismos términos que éste se propone para auto-comprenderse.

En ese sentido, el *factor des-colonial* es lo que nos posibilita dar la vuelta a su propia lógica, de modo que podamos revertir una condición *satelital* y, *desde* un proyecto propio, pensar *las condiciones de posibilidad de irradiación del poder estratégico*, más allá de la vocación imperial, en torno a un proceso de *liberación de*

toda forma de dominación. La crítica actual contra-hegemónica, en la mayoría de los casos, por no abordar *geopolíticamente* la crisis actual, se hace funcional al orden imperial. No conocen al Imperio, *sólo lo suponen*.

Este déficit que caracteriza a la crítica –hasta “decolonial”– actual, ha ahondado la desactualización epistémica ya prevalente en los ámbitos académicos (hoy se piensa más en los think tanks que en la propia academia) y ha descolocado diligentemente las apuestas de la izquierda global, en una suerte de anacronismo funcional a la restauración de la hegemonía imperial. Encontrándonos en un contexto de pérdida de sentido vital del diseño geopolítico imperial *centro-periferia*, la izquierda no es capaz de advertir qué clase de mundo es éste y qué alternativas son ahora las *potenciales* ante una *crisis civilizatoria*.

Cuando señalamos que el Imperio se expone en su geopolítica, queremos decir que es en su narrativa geopolítica (plataforma discursiva de su cosmogonía y su cosmología) donde se manifiesta, de modo explícito, *su modo de pensar*. Por ello, más allá de las definiciones clásicas, podemos subrayar que una reflexión geopolítica se encarga de *tematizar las condiciones de posibilidad de la irradiación del poder estratégico*. A esta resignificación del concepto condujo toda nuestra reflexión; porque el ascenso metodológico propio de un pensar dialéctico, hace que los conceptos des-encubran, en lo moviente de la realidad, su más acabado contenido histórico y político; de modo que pueda operarse, en estos, una novedosa transformación.

Lo que hicimos entonces fue darle la vuelta a la intencionalidad epistémica imperial y *tematizar las condiciones de posibilidad estratégica de un proyecto propio de liberación*, también como geopolítica; porque ya no se trata de pensar localmente sino de tasar también las *condiciones de posibilidad de irradiación estratégica del poder*

popular, pero ya no en los términos de resistencia sino de transformación del sistema-mundo moderno en su totalidad. La liberación de nuestros pueblos sólo puede ser conjunta y extensiva en perspectiva universal.

En ese sentido es que se puede desarrollar la categoría de “colonialidad del poder” —más allá de las “relaciones racistas de poder”—, en una descripción dialéctica que exponga al poder *real*, que es siempre mundial. Se trata de una *transferencia sistemática de soberanía* que realizan los Estado periféricos al *centro*, de modo que éste acaba conteniendo, como plus-valor, una suerte de *tributación absoluta de vida*; es decir, el *centro* hegemónico se nutre de una *plus-valorización* producto de la *absoluta des-valorización* del contenido de humanidad de todo el ámbito periférico; esto es lo que, en definitiva, hace que en la periferia global se produzcan Estados *aparentes*. En última instancia, es por *transferencia o cesión de vida*, que el poder se hace *real*, o sea, universal.

No se trata simplemente de transferir materias primas o recursos estratégicos sino de una literal enajenación de la propia *voluntad de vida de la periferia*. Esto supone una administración colonial que genera elites con *consciencia satelital*; prototipo de una *colonialidad subjetivada* que ha *naturalizado* la dominación misma. Por ello decimos que la dependencia es también un hecho subjetivo, porque en una relación de dependencia ninguno de los polos es independiente del todo; pero el por qué la periferia es la que siempre traduce esa dependencia en sometimiento creciente, es lo que explica su *carácter colonial* o su más intrínseca y acabada *colonialidad*.

El hecho de que la periferia nunca piensa de modo global, es la demostración de su *consciencia satelital*. Por eso ya no sólo se trata de que sus elites académicas sean “sucursaleros” del primer mundo sino que se constituyen, a sí mismas, en la

adicción a la dependencia; haciendo que su *condición periférica naturalice* una más acabada “servidumbre voluntaria”.

Los proyectos políticos no se desarrollan por inercia propia sino que precisa de un conocimiento que acompañe, justifique y haga factible sus propósitos; pero el conservadurismo —hasta revolucionario— no se propone nunca partir de *lo más propio* que se tiene como *potencia transformadora*, sino que adecuan lo más propositivo que proyectan nuestros pueblos a una resignada *inclusión* al orden mundial vigente (aunque incluso decadente). Lo que se dice de la “colonialidad del saber”, se hace más explícito en la geopolítica: no se puede tener una clara imagen del mundo actual con categorías y conceptos —además del todo ajenos— provenientes de siglos pasados; porque el mundo ya no es el mismo. Y si de adecuarnos al mundo se trata, por lo menos se debiera tener idea de en qué clase de mundo nos encontramos.

Al Imperio siempre le interesó que nuestras apuestas no sólo se circunscriban a lo meramente *local* sino que incluso *nunca* se complementen unas con otras. Por eso, condición de *ser centro* es *saberse centro*; esto significa que, en la disposición geopolítica *centro-periferia*, el *centro piensa* de modo “universal” y la periferia se dedica a consumir, repetir y hasta aspirar a ser algo, pero sólo de modo *local*. El relativismo posmoderno (producido en el *centro*) se dedicó a *naturalizar* esta nuestra *condición periférica*, haciendo de toda pretensión universal un despropósito ante la relativización de todos los parámetros vitales.

La crisis de los parámetros éticos y morales, son resultado de la *relativización* de estos y de toda legítima pretensión de proponer nuevos y necesarios parámetros vitales válidos para todos. La humanidad requiere de nuevos consensos básicos para originar un nuevo orden global que se proponga superar la injusticia y la desigualdad estructural que produjo el sistema-mun-

do moderno y su geopolítica *centro-periferia*. El llamado “mundo libre” ya no puede seguir imponiendo sus valores “universales”, haciéndonos creer que toda otra alternativa civilizatoria sólo puede ser *local*.

En el primer volumen de *Pensar Bolivia del Estado colonial al Estado plurinacional. El proceso de revolución democrático cultural 2003-2009*, ya le dedicamos un capítulo entero a la reflexión geopolítica; algo prácticamente ausente, no sólo en la producción académica sino, sobre todo y desgraciadamente, en el lineamiento programático del nuevo Estado “plurinacional”. Acometer este tipo de reflexión se nos aparecía como el mejor modo de comprender la relevancia de lo que se inauguraba como “proceso de cambio” *en perspectiva mundial*. Porque se trataba de su inserción positiva en un nuevo contexto que habría de definir la nueva multipolaridad.

No ser conscientes de la decadencia de la geopolítica *centro-periferia* tuvo ya consecuencias negativas en varias apuestas que emprendió el gobierno conductor del “proceso de cambio” (haciendo de ese “proceso” un *proceso regresivo*). Más allá de la miopía izquierdista, la ausencia de reflexión geopolítica, también da cuenta de una pasión hasta monolítica que caracteriza al provincianismo de la elite señorial (primero liberal y después incluso marxista y hasta katarista): la lectura *gamonal* del espacio nacional.

Una reflexión de carácter estratégico es improbable, tanto en la autocomplacencia chauvinista, como en la autosuficiencia ortodoxa de manual; ambas tributarias de una idiosincrasia que canoniza, para su propia desgracia, la falsa dicotomía entre lo nacional y lo mundial. A estos habría que recordarles que *ser-uno-mismo* es *ser-en-el-mundo*. En definitiva, el mundo es el horizonte último de todo proyecto político; en ese sentido, la propia

especificidad de lo nacional no se resume en su singularidad, es más, lo singular es sólo posible de destacar en una perspectiva más amplificada, es decir, en lo universal mismo que es el mundo como apertura histórica.

La complejidad misma de la reflexión geopolítica, exige trascender la usual expectativa de reducirse a la producción de pensamiento meramente *local*. *Pensar* el horizonte histórico-político que dio origen al proceso boliviano —que más que un ambiguo “proceso de cambio” se trataba de una “revolución democrático-cultural”— nos ha conducido a ese tipo de reflexión, como ascenso metodológico acorde al proceder dialectico de *elevarse de lo abstracto a lo concreto*. Precisamente porque *ser-uno-mismo* es *ser-en-el-mundo*, pensar *lo propio* es sólo relevante y propositivo si se lo hace en su contexto mundial. Por eso es falsa la dicotomía en la que cae cierto nacionalismo y que deviene en el aislacionismo; porque nadie, ninguna cultura, ningún proyecto se desarrolla por involución, sino en contacto y diálogo con el mundo del cual forma parte y en el cual despliega sus posibilidades reales.

El sistema-mundo sería la última *totalidad concreta* a la cual se arribaría en el desafío de *pensar* el *horizonte potencial* de un proyecto determinado. Esto sería, en última instancia, el modo cómo se comprende una determinada realidad, esto es, exponer su *relevancia* en la reconfiguración de un mundo en *transición civilizatoria*. En eso consistiría *pensar* y *ser* “plurinacional”: en el modo cómo “lo plurinacional” se hace universal, es decir, cómo ingresa soberanamente a un mundo en el cual deja su impronta definitiva como fisonomía proyectiva de un nuevo orden global.

Para estos fines, tematizar la época no es una operación descriptiva del presente sino una *reflexión metodológica trascendental* que encuentra, en la geopolítica, la perspectiva que desentraña

la dramática crisis que nuestro presente encara *ante todos los tiempos* y que se actualiza en los sentidos en que el presente debate su propio porvenir. Esto complejiza las usuales aproximaciones epistémicas a la coyuntura y nos brinda la posibilidad de superar límites teóricos, que no son más que formalizaciones de los límites históricos que contienen las ciencias sociales. El presente y la coyuntura no son lo mismo. La coyuntura es lo sintético-político del presente histórico, es decir, la coyuntura es el *tiempo político* del presente, que es siempre *lo histórico tridimensional* que nos toca vivir.

En ese sentido, *complejizar* la reflexión en términos de geopolítica quiere decir: hacer del pensar, *pensar estratégico*, esto es, también, *pasar de la interpretación a la transformación*. Ello significa tematizar las posibilidades de una *descolonización* de la geopolítica, para proponer ya no sólo una “geopolítica crítica” sino lo que estamos denominando: una *geopolítica de la liberación*. Es desde el horizonte histórico-político que proyectaba el proceso boliviano que se nos abrió la posibilidad de describir críticamente la *totalidad última o más concreta*, esto es, en términos actuales, el sistema-mundo moderno en su decadencia, y proponer, ya no sólo el diagnóstico de esa decadencia, sino el sentido mismo de la transición civilizatoria en cuanto *nuevo orden post-occidental*.

Por ello exponemos el presente libro en cuatro partes. Se comienza desde una problemática centenaria —el “enclaus-tramiento marítimo”—, que sólo desde la perspectiva geopolítica se podía anticipar, por ejemplo, el fracaso de una demanda que se reducía a la sola apelación jurídica ante la Corte de la Haya. La segunda parte reflexiona, en el contexto regional o continental, las posibilidades de *irradiación del poder estratégico-crítico* desde el horizonte propositivo de la insurgencia popular, como una necesaria resemantización del poder en tanto *poder popular*. La

tercera parte es la descripción de la totalidad última en decadencia vertical (“Geopolítica de la des-globalización”), producto del *ascenso* metodológico dialéctico hacia *lo más concreto de la realidad*, esto es, el sistema-mundo moderno en su desplome civilizatorio. En la cuarta parte exponemos el *descenso* a la propia realidad (y al proyecto en el que se debate), ahora situada desde una perspectiva histórico-mundial y, desde donde, se puede, de mejor modo, advertir el derrotero de sus apuestas actuales.

En ese sentido, subrayamos un detalle que no es menor: *lo posible* no se deduce de *lo-que-hay*, es decir, del orden vigente (confusión en la que caen los “realistas”), sino de *lo-que-no-hay*. Es decir, la reflexión en torno a los horizontes utópicos es lo que abre los márgenes de objetividad de la realidad dada. Sólo si se piensa *lo que no es posible*, abre la posibilidad real de pensar *lo que sí es posible*. Nunca es al revés. No es *nunca* lo vigente lo que se propone lo novedoso sino que, *lo nuevo*, es siempre *la medida de lo que es posible*. Lo político de la existencia piensa eso: el cómo lo imposible (para el orden vigente) *se hace posible*.

Por último, cada capítulo puede leerse de modo independiente; las fechas señaladas enmarcan la problemática específica a la cual se refieren. Pero el orden que hemos propuesto quiere indicar el sentido de la *complejización* de la reflexión, el *ascenso* metodológico que va de lo abstracto (lo nacional como exclusivamente nacional) a lo concreto (la inserción positiva de un proyecto propio en *perspectiva mundial*). De ese modo, varios conceptos que proponemos de modo *resignificado*, encontrarán su pertinencia en el desenvolvimiento mismo de la reflexión. Toda esta descripción epocal, en clave de reflexión geopolítica, presupone una filosofía de la historia en ciernes. Lo que está expuesto en este libro es la aplicación metodológica de esa filosofía presupuesta que, de modo implícito, se encuentra en todos los capítulos.

En ese sentido, la descripción hermenéutica de la geopolítica *centro-periferia*, además como el contexto histórico y conceptual desde donde es posible la aparición de nuestros Estados *aparentes*, hace relevante la categoría de “paradoja señorial” propuesta por Rene Zavaleta. Lo propositivo de Zavaleta no es “lo abigarrado” (siendo además éste un concepto meramente descriptivo de una sociedad irreductible a la homogenización), sino la caracterización autóctona de la *colonialidad* explícita del ámbito periférico como “paradoja señorial”: “la casta señorial –ya sea liberal o hasta marxista– puede negociar todo, pero jamás su *juramento de superioridad* sobre el indio”. Por eso el Estado *aparente* es, *por naturaleza*, antinacional.

Hoy como ayer, nuestras elites criollo-mestizas viven en un mundo que cesa de existir, pero del cual se sienten todavía herederos. Por ello sacan del baúl de sus recuerdos, ya no la tradición hispánica sino la moderna –gringofilia– que, aunque en plena decadencia civilizatoria, no pueden librarse de ella; esta dependencia es lo que *naturaliza* su *condición periférica y satelital*. En ese sentido, una *consciencia periférica* adopta, inevitablemente, la perspectiva del *centro*, como universo hermenéutico de su propia existencia; por eso deviene, para su propia desgracia, en el sacrificio que impone el *centro* para siempre afirmarse *como centro*.

Los años comprendidos en el presente libro (2013-2019), representan también el despliegue histórico de una crónica de aquella “primavera democrática latinoamericana”, ahora en condiciones adversas, pero todavía posibles de ser reconfiguradas en una apuesta regional conjunta de liberación. Una *geopolítica de la liberación* podría coadyuvar a superar el fatalismo unilateral de esa apuesta y proyectar a nuestra región como *decisiva* en el *nuevo tablero de siglo XXI*.

Por último, queremos agradecer y ofrecer este nuevo trabajo a nuestros Abuelos y Abuelas, a los Ancestros que nos guían, a los Achachilas y los Apus, a los Uywiris mayores, a la PachaMama y al Pacha Ajayu. También a nuestras *comunidades de argumentación*: a “el Taller de la Descolonización”, a “la Comunidad de Pensamiento Amáutico” y a “la Comunidad del Águila y el Cóndor”, mi más profundo agradecimiento.

La Paz, Chuqui Apu Marka, Bolivia, Septiembre de 2019.

PRIMERA PARTE
GEOPOLÍTICA DEL ENCLAUSTRAMIENTO

HACIA UNA GEOPOLÍTICA DEL MAR

17 de febrero de 2013

Una lectura geopolítica no es una política de Estado; pero sitúa a ésta y le proporciona los márgenes posibles de acción según la disposición cartográfica que le brinda un determinado contexto regional y global. La geopolítica nace de leer políticamente el espacio (en cuanto geografía leída en términos estratégicos), pero leer políticamente el espacio proviene del *hacer autoconsciente* un proyecto determinado; porque todo proyecto constituye el horizonte utópico donde descansa la posibilidad misma de la política.

De ese modo, una política de Estado se constituye en la objetivación de la autoconsciencia que un pueblo ha producido en cuanto proyecto de vida. El proyecto es lo que da sentido a toda lectura. En consecuencia, no hay posibilidad de hacer una lectura geopolítica sino dentro de un proyecto político determinado (que es siempre el propio).

Esta distinción lógica nos permite despejar las confusiones. Porque no es lo mismo una lectura —que puede ser un diagnóstico— y un proyecto. Ahora bien, en el caso nuestro, la ausencia centenaria de una política de Estado en torno al mar tiene que ver, no sólo con la ausencia de proyecto sino, sobre todo, con la

ausencia de proyecto propio; es decir, la ausencia de Estado nacional es la consecuencia *de la ausencia de proyecto propio*. Puesto que la nación es un proyecto político, la ausencia de producir nación se traduce en la ausencia de producir Estado. Por eso, lo que hay, no es más que un *Estado aparente*. Ese es el retrato político de una Estado colonial. Incapaz de producir nación, su devenir consiste en adaptarse del mejor modo posible (que es casi siempre el peor) a las circunstancias que suceden siempre al margen de éste.

En ese sentido, la pérdida del acceso al mar no es sólo imputable al usurpador sino a un Estado señorial-oligárquico incapaz de producir nación; si el Estado es apenas el botín de una casta, se entiende el carácter antinacional de ésta y, en consecuencia, la precoz inclinación hacia intereses ajenos. Si después de la derrota militar prosigue la resignación diplomática, una patología del Estado republicano boliviano debiera dar cuenta del porqué de esa suerte de entreguismo vocacional, del argumentar *contra sí mismo* para beneficio del enemigo. El juicio al Estado colonial que pretendía la Asamblea Constituyente tenía esa importancia: una “refundación del Estado” tiene sentido si se ha comprendido la patología del Estado que se quiere superar.

¿De qué nos sirve ahora aquello? Nos sirve para señalar los resabios señorialistas que aún perviven como patología estatal. Porque si de derecho hablamos —haciendo mención a las palabras de nuestro presidente en la reunión de la CELAC—, requerimos fundar nuestro derecho al mar en algo ya no sólo consistente, en lo formal, sino coherente con el proyecto propuesto, o sea, con el contenido propositivo que reúne a la *nueva disponibilidad plurinacional*.

Los resabios señorialistas persisten en producir legitimidad de modo vertical, es decir, por dominación. El derecho moderno-liberal consiste en ello, y Chile es su fiel reflejo, por eso el

plenipotenciario Abraham Köning, en 1900, justificaba la usurpación de nuestro Litoral en este sentido: “Chile ha ocupado el Litoral y se ha apoderado de él, con el mismo título que Alemania anexó al Imperio la Alsacia y la Lorena; nuestro derecho nace de la victoria, la ley suprema de las naciones”. Todos los tratados admitidos desde esta posición declaran que el derecho lo impone el vencedor.

La lógica jurídica parte de una situación de facto que funda toda jurisprudencia, en este caso, el derecho que da la victoria. Lo que hace Köning y lo que siempre ha hecho Chile es fundar su derecho en el *factum* de la victoria; desde allí se entiende que la derrota no proporciona derechos. Desde Locke esto se conoce como “estado de guerra”, la declaración de la inhumanidad del enemigo; eso le sirve al Imperio Británico para justificar el genocidio de los indios de Norteamérica. En ambos casos, la violencia se descubre como fundamento del derecho liberal moderno.

Ahora que exponemos ya no una reivindicación marítima sino nuestro *derecho soberano al mar*, ¿en qué fundamos ese derecho? Si el derecho nace del *factum* de la victoria, entonces hablamos de una legitimidad (y su consecuente legalidad) de modo vertical. La legitimación de modo vertical sucede por dominación y parte de la violencia fundacional que afirma el derecho como patrimonio privativo de quien detenta el poder. El vencedor afirma su pretendido derecho en ese sentido, lo grave es que el vencido admita lo mismo.

Chile se constituye como Estado militarista porque frente a Perú y Bolivia no le quedaba otra opción que la beligerante; por eso, aun hoy en día, no le conviene a Chile la unión de estos países (desde su nacimiento como república, veía ya como amenaza lo que se explicitó en la confederación que propugnaba el mariscal Santa Cruz). Si en Chile prospera la legitimación vertical, en Perú

y Bolivia sucede para la desgracia de ambos. En el caso nuestro, las pérdidas territoriales son atribuibles a la casta señorial y no a la nación, ya que ésta no merecía siquiera existir en los planes de aquella. Perder territorio sin defenderlo es algo que carcome al espíritu señorial, por eso no puede sino imprecarse a la nación toda de sus propias bajezas: perdimos el Litoral por “carnavaleros” (esa era su letanía, para inculpar a la nación toda su propia responsabilidad histórica).

Los que se hacen con el Estado post-guerra del Pacífico son precisamente quienes nunca lo defendieron: Arce y Campero; quienes junto a Baptista o Montes y hasta Moreno son los patricios de la ideología señorial (por eso no es raro que hasta hoy en día se les rinda honores), que deposita en un chivo expiatorio todos sus oprobios: el indio.

La legitimación de modo democrático es lo que nunca se propusieron, porque en tal caso debían imponerse a sí mismos el reconocimiento de la humanidad del elemento nacional. En consecuencia, los vecinos aprovechan no sólo la débil estructura estatal sino la propia ideología señorial: para quien la nación no merece existir, el país mismo carece de sentido. Por eso no se trata sólo de levantar el derecho sino de tomar consciencia de la necesidad de fundarlo en algo que vaya más allá y supere al derecho que esgrime el vencedor (y reafirma el vencido).

Porque se trata de dos proyectos distintos (uno fundado en la dominación y el nuestro en la liberación), también se trata de dos concepciones de derecho que necesitamos esclarecer, para que la argumentación no sólo sea sólida sino muestre la incongruencia e insostenibilidad del otro.

El derecho que podemos argüir no es un derecho emanado por constitución, porque una constitución no es sino también una convención; es decir, no reclamamos nuestro derecho porque

nuestra constitución lo diga. Chile también deriva su derecho por constitución y en ésta, como en sus símbolos patrios, se lee: “por la razón y por la fuerza”. Una constitución objetiva lo que ya se halla fundado y lo que se halla fundado es también el fundamento del derecho, que se expresa después como ley de Estado.

Nuestros argumentos históricos sobran pero, ante la fuerza hecha razón de Estado, no valen. Sólo otra fuerza podría oponérsele. Nuestro derecho al mar, no se funda en la posesión (que ya sería un argumento válido, puesto que Atacama fue usurpada por una guerra que provocó el propio Estado chileno); por eso no es un derecho reivindicacionista (aunque algunos de nuestros ministros no sepan distinguir esto). Nuestro derecho tiene que ver, en primer lugar, con el derecho de todo pueblo a su continuidad territorial. Chile jamás podría argüir la previa presencia araucana o mapuche y menos española en el Atacama. La continuidad de pisos ecológicos que provienen de la era precolombina, advierten la conexión geopolítica del altiplano con la costa, conexión que produjeron los aymaras (que aun existen en el norte chileno); aun hoy en día, el comercio del occidente boliviano baja hacia esos lados.

En el horizonte geográfico de los altiplánicos se encontraba siempre la costa, y en el discurso de la espacialidad del territorio que produjeron los aymaras, la costa constituía la frontera natural para los pueblos andinos. Si la tierra y el territorio son esenciales para la vida de un pueblo, es porque ningún pueblo posee realidad sin su propio espacio y sin la consciencia de su propia espacialidad; pues el suelo desde el cual se levanta como pueblo es, por eso mismo, el suelo vital que le da realidad, porque complementa su propia existencia.

La guerra que inició Chile no tenía afanes sólo económicos. Había fines estratégicos, en este caso, geopolíticos; lo cual se

demuestra en los tratados posteriores a la guerra, como en el de 1904. En definitiva Chile se proponía vivir a costa nuestra (con la complicidad de nuestra casta señorial), pues nos convertía en doblemente tributarios, primero del mercado mundial y luego del uso obligado de sus puertos. Con eso aseguraba el desarrollo del norte chileno a costa de nuestra economía. La complicidad del Estado señorial-oligárquico consistió en depender siempre de la salida por puertos chilenos; por eso los tratados no hacían sino ratificar las ventajas que tenía Chile ante la dependencia de un Estado que no buscaba más salidas que las mismas (el botín chileno fue nuestra dependencia, por eso podían chantajear todo lo que quisieran, porque la vocación señorial así lo permitía).

Lo que antes era, y siempre fue, una libre conexión entre altiplano y costa, después de la usurpación se convirtió en un muro jurídico-político que nos condenaba al encierro geopolítico (por eso no es metafórica la acepción de “enclaustramiento”). El mercado mundial que nacía, lo hacía por el mar y Bolivia quedaba impedida de una concurrencia libre a ese mercado. Su condición de doble tributario hacía más desgraciada la vida en su interior, puesto que los ingresos (en gran parte el propio tributo indígena) ahora debían costear aquel peaje inevitable que imponía Chile. A ello hay que sumar, otra vez, gracias a la complicidad propia, la destrucción del comercio nacional por su supeditación al comercio chileno. La consigna fue siempre vivir a costa nuestra. Chile aseguraba, de ese modo, el modo parasitario de su desarrollo.

Entonces, por último, nuestro derecho proviene de algo anterior a todo discurso estatal: ningún pueblo puede vivir a costas y expensas de otro pueblo. Pretender fundar el derecho en esta injusticia, vulnera al derecho mismo; pues sólo la vida es la fuente de todo derecho posible y, en consecuencia, el derecho sólo puede nacer de la afirmación de la vida, lo cual significa que la vida de

uno *No puede significar la muerte de otro*. El pretendido derecho que postula un Estado a costa de la vida de todo un pueblo no constituye derechos sino es la violación de todo derecho.

Por eso hace bien nuestro presidente en sostener que nuestra protesta no es por reivindicación sino por derecho. Lo que estamos poniendo en evidencia, es la irracional pretensión de fundar el derecho en la conquista. Este es el contexto que nos sirve para proceder con una adecuada lectura geopolítica del contexto actual, en el cual podamos perfilar una determinada política de Estado referida al mar.

Nuestra lectura geopolítica tuvo al parecer eco en ambientes gubernamentales, lo cual nos mueve a argumentar de mejor modo las opciones (porque no basta que se repitan como consignas los argumentos y es mejor que expongan los argumentos quienes los han producido que quienes simplemente los repiten). La nueva disposición geopolítica que va emergiendo en este nuevo mundo multipolar, nos proporciona un contexto, en el cual, sería posible estratégicamente remediar nuestra postración (como ya dejamos señalado en nuestro libro: *Pensar Bolivia del Estado colonial al Estado plurinacional*). De las nuevas potencias emergentes, Brasil y China son las que nos interesan y con quienes ya debiéramos generar las condiciones para establecer nuevas opciones.

Se habla ya de la integración de dos nuevas potencias al grupo de los BRICS; una relativamente mediana pero de importancia geopolítica y geoestratégica: Turquía; la otra es Indonesia y su importancia no es sólo económica sino comercial, regional y también geopolítica. Los BRICS (que serían ahora BRICSIT) apuntan a una integración que va más allá de la puramente económica, lo cual ya se advirtió con la inclusión de Sudáfrica que, junto a India y Brasil, establecen la potestad de una ruta estratégica entre tres continentes. Brasil necesita una conexión efectiva con

China para que aquella potestad estratégica sea definitiva. Bolivia tiene entonces importancia geoestratégica, pues es el corredor ideal que requiere Brasil para consolidar su conexión bioceánica.

Nuestra tesis se enfoca en ese sentido. La bioceánica aparece como una oportunidad geopolítica que nos permitiría desplazar la importancia de los puertos chilenos y apostar a la creación de un corredor de integración económico-comercial entre Brasil, Bolivia y Perú. Involucrar al Perú para nosotros es estratégico, pues por el potenciamiento del norte chileno, a costa nuestra, también el Perú sufre la postergación de su región sur. Entonces es necesario insistir en el interés común que representaría nuestra apuesta. Lo cual significa no sólo utilizar los puertos de Ilo o Matarani (como ya se señala inocentemente). Una auténtica estrategia no acaba con el uso de puertos sino con una verdadera integración económico-comercial y sobre todo, geopolítica.

En toda reconfiguración geopolítica las estrategias estatales pasan por asuntos de sobrevivencia de los países. Lo que se evalúa es, en definitiva, un posicionamiento efectivo en esa reconfiguración. Cuando Chile nos enclaustró, condicionó nuestra integración al mercado mundial a la supeditación de sus propios intereses, es decir, geopolíticamente nos anuló.

La sobrevivencia nuestra en el nuevo mundo multipolar, pasa por una adecuada lectura geopolítica de la movable disposición cartográfica, donde los corredores geográficos tienen carácter estratégico. La bioceánica nos podría permitir un posicionamiento más beneficioso, pues se trata de una conexión que la potencia vecina requiere, sobre todo sus Estados de Rondônia y Mato Grosso, además de Sao Paulo, el polo de mayor exportación del Brasil.

Bolivia es el corredor idóneo de acceso al Pacífico. En ese sentido, nuestro país necesita un uso geopolítico de su condición

de corredor geoestratégico, apuntando estratégicamente por dónde sale aquel corredor. Cuando de comercio se trata (tasas aduaneras, aranceles, peajes, etc.), a nadie se le ocurriría desestimar ser parte de semejante corredor. Apoyándonos en el hecho de ser la mayor parte del corredor, la decisión de direccionar la bioceánica significa una decisión política, o sea de política de Estado. Por eso no se trata sólo del uso de puertos sino de toda una estrategia que apunte a menguar la importancia de los puertos chilenos y el subsecuente potenciamiento de las regiones peruano-bolivianas involucradas en ese corredor estratégico.

Arica e Iquique dependen del comercio boliviano, pero en las condiciones que nos impuso el Estado chileno, esa dependencia se ha traducido siempre en dependencia nuestra. La mentalidad colonial de nuestro Estado jamás apostó a remediar aquella dependencia y nunca vio otro destino que sostener, a costa siempre nuestra, el desarrollo del norte chileno.

Usar la bioceánica de modo estratégico también supondría un proyecto más ambicioso: la integración amazónica entre Brasil, Bolivia y Perú. Lo cual podría hasta convertirse en un *activo estratégico medioambiental* que la región podría presentar como respaldo de iniciativas globales de políticas para enfrentar la crisis climática. Eso significaría acercar al Brasil a nuestra política de “defensa de derechos de la Madre Tierra”. De este modo también perfilamos una nueva salida, hacia el Atlántico, por el Amazonas. Además que la integración estratégica no acaba allí sino que proyecta, despertando la historia común entre Perú y Bolivia, la restauración de la expansión incaica, lo cual incorpora al norte argentino en una nueva apuesta integracionista. Bolivia se presentaría como centro neurálgico de toda esta nueva estrategia geopolítica. Lo cual nos coloca en una posición atractiva en la región y, además, como conexión estratégica entre dos potencias emergentes, Brasil y China.

Todo esto no puede diluirse en un mero afán circunstancial sino que su explicitación en política de Estado requiere hacerse doctrina estatal, lo cual significa hacerse ideología nacional. La *nueva disponibilidad* que nace del contenido plurinacional del proceso constituyente, genera las condiciones propositivas para que el propio pueblo cambie su universo de creencias; por ejemplo, ese cuasi culto al producto extranjero es una de las mermas en la propia producción nacional, en ese sentido, la revalorización de nuestra producción necesita orientarse a un paulatino desplazamiento de los productos chilenos de nuestro mercado interno.

No podemos más seguir concibiendo nuestro consumo como despotenciamiento nuestro. Sólo restándole nuestro mercado a la producción chilena, generaríamos las condiciones para bajar la soberbia de su Estado, sin necesidad de trifulcas mediáticas. A eso hay que añadir la apuesta estratégica de una bioceánica que no tenga por destino los puertos chilenos. El futuro del norte chileno quedaría comprometido, y su Estado en la necesidad de reconsiderar su obcecada intransigencia. Nuestro presidente desenmascaró en la CELAC la inconsistencia de la postura chilena; pero eso no basta si no es acompañada por una política de Estado; lo cual significa moverse en toda coyuntura sin claudicar los propósitos de nuestra estrategia hecha doctrina estatal y asumida por el pueblo como ideología nacional.

Todo esto significa una legitimación de una nueva ideología nacional por vía democrática y acabar con el actual empecinamiento de buscar aquello por vía vertical. Lo cual descubre los resabios señorialistas que todavía mantiene nuestro Estado (aunque ya se crea plurinacional). Una muestra de estos resabios lo encontramos en la caracterización del “nuevo” Estado que hace nuestro vicepresidente.

En un artículo suyo sobre la “Topología del Estado” (La Razón, 17-02-13), después de celebrar la ocupación territorial de la geografía, hecha por los andinos y amazónicos, destacando los cultivos en andenes, la diversificación de las semillas, acueductos, depósitos estatales de alimentos, la creación de lagunas artificiales, etc., subrayando que se trataba de una civilización que universalizó métodos tecnológicos avanzados que, según él, corresponden a un tipo de Estado plurinacional “antiguo” (por no decir “atrasado”, lo cual ya destaca una visión eurocéntrica); concluye en una descripción de la “territorialidad policéntrica con la forma geométrica de un heptágono con centro gravitante”, que sería el “nuevo” Estado plurinacional, cuyos vértices, el Chaco en el sur, Uyuni en el suroeste, el Mutún en el sudeste, San Buenaventura en el noroeste, Santa Cruz en el noreste, Cachuela Esperanza en el norte y el vértice central en el trópico cochabambino, contienen como núcleos irradiantes de la economía, otra vez, las materias primas: el gas, el litio, el hierro, además de hidroeléctricas que comprometen el ecosistema y la agroindustria depredadora. Es decir, la universalización de las tecnologías en la producción de antes, está bien para el pasado, pero para ahora seguimos nomas dependiendo de las materias primas y los recursos naturales no renovables. Es decir, otra vez, la visión señorialista del excedente en forma de extracción y no de producción, lo cual ha generado la típica *ideología extractivista* prototípica del Estado señorial-oligárquico.

Quien piensa de ese modo no comprende que el papel estratégico de las materias primas no consiste en fundar en éstas la economía sino que toda economía se sostiene, en primera y última instancia, en garantizar su soberanía alimentaria; esa es la materialidad ineludible de todo proyecto económico. No hay riqueza alguna si no hay previamente aquella materialidad asegurada. Las materias primas juegan un papel estratégico, pero ninguna

economía podría sostenerse, en el largo plazo, en recursos depletables, es decir, agotables. En la nueva disposición geopolítica multipolar, a la cual tiende el mundo de hoy, las materias primas y los recursos energéticos ya no están para ofertarse como meras mercancías, pero la consigna de “exportar o morir” parece que persiste en nuestro gobierno (para pensar una primera revolución industrial en nuestro suelo, nuestros recursos debieran ser vistos como el soporte del potenciamiento de una producción, con su respectiva industria, genuinamente propia).

En las condiciones actuales, sostener nuestro supuesto desarrollo en la visión señorialista de la explotación de todo lo que hay, no puede sino reafirmar el carácter estructural de una economía extractivista. Lo que se proponía el “antiguo” Estado precolombino era algo más sensato, pues, como dice nuestro vicepresidente, si la geografía es “asumida por la organización material del Estado para verificar su soberanía”, ésta jamás puede sostenerse estratégicamente sólo con las materias primas sino con una revolución productiva que garantice, en el largo plazo, la soberanía económica. La producción propia es la única garantía de toda soberanía.

Mientras aquel Estado “antiguo” priorizaba la producción antes que la pura extracción de materias primas, como fundamento de la economía, la “nueva” caracterización del “nuevo” Estado, persiste en el extractivismo, reiterando la apuesta que encandiló a todas nuestras oligarquías: *el excedente en forma de milagro*. A esto llamamos la *colonialidad de la política estatal*. Aunque se parta de premisas ciertas, las mediaciones conceptuales que se halla para convertirlas en política, no hacen sino replicar lo que se pretende superar. Porque el horizonte no cambia, la política que se adopta, tampoco.

Una geopolítica del mar, hoy por hoy, no puede tampoco postularse desde las mismas creencias señorialistas. Nuestra

definición actual ya no puede replicar la forma en la cual se nos ha percibido, sino que pasa por una redefinición del modo cómo nos percibimos de aquí en adelante. Si merecemos sobrevivir en el nuevo orden multipolar es porque tenemos un mensaje que el mundo entero necesita oír. Ese es el acento revolucionario que tiene nuestro “proceso de cambio”. Si se critica la soledad de la posición boliviana en contextos multilaterales (si estaba el presidente Chávez no hubiésemos estando tan solos en la CELAC), acerca del reclamo marítimo, también debiera criticarse la ausencia centenaria de posición geopolítica que haya significado nuestra importancia en el contexto, por lo menos, regional. Ahora que se hace posible una nueva reconfiguración global, no hay mejor contexto para inscribir soberanamente nuestra presencia, en un mundo nuevo. Si nuestras pretensiones pasan por acercar intereses comunes regionales a los nuestros, además de ofrecernos como garantía de integración hasta global, ya no estaremos tan solos.

HACIA UNA GEOPOLÍTICA DEL MAR (SEGUNDA PARTE)

12 de abril de 2013

La demanda boliviana que será interpuesta ante La Haya – aplaudida en los cuatro rincones de nuestra patria– adolece, sin embargo, de un detalle que no es menor. Y en la exposición de ese detalle es que nos permitimos llamar la atención, no sólo del gobierno, sino de la *nueva disponibilidad común* que se ha producido en torno a nuestra indeclinable reivindicación marítima.

Todas las apuestas del Estado boliviano han apuntado siempre a diluir el asunto en estrategias jurídicas que no hacían otra cosa que asumir, de principio, la vigencia y legitimidad de los tratados emanados de un *factum* inadmisibles: el derecho fundado en la victoria. Aquella asunción significaba admitir la legitimidad jurídica del *factum* mismo: la invasión chilena al Litoral. Asumir como realidad, incluso jurídica, el *factum* que asume el vencedor como legitimación de su derecho es lo que nunca cuestionó la diplomacia boliviana; en consecuencia, aunque demandara la desposesión, afirmaba –muy a pesar suyo, porque partía de esa aceptación de hecho– el derecho del vencedor.

El Estado señorial hereda, de ese modo, un fracaso que desnuda el poder *aparente* que ostenta: la subordinación a lo ex-

tranjero es lo que remata su vocación entreguista. De aquello se deriva la mezquindad de sus apuestas. Después de arrebatado el Litoral por invasión, se lo vuelve a perder en lo jurídico, admitiendo un *factum* que significaba la renuncia propia al territorio y la exculpación de la complicidad oligárquica. La continuidad señorialista significaba la exculpación de su fracaso histórico.

Si alguna dignidad poseía el Estado vencido no podía jamás admitir que los derechos de su nación quedaban conculcados por aquella invasión; desde entonces, no hay demanda boliviana que haya denunciado el “derecho” que reivindica el agresor. Así fue hasta la postura que asume nuestro presidente en la última reunión de la CELAC.

Toda remisión jurídica caía en la trampa de renunciar al derecho propio y consintiendo el “derecho” que imponía el vencedor como base de toda negociación; de ese modo el vencido legitimaba su condición impuesta. Por eso ninguna demanda boliviana podía jamás prosperar, a no ser por renunciar a algo más, es decir, a ofertarse todavía más sin siquiera resarcir soberanía sobre lo despojado.

El Estado chileno generó las condiciones para esa subordinación, lo cual significa que antes y después de la invasión a nuestro Litoral, la influencia chilena era un hecho entre las elites bolivianas. Influencia que hace escuela en la elite política; no otra cosa son las declaraciones de Víctor Paz, en pleno neoliberalismo, afirmando que el comercio con Chile es “muestra de reciprocidad entre dos pueblos hermanos” (como si el comercio lo dirigieran los pueblos). Esa suerte de entreguismo vocacional es lo que usufructuaron otros, en desmedro siempre nuestro. La xenofilia de las elites fue lo que afirmó el carácter *periférico* de la política boliviana.

Si toda apuesta boliviana fracasa, es porque nunca se generó las condiciones para remontar la dependencia, de modo que se

pueda tener márgenes soberanos de negociación. No es lo mismo negociar suplicando favores que reclamando deudas (más aun si se cuenta, no sólo con la verdad, sino con medios de presión). La posición boliviana siempre fue ratificar las condiciones que impuso el Estado chileno, de modo que su margen de acción era casi siempre nulo.

De lo que adolece la demanda actual, es que nace huérfana (replicando la historia anterior) si no es acompañada por una decidida política de Estado que genere las condiciones para *remontar definitivamente las prerrogativas chilenas*. Si toda tratativa era acompañada por condiciones siempre desfavorables para nosotros, lo que ahora sensatamente se debiera promover es un contexto distinto, donde las condiciones impuestas por el Estado chileno, ya no sean el límite infranqueable de toda negociación. Aquí es donde la geopolítica cobra relevancia.

Porque de lo que se trata es de lo que estratégicamente proponemos ahora, mientras se dirime nuestra demanda. Aprovechar el contexto global es para nosotros fundamental, puesto que no sólo transitamos planetariamente a un mundo multipolar sino que este tránsito está reordenando la disposición geopolítica que habían impuesto los imperios modernos, Inglaterra y USA, desde el siglo XIX. La decadente hegemonía unipolar norteamericana ha sido definitivamente dislocada desde el 2008, cuando la Federación Rusa frena los intentos de anexión de Osetia del Sur por parte de Georgia (estimulada por USA y la OTAN); de ese modo, la superpotencia energética controla los corredores geoestratégicos para que la dependencia energética de Europa (Gazprom con el gas y Rosneft con el petróleo) asegure el reposicionamiento geopolítico de Rusia, desplazando la influencia gringa fuera de los contornos del Mar Caspio.

Los reordenamientos geopolíticos actuales se producen no sólo por la decadente hegemonía gringa, sino también por la

necesidad creciente de recursos energéticos, por parte de las potencias emergentes y decadentes. El 2008 marca la desesperación imperial por recuperar espacios vitales que, desde los fracasos de Irak y Afganistán, se vienen sucediendo en todo el planeta. De ese modo se puede entender la guerra en Siria como una guerra geopolítica que desata Occidente contra el Bloque de Shangai (China y Rusia sobre todo). El triunfo ruso en Osetia del Sur posiciona a Gazprom y reduce a nada el proyecto gringo-europeo Nabucco. El monopolio de la distribución del gas a Europa dejaba de ser propiedad de las transnacionales anglosajonas; como también podría dejar de ser el corredor energético entre Irán, Irak, Siria y Líbano, si es que USA y la OTAN ganaran la guerra en Siria (aun cuando USA pretenda acercar a Rusia y, de ese modo, alejarla de China, es discutible un acuerdo gringo-ruso favorable a Occidente; pues la repartija que se prodigaron Francia e Inglaterra en 1916, queda en nada con los presuntos acuerdos que persigue Washington, pues no hacen otra cosa que poner fin a la influencia franco-británica en esa región. Las mismas fronteras nacionales de la región –impuestas por Occidente– quedan en entredicho, pues en una nueva delimitación de áreas de influencia, lo que se vislumbra es la balcanización de Irak, la creación del Kurdistan, que afecta también a Turquía y la posible división en Arabia Saudita; lo cual condice con pronósticos aciagos: donde no haya integración y complementariedad económica, lo que se ve es desestabilización y balcanizaciones).

Lo mismo sucede en la península coreana. El tono beligerante de la ocupación gringa de más de medio siglo en la parte sur, se ha acentuado por las provocaciones últimas de sobrevolar bombarderos B-2 Stealth con capacidad nuclear desde marzo de este año, además del envío de aviones de combate F-22 Raptor a Corea del Sur. La negativa norteamericana a cualquier tratado

de paz, es acompañada ahora por la insistencia gringa de desestabilizar la península (que es frontera natural con China y Rusia). La política de Washington es contener a China, por eso instala en el Pacífico su nuevo centro de operaciones militares (se dice que para el 2020, el 60% de la armada gringa estará en el Pacífico; un muy buen contingente ya se encuentra en la isla de Guam, donde para alojar a los marines se comete un nuevo genocidio contra la etnia Chamoru: lo que llaman desalojo político ha reducido ya a la población nativa al 37%); porque de lo que se trata es de reimponer su supremacía geopolítica.

Desestabilizar la península coreana significaría cercar a China (cuyo poder disuasivo preocupa a USA: el 2011 se filtró un informe del Pentágono donde se establece que China habría cerrado brechas tecnológicas fundamentales, sobre todo en materia militar, donde se menciona la nueva tecnología de portaviones y el desarrollo del avión de combate J20 que, a juicio del think tank Jamestown Foundation, podría dejar obsoleto todo el sistema de defensa aérea instalado en la región), consolidando la estrategia del “collar de perlas”, que consiste en controlar las rutas de abastecimiento petrolero de China, además de minar las estratégicas rutas marítimas del Mar del Sur para frenar tanto los intereses energéticos chinos y sus objetivos de seguridad (en caso de conflicto, cortar las rutas petroleras es asunto geopolítico).

En ese contexto aparece el Acuerdo del Pacífico que suscriben países como México, Perú y Chile, en Sudamérica, bajo la égida gringa. El asunto, en definitiva, es la creciente relación comercial que China tiene con Sudamérica. No es poca cosa. Tanto China como Brasil forman parte de los BRICS y al ritmo que las inversiones chinas crecen en este continente, la influencia norteamericana se va reduciendo en forma inversamente proporcional. Desde el 2009, el continente africano se constituye en el primer

socio comercial de China (200.000 millones de \$US en el 2012); si en Europa y USA hay crisis de deuda, el potencial económico chino se desvía a las potencias emergentes y sus respectivas regiones. Frente a ello, USA propone un acuerdo entre Europa (o lo que quedaría de ella) y Norteamérica; un bloque de comercio transatlántico tendría como fin exclusivo contrarrestar la creciente hegemonía china para, de ese modo, reponer las coordenadas geopolíticas del decadente mundo unipolar. Con el nuevo Acuerdo del Pacífico se persigue lo mismo, reduciendo la influencia china mediante la cooptación de la costa pacífica de, sobre todo, Sudamérica.

El problema, además, de ese tipo de acuerdos y tratados es que son digitados por las transnacionales, las cuales buscan todavía márgenes extraordinarios de rentabilidad en medio de la crisis que ellas mismas originaron (que no es sólo el estancamiento económico sino los desastres medioambientales). En ese sentido, la reposición de las coordenadas geopolíticas anglosajonas responde al nuevo ciclo de acumulación financiera que está acabando con la vida en el planeta. Ya no se trata tanto del imperio agonizante sino de las burocracias privadas financieras que reducen a los Estados a simples brazos operativos de sus intereses privados. Esto significaría que el imperialismo ya no es la fase superior del capitalismo sino que aquel habría sido rebasado, desde el fin de la guerra fría, por el monopolio privado financiero que lo controlan dinastías concentradas en el primer mundo.

Por eso el nuevo sujeto de la ley ya no son ni siquiera los Estados sino estas burocracias privadas, que son quienes se han adueñado del ámbito de las leyes y, de ese modo, prescriben los lineamientos de los acuerdos comerciales globales. USA, UK, Israel y la OTAN son sus brazos operativos, que ya no actúan por cuenta propia sino bajo la tutela de este nuevo poder detrás del trono.

En ese sentido, si antes entregábamos todo a USA, ahora esa entrega va, por mediación gringa, a los ámbitos financieros que son, en definitiva, los actuales dueños del mundo. Por eso estos acuerdos tratan de reponer al dólar como moneda de referencia entre Sudamérica y Asia, para contener al yuan chino y toda otra moneda, como sería el sucre. O sea, lo que hacen estos acuerdos comerciales es declarar una guerra de divisas. El acuerdo forma parte de la estrategia del “collar de perlas”, encubriendo como acuerdo comercial un cordón militar que busca restaurar las coordenadas geopolíticas unipolares del planeta (lo mismo se hizo con Japón —entre 1921 y 1938— antes de declararle la guerra y detonar las primeras bombas atómicas en el planeta).

Este complejo contexto involucra a todos, porque las inevitables repercusiones en un mismo mundo compartido e interconectado, muestran la necesidad de hacer adecuadas lecturas globales como base de decisiones estatales con implicancia regional. Porque las potencias, en cada nueva disposición geopolítica, apuestan a asegurarse recursos, corredores y áreas de influencia; en tales circunstancias, los demás países, que cuentan sobre todo con posición estratégica, se encuentran en la disyuntiva de ingresar a esa disposición de modo subordinado o no. Y es aquí donde la lectura geopolítica del espacio geográfico cobra relevancia, porque se convierte en una apuesta, en definitiva, de vida o muerte.

La ocupación del Litoral tuvo su componente geopolítico, pues de ese modo, se nos anulaba geopolíticamente y se nos volvía doblemente tributarios, primero del mercado mundial y segundo del uso obligado de los puertos ahora chilenos. Chile ocupa no sólo la parte boliviana sino el sur del Perú, porque siempre, desde la colonia, Potosí, Oruro y La Paz se conectaban con Arica, de modo que no sólo perdíamos la posibilidad de los puertos de Atacama sino los más cercanos al circuito comercial del occidente del

país. Nuestro enclaustramiento era fundamental para Chile, pues de ese modo garantizaba el desarrollo de, sobre todo, el norte chileno, a costa nuestra. Después, gracias a la cooptación de nuestras elites, garantizaba su comercio en detrimento del nuestro. Las relaciones comerciales atentaban contra la economía nacional, pero las elites apostaban en contra de su propio país porque su adicción a la dependencia no les permitía imaginar siquiera optar por otro tipo de alternativas que no fueran las mismas de siempre: subordinarse a las prerrogativas chilenas, es decir, hacer del encierro una suerte de fatalidad consentida.

¿Por qué nunca se propició una integración estratégica con el sur peruano? No se trata sólo de falta de voluntad política sino de hasta idiosincrasia cultural, que hace del entreguismo oligárquico programa de vida de una sociedad hecha a imagen y semejanza de sus elites. Desde Aniceto Arce lo que hace escuela en la sociedad citadina es una suerte de xenofilia donde ser prochileno o proargentino o probrasileño es mejor que ser boliviano solamente. Esa apuesta, mantenida aun hasta el día de hoy, era la apuesta por el suicidio nacional. Argumentar *contra sí mismo* se traducía en el desprecio a lo propio que era, sin embargo, lo único que se tenía. El óptimo social de las demás naciones era hasta alimentado por la auto negación de otras, como la nuestra, en una suerte de dialéctica de *transferecia de valorización* exclusiva hacia afuera. En esas condiciones, ni el mercado interno y menos la economía nacional podían desarrollarse.

La integración regional ahora cobra matices estratégicos, pues en esta suerte de reacomodo global, lo que se perfila, en el mejor de los casos, es la regionalización de bloques económicos, cuya preponderancia radica en la presencia de recursos energéticos, materias primas y corredores geoestratégicos. La tónica de este tiempo es ya no ofertar, ni los recursos ni las materias primas

como simples mercancías, sino usarlos de modo estratégico. El modo de la integración es asegurar soberanía.

Pero la cuestión radica siempre en los móviles que digitan la integración. En nuestro caso, la integración debe ser una carta geopolítica para revertir nuestro enclaustramiento; de ese modo, apostar por una integración económico-comercial con el sur peruano se convierte en la apuesta más adecuada para ya no depender de las condiciones impuestas por el Estado chileno. Por eso no se trata sólo del uso de puertos como el de Ilo sino de toda una integración geopolítica y geoeconómica para desplazar la preeminencia chilena y potenciar conjuntamente una economía regional de dos zonas postergadas por la expansión chilena.

Entonces, nuestra situación geoestratégica, acentuada por el corredor bioceánico, nos permite la generación de condiciones distintas a las siempre impuestas por Chile. Si el tratado del Pacífico tiene como fin aislar a China, nuestra apuesta pasa por promover una conexión entre Brasil y China, ya no sólo comercial sino estratégica. El interés de ambos por conectarse se traduce para nosotros en interés por remediar una situación centenaria de enclaustramiento; es decir, se trata ya no de ofertarse por nada sino del uso geopolítico de nuestra situación estratégica. La economía global se va moviendo hacia el Pacífico y la potencia emergente que es Brasil no puede demorar su inclusión.

La situación estratégica nuestra ya no puede ser un medio para conseguir sólo más ingresos sino que debiera servir para consolidar una estrategia definitiva de soberanía e independencia nacional; no se trata sólo de abrir nuestro territorio sino de hacer de esta apertura condición de afirmación soberana. No sólo decidimos por dónde sino el cómo sale la bioceánica. Y en el cómo, decidimos también márgenes de opción para aminorar costos medioambientales (la conexión no puede priorizar sólo las

carreteras sino las líneas férreas, para promover una integración nacional en vistas a reducir la dependencia de combustible fósil y promover un transporte menos contaminante; no olvidemos que la destrucción de nuestros ferrocarriles, por parte de empresas chilenas, fue algo sumamente premeditado).

La apuesta por Ilo no es inmediata, pero requiere de la decisiva voluntad de reorientar nuestro comercio por ese lado. China está excluida por USA del Tratado del Pacífico, por eso tampoco le entusiasma la privatización de los puertos chilenos (hasta se sabe de la intención china de financiar la construcción de megapuertos en el lado peruano). Nuestra apuesta pasa por convencer al Perú en una integración geopolítica y acercar al Brasil y a China a actuar como garantes de una integración que les conviene. Se trata de que esa conveniencia se traduzca en conveniencia nuestra.

Con Perú nos une la historia y ese es el margen que afirma más aun la integración que planteamos; que es expansiva hasta el norte argentino, pues hasta allí llegaba la expansión incaica. Si lo que abre paso a la expansión económica es la expansión cultural, nuestra cultura es el mejor foco de irradiación como carta de garantía para afirmar una integración económica entre estas tres regiones, pues también el norte argentino es postergado por la excesiva centralización económica en torno a Buenos Aires.

La integración económica ya no puede subordinarse a intereses privados, peor si son ajenos a la región. Por eso los países chicos tienen ahora la necesidad de ser partícipes en la redacción de los acuerdos comerciales, pues de lo contrario, las potencias o las transnacionales, acostumbradas a suscribirlos en beneficio exclusivamente propio, dejan a los países a merced de los desastres financieros y medioambientales. Las consecuencias son desastrosas para economías pequeñas. En ese sentido, es necesario un

nuevo enfoque para el Mercosur (porque nace bajo los principios del libre mercado). El contexto entonces es adecuado para que nuestro país, si aprovecha además su condición estratégica, asegure una muy atractiva posición geopolítica que le permita marcar la tónica en procesos genuinos de integración.

Aprovechar los cambios a nivel global y traducirlos regionalmente, pasa por la consolidación de una política de Estado pertinente a un proyecto genuinamente nacional. El presidente Chávez ya posicionó geopolíticamente a Sudamérica, si no hay otro líder que insista en aquello, la dispersión de intereses marcará el despeñadero de lo que pudo ser la consolidación de la Patria Grande, como proyecto pan-nacional de vida común. A nosotros ahora nos toca tomar la iniciativa, porque nuestra consolidación como centro neurálgico nos pone en la situación nada despreciable de ser centro también de iniciativas integradoras. Parece que no sólo la geografía nos puso en el centro sino también la historia.

Esta nueva *disponibilidad común* del pueblo boliviano que ha encontrado en la reivindicación marítima el eje de su re-articulación, pone en movimiento, de nuevo, la *potencia constituyente* del sujeto del cambio. A éste nos dirigimos para alertar de no cometer el error de siempre. Mientras nuestra demanda se dirime necesitamos generar esa *disposición nacional* para acompañar un proceso en el cual sea posible inclinar las condiciones a favor nuestro. Se trata de hacer de esa *disponibilidad* el nuevo *óptimo nacional* que encarne la definitiva independencia.

Aparece la *disponibilidad* cuando el universo de creencias del propio pueblo está dispuesto a su transformación. Esto es la *legitimación de modo horizontal-democrático*; lo cual pudimos notar en la reunión entre nuestro presidente y el nuevo embajador ante La Haya y las organizaciones populares. Un gobierno popular va por esa vía y encarna lo que es principio de la nueva política: “mandar

obedeciendo”. Allí ya se expresó la opción más sensata, desde la promoción de vías alternativas al pacífico, por el lado peruano, hasta el desplazamiento de productos chilenos del mercado boliviano; lo cual, también se indicó, requiere también de decisión gubernamental. Todas las intervenciones giraban en torno a un propósito: promover la soberanía económica. Ese es el detalle que nos falta consolidar.

Mientras demandamos ante instancias multilaterales, no podemos no hacer nada en lo inmediato, porque en lo inmediato es donde la *disponibilidad común* se hace partícipe y, en los hechos que produce, se hace actora de una política que encarna y, por eso, se hace ideología nacional, es decir, doctrina estatal y política de Estado. Esto logra la *legitimidad de modo horizontal-democrático* y se traduce en el espíritu que moviliza a todo un pueblo como sujeto de su propio destino (porque lo que decide no le impone nadie sino él mismo).

La demanda ante La Haya adolece de aquella misma insistencia de apostar todo en una excesiva confianza en instancias jurídicas. Pero lo contrario no es la guerra. Nuestra posición va por acompañar aquello y no a esperar, sin hacer nada, la resolución que, aunque fuese a favor, no significa la obligatoriedad de su cumplimiento, puesto que Chile podría argüir su carácter no vinculatorio. La ganancia sería moral pero, de todos modos, la situación no cambiaría en lo sustantivo. Entonces, lo más plausible es aprovechar el contexto y generar las condiciones para inclinar las cosas a nuestro favor. Sólo si el Estado chileno siente la amenaza de la reversión de su situación favorable, consideraría necesario establecer un nuevo tipo de acuerdos, donde no les quedaría otra que ceder en su intransigencia; serían ellos quienes tocarían nuestras puertas. En esas condiciones tendríamos mayor margen de acción y posibilidades que nos serían más atractivas.

Y esto pasa por definir un auténtico proyecto nacional; desde donde se comprende que hasta los modelos económicos, no pasan de ser *mediaciones de un proyecto mayor*, que es siempre proyecto de vida de un pueblo determinado. Esto es lo que la izquierda latinoamericana nunca se puso a considerar. Asumieron que el socialismo era un fin en sí mismo, de ese modo, hasta la singularidad propia era subordinada a este universal sin contenido local. Por eso dijeron los indígenas del Abya Yala el 2005 en La Paz: “la izquierda latinoamericana no tuvo nunca identidad”.

Ahora de lo que se trata es de remediar ese desarraigo y potenciar el contenido liberador más propio de esta parte del mundo. En nuestro caso, esto pasa por superar la paradoja señorial que hace fracasar nuestras revoluciones, reponiendo la ciega afirmación del desarrollo moderno y la consecuente negación racista del horizonte de vida de nuestros pueblos. La soberanía económica ya no pasa por afirmar el desarrollo sino por restaurar el sentido mismo de la economía. No se trata de producir para ganar *sino para vivir*. Y un verdadero vivir no apunta a un crecimiento infinito de acumulación inagotable (que no hace sino destruir al ser humano y la naturaleza) sino que apunta a restaurar el equilibrio perdido entre ser humano y naturaleza. El circuito recíproco que establecen ambos es lo que garantiza la vida nuestra. El capitalismo (como economía moderna) destruye aquello y produce la pauperización inevitable, a largo plazo, de los componentes de este circuito. Una nueva economía tiene necesariamente que resignificar el sentido mismo de la producción. Por eso se trata de una nueva apuesta de vida y eso presupone contar con el *óptimo de disponibilidad posible*. De aquí en adelante, no podemos integrarnos o producir desde las premisas anteriores y caducas; de lo que se trata es de proponernos existencialmente un nuevo horizonte. Lo propio que tenemos es lo nuevo y no lo que viene del primer

mundo. Desde ese horizonte tiene sentido la lectura que hacemos del presente epocal. Por eso la geopolítica puede ser ahora de los pueblos, como la irrupción de las víctimas hasta en el mismo lenguaje del sistema-mundo.

§3
HACIA UNA GEOPOLÍTICA DEL
“PROCESO DE CAMBIO”

7 de agosto de 2013

Ya hemos destacado en otros trabajos¹ la importancia que adquiere la geopolítica, en el rediseño que está adquiriendo el incipiente mundo multipolar. Lo cual nos abre la posibilidad de reflexionar este nuestro “proceso de cambio” en perspectiva global. Porque el mundo también atraviesa un cambio y de los horizontes que se abran dependerá la fisonomía definitiva de un nuevo mundo multipolar. Esta nueva disposición geopolítica es revolucionaria, pues la unipolaridad occidental es lo que había caracterizado al mundo moderno, es decir, lo que hizo posible la gestión global del mundo moderno ha sido la disposición geopolítica pertinente a su dominación planetaria: la disposición *centro-periferia*. Ahora que entra en decadencia el mundo moderno, que se evidencia por el conjunto de crisis terminales que atravesamos de modo global, conviene la reflexión de los procesos que

1 Ver nuestros libros: *Pensar Bolivia del Estado colonial al Estado plurinacional. Volumen I. La revolución democrático-cultural: 2003-2009*, rincón ediciones, La Paz, Bolivia, 2009; *Pensar Bolivia del Estado colonial al Estado plurinacional. Volumen II. La reposición del Estado señorial: 2009-2013*, rincón ediciones, La Paz, Bolivia, 2013.

aparecen en nuestra región con perspectiva global. Pues lo que ahora está en juego no es sólo la sobrevivencia de un país o una región sino la sobrevivencia del planeta entero.

La perspectiva geopolítica nos brinda la posibilidad de co-tejar, en la nueva disposición planetaria multipolar, no sólo un ingreso soberano al nuevo rediseño que está adquiriendo el mundo sino, lo que más nos debería importar, la posibilidad de liderar una alternativa con *perspectiva universal*. Lo cual pasa por involucrar nuestro “proceso de cambio” con el “cambio de época” que está atravesando el planeta.

En ese sentido, la geopolítica ya no puede contener los propósitos canónicos que le dieron origen sino los propósitos que se derivan de la liberación de los pueblos sometidos por una geopolítica de dominación imperial. Es decir, la perspectiva geopolítica pertinente a nosotros, se desprende del horizonte propuesto por el nuevo *sujeto plurinacional*. En ese contexto, el pueblo, como categoría política, ya no es el conjunto del conglomerado social de una nación determinada sino el *sujeto del cambio*; en ese sentido, “proceso de cambio” quiere decir: *el máximo potencial de la nueva disponibilidad común que aparece en torno al horizonte propuesto por el nuevo sujeto plurinacional*.

Por eso no hay coincidencias en la historia. El *sujeto plurinacional* no sólo evidencia la crisis del concepto Estado-nación (moderno-occidental) sino que su presencia es capaz de despertar a un mundo aletargado por cinco siglos de hegemonía euro-gringo-céntrica. La disposición centro-periferia quiere decir eso. Todas las dicotomías del mundo moderno parten de la asunción de un centro antropológico específico: el ego moderno es ego-céntrico porque asume su presunta superioridad en contra de toda la historia humana. La crisis actual es crisis de ese auto-centrismo. Un mundo multipolar es una crítica explícita a un centro hegemó-

nico de dominación planetaria que, por cinco siglos, ha desatado los más grandes genocidios mundiales en favor exclusivo de la acumulación concéntrica de sus apetitos.

En ese sentido, evaluar nuestro proceso con perspectiva global quiere decir: iniciar el pasaje hacia la consideración de nuestro proyecto, el “vivir bien”, con una seria *pretensión universal*; si nuestro proyecto es válido ya no sólo para nosotros sino para el mundo entero, esto quiere decir que las disyuntivas y contradicciones que enfrentamos tienen no sólo carácter local sino que, estarían expresando, en su radicalidad, el conflicto epocal: *pasar de una forma de vida a otra*. Por eso no se trata sólo del capitalismo como sistema económico sino del horizonte cultural que hace posible a éste: la modernidad.

El marxismo estándar creía y sigue creyendo que, cambiando la base económica se cambia todo; ese reduccionismo metodológico es lo que se convirtió en fracaso histórico. Por eso el capitalismo podía hacer, hasta de sus crisis, procesos nuevos de acumulación; porque lo que le da vida o legitimación no es, lo económico, en última instancia. La disposición *centro-periferia* no funciona sólo en la economía sino también, por ejemplo, en la cultura. Por eso las relaciones de dominación van más allá de lo estrictamente económico.

Por eso la visión oficial reduccionista de la descolonización no es capaz de advertir la complejidad de relaciones de dominación que se complementan de modo estructural, haciendo estable y duradera una condición colonial que permea no sólo el mundo institucional sino la propia subjetividad de los actores, incluso “revolucionarios”.

Esto es lo que nos permite descubrir en la disposición *centro-periferia*, una *clasificación antropológica previa* que funda las pretensiones de dominación de un *centro*, que se considera *centro en*

todos los sentidos. Entonces, *descentrar el centro* es la primera condición para que el ámbito periférico deje de ser *periferia*. Esto quiere decir que, la eficacia de la disposición *centro-periferia*, radica en la múltiple combinatoria que adquieren las relaciones de dominación que se complementan de modo estructural. El capitalismo no es posible sin el derecho liberal, y éste es el núcleo que defiende la democracia moderna, que la enarbola el individuo liberal, que se constituye en sociedad, legitimando todo este círculo recíproco de instancias que se codeterminan mutuamente.

Pero ni todo ello constituye esencialmente a la modernidad; pues todas son determinaciones de un fundamento que, en cuanto núcleo mítico, da origen al proyecto que amanece el 1492: el racismo. Pero éste no es la discriminación fenotípica del diferente sino la *anulación absoluta de la humanidad del otro* (en primer lugar el indio). Sólo a partir de aquello es posible concebir la primera dicotomía del mundo moderno: superior-inferior. El primero se llamará civilizado, mientras que el segundo será el bárbaro; éste será siempre la imagen del atraso mientras aquél dará origen al mundo desarrollado, descargando en la *periferia* las consecuencias del afán ilimitado del mito del “progreso infinito”. El subdesarrollo será la nueva especificación de un mundo atravesado por relaciones dicotómicas. No hay desarrollo sin subdesarrollo, del mismo modo que no hay superior sin inferior. En ese sentido, la modernidad no es sólo una época sino un proyecto de dominación global de un *centro único* que constituye al mundo entero en *su periferia*.

Por eso, si el *centro* está en crisis, su proyecto es el que ha entrado en crisis. El incipiente mundo multipolar expresa la decadencia de un proyecto que se desmorona desde adentro, pero que repercute globalmente. La crisis ecológica manifiesta lo que, en esencia, es aquel proyecto: el sacrificio constante y creciente

de la humanidad y la naturaleza para beneficio exclusivo del ídolo moderno: el capital.

Esto quiere decir que la riqueza moderna es sólo posible por la creación de miseria. Otra dicotomía que manifiesta el fundamento congénito de las desigualdades en el mundo moderno. Hasta el contenido de las emancipaciones modernas conlleva esta contradicción, por eso la dialéctica del amo y el esclavo expresa aquello: se sale de una dominación para instaurar otra. Por eso las revoluciones recaen en lo mismo y pueden hasta reafirmar su *condición periférica* transfiriendo al *centro* nuevos modos de recomposición y acumulación a costa siempre de una *periferia* que *persiste en verse con los ojos del centro*. Esto quiere decir: para ser como el *centro* debe anularse a sí misma, negar lo que es y asumir la imagen devaluada que el *centro* le ha impuesto, como verdadera. Por eso hasta el campesino quiere “desarrollo”, porque aspira a la riqueza moderna, es decir quiere “modernizarse”, ser como el dominador y asumir que lo que es, es inferior (la dominación moderna contiene esa peculiaridad: si no puedo generar alternativas desde lo más propio, sólo puedo afirmar la dominación como lo único posible y hasta deseable).

Observemos un ejemplo. La lectura desarrollista (que hace carne hasta en los pobres, siendo ellos la constatación de las consecuencias del “desarrollo”²) no nos permite advertir la propia discusión que está ocurriendo a propósito de los procesos de industrialización. Desde la primera revolución industrial se sabe que, sin el control de un recurso energético, se hace prácticamente imposible cualquier despegue y desarrollo industrial y tecnológico. Por eso somos testigos de las intervenciones militares en Irak, Afganistán, Libia y, ahora, Siria, donde se despliega la primera guerra geopolítica del gas; en la que se enfrentan, en realidad,

2 Ver nuestro libro: *Del Mito del Desarrollo al Horizonte del Suma Qamaña*, ed. cit.

Occidente (USA y Europa) y las nuevas potencia emergentes, el BRICS. El occidente moderno trata de recapturar un área estratégica, para contener a Rusia y China.

El control del gas supone el control de la llamada energía del siglo XXI. Pero, ante la evidencia del agotamiento paulatino de las energías no renovables (agudizado por el irracional consumo de Occidente), lo que se muestra como inevitable es, ya no sólo una transformación en el consumo, sino en la producción misma; es decir, los modelos de industrialización tendrán que sufrir transformaciones profundas, ya no supeditadas a energías fósiles.

Es decir, si por pura ceguera histórica apostamos al desarrollo industrial hegemónico, que ya es insostenible (que fue paradigma de “desarrollo” cuando se creía que las fuentes energéticas eran infinitas), puede que “comprar” todo ese “desarrollo” nos lleve a una nueva ruina, cuando el mundo pase a nuevas formas de industria, basadas, por obligación, en fuentes de energía alternativas y, además, en un uso más racional de los recursos energéticos. O sea que, si apostamos por el espejismo moderno, puede que en medio siglo (que es más o menos el ciclo de toda revolución industrial) nos despertemos con un patrón industrial distinto, mucho más eficaz y, para colmo, más competitivo en el mercado global, al cual tanto se quiere ingresar.

Esta toma de consciencia ha sido siempre la constante en un genuino proceso de nacionalización: el control estratégico y geopolítico de los recursos energéticos. No depender significa el sostenimiento de la producción a partir de una industria y tecnología propias basada en el control estratégico de una energía también propia. Lo que mueve la producción es la energía, sin control de ésta no hay sostenibilidad en la producción; por eso no se trata de importar la “mejor” tecnología (porque puede ser la peor, es decir, la más cara) sino de desarrollar una industria propia en

correspondencia a los recursos que se posean y a las necesidades estratégicas que se tenga.

Cuando se ofertan los recursos energéticos, como si fuesen mercancías, es porque se ignora su carácter estratégico. Lo que podríamos constituir en base de nuestra producción y nuestra industria, la fuerza que contiene nuestra propia tierra, se hipoteca para que otros ganen. Esa fue la historia del petróleo y del gas (si ese es el destino de nuestro litio, entonces cancelaremos una nueva oportunidad histórica).

Producir con el fin de exportar es, aunque no se lo quiera reconocer, incluirse en el sistema que tanto se critica. Porque eso significa supeditarse a las necesidades del mercado global; el cual es el ámbito, por excelencia, de recomposición del capital transnacional. La demanda irracional del mercado moderno terminará siempre por minar la posibilidad nuestra de basar cualquier revolución industrial en nuestro suelo; por eso, apostar por la propia producción no es ofrecerlo a las necesidades del mercado (que son siempre necesidades del *centro*) sino fundar en ésta primero una independencia económica³.

3 El ejemplo actual de la producción de quinua, con vistas a la exportación, manifiesta la irracional supeditación de la producción a la lógica del mercado. Pues la producción debe cumplir las exigencias crecientes de un mercado siempre expansivo, lo cual obliga a acelerar el ritmo de la producción y la consecuente degradación de los suelos agrícolas; pues cumplir tasas crecientes y aceleradas de producción sólo puede lograrse a través de la introducción de agentes artificiales en la producción. Se cumple la sentencia de Marx: “todo progreso realizado en la agricultura capitalista, no es solamente un progreso en el arte de esquilmar al obrero, sino también en el arte de esquilmar la tierra, y cada paso que se da en la intensificación de su fertilidad dentro de un periodo de tiempo determinado, es a la vez un paso dado en el agotamiento de las fuerzas perennes que alimentan dicha fertilidad”. Citado en nuestro libro: *Del Mito del Desarrollo al Horizonte del Vivir Bien*, yo soy, si tu eres ediciones, La Paz, Bolivia, 2017 p. 45. De eso

Una apuesta tecnológica nuestra no pasa por la subordinación a los patrones tecnológicos hegemónicos sino de la revalorización de nuestras propias tecnologías y su potenciamiento a largo plazo (como lo es todo proyecto histórico) que genere las condiciones para un cambio de patrón energético, lo cual sí es posible en un país todavía no atravesado por el “desarrollo”. Pero esto requiere de visión estratégica, de educación, es decir, del desarrollo de la conciencia nacional, ahora resignificada como *plurinacional*.

Si no somos conscientes del inminente recambio tecnológico que se deberá producir, a mediano plazo, de nada nos servirá adoptar ahora modelos tecnológicos e industriales que ya no son sostenibles *in the long run*. Lo dramático será darse cuenta que los modelos industriales que se adoptan ingenuamente, resulten demasiado caros para un país que no tiene control estratégico sobre sus propios recursos energéticos. Una verdadera nacionalización no quiere decir conseguir mayores ingresos, sino *basar un proyecto de desarrollo propio en el control estratégico de sus recursos energéticos*.

Si el decadente imperio norteamericano (y en general Occidente) ya no controla los recursos energéticos, esto obliga a

se concluye la crítica que hace Marx al sistema capitalista: “Por tanto, *la producción capitalista sólo sabe desarrollar la técnica y la combinación del proceso social de producción socavando al mismo tiempo las dos fuentes originales de toda riqueza: la tierra y el hombre*”. *Ibidem*. Y eso lo estarían promoviendo hasta los propios “marxistas” del gobierno. Lo que debiera ser base de nuestra soberanía alimentaria (potenciando no sólo nuestros productos sino la forma ancestral –más racional– de producirlos) se convierte en una nueva reedición del socavamiento sistemático de nuestra miseria (por cumplir las necesidades del *centro*, se olvidan las nuestras): las ganancias inmediatas que se logra son el mejor modo de asegurar nuestra miseria futura. De este modo, la llamada revolución agrícola sólo consistirá en la promoción de una nueva burguesía agraria.

buscar alternativas; y aunque recapture las fuentes energéticas, la condición limitada de éstas obliga a considerar un cambio en los patrones energéticos actuales. Pero ya no significará cambiar una energía por otra (a lo que apunta el “capitalismo verde” o el “desarrollo alternativo”) sino transformar una cultura basada en el despilfarro de energía y la destrucción sistemática del ecosistema.

Esa será la diferencia, en lo venidero, entre quienes enfren-ten la crisis climática y quienes la soslayan. En la nueva cartografía planetaria multipolar lo que se vislumbra —donde no se produzcan balcanizaciones— son escenarios, en el mejor de los casos, de regionalización económica basada en la cooperación mutua (porque ninguna potencia es autosuficiente y esto es una ventaja que tienen los países que poseen recursos energéticos y materia primas, siempre y cuando se sepa administrar aquello). Las materias primas y los recursos energéticos definirán la geopolítica del siglo XXI.

Por eso las definiciones son fundamentales. La geopolítica es, hoy por hoy, la consciencia del incipiente mundo multipolar; la insistencia en su tratamiento nos sirve para vislumbrar, de mejor modo, las posibilidades de nuestra situación en la nueva cartografía mundial. Esta traumática transición que sufre el mundo, que ya no es unipolar, es descubierta en todas sus complejidades (que también son bélicas) gracias a la perspectiva geopolítica y a las derivaciones temáticas que se le desprenden: la geoeconomía y las geofinanzas. Por eso la geopolítica, en nuestro caso, se traduce como la consciencia del cambio de época que sucede a nivel global, al cual no deberíamos incluírnos de modo ingenuo sino aprovechar las nuevas condiciones para proponernos ofrecerle al mundo una alternativa que nos sitúe en la posibilidad de liderar esa alternativa con *perspectiva universal*

LA GEOPOLÍTICA DEL FALLO DE LA HAYA

2 de octubre de 2018

Esta lectura no es geopolítica a secas sino que constituye una aplicación analítico-coyuntural de lo que hemos denominado una “geopolítica de la liberación”. La geopolítica ya no puede ser más patrimonio de los imperios de turno sino que ahora se nos presenta como el ineludible *desmontaje des-colonial* al sistema de categorías que sustenta la cosmogonía del sistema-mundo moderno y su cosmovisión imperial *centro-periferia*. Lo que ponemos a consideración es una lectura crítica de lo que ya habíamos indicado el 2013⁴, acorde ahora a la situación en que nos deja el fallo de la Corte Internacional de Justicia de La Haya, CIJ. Porque la crítica no trata de la degeneración que ha adquirido la palabra en el circo mediático; no se trata de emitir juicios y sentencias o calumnias o buscar culpables o iniciar las endechas del lamento boliviano; la crítica sirve para dar razón de los hechos, para poner luz en la incertidumbre y serenidad en el conflicto. No se hace crítica para oponerse sino para restaurar desencuentros. Lo otro es pura criticonería del chisme y la calumnia.

La situación en la que nos deja la CIJ requiere de la evaluación crítica de nuestras propias expectativas y ahora de las opcio-

4 Ver §2 Hacia una geopolítica del mar (segunda parte)

nes que nos quedan (tampoco el triunfalismo chileno les otorga sabiduría, porque fue un triunfo regalado). Porque la cuestión es siempre no ganar sino qué haces con el triunfo o, en el caso contrario, perder significa si la derrota te derrota. Entonces, de lo que se trata, es de mostrar los límites de la sustentación de derecho débil que tenía la posición boliviana ante la CIJ; debida no sólo a un cándido optimismo legalista que es ciego de los supuestos liberales del derecho internacional, sino también a lo que habíamos señalado⁵ como la *ausencia imperdonable de lectura geopolítica* en la demanda de reivindicación marítima.

Vayamos por partes. Generalmente se olvida que el neoliberalismo no es sino una radicalización del liberalismo mismo, esto quiere decir que, si el neoliberalismo puede no sólo redefinir la economía sino la política y hasta el derecho, esto puede hacerlo porque esto no va en contra de los credos liberales sino que, lo que hace, es adecuarlos a las exigencias exponenciales del capital financiero transnacional. Por eso, con el derecho neoliberal, los Estados dejan de ser sujetos del derecho internacional y son las transnacionales las que usurpan esa condición, dejando a los pueblos y a la humanidad privados de todo derecho. Ese diagnóstico podía tasar de mejor modo los compromisos que implicaba un fallo jurídico de semejante magnitud; sobre todo cuando la actual institucionalidad global en decadencia, de la cual la CIJ forma parte, está diseñada desde la provinciana visión unipolar anglosajona, como garante de un orden geopolítico *centro-periferia*, en crisis terminal.

Recurrir a una instancia anacrónica al orden tripolar actual (con un equilibrio global en disputa), tenía que constituirse en táctica pero *nunca en la estrategia misma*. El exitismo gubernamental replicó la tragedia de nuestro fútbol: metemos un gol y ya nos

5 Ver §1 Hacia una geopolítica del mar.

creemos con la copa (aunque ese exitismo, hay que decirlo, tenía sobradas razones para festejar anteladamente, eso los chilenos lo sabían muy bien).

Pero veamos primero el proceder de la CIJ. En primer lugar, resulta contraproducente que la Corte admita competencia en el tema que plantea Bolivia, para después ya ni siquiera proponer una solución salomónica sino *desentenderse del asunto mismo*. Porque si la CIJ no cumple con sus prerrogativas de contribuir a la solución de diferendos entre países, entonces es la propia Corte la que se excusa de su propia responsabilidad de administrar justicia, dejando a la parte más afectada en la incómoda situación de quedarse con la verdad histórica, pero no saber qué hacer con ella. Moraleja: lo que pasa con los pobres pasa también con los Estados débiles. La ley no sólo es ciega (¿a quién le conviene esa ceguera?) sino que resulta ahora sorda, porque ya no escucha razones.

¿Qué proceder muestra la CIJ con su fallo? El mismo que funda las expectativas de todo derecho liberal: la interpretación formalista de los hechos; esto significa legalismo, donde la letra muerta decide el proceder legal del dictamen, porque ¿dónde se ha visto que el usurpador admita, por escrito, sus obligaciones de reparación histórica? Si los jueces querían ver la obligatoriedad como admisión rubricada del propio Estado chileno, jamás iban a encontrar aquello en ningún documento. Lo que hace el fallo es típico derecho positivo. En tal caso, si la víctima —aunque moribunda— no demuestra con “papeles” las pruebas suficientes entonces resulta que no hay causa procesal; si es así, ¿para qué hay jueces? ¿Juzgan hechos o procedimientos?

Si primero admiten competencia es porque encuentran materia procesal y, si es así, entonces su tarea consiste en *develar lo que la letra muerta no dice pero asume*: el tema pendiente, o sea, la reparación obligada de una usurpación de hecho, o sea, la *obligatoriedad*

que se asume implícitamente al sentarse a una mesa de negociación; cosa que Chile siempre hizo, no para reparar nada sino para aprovecharse siempre de las necesidades nuestras.

Si los jueces de La Haya no saben leer entre líneas entonces era mejor acudir a una computadora de última generación (al menos la máquina no presume tener criterios éticos ni aboga voluntariamente por la justicia, así que podíamos imaginar un juicio a-moral, por no decir inmoral). Porque los jueces no son capaces ni siquiera de ver en el tratado de 1904 (al cual en su ceguera persisten en llamar “tratado de paz”, cuando se trataba de la continuidad de la guerra por otros medios, “legales”) una imposición legalista que confirma en los papeles lo que, por beligerancia, fue usurpado fácticamente.

Por eso no es raro que, en las universidades neoliberales ya no les interese tener, en sus facultades de derecho, ni a la filosofía ni a la ética. De ese modo de-forman juristas que aplican ciegamente dogmas jurídicos y juzgan sólo procedimientos formales. Esa es la clase de “meritocracia” académica que reclutan las transnacionales del derecho internacional.

Toda la institucionalidad jurídica global es parida por el dólar y está diseñada para darle forma legal a todo el despojo que pretende siempre el capital transnacional. Entrar a ese juego significa constituirse en deudor de ese culto. Por eso los poderosos se valen de ese derecho internacional para imponer tratados a los Estados débiles. En ese sentido, puede que hasta sea mejor que la CIJ haya fallado a favor de Chile (recordemos, no sólo se nos arrebató territorio por las armas, también se hizo en los “papeles”, con procedimientos legales; eso sucede, por ejemplo, en la guerra del Chaco, con la mediación de la Argentina). En tal caso, el fallo de la Corte nos otorga, sin proponérselo, una ganancia nada despreciable: la estatura moral para denunciar ante el mun-

do el irracional uso del derecho internacional, porque consagra el derecho del vencedor, un derecho que sólo puede otorgarlo la fuerza, no la razón.

La sustancia del derecho moderno-liberal guarda esa maldición. Si nos preguntamos dónde nace el derecho liberal, nuestra mirada debe dirigirse a la conquista del Nuevo Mundo. En las Conferencias de Valladolid, de 1550, Ginés de Sepúlveda aduce argumentos de “derecho natural” para declarar que el indio no es víctima sino “inferior”; es decir, el argumento para beatificar la conquista es de derecho y funda jurisprudencia. El derecho que concede la conquista funda el *factum* que admite el derecho liberal como su propia sustancia jurídica. Por eso el *factum* del derecho liberal no es sino la conculcación del derecho mismo; porque si, ante el derecho del vencedor, la víctima ya no posee derecho alguno, porque se ha *inferiorizado* su humanidad, entonces resulta que el derecho liberal administra esta *clasificación racializada*, *naturalizándola* por medio de la ley. La injusticia misma se hace legal.

Por eso la ley está podrida, aquí y en todo lado. Esta historia es lo que precisamente encubre la formalización del derecho moderno-liberal. Por eso se entendía la amonestación chilena: la Corte, en el caso de un fallo favorable a Bolivia sentaba un “peligroso antecedente” y esto significaba, ni más ni menos, que los jueces *no podían ir en contra del fundamento del derecho liberal*. Desde Locke y Hobbes, el estado de guerra que declara Europa a los indios del Nuevo Mundo, funda al Estado de derecho moderno-liberal; con ese derecho se legaliza el exterminio de los indios del Nuevo Mundo. Se trata siempre del derecho que impone el “derecho” del vencedor. La historia de las categorías jurídicas modernas, como el *ius gentium* (derecho de gentes) y el *ius peregrinandi* (derecho internacional), desde Francisco de Vitoria, son la formalización de una

jurisprudencia que admite la apropiación ilegítima como sustancia legal que legitima al orden moderno-liberal instituido.

Por eso la ley moderna sirve al rico y al poderoso y funda una jurisprudencia que hace del despojo lo que, desde Hegel, se conoce como determinación positiva de la libertad individual en cuanto apropiación; es decir, en el mundo moderno, la propiedad privada (de individuos y hasta naciones) es la sustancia del derecho. De ese modo, el derecho consagra esa libertad, porque es la base del derecho y esta libertad consiste en la apropiación o *privación* de algo común en algo que aparece, por mediación del derecho, como “algo con dueño”; este proceso es el *factum* del derecho, por eso la apropiación, que es en realidad una *privación* (de allí el concepto de propiedad “privada”), sienta base jurídica y, a la luz del derecho internacional, eso es lo que aparece como “legal”.

Por eso se comprenderá que Bolivia siempre perdió y siempre iría a perder por esas vías ante Chile, porque la letra muerta, que es la única materia jurídica que admite la Corte, es la legitimación jurídica de una cesión hecha, en su origen, por la fuerza. De tal modo que acudir a los tribunales es ya una *aceptación de facto del derecho que impone el vencedor* y que se debe, por esa aceptación, obedecer. La propia ley produce esta trampa.

Ahora bien, ¿qué hay detrás de ese fallo que no cabía ni en el más pesimista de los escenarios? La crítica jurídica que hemos hecho es geopolítica, porque el fundamento del derecho internacional responde a equilibrios de poder que delimitan la materia misma de la cosa juzgada; los fallos, así como no son a-políticos, tampoco son indiferentes a cartografías conceptuales que contienen jerarquías naturalizadas y, si se presentan de modo abstracto, en cuanto derecho positivo, es sólo para no delatar una connivencia hasta acostumbrada con los poderes fácticos. La figura del

contrato es claro ejemplo de ello, porque ante el contrato todos aparecemos formalmente iguales ante la ley, pero esta igualación formal es una argucia jurídica que oculta desigualdades de hecho, antropológico-históricas que, por medio de la ley, fundan, mantienen y hacen estables, relaciones de poder injustas. En ese contexto, ingresemos en la geopolítica implícita en el fallo de La Haya.

Ésta nuestra interpretación parte de un principio: los propósitos de la invasión al Litoral no fueron meramente comerciales o económicos; fueron en realidad razones geopolíticas las que sostienen la política de Estado chilena, en lo referente al Litoral boliviano. El Estado chileno sólo podía apostar a la invasión de 1879 —no como mero garante de los intereses británicos— si aquello significaba a largo plazo *asegurar su importancia estratégica*. Por eso señalábamos el 2013 que, si una apelación a instancias jurídicas como la CIJ, adolece del componente geopolítico —urgente y necesario en esta nueva época de dislocación del tablero global y rediseño de las áreas de influencia y corredores estratégicos—, *estaba condenada al fracaso*.

Exponer la geopolítica implícita en el fallo de la CIJ quiere decir, dejar al descubierto las razones ocultas que priman en el giro que da la supuesta consabida decisión de la Corte, después de asumirse como tribunal mundial en una controversia histórica bilateral.

En un orden mundial en decadencia, sucede que sus instituciones se vuelven anacrónicas, esto significa que las razones que pesan en todos sus fallos pasan necesariamente por calcular las consecuencias de estos y no comprometer su propia sobrevivencia. El Estado chileno, con su usual prepotencia, ya había advertido con desconocer el fallo, pues de principio sostuvo la no competencia de la Corte en este asunto (cosa que la CIJ sospechosamente no tuvo en cuenta en su fallo). La amenaza posterior

que hace la delegación chilena al señalar el “nefasto precedente que iría a marcar en adelante la decisión de la Corte en asuntos bilaterales”, no fue debidamente examinada por la parte boliviana.

Porque esa amenaza marcaba el principio realidad para una Corte cuya decisión, de ser contravenida, generaba la posibilidad de ser burlada y esto significaba ratificar su propia incompetencia en asuntos de controversia bilateral. Entonces la CIJ se lava las manos como Poncio Pilato, porque sabe que no tiene, en los hechos, potestad vinculante. Implicarse —que esa es su razón de ser— en tales asuntos, ya no tiene sentido en un mundo donde, por ejemplo, USA se burla del derecho internacional y las potencias occidentales lo usan para destruir países enteros. En tal caso, los fallos de la CIJ sólo tendrían competencia moral pero, las consecuencias de esos fallos, en medio de un dramático des-orden mundial, no pueden socavar su propia institucionalidad; porque además su garante real no es la justicia sino los poderes fácticos (a los cuales debe su permanencia), aunque se hallen en decadencia. Si las potencias occidentales defienden al actual orden mundial decadente, porque sólo en ese mundo son “centro civilizatorio”, lo que hacen sus instituciones es defender los valores de ese mundo.

En tal contexto, el conflicto marítimo Chile-Bolivia, se inscribía en la disputa de hegemonía global entre USA y China, es decir, entre Occidente y el Club de Shanghái, donde también está la nueva potencia militar y energética: Rusia. El tren bioceánico *no le conviene a la geoeconomía del dólar*, que está representado en Sudamérica por la “Alianza del Pacífico”, del cual Chile forma parte. Así como en Nicaragua estalla el conflicto para impedir una futura penetración de la hegemonía china con el nuevo canal de Nicaragua, así el fallo de La Haya se constituye en una advertencia del dólar *contra los Estados que se atreven a escoger nuevos socios con otras monedas*.

La cosmogonía del dólar hace que la CIJ se incline por el universo de los prejuicios occidentales que representa Chile en estos lados. Porque los capitales globales se encuentran en plena guerra financiera contra toda otra moneda que pretenda rediseñar la imagen del mundo que tenemos (la pelea de aranceles entre China y USA es apenas la punta del iceberg de algo parecido a lo que originó la segunda guerra mundial). La diplomacia chilena no es tonta y sabe adónde arrimarse y sabe el poder de los *lobbies*, además que representa a una burguesía aliada al más espurio capital transnacional (para el mundo neoliberal Chile siempre fue su niña mimada, su primogénita, parida en la destrucción de una democracia popular, presentada como “milagro económico”, cuando la dictadura nunca produjo un crecimiento económico superior al periodo incluso de Allende).

Ese contexto ponía en aprietos a la CIJ que, como toda institución global, es sensible al equilibrio de poderes y, en ello, optó, como siempre, en sacrificar al débil antes de enfrentarse a sus garantes: los poderes fácticos.

En consecuencia, el sustento histórico-político que fundamentaba jurídicamente la apelación boliviana, sin esta contextualización que le podía brindar una lectura geopolítica de la coyuntura global, se quedaba con la verdad discursiva pero *sin posibilidades de persuasión estratégica actual*. Sin lectura geopolítica, la demanda boliviana *no sabía en qué mundo se encontraba ni a quién arrimarse para equilibrar una situación adversa*. Por eso, no se trata sólo de querellarse contra el Imperio, sino de plantearse una política de liberación de la dependencia estructural, para actuar en la arena global de modo soberano.

En ese sentido, la demanda marítima fue desaprovechada y ya no se nos presentaba como la mejor forma de diseñar ya no una lectura geopolítica clásica sino de redefinir la geopolítica mis-

ma a la hora de fundamentar, por ejemplo, una diplomacia de los pueblos (apuntando a una nueva institucionalidad global). De eso trataría una “geopolítica de la liberación”: de tematizar, de modo multidimensional e hipercomplejo, las *posibilidades de irradiación estratégica del poder popular*. Sólo de ese modo una lectura geopolítica des-colonial estaría en condiciones de dar razón ya no sólo de un mundo multipolar sino, lo que más interesaría a los pueblos: de *un nuevo orden mundial basado en la cero-polaridad* (donde ninguna potencia tenga poder de decisión al margen de los pueblos).

En la invasión al Litoral boliviano, Chile también se jugaba su sobrevivencia como Estado. Y su sobrevivencia pasaba por *reducirnos a garantes de su desarrollo*. Por eso se proponen vivir a costa nuestra y todos los tratados que hizo firmar a la oligarquía antinacional boliviana no hicieron más que ratificar ese propósito geopolítico del Estado chileno. *Nos tenían que encerrar, enclaustrar, para que Chile, o sea, su burguesía, las 7 familias, se abran al mundo*. ¿Cómo podemos revertir aquello?

Nuestra propuesta ha sido siempre responder geopolíticamente al enclaustramiento marítimo. Sin necesidad de disparar un solo tiro o de insultarnos mediáticamente, una política de Estado debiera consolidar, a largo plazo, un corredor geoeconómico de irradiación al pacífico (a donde se está desplazando la economía del siglo XXI, con la nueva “Ruta de la Seda”), basado en la conexión geocultural entre el sur del Perú, el occidente boliviano y el norte de la Argentina. Porque en toda reconfiguración del tablero geopolítico, de lo que se trata es de ingresar, en las mejores condiciones, en la nueva cartografía global. Entonces, el tren bioceánico, por ejemplo, debiera ser visto como *un recurso geoestratégico que nos libere definitivamente de la dependencia de los puertos chilenos*.

El norte chileno vive gracias al comercio boliviano. La política arancelaria con Chile debe redefinirse para promover la in-

dustria nacional y desplazar las mercancías chilenas del mercado boliviano. Con el Perú (sobre todo el sur) nos une la cultura y la lengua, y una estrategia integradora conviene tanto al Perú como a Bolivia, antes que el capital chileno se entre otra vez a saquear hasta Lima.

¿Por qué el pacífico? Porque es nuestra conexión natural. Somos culturas que miran al Oriente, *no al Occidente*. Éste tiene apenas 5 siglos. Nuestra conexión al pacífico tiene milenios. ¿Por qué sucede el enclaustramiento en nuestra propia idiosincrasia, es decir, en nuestra propia subjetividad? Porque se cierra nuestra apertura natural al mundo. Eso merma nuestra propia realidad, porque ningún pueblo posee realidad sin su propio espacio vital, y si algo de éste le es arrebatado, su propia existencia sufre la falta de un complemento necesario para afirmar su consistencia como pueblo. Por eso ningún robo es impune, altera todo el orden natural, porque siembra dolor y llanto en el hombre y la tierra.

¿Cómo hacer que el exitismo chileno se convierta en su triunfo pírrico? Si las instancias jurídicas no pueden siquiera persuadir al Estado chileno a actuar de buena fe con nuestra demanda marítima, entonces geopolíticamente debemos liberarnos de toda prerrogativa chilena, comenzando con mermar su importancia en nuestro comercio, dejando de alimentar a la economía chilena y apostar definitivamente a salir al pacífico vía Perú.

Esto no significa renunciar al Litoral sino sentar las condiciones para que sea Chile quien requiera de nuestro comercio para no deprimir su economía y *sean ellos quienes toquen nuestras puertas y nos pidan nuevos tratados*. Entonces podríamos negociar soberanamente. Esto ya lo hemos expuesto en nuestro libro *La geopolítica y el derecho al mar*: “si toda apuesta boliviana fracasa, es porque *nunca se generó las condiciones para remontar la dependencia*, de modo que se

pueda tener márgenes soberanos de negociación. No es lo mismo negociar suplicando favores que reclamando deudas”⁶. Suplicar es lo que siempre hizo la oligarquía boliviana, hasta la presidencia de Carlos Mesa.

Pero sólo se reclama soberanamente una deuda cuando ya no hay dependencia de por medio. El óptimo nacional, ahora *plurinacional*, sólo sería decisivo si asume que nuestro consumo no puede significar nuestro despotenciamiento nacional, favoreciendo siempre al enemigo. Por eso la salida al enclaustramiento es, más que todo, subjetiva, porque se trata de nuestra propia dignificación como pueblo y como nación. Y esto empieza por empezar a consumir lo nuestro, impulsando la producción nacional para potenciar nuestra cultura. Un pueblo es libre y soberano cuando produce con dignidad su propio pan, porque, como decía Marx, la verdadera forma universal de la riqueza no es el capital sino la producción del alimento.

Salir del enclaustramiento marítimo es, en realidad, *salir del enclaustramiento mental* (por eso, el consumo, o dignifica o deshumaniza, o sea, el consumo puede liberar). Gran parte de la diplomacia boliviana se “formó” en universidades chilenas, por eso siempre patrocinó acuerdos a favor del enemigo; no le quedaba otra porque, una vez *naturalizada* la dependencia, *la dominación constituye una religiosidad donde el enemigo se hace dios y puede imponer su derecho como mandato divino*. Ese es su triunfo acabado. El señorialismo boliviano padece de esa tragedia. Por eso es antinacional y ahora se constituye en oposición y festeja el fallo de La Haya haciendo coro a la arrogancia chilena.

Un escenario post-Haya no puede establecerse sino por una lectura geopolítica. Sólo de ese modo podemos hacer de la

6 Bautista S., Rafael: *La geopolítica y el derecho al mar*, rincón ediciones, La Paz, Bolivia, 2013, p. 33.

derrota una, como decía Coco Manto, “victoria postergada”. Pero eso requiere recuperar el *horizonte plurinacional* y eso es lo que los socialistas anacrónicos del gobierno no entienden. Ya rifaron al líder en el referéndum pasado; y eso no fue promovido por el CONALCAM, o las “Bartolinas” o los “interculturales” o la CSUTCB; eso tenía otra fuente. No vaya a ser que sea la misma que promovió ese exitismo con la demanda marítima, instrumentalizado para legitimar una continuidad forzada. Esperemos que haya sabiduría para asumir esta derrota de modo esperanzado, sin cálculos políticos coyunturales.

Sólo nos restaría decirles a los jueces de La Haya, lo que otra víctima de la injusticia de la ley, vejado, torturado, crucificado acorde al derecho (romano en ese tiempo), dijo en pleno martirio: “perdónalos Dios mío, porque no saben lo que hacen”.

SEGUNDA PARTE
GEOPOLÍTICA DEL PODER ESTRATÉGICO

¿HAY UNA VENEZUELA SIN CHÁVEZ?

11 de marzo de 2013

*“Esta mi vida ya no es mi vida,
yo ya no soy yo,
soy todo un pueblo”
Hugo Chávez*

Las preguntas que ahora abundan en las cadenas mediáticas dan cuenta de un afán solapado de discontinuidad en un proceso al cual quisieran ver concluir, de una vez por todas. La sombra de Chávez perturba, porque ya se intuye que no es, precisamente, una sombra inofensiva. Por eso hay una insistencia en matar mediáticamente al líder, y dejar a todo un pueblo huérfano en su propia suerte. Pero el pueblo no renuncia a su líder, porque sabe que, lo que vive en el pueblo, no muere jamás. En ese sentido el pueblo es sabio: el deceso físico no quiere decir la muerte del líder; porque lo que éste representa excede su sola presencia.

Entonces, ¿será cierto que los muertos están muertos? Si la vida no se reduce a la pura existencia física, ¿será que la vida se acaba cuando se atraviesa el umbral de la muerte? Resulta curioso que una mentalidad dizque cristiana crea que la muerte acaba con la vida; pues todos los cálculos mediáticos y políticos que se desprenden de la supuesta “Venezuela sin Chávez”, parten de aquel supuesto. Si el supuesto fuera cierto, entonces la realidad quedaría

desmentida (y la fe que tanto pregonaba sobre todo la mentalidad conservadora). Para desmentirla se acude a la calumnia, pero la calumnia también se engaña, pues no descubre nada sino ensucia todo; lo peor: no permite que la propia realidad interpele sus opacas certidumbres.

Si todo se acabara con la muerte, entonces la fe quedaría en nada. A propósito de la reflexión que hacían los religiosos en las exequias del presidente Chávez —y que los políticos deberían aprender a tematizar—, la muerte del líder de un pueblo es ahora motivo para cuestionar nuestras creencias y para limpiar la propia política de su anti-espiritualidad. Pues el fenómeno de la resurrección tiene que ver con el triunfo de la vida sobre la muerte, por eso dice el Evangelio (dado a los pobres): quien cree en mí tendrá vida eterna. Si eso es cierto, la muerte no es nunca el fin. Entonces, ¿cómo el muerto podría abandonar a los vivos? ¿Cómo un pueblo podría quedarse sin su líder?

Venezuela no está sin Chávez, porque Chávez está ahora más vivo que nunca. El pueblo así lo sabe, por eso los testimonios abundan: todo el amor que tenía hacia su pueblo, ya no le cabía en el pecho, por eso se le ha desbordado, para abrazar a todos. Por eso se dice que la Iglesia verdadera está en el pueblo, por eso la “buena nueva” es para los pobres, porque son ellos los “hermanos menores” que claman a los cielos por un redentor que les muestre el camino (que es siempre “camino de vida”) de su liberación. Por eso hay líder. Porque la liberación no es sólo cuestión de ideas sino de ejemplo de vida, y éste es fundamental para que las ideas hagan carne (de lo contrario las ideas se las llevaría el viento).

Parte de nuestra condición humana es aquella empatía necesaria que requieren pueblo y líder en esa recíproca constitución en sujeto. Los poderes fácticos son conscientes de aquello, por

eso denuncian todo liderazgo como caudillismo y calumnian de populista toda identificación del pueblo con su líder. Por eso se declaran institucionalistas, porque han perdido toda referencia humana y, en consecuencia, reducen la política al movimiento de la inercia institucional *sin sujeto*. Eso también hacen los “analistas”; se resisten a tematizar al sujeto, porque el sujeto es irreducible a su consideración abstracta (de datos y números), porque desde la neutralidad valórica que presumen, se les hace imposible *comprometerse* con la vida del sujeto. Por eso sólo saben hacer “análisis” de la realidad, porque no saben otra forma de auscultar algo que no sea la pura disección; necesitan de la fría materia muerta, quieta, sin vida, para conocer algo. Por eso el conocimiento que logran *no sirve para la vida*.

Por eso les conviene creer que el líder está muerto y bien muerto, para poder estudiarlo y tasar los cálculos correspondientes que deducen, de acuerdo a los intereses que les apadrinan. Pero la realidad es otra, lo que se les escapa del todo. Si Chávez estuviese muerto, el pueblo no estaría tan vivo. El acompañamiento todavía masivo al líder no sería tan contundente. Para comprender aquello, se requiere de una aproximación más acorde al evento, en consonancia con lo que significa para el pueblo el deceso de su líder.

Los líderes de ahora son los que resucitan a los líderes de ayer. Por eso Bolívar vuelve con Chávez para quedarse ambos, como viento en la sabana, para levantar a todo un pueblo que ha encontrado al fin su destino verdadero. De eso fuimos testigos. El deceso del líder dio lugar a la consolidación de la vocación de un pueblo. Por eso la muerte no fue muerte, porque la vida trascendió a la misma muerte. La generosidad de la vida del líder es ahora la vida que alimenta la determinación de todo un pueblo hacia su propia liberación.

La resurrección no es entonces una reencarnación sino el habitar para siempre entre todos, produciendo la fraternidad anticipatoria en la que, como decía Vallejo, “desayunemos juntos al borde de una mañana eterna”. La sensibilidad del presidente Chávez era lo que lo alejaba del político tradicional y lo acercaba más al pueblo, por eso podía, de tú a tú, cantar, recitar, reír y hasta llorar con su pueblo. Por eso el pueblo no lo dejó morir: “entonces todos los hombres de la tierra le rodearon y le dijeron ¡coraje!, vuelve a la vida”. Vallejo tenía razón, el cadáver ya no siguió muriendo sino, como viento en la sabana, se ha hecho más pueblo que nunca. Ya no es él sino todo un pueblo, por eso su vida es ahora la vida de ese pueblo. Por eso no hay una Venezuela sin Chávez, así como no hay una Venezuela sola y aislada.

Si algo le reconocerán hasta sus adversarios, es el posicionamiento geopolítico que logró el presidente Chávez de, no sólo Venezuela, sino de toda Latinoamérica, en el nuevo contexto multipolar. Y la vocación integracionista que diseminó entre los demás países nuestros, es lo que no está permitiendo la balcanización de nuestra región. Su apuesta por Maduro no podía ser más acertada, pues él acompañó la travesía estratégica global que protagonizó Chávez. En su discurso ante la Asamblea y ante su comandante ha destacado como el continuador idóneo del ideal bolivariano: la patria grande.

Por eso, lo que nace, es la efectivización del ideal en doctrina. La Doctrina Chávez es lo que se encarna ahora como ideología nacional, lo cual nos muestra una *disponibilidad potencial* que nace en un pueblo destinado a radicalizar el proceso que ha inaugurado. Esta nueva disponibilidad nacional es la efectivización del proyecto popular bolivariano. El gran legado del líder es precisamente devolverle al pueblo la confianza en su propia potencia. Si se dice que el pecado del líder es su desconfianza en su propio

pueblo, el pecado del pueblo es no creer en su propia *disponibilidad*; por eso decía Fidel: cuando el pueblo *crea en sí mismo*, se habrá producido la revolución. Ahora podemos decir: el espíritu habrá acontecido en cuanto pueblo.

Por eso el verdadero líder es el que se encuentra en ese más allá en el que ya se encuentra el pueblo, aunque el pueblo no se dé todavía cuenta de ello. Por eso el líder es maestro, porque es primero discípulo. Su sintonía con el pueblo lo expresa esa empatía con lo mejor que contiene el pueblo. Cuando esto *de suyo* reconoce el pueblo en el líder, es cuando el pueblo empieza a reconocer su propia potencia, es cuando empieza a verse como sujeto. Por eso sufre el deceso de su líder. Porque lo potencial que ha destacado el líder en el pueblo es lo que se levanta como aquella gratitud que se prodiga en el reconocimiento póstumo. La responsabilidad del líder es ahora responsabilidad del pueblo. Ser sujeto consiste en eso, en el hacerse libremente responsable por todo y por todos. Así nace el justo. El que se hace cargo del sufrimiento ajeno.

Pero el hacerse cargo no es gratuito, tiene consecuencias, porque no hay otra que enfrentar a los poderes fácticos. Por eso son perseguidos y vilipendiados por los poderosos del mundo, porque han osado hablar por los más débiles. Entonces, no es una apuesta inocente sino sumamente comprometida, porque en ello se arriesga la propia vida. El justo da la vida aunque le cueste la vida. Esta máxima abnegación debería de librarle de padecimientos, pero no, es más, parece que el justo es quien más sufre. ¿Por qué?

Es ésta una de las preguntas que más nos conmueven: ¿por qué sufren los justos? ¿Por qué precisamente ellos, los que dan tanta vida, deben sufrir tanto? El llanto del pueblo pregunta algo que ninguna ciencia sabe contestar y el sufrimiento del líder se

encarga de ahondar. Si es cierto que son ellos quienes reciben los dardos de odio y maldición que profieren los poderes fácticos, entonces cabe comprender que no hay fortaleza física que pueda aguantar aquello; y si a eso le sumamos la decisión de cargar con el dolor del pueblo y, de ese modo, ahorrarle penas futuras, se entiende su vida como un literal sacrificio.

Pero eso no nos consuela sino que desconsuela. Y tampoco nos convence, porque el justo no vive su abnegación como sacrificio sino todo lo contrario. Para el que calcula sólo sus propios intereses, cualquier desprendimiento es puro sacrificio, por eso no le interesa nada que no sea su propio provecho. Por eso jamás entenderá la justicia y jamás vivirá el amor en su vida. Pero entonces, si el justo vive su abnegación como lo trascendente de su condición humana, ¿por qué esto no le libra del sufrimiento?

Es la pregunta que le hace uno de los ladrones al crucificado. Éste calla y tampoco responde el otro, pues reafirma su condición de inocente. Entonces la pregunta se amplifica, porque ya no es sólo por qué el justo sufre sino por qué sufre también el inocente.

Pero, de ese modo, la pregunta devela que ya no se trata de una pregunta que pida una respuesta sino que nos llama a nosotros a hacernos cargo, ya que el justo se ha ido. Tal vez no sea que busquemos una respuesta “satisfactoria” para semejante pregunta sino la certeza de un despertar que nos mueva a realizar nosotros la pasión del justo: acabar con el sufrimiento ajeno. Hay preguntas que no buscan respuesta sino compromiso, y tal vez es mejor que así sea porque, como dicen los que saben, si hay respuesta a por qué sufren los demás, su dolor ya no nos conmoviera y nos volveríamos indiferentes al dolor ajeno.

La respuesta cancelaría nuestra motivación a la acción. Es decir, nuestra capacidad de indignación quedaría anulada y, con

ella, nuestra sensibilidad se volvería insensible. Los justos morirían en vano.

Pero los justos no mueren porque lo que producen es el compromiso de los vivos. Parece entonces que, al no hallar respuesta al sufrimiento de los justos y los inocentes, buscamos remediar aquello y eso es lo que produce en nosotros el compromiso con los justos. Cuando clamamos a los cielos por el fin del sufrimiento, parece que la vida de los justos nos señala que somos nosotros, todos, en nuestro ahora, los encargados para acabar con aquello. Por eso Túpac Katari decía al morir: volveré y seré millones.

Por eso Chávez es ahora millones. Porque los muertos no están muertos si los vivos hacemos nido de su causa en nuestra vida. Ahora es nuestro turno nos dicen. No desmayen, no claudiquen, porque no están solos, porque los muertos están con los vivos, porque el dolor de los vivos es llanto para los muertos.

Dicen que si los muertos no rezaran por los vivos, los vivos no vivirían ni un solo día más; entonces, ¿dónde que están muertos? Si los injustos levantan la memoria de sus “héroes”, ¿por qué los humildes no debieran hacer aquello? Ellos honran su memoria nefasta y prohíben que los pobres lo hagan; así quieren apagar la memoria del pueblo y dejarlo abandonado a su suerte. Por eso hay que afirmar, como nunca, que Chávez vive en el amor de su pueblo (palabra repetida por Maduro, palabra tan desgastada y, sin embargo, tan necesaria, no sólo en momentos de alegría sino, sobre todo, en momentos no tan gratos). Eso queda del más vilipendiado, odiado y calumniado por la plutocracia, no sólo de su país, sino del planeta entero: el amor de su pueblo.

Como el crucificado, quien dio la vida por los pobres, al final sólo se le escuchaban palabras de amor: “perdónalos Padre porque no saben lo que hacen”; del mismo modo, las palabras

de Chávez viven porque iluminan, por eso el pueblo llama a esa revolución, la “revolución bonita”. Por eso, lo que queda es lo que no se ve, pero es lo que da sentido a todo lo que se hará, de ahora en adelante; por eso, aunque ya no esté físicamente, está, dice el pueblo, más cerca de nosotros que antes. Porque ahora él ya no es él, su vida ya no es su vida, sino la vida de todo su pueblo.

§6
¿DEL BLOQUEO A CUBA
AL BLOQUEO DEL ALBA?

21 de diciembre de 2014

Si el propósito del bloqueo a Cuba fue aislar a esa revolución y, de ese modo, condenarla a la inanición; el reciente anuncio de apertura de relaciones bilaterales entre USA y Cuba, ¿es el fin del bloqueo o el anuncio de uno nuevo? Porque a partir de la caída del precio del petróleo, la nueva contraofensiva occidental (contra los BRICS) contempla un nuevo bloqueo en ciernes; no se trata sólo de una guerra declarada contra Rusia e Irán, sino también contra Venezuela (y, en definitiva, contra el ALBA). Como consecuencia del desplome inducido del petróleo, la revolución bolivariana parece perfilarse hacia otra inanición, coadyuvada esta vez por una jugada geopolítica maestra de Washington; pues el discurso antimperialista de Maduro se desinfla una vez que Cuba “normaliza” sus relaciones con el Imperio.

En toda jugada estratégica, hay siempre un tercero, pero en el caso presente, ya no se trata sólo de Venezuela sino de todo el ALBA, pues esta decisión no sólo descoloca a los gobiernos de la región sino que nos muestra que, en definitiva, más allá de la retórica integracionista, prima demasiado la sobrevivencia propia. Desgraciadamente esa es la tónica en toda nueva reconfiguración

geopolítica global; todo se trata de sobrevivir en un nuevo orden. Eso lo sabe muy bien el Imperio, por eso prefiere la bilateralidad y no tratar con bloques conjuntos (que era a lo que apuntaba la creación del ALBA). Más allá del triunfo moral que representa, para la isla, la admisión del fracaso de la política gringa con respecto a Cuba, llama la atención el desconocimiento que los gobiernos del ALBA tenían al respecto y, más aun, el “oportuno” anuncio de Obama, en medio de dos cumbres latinoamericanas importantes. Aunque no significa el fin del bloqueo a Cuba, en las palabras del presidente Maduro –en el MERCOSUR– se podía conjeturar lo bloqueada que quedaba, con esa decisión, Venezuela (¿será que para desbloquearse hay que bloquear a otro?).

Para colmo, el silencio de Fidel hace más incómodo el asunto (¿también habrá sido sorprendido como lo fue Maduro?); pues si ya se sabía del pragmatismo político que venía mostrando el gobierno de Raúl Castro, nadie podía sospechar un acuerdo de tal magnitud y, sobre todo, envuelto en medio de una guerra híbrida que patrocina Washington, valiéndose de toda su infraestructura financiera global. ¿Se precipitaron los presidentes o todo formaba parte de una estrategia que preparaba USA después de que China le arrebatara la iniciativa del libre comercio en el pacífico? Recordemos que el reciente “Foro de Cooperación Económica Asia-Pacífico”, culminó con la creación del “Área de Libre Comercio Asia-Pacífico”, donde China sienta hegemonía incluso con los países del TPP y de la Alianza del Pacífico (bastiones de USA contra el ascenso chino).

Si en toda recomposición geopolítica global, todo se trata de sobrevivir, pareciera que la apuesta cubana se precipita y es subsumida por la geopolítica imperial, que no considera favorable a sus intereses una franca integración económico-política de Latinoamérica. Bolivia también anunció una reanudación de relacio-

nes diplomáticas con USA, dejando incómoda a una Venezuela que se verá también en la necesidad de pelear por lo suyo. Si es así, ¿en qué queda el ALBA, la CELAC, la UNASUR y el MERCOSUR? Si no hay una clara perspectiva geoestratégica, todas podrían quedar refuncionalizadas bajo las prerrogativas de una nueva recomposición hegemónica imperial. Nadie objeta la repatriación de los héroes cubanos o el cese de hostilidades, pero lo que se quiere subrayar es que la supuesta apertura no es ajena a la contraofensiva reciente que ha desatado USA y la OTAN contra los BRICS, el grupo de Shanghai, el ALBA y todo bloque hostil a la supremacía gringa. Y Venezuela es, en la mirada imperial, el eslabón decisivo para iniciar una ofensiva contra toda la región. No sólo se le quita el sostén económico a la revolución bolivariana (con la caída el precio del petróleo) sino también el sostén discursivo (pues su antimperialismo se queda sin su mejor argumento).

Las reacciones de nuestros países han sido demasiado ingenuas y, por lo dicho, no sólo ha descolocado a todos sino que ha logrado desunirlos. Venezuela resulta la más afectada pero, si no hay un serio balance de situación geoestratégica (que sólo podría ser común), esa afectación podría expandirse a todo el conjunto ahora en desequilibrio. Como en los episodios anteriores (el golpe a Honduras, o el secuestro del avión presidencial boliviano), nuestros países todavía no sopesan la magnitud de las apuestas de recomposición geopolítica que asume el Imperio; pues al no consolidar una efectiva comunidad político-económica, *cada una sigue velando por su estabilidad de manera unilateral*. Esa es la mejor forma de arrinconar a nuestros países a una suerte de *sobrevivencia marginal*, sin nunca consolidar una unión efectiva. Esa ausencia alimenta las pretensiones imperiales. La apuesta del gobierno cubano es sumamente pragmática: ante un eventual recorte de ayuda venezolana (debido a la inestable situación de su

economía), opta por una normalización de las relaciones, lo cual conduciría a la apertura comercial y ello, a una peligrosa asimilación vertiginosa al mercado norteamericano. Lo que no pudo el bloqueo bien podría lograrlo el comercio: *liberalizar la economía para disolver la revolución.*

Fue en la reunión del MERCOSUR que se notó la incomodidad que produce un anuncio que desinfla uno de los argumentos bandera del anti-imperialismo latinoamericano. También hay que recalcar que, al no actualizar, de modo estratégico, el discurso anti-imperialista, éste se encuentra a merced de la pura nostalgia sin repercusión decisiva en el presente. La sola insistencia de la condena al bloqueo fue la carta que le sirvió al Imperio para desinflar el anti-imperialismo de nuestros gobiernos, dejando sin argumentos a los presidentes que no pudieron hacer otra cosa que saludar las declaraciones del presidente Obama. En eso hay que destacar la casi nula perspectiva geopolítica que nuestros Estados manifiestan y que les impide diagnosticar de mejor modo la transición hacia un mundo multipolar (que podrían direccionar regionalmente hacia la cero-polaridad, más pertinente al Sur global). Parece que el episodio del secuestro del avión presidencial boliviano sirvió de muy poco, pues la nula respuesta de carácter estratégico que muestran nuestros países ante las arremetidas imperiales, no hace sino constatar, para desgracia nuestra, que nuestros gobiernos son todavía incautos en materia geopolítica.

Los términos que enuncia la declaración del gobierno cubano, guarda los amargores que representa el haber vivido el “período especial” y, sobre todo, el haber vivido aquello solitariamente. Cuando toda la OEA le dio la espalda a la revolución cubana, ésta persistió heroica, sin más apoyo que el que pudo encontrar en la ex URSS. Cuando sucedió la crisis de los misiles, y el mundo estaba al borde de una guerra nuclear, Cuba fue el chivo expia-

torio que cargó con todas las penas, pues gringos y soviéticos negociaron todo, a espaldas de la más afectada, que se quedó para siempre estrangulada y, sin embargo, sobrevivió. Y sobrevivió inspirando la liberación de nuestros pueblos.

Desde entonces la liberación se entendía no como una apuesta aislada sino mancomunada. Ese fue el legado de Fidel y, cómo no, de Hugo Chávez. Desde Bolívar esa fue la única posibilidad efectiva de independencia hemisférica. Por eso preocupa que la unidad se vea menguada por gambetas geopolíticas que descolocan de tal modo a nuestros países, que la reacción que pueden ofrecer muestra la pervivencia de estructuras coloniales aun en los estamentos revolucionarios.

Aunque el bloqueo se levantara, otro bloqueo parece estar en ciernes, pero ya no sólo contra Venezuela. No hay que olvidar que la política norteamericana no es decidida por el presidente sino por el complejo petro-militar-financiero; estando el Congreso en manos del Oil Party, podría producirse un acuerdo como parte de un canje propuesto entre lobbies que acechan la Casa Blanca: “cedemos” Cuba pero recapturamos Venezuela y su petróleo. Deslegitimar la revolución bolivariana forma parte de las guerras híbridas, es decir, guerras no convencionales que inciden en guerras de desinformación, ciberguerras y la promoción de los letales “caos constructivos”.

Aunque el bloqueo a Cuba formaba parte de la guerra fría, una vez acabada ésta y balcanizada la ex URSS, el bloqueo persiste, pues éste no servía sólo de escarmiento sino significaba la prevalencia de la “Doctrina Monroe”. El anuncio que hizo John Kerry, a propósito el fin de tal doctrina, no hizo sino confirmar su actualidad en la política exterior norteamericana (desde Madeleine Albright hasta Hilary Clinton, uno puede leer entre líneas el “Destino Manifiesto” que funda el excepcionalismo gringo).

No sólo la creación de la Alianza del Pacífico sino otras instancias han venido mostrando la insistencia norteamericana en minar toda posibilidad de independencia regional. Lo más inmediato es mermar la influencia china. En el Caribe, la presencia china es preocupante para USA (sumado a ello la influencia rusa); por eso una recaptura estratégica del Caribe se hace necesaria, y nada mejor que la cobertura mediática de la reanudación de relaciones con Cuba. Se trata de una contraofensiva geopolítica. USA no puede renunciar a su Mediterráneo, es decir, el Caribe. Como tampoco Obama se puede permitir ser considerado como el presidente que perdió a Latinoamérica. Si el partido republicano, considerado el Oil Party, no ve con buenos ojos el anuncio de Obama, otro tipo de financiadores de la política norteamericana (ligados a los demócratas) aplaude la decisión, pues se trata siempre de la expansión del capital; por eso Thomas Donohue, quien es presidente de la Cámara de Comercio, resalta, en términos que suenan a los prolegómenos de los acuerdos de libre comercio que, “un diálogo abierto e intercambio comercial entre sectores privados de ambos países generará beneficios comunes”, y termina señalando que “la comunidad empresarial de Estados Unidos da la bienvenida al anuncio de hoy”.

Al parecer, bajo sofisticadas estratagemas de política exterior, se están detonando armas de destrucción masiva que, en medio de la nueva reconfiguración planetaria, se busca asegurar áreas estratégicas para la recomposición de la economía norteamericana (el poder militar es apenas un apéndice del poder real, aquél se encarga de crear las condiciones para la reproducción del dólar). Si de la reanudación de las relaciones entre USA y Cuba se produjera un distanciamiento con los demás países el ALBA, se confirmaría la intención del juego norteamericano. Aislando a Venezuela, los demás no correrían mejor suerte; como ya se viene

diciendo: donde no haya procesos de regionalización económica sucederán inevitablemente procesos de balcanización.

Lo que se proponía el ALBA, con Chávez y Fidel, era la mancomunidad de esfuerzos para iniciar un proceso de independencia política y económica conjunta. Cuba fue tenaz y fue ejemplo; y cuando aparecieron Chávez, Kirchner, Evo, Correa, Lula, Pepe Mujica, etc., en palabras de Fidel, la isla ya no era más isla. La integración parecía asegurada mientras el Imperio se encontraba acorralado en Medio Oriente. Ahora que la aislada es Venezuela, ¿cómo se puede sostener una integración si, por sobrevivir, y a cualquier precio, empieza a cundir el bilateralismo, pertinente siempre al dominio imperial? Con China se había logrado un foro permanente con la CELAC, es decir, una novedosa agenda de relaciones comerciales y económicas entre la región y China, de forma simultánea; lo cual parecía dejar atrás la historia de negociaciones bilaterales siempre funcionales al Imperio (aislados somos fáciles de dominar), pues la asimetría constituye siempre el factor insalvable para nuestros países.

El desplome del precio del petróleo tuvo su impacto en las alternativas que se le presentaba al gobierno cubano; el deterioro de la economía venezolana aparece como una sombra nada halagüeña para la isla: si los venezolanos también optasen por sobrevivir, a toda costa, los cubanos también saldrían afectados. Nos encontramos ya en medio de una guerra fría, donde la guerra económica se expresa en el desplome deliberado del precio del petróleo; sólo los ingenuos en geopolítica no se dan cuenta que el precio del petróleo *ha sido siempre político*. Y lo que sucede actualmente no es producto de los vaivenes de la oferta y la demanda sino de la manipulación de la mano del mercado, que no es invisible sino bien visible y bien armada.

El mundo post-Crimea obliga a la decadente potencia unipolar a realizar un retroceso táctico y hacer uso de su infraestructura financiera global. Pero los riesgos son considerables. La ofensiva multidimensional desatada contra Rusia, agravada por la caída del precio del petróleo, que está seriamente dañado el equilibrio presupuestario de países como Irán y Venezuela (sólo Qatar y los Emiratos Árabes podrían sobrevivir con un crudo por debajo de los 70 \$US), parece formar parte de una declaración de guerra que USA y la OTAN anuncian al mundo entero: el mundo no será repartido.

Financieramente el mundo es rehén del dólar, desde que el binomio dólar-petróleo ha sido el sostén de aquél orden mundial parido en Bretton Woods; pero desde que el petróleo ha ido retornando a manos nacionales, el orden ya no es más orden y el actual desorden desregulado del mercado petrolero es lo que está originando, en gran medida, la incertidumbre planetaria. Todas las arremetidas imperiales tratan de desordenar todo para imponer un orden mucho más vertical, que se traduciría en un nuevo mapa energético; el TLCAN es una muestra de ello, pues sobre aquella integración de USA, Canadá y México (sobre todo por el petróleo del Golfo y del norte del país azteca), se trataría de sostener la estabilidad energética norteamericana.

La estrategia gringa consiste en controlar áreas estratégicas de acceso privilegiado a fuentes energéticas, lo cual le brinda poder disuasivo ante otras potencias. Contrarrestar el ascenso chino es combinado con una guerra multidimensional contra una Rusia económicamente vulnerable (aunque ya cotiza el gas y el petróleo en otras monedas, lo cual le hace menos dependiente del dólar); al igual que otras economías que, curiosamente, conforman la lista gringa de países hostiles (es difícil que Venezuela y Ecuador sostengan su presupuesto fiscal con los actuales precios

del petróleo). Pero esta guerra económica que promueve USA tiene también consecuencias negativas en su propia producción que, gracias a los hidrocarburos no convencionales, le garantiza (aunque discutible) autosuficiencia.

Pero la arremetida contra el ALBA, su fracturación, tiene que ver con un otro asunto que empieza a cobrar relevancia. Desde el 2006, USA viene promoviendo y preparando (en el TLCAN) las condiciones de la transición hacia una nueva moneda, ante el probable y posible apocalipsis del dólar. Pues para paliar la descomunal deuda gringa (que oscila por sobre el 600% de su PIB) y cuando los gastos militares superen los ingresos de la propia Reserva Federal, produciendo el estallido de la burbuja del dólar, USA —se dice— adoptará el “amero”, mientras congele los dólares del mercado global. Esto conduciría a un colapso del sistema financiero y, en definitiva, al colapso de la economía mundial. Mientras el mundo se venga abajo con todos sus dólares, USA podría imponer un nuevo patrón monetario sostenido por el colchón energético del TLCAN, además de la recaptación financiera de las economías del Sur.

El bloqueo sería regional y supondría una sangría de nuestras economías mucho más inaudita. En toda reconfiguración geopolítica global, todo consiste en sobrevivir, incluso el Imperio pugna por aquello. Sobrevivir a costa de los demás parece ser su apuesta, por eso la guerra se convierte en una disposición latente de las potencias decadentes, como muestra de su insana resistencia a un nuevo orden global mucho más democrático. El ultimátum de los halcones straussianos, ahora que el Congreso norteamericano está en control del Oil Party y el lobby financiero, suena más amenazante que nunca: “si USA cae, haremos que el mundo entero caiga con nosotros”. Parece que a Latinoamérica le ha tocado, en esta transición civilizatoria postcapitalista, en-

frentar el desafío de su definitiva independencia. Eso convierte a la región en factor decisivo en la nueva geopolítica mundial. Las condiciones objetivas están dadas. Falta saber si las condiciones subjetivas de la dirigencia de nuestros procesos estarán a la altura de la definición de este culminante momento histórico.

¿FIN DE CICLO O CICLO DEL FIN?

15 de enero del 2016

Una grandilocuente narrativa invade los cielos que habían proyectado los procesos populares en Latinoamérica. Se anuncia su ocaso a los cuatro vientos. Los analistas dicen amen y los medios dirigen las endechas anticipadas de un velorio que creen inminente. Pero se olvidan de algo: lo que vivimos *No* fue un ciclo. El estribillo de los ciclos son recurrentes en una visión anquilosada de la historia (de leyes metafísicas que sostienen una regularidad más allá de la praxis humana) propia de la izquierda del siglo XX y ahora, al parecer, de lo que queda de la derecha reciclada; lo cíclico es, más bien, esa visión que sirve de muletila a pronósticos oraculares travestidos de análisis político. De lo que se trata es siempre de darle una direccionalidad a los acontecimientos, lo cual ya significa *determinar* el sentido de estos. Por eso la historia no es lineal y no se compone de ciclos, estos son apenas una percepción esquemática de las coyunturas. La historia, en cuanto patrimonio humano, es siempre creación histórica y no simple medición cronológica, es decir, es el escenario en que la libertad humana desafía toda regularidad.

Lo que pretende la narrativa del “fin de ciclo” es, de modo premeditado, disolver el horizonte de referencia emancipatoria

propuesto, sobre todo, por los pueblos indígenas; porque aquella señalación maniquea que se hace de los gobiernos, busca disolver en su ambiguo desempeño los nuevos contenidos que, como proyecto político, constituían la novedad que hizo tambalear las certidumbres propias de la política y del Estado moderno-liberal.

Reducir todo a los erráticos desempeños gubernamentales es disolver la misma potencia revolucionaria popular en los avatares de su élite circunstancial. Por eso la narrativa del fin de ciclo es más que una descripción, porque actualiza aquella retórica aristocrática que condena toda rebelión popular como deicidio, para así justificar su persecución y aniquilación. Eso desde Cicerón (contra Catilina) hasta Margaret Thatcher y la doctrina Bush (el mismo Popper se dedicó a demonizar a los que querían el cielo en la tierra; esos utópicos son ahora los populistas, los que encienden las demandas populares; contra estos va dirigida la nueva cruzada en forma de narrativa). La consigna neoliberal de “no hay alternativas” fue sólo posible destruyendo toda otra alternativa. Sólo de ese modo pudo haberse impuesto la cultura neoliberal en el imaginario social del individuo moderno (que no admite perdedores, sólo ganadores).

Aunque se crea libre y forjador soberano de su destino, sigue haciendo de la tragedia griega la escenografía de su propia fatalidad: la libertad es sólo posible mientras los dioses duermen. El caso de la Grecia actual es más que casual. Ya no son los dioses del Olimpo o el dios de la cristiandad sino el dios capital y el mercado (ante los cuales se inclina toda la institucionalidad financiera –como la Troika, que poco le importa el pueblo, la democracia o la justicia– que religiosamente ofrece cuotas de sangre al apetito insaciable de los nuevos ídolos modernos). Ante estos continúa el sacrificio inevitable de una humanidad rehén de poderes omnipotentes que actúan al margen de la propia vida.

La narrativa impuesta es parte de la normalización que impone un mundo que se resiste a otro orden que no sea el que impone la supremacía única de USA. Esta es la doctrina que prevalece entre los neocons o halcones straussianos, como única política exterior gringa. Por eso el fin de ciclo no se dirige sólo a Latinoamérica sino también a los BRICS, en especial a Rusia y China y a toda otra disidencia que pretenda objetar la supremacía gringa: se acabó el recreo, o capitulan o los aplastamos. Se trata de sobrevivencia cruel. El mundo ya no es unipolar y, aunque ahora tripolar (después del revés ruso en Ucrania y Siria, y la admisión del FMI del yuan como cuarta divisa de reserva mundial), la actual guerra fría (sobre todo financiera, como guerra de divisas) está reconfigurando la nueva cartografía geopolítica global, hacia una multipolaridad que podría desembocar en una *cero-polaridad*. El desafío de esto consiste en que, sin centro único, el equilibrio dependería de la complementariedad de apuestas civilizatorias sin pretensión hegemónica.

El fin de ciclo forma parte del smart power que diseñaron los think tanks gringos para desestabilizar la legitimidad de los procesos que se habían venido desencadenando a principios del nuevo siglo. Hacerlos aparecer como una aventura episódica formaba parte de la desarticulación de la consciencia popular que estaba promoviendo un nuevo sentido común en torno a la recuperación de soberanía y mayor democratización económica en los países del ALBA. Esto repercutió hasta en el primer mundo y, como en el pasado, ha sido muestra de que fue siempre esta parte del mundo la que transmitió ideales emancipatorios incluso a la misma Europa. La orquestación de esta última narrativa forma parte de la estrategia geopolítica de la especulación financiera contra las economías emergentes (por eso los nuevos tratados comerciales son más despiadados y, por ello mismo, precisan demo-

ler toda aspiración popular para, de ese modo, arrasar con todo lo que queda, pues lo que queda no es mucho y los pobres salen sobrando en las apuestas del capital global).

La estrategia es clara; ante una reconfiguración del tablero geopolítico, todo se trata de sobrevivir y, si es posible, en las mejores condiciones. La apuesta de las burguesías de Brasil y Argentina va en ese sentido, pues los nuevos tratados comerciales que diseña USA para frenar la hegemonía china, supone controlar la apertura del mercado continental al pacífico, lo cual implica una lucha de mercados que disminuye el margen de acción de los actores latinos, quienes, gestionando mayor participación y viendo sólo lo inmediato, no hallan más opción que aliarse al gran capital que, a través de las transnacionales, es quien dictamina los contenidos de los tratados que, en su mayoría, son firmados a espaldas de los pueblos.

El gran capital sólo puede garantizar un nuevo ciclo de acumulación global sobre la *derrota absoluta de los pobres*, lo cual significa hoy la derrota de la humanidad y del planeta. Por eso la nueva plusvalía que produce el capital consiste en la acumulación del fracaso histórico que promueve una *transferencia resignada de voluntad de vida*; el capital no es sólo un proceso de valorización del valor sino de *transferencia sistemática de voluntad*. Un individuo fracasado no tiene voluntad y su único afán se reduce a sobrevivir, no importa cómo; lo que promueve ahora el capital es la atomización de las expectativas, de modo que éstas se circunscriban exclusivamente a mezquinas opciones de pueril sobrevivencia (la lucha de todos contra todos es necesaria para el desarrollo del capital, por eso las guerras se convierten en magníficas oportunidades de nuevos procesos de acumulación). En estas condiciones no puede haber historia, tampoco política, porque si el ser humano no es creador de acontecimientos tampoco puede siquiera imaginar proyectos de expectativas comunes.

Entonces, la estrategia actual de acumulación global de capital y su actual narrativa, confirma la clarividencia de los poderes fácticos ante la interpelación que los pueblos indígenas han originado en este nuevo siglo: otro mundo es *no sólo posible sino más necesario que nunca*. Hace poco, Charles Krauthammer, en el Washington Post, de modo enfático señalaba que, desde la caída de la URSS, “algo nuevo había nacido, un mundo unipolar dominado por un único súper-poder sin rival alguno y con un decisivo alcance en cada rincón del planeta. Un nuevo escenario que aparece en la historia, jamás antes visto desde la caída del imperio romano. Es más, ni siquiera Roma es modelo de lo que es hoy USA”. Esto expresa la doctrina Wolfowitz como primer objetivo de la política exterior gringa: prevenir cualquier ascenso de un nuevo rival, ya sea en la ex URSS o en cualquier otro lado; de ese modo asegurar el dominio de regiones cuyos recursos puedan, bajo control, consolidar el poder global.

Esto quiere decir que el poder es también una cuestión de percepción. USA hace de su percepción la plataforma de propaganda global que moldea la despolitización global como el terreno para imponer *un mundo sin alternativas*. Ya no se trata sólo de desmovilizar a la gente sino de abandonarla en la inacción total (lo cual también se logra manteniéndole ocupado, por eso el trabajo se realiza ahora bajo presión; los individuos creen superar sus problemas sumergiéndose en sus trabajos, pero lo único que logran es alienarse de sí mismos y que la fuerza requerida para recomponer sus vidas sea transferida a la reproducción del capital). Esto quiere decir que, cuanto más se valoriza el valor, *más voluntad de vida se nos expropia*. El capital es ahora el creador y el ser humano su creatura. Hacerlo a su imagen y semejanza significa *constituirlo en capital humano*. Por eso hasta en sus sueños no puede haber otra cosa que acumulación. La invasión de los sueños es una política

del mercado total; si se puede moldear los sueños y las expectativas entonces no hay lugar para el espíritu utópico y sin éste no puede haber política.

Ese es precisamente el fin de toda narrativa del fin: acabar con el espíritu utópico. Pero la utopía es condición humana; sin esperanzas, sueños o utopías, no puede haber existencia humana y, en consecuencia, tampoco historia. Por eso la narrativa del “fin de ciclo” no es otra cosa que la reposición de aquella otra, que nos imponía el fin de la historia. Ambas se diseñan para desacreditar toda posible alternativa y, de ese modo, imponernos *un mundo sin alternativas*.

Un mundo sin alternativas es el paraíso neoliberal. Por eso, ante la narrativa del fin de ciclo, debemos oponer otra: el fin de siglo. Porque el ciclo no era ciclo y lo que parecía una continuidad en la regularidad cíclica del capital era, en realidad, una ruptura epocal. Para ingresar a una nueva época, era necesario dejar atrás el siglo de oro del capitalismo y, paradójicamente, también, el siglo de la izquierda. Por eso los siglos no terminan o acaban en las fechas; si no hay capacidad histórica para ingresar a una nueva época, entonces son los eventos los que condenan aquella incapacidad (Europa ingresa dramáticamente al siglo XX con la primera guerra; su no adecuación a las nuevas circunstancias da lugar al surgimiento de un nuevo poder que se impone definitivamente en la segunda guerra).

En Bolivia habíamos ingresado al siglo XXI el 2003, por eso incluso la “guerra del gas”, que sucede en octubre de ese año, anunciaba ya la tónica geopolítica que iba a desatar la lucha global por el control de los recursos energéticos. El horizonte del “vivir bien” anunciaba la transición civilizatoria necesaria ante la orfandad utópica que carga la decadencia del mundo moderno, el Estado plurinacional ponía en cuestión el concepto decimonónico

del Estado moderno-liberal, y la descolonización remataba con el urgente desmantelamiento de la provinciana visión que el primer mundo se había hecho del resto. Por eso la insistencia: el poder es también una cuestión de percepción; *si la percepción no cambia, tampoco cambia el mundo*. La descolonización va por ese lado. Si no somos capaces de proponer una nueva narrativa histórica —más allá del eurocentrismo reinante hasta en la izquierda—, entonces, nuestras respuestas políticas, a preguntas actuales de profunda novedad, seguirán siendo las mismas viejas respuestas del siglo pasado.

El mundo está cambiado radicalmente, pero las percepciones continúan moldeando estos cambios bajo esquemas ortodoxos. Los economistas perciben, por ello, sólo lo que el capital permite percibir: que esta crisis no es sino uno más de los ciclos acostumbrados del capital. Por eso también, a nivel global, se posponen decisiones apremiantes ante la crisis climática y se insiste en una confianza hasta cándida en el mercado y el capital. El mundo moderno ha producido una suerte de servidumbre voluntaria a fetiches que deciden sobre la vida y la muerte como auténticos dioses.

Los gobiernos de izquierda, incapaces de generar un nuevo espíritu utópico, porque no pueden superar su siglo de referencia, tampoco pueden asumir los desafíos que conlleva un tránsito hacia un nuevo horizonte, que es lo que viene proponiendo el nuevo sujeto de una política trans-moderna. Todos los análisis geopolíticos insisten que el mundo está experimentando una transición civilizatoria, lo cual significa implícitamente que el mundo moderno y su disposición antropológica y geopolítica centro-periferia está por concluirse. Esta situación es la que avizoran los think tanks del primer mundo y, por ello mismo, son los más interesados en preservar la provinciana percepción imperial como

“realismo político”. La cuestión es que si no hay alternativas, entonces lo único que nos queda es defender lo que hay como lo único posible. Pero lo que hay es lo que nos está conduciendo, a la humanidad y al planeta, a la imposibilidad de la vida. Entonces, cambiar de percepción ya no es cuestión de pareceres sino de apuesta vital.

Desde Marx sabemos que la realidad que ha producido el capitalismo está invertida. Lo que toman por “realismo” los analistas es esta realidad invertida. Ponerla de pie significa restaurar en nosotros mismos la condición de sujetos. La realidad es producción humana, la objetividad del mundo es producción de subjetividad. La capacidad de ser sujeto consiste en ser causa y no efecto de lo que se vive. Las leyes que actúan a espaldas de los actores son producto de la fetichización de las relaciones mercantiles. La expansión de éstas al infinito es el neoliberalismo. Por eso no se trata sólo de una economía sino de toda una cultura: necesita producir un individuo acorde a este tipo de expansión y, mediante el tipo de producción y consumo actual, lo que produce es el vacío de voluntad de un alguien que vive una sucesión de instantes sin proyección alguna, por eso hasta en su voto manifiesta un puro acto emocional sin criterio político alguno.

Frente a esta situación, lo que debían proponerse los gobiernos de la región, era disputar el universo simbólico de las expectativas históricas. Frente a la crisis civilizatoria del mundo moderno y fieles al horizonte de una nueva forma de vida –lo que llamamos “vivir bien” –, debían proponerse la constitución de una nueva subjetividad como trasfondo de una nueva forma de producción y consumo. Porque no se trata sólo de sacar gente de la pobreza, sino de que ellos sean los protagonistas de una nueva forma de vida. De lo contrario, en ese ascenso social se vuelven conservadores y una vez mejoradas sus condiciones de vida y con-

templando siempre su éxito como éxito individual (asumiendo el modelo empresarial), abandonan el proyecto que los sacó de la pobreza. Defender lo logrado, de modo individual o corporativo, se convierte entonces en tierra fértil de un neoconservadurismo.

Si recordamos, las primeras medidas más revolucionarias de la revolución cubana no son económicas sino culturales: la creación del ICAIC (donde aparece la Trova cubana) y la Casa de las Américas. Porque una revolución que no produce al sujeto de esa revolución, inevitablemente fracasa (por eso el “proceso de cambio” en Bolivia se identificaba originalmente como una “revolución democrático-cultural”). En eso se distinguen reforma de revolución. Lo que distingue a una revolución es la proyección de un nuevo horizonte de vida como fundamento de una transformación de las estructuras mismas que sostienen al mundo que se quiere dejar atrás.

Por eso debíamos producir la capacidad de ingreso auto-consciente a una nueva época; pero la colonialidad de una izquierda que, muy a su pesar, reedita la “paradoja señorial”, evidencia la contradicción reinante de un desempeño gubernamental que no se corresponde con los sentidos que se deducen del nuevo horizonte del “vivir bien”; por eso sus apuestas siguen siendo modernas, persiguiendo el mismo desarrollo y progreso que han originado la crisis climática actual.

Ni la izquierda ni la derecha están a la altura de los desafíos del nuevo siglo; por eso la derecha no puede proponer ninguna alternativa que no sea la reposición de la hegemonía del dólar en nuestras economías (lo cual no constituye alternativa alguna ante la decadencia del dólar), tampoco podrían cancelar las conquistas sociales para favorecer a una elite cada vez más inclinada al desmantelamiento estatal como condición sine qua non de su sobrevivencia en la economía global patrocinada por la especulación

financiera. En medio de la actual incertidumbre, a propósito del colapso del dólar y la economía mundial, las elites latinoamericanas carecen de más opciones que no sea morir con el dólar (porque no se trata sólo de una moneda sino de una forma de vida). Persistir en ello es cuestión vital para ellas y eso manifiesta su más acabada colonización.

Lo que viene sucediendo en Argentina es muestra de la urgente necesidad que tiene el dólar de deshacer definitivamente la soberanía de nuestros Estados y sostener sobre nuestros recursos estratégicos las pretensiones de su supremacía global. Por eso cuando nos referimos al fin de siglo, no lo hacemos en los términos de “fin de ciclo”, porque no se trata de un cambio automático ni de una sucesión natural. Se trata de una sintomatología epocal que precisa de la intervención decisiva de los pueblos, aun a pesar de una dirigencia que no reúne las condiciones de una nueva apuesta. No se trata de que lo viejo no termina de morir y lo nuevo no acaba de nacer, sino de que los poderes fácticos han colonizado la *percepción* de los acontecimientos, de modo que produce, hasta en las apuestas de izquierda, una resignada admisión de que lo único posible y deseable son las ilusiones del mundo moderno: un crecimiento sin límites y un desarrollo y progreso infinitos. Vale, para estos, la sentencia que hace Kenneth Boulding: “cualquiera que crea que el crecimiento material infinito es posible en un planeta físicamente limitado, o es un loco o es un economista”.

El capitalismo es imposible sin crecimiento, pero un crecimiento ilimitado o un progreso infinito no sólo es iluso sino suicida, porque lo único que crece, en cuanto acumulación de capital, lo hace a costa de la vida misma. El siglo XX fue el siglo del progreso. Capitalismo y socialismo son hijos de ese paradigma, por eso nunca cuestionan a la sociedad moderna, porque es tam-

bién la sociedad del progreso. Pero esta sociedad es imposible sin fuentes infinitas de energía, es decir, abundante, continua y barata. En un siglo de vigencia de este paradigma, se han producido los mayores daños ecológicos jamás antes experimentados. Persistir en ello constituye la ceguera moderna que abraza también la izquierda, y es lo que no le permite ingresar, de modo consciente, al nuevo siglo.

Un siglo no acaba cambiando de números. El siglo XX ha sido el triunfo del capitalismo, porque hasta la izquierda, a pesar suyo, no fue capaz de superar el horizonte civilizatorio que lo sostenía. Por eso se presenta incluso más moderna que cualquiera, no teniendo en cuenta que modernidad y capitalismo son el entrelazamiento perfecto de una forma de vida que, desde 1492, ha venido destruyendo toda otra forma de vida para aparecer ella como la única posible (así como el protestantismo se presta, de modo más eficaz, a terminar lo que la iglesia católica no pudo, o sea, extirpar la idolatría del corazón del indio; así también la izquierda siempre se afanó en concluir el proyecto de la derecha: acabar con el indio es más eficaz cuando éste renuncia a su propia forma de vida). Para que un nuevo siglo nazca plenamente, se debe reunir las condiciones existenciales que permitan el abandono del siglo pasado. El “fin de ciclo” no anuncia nada nuevo sino la imposibilidad de dejar atrás lo viejo conocido y, de ese modo, conservar a toda costa *un mundo sin alternativas*.

El “fin de ciclo” describe una situación típica que coincide con la retórica apocalíptica del fin de los tiempos; con ello se insiste siempre en la cancelación de toda alternativa posible. El milenarismo actual da lugar a una marcada inacción pertinente a la conservación de lo establecido. Pero la perorata del fin esconde que, con el fin de algo no acaba todo sino más bien empieza algo, y ese algo, sólo puede ser algo nuevo.

Por eso el “fin de ciclo” es más bien otro repetido *ciclo del fin*. El miedo a enfrentar lo nuevo produce la dramática paralización de la contemplación del posible fin de todo. Es curioso cómo el individuo moderno, gracias a su tele-adicción, es capaz de imaginar el más terrible de los escenarios de una catástrofe nuclear, pero es incapaz de imaginar lo contrario; formateado por la estética del desastre, se halla inhabilitado para algo más que no sea la pura contemplación –hasta morbosa– de un fin apocalíptico. Esta inacción produce su despolitización, es decir, su incapacidad de cambiar la fatalidad que tiene enfrente.

Cuando el comandante Chávez dijo que “llegó la hora de los pueblos”, no se equivocaba, pero, como dijo también Fidel, “la revolución sólo será posible cuando el pueblo *crea en sí mismo*”. Es menester que nuestros pueblos vuelvan a *creer en sí mismos*, para superar esta coyuntura. El mundo está cambiando y, en ese contexto, no encontraremos mejor lugar para lograr nuestra definitiva independencia. Ante la amenaza de una conflagración nuclear (pues ya sabe la OTAN que no puede vencer a Rusia, y menos a la alianza China-Rusia, en una guerra convencional), como única opción de reposición de la supremacía del dólar, sólo la movilización del sur puede desencadenar una reconfiguración geopolítica restauradora.

Para dejar de ser periferia hay que dejar de ser *consciencia periférica*. El centro *es centro* gracias a nuestra *transferencia sistemática de voluntad*, ya que seguimos creyendo en su forma de vida y deseando *su* riqueza, cuando es ésta la causa de nuestra miseria. Si hasta en la alimentación ya se sabe que lo más racional es volver a lo nuestro, en economía lo más racional sería producir para reproducir la vida y ya no exclusivamente la ganancia. Eso no produce ricos pero tampoco produce miseria. La crisis climática sólo será resuelta si se restaura el equilibrio sistémico de la naturaleza,

como condición además de restaurar el equilibrio que, como humanidad, hemos perdido en el mundo moderno.

Parte de la restauración de ese equilibrio consiste en no someterse a otro ciclo sino en potenciar lo que habíamos logrado como pueblo: un nuevo horizonte de vida. La humanidad está hambrienta de alternativas, pero eso no nace de arriba sino se construye *desde abajo*. El mundo seguirá siendo el mismo si nuestra *percepción* es la misma, esto confirmará nuestra *condición periférica*; pero si cambiamos de perspectiva, el mundo ya no será patrimonio de la visión de unos cuantos, y lo que parecía imposible se hará posible. Lo más verdadero de los pueblos son sus mitos, la verdadera fuerza proviene de ellos. Porque en ellos se encuentra el espíritu que ha hecho posible su resistencia y es lo que hará posible nuestra liberación definitiva. Por eso ante el anuncio del “fin de ciclo” responderemos con el renacer de un nuevo tiempo.

20 de abril de 2016

La destitución del presidente paraguayo Lugo, tiene un símil con lo que actualmente está sucediendo en Brasil. Ambos casos desarrollan esta nueva modalidad de golpe de Estado en un ámbito mimado por el institucionalismo democrático: el poder legislativo. El “golpe suave” forma parte conceptual de la nueva nomenclatura que originan las llamadas “guerras de cuarta generación”, y sus propósitos se sintetizan en la tarea de desestabilizar procesos de democratización popular (que pretendan restaurar el carácter nacional del Estado), usando, para ello, a las mismas instituciones democráticas; como garantes de la impermeabilidad de un sistema —“democrático”— creado para la fiel administración de la *condición periférica* de nuestros Estados.

Se trata de una reformulación del concepto mismo de “golpe”. No olvidemos que fue USA la más interesada en la recuperación de la democracia en nuestros países (una vez que dismanteló el carácter nacional de nuestros Estados —vía dictaduras de seguridad nacional— y los refundó después constitucionalmente, según el modelo “democrático” que nos impusieron). Este nuevo tipo de “golpe” no altera el sistema democrático porque, precisamente, este sistema está diseñado exclusivamente para funcionalizar al

Estado según las necesidades del capital transnacional; de modo que el “golpe” sucede como una resistencia a cambios estructurales y se genera desde el interior del sistema democrático en aras de su preservación institucional al servicio de intereses foráneos.

Las contradicciones y los conflictos internos —que se desatan auspiciosamente— son funcionalizados para la restauración conservadora del sistema, de modo que, hasta la propia normatividad liberal imperante —garante jurídico del sistema—, forma parte del arsenal argumentativo de resistencia ante cualquier cambio. No se necesita de los militares una vez que las instituciones democráticas se hallan normativamente blindadas para hacerle frente a cualquier iniciativa de transformación estructural. Por eso se trata de un “golpe suave”, porque además el mismo ejército es suplido por una infantería más sutil.

Mediante operaciones psicológicas o “PsyOps” (que el Pentágono define de este modo: “operaciones planificadas para influir en el comportamiento de la opinión pública y gobiernos extranjeros, con el fin de inducir o fortalecer actitudes favorables a los objetivos predeterminados”), se va generando un ambiente de conflictividad y caos en la sociedad y en el Estado. Este ambiente lo generan operadores políticos no convencionales y tienen, como cuartel de operaciones, a los medios de comunicación; siendo estos los que producen, en la opinión pública, la legitimación virtual de un “golpe” que ya no es *golpe*, sino una vuelta a la normalidad. Se trata del *golpe de Estado* perfecto. Porque no golpea sólo la democracia sino la consciencia social. Cuando ya nadie ve, en aquello, un golpe, es porque el golpe ha logrado asaltar nuestra propia percepción de los hechos.

En Brasil esto se hace evidente cuando las imputaciones a Dilma Rousseff, son promovidas y amplificadas por uno de los poderes mediáticos más impresionantes de Sudamérica. O’Globo

del Brasil se constituye, en este caso, en el operador político del “golpe suave”, generando el contexto social para la recuperación institucional de un sistema democrático funcionalizado por la hegemonía del dólar.

La ligazón que une a este grupo mediático y a los grupos de poder (sobre todo empresariales), y a estos con el dólar, son demasiado estrechas. Por ello han venido desatando, de manera insistente, desde la presidencia de Lula, una propaganda negra contra el gobierno del PT.

Mediáticamente se va provocando un rechazo paulatino contra el gobierno, socavando progresivamente su legitimidad, para, de ese modo, en el parlamento y el órgano judicial, se promueva una situación inconstitucional gubernamental y sea respaldada por un apoyo social previamente generado. De ese modo pierde respaldo popular; su propia legitimidad se ve afectada, ya que su imagen, tanto interna como externa, pierde credibilidad. En tales condiciones es que prospera una destitución constitucional, *sin alteración del orden democrático*. De eso trata un “golpe suave”.

El síndrome de la corrupción no es algo extraño en Brasil (como en todos nuestros países), desde que el propio sistema político, ya en pleno neoliberalismo, hace de la corrupción una cultura política. Recordemos que el propio Fernando Collor de Melo es destituido en 1992 por asuntos ligados a la corrupción. Pero en el caso que nos interesa, hay detalles que merecen el análisis. Curiosamente, la popularidad de la presidenta Dilma Rousseff en el Congreso fue mermando, desde que, a partir de 2011, se compromete a realizar una completa “limpieza” en los organismos públicos. Esto constituía una amenaza directa al maridaje entre políticos y empresarios (tradicción que se transmite –por cultura política– a los nuevos actores); pues estos, que son favorecidos con contratos públicos, mediante enmiendas legislativas e influen-

cia política en organismos públicos y empresas estatales, son quienes financian las campañas políticas de los primeros.

Éste es el caso del principal inquisidor en este asunto, Eduardo Cunha. Se sabe que, en el 2011, fue la presidenta brasileira quien pone fin al control corrupto que éste poseía sobre el directorio de la empresa Furnas; esto es lo que le convierte en un acérrimo enemigo de Dilma Rousseff. Es Cunha quien acoge el proceso de “impeachment” el 2 de diciembre del 2015; respondiendo, de ese modo, a la apertura de juicio contra él, gracias a la votación del PT en el Comité de Ética de la Cámara de Representantes.

Añadamos a esto que, el principal aliado de Cunha es el propio vicepresidente Temer; quien, en esta historia, resulta ser el más beneficiado con la destitución de Dilma Rousseff. Tanto Cunha como Temer eran aliados políticos del PT; pero ahora buscan sacrificar a un chivo expiatorio como expiación de toda la corrupción que les ha beneficiado en su vida política. Una muy buena parte del poder de estos personajes proviene del apoyo de toda una red de corrupción que atraviesa toda la cultura política brasileira.

Es decir, el juicio político instaurado contra la presidenta brasileira, no busca acabar con la corrupción sino con quienes se atrevan a denunciarla. Es como poner a todos bajo amenaza. Porque además —reiterando el carácter subordinado y antinacional del sistema político— la corrupción sólo es posible si la propia institucionalidad la permite.

Desde que el neoliberalismo se implantó en nuestros países, no hay posibilidad de socavar los Estados nacionales sin corrupción de por medio. Sólo de ese modo es posible el desmantelamiento del Estado, es decir, sin complicidad local, no sería posible la subordinación estatal. En ese sentido, Temer es el Macri

brasileño. Si, como consecuencia de la destitución de Dilma Rousseff, asume la presidencia su vicepresidente Temer, entonces, como en Argentina, lo más inmediato consistiría en dismantlar todo lo que pudo acumularse en cuanto conquistas sociales y recuperación de soberanía estatal.

El poder económico y financiero de las elites, los únicos beneficiados *residuales* por el neoliberalismo, sólo puede impulsar, como la forma más eficaz de acumular capital, el despojo cada vez más despiadado de la riqueza nacional; para ello, no hay otra forma que no sea el dismantlamiento total del carácter nacional del Estado. Reponer las políticas neoliberales es entonces fundamental para lograr aquello. Pero, para que las elites vuelvan a asaltar el Estado, ya no pueden hacerlo “a la mala”. Tienen ahora que mostrar una *apariencia* democrática.

Por eso los “golpes suaves” pueden prescindir de los militares. Para eso basta el poder mediático, el poder judicial y el parlamento. La desacreditación y el socavamiento de un gobierno necesita de estos actores. Entonces, un “golpe suave” no rompe el orden democrático sino simplemente *lo disciplina* en torno a las prerrogativas de las elites, que no son sino las prerrogativas del dólar y la hegemonía norteamericana. Eso explica el juicio político emprendido contra la presidenta brasileña y también contra el expresidente Lula. Anulando a Lula —porque él sería la próxima figura a proscribir—, podría la derecha brasileña volver a gobernar sin la molesta presencia de un líder capaz de canalizar las demandas populares, que pasa necesariamente por la recuperación de la soberanía nacional.

GEOPOLÍTICA DEL “GOLPE SUAVE” (SEGUNDA PARTE)

13 de mayo de 2016

No fue necesario que los tanques se atrincheraran en las calles, tampoco que los aviones intimidaran los cielos de Brasilia: el ejército podía hacer de espectador de una novedosa forma de golpe que destituía “democráticamente” a una presidenta electa con 54 millones de votos; acusada de un tecnicismo que siempre había sido recurrente en la política gubernamental de Brasil: el “pedaleo fiscal” —término propio del lenguaje político brasileiro—, del cual es acusada, señala el uso de fondos de Bancos públicos (entre ellos, Banco do Brasil, Caja Económica Federal y BNDES) para cubrir programas de responsabilidad social. Eso, a lo sumo, es una cuestión de irregularidad contable.

La corrupción en Brasil es cultura política, institucionalizada por un sistema diseñado para el usufructo de unas elites que hacen del poder político el garante de sus intereses. Éstas hacen, ahora, de Dilma Rousseff, el chivo expiatorio que limpie todas sus culpas. Todo el sistema instituido cierra filas para salvaguardar una lógica institucional que hace de la corrupción la forma misma de acceso al poder político. La señalada, en este juicio político, no

es entonces la corrupción sino la que expone a todos los beneficiados por la corrupción.

Lo grave del golpe es que se lo hace “democráticamente”, sin alteración del orden instituido; es más, ese propio orden propicia la figura del “impeachment” en contra de la soberanía del voto, usando los propios mecanismos legales constitucionales. Es decir, la legalidad imperante desconoce la legitimidad y, de ese modo, descubre que es la propia institucionalidad democrática la que socava su propia gobernabilidad.

Los golpistas justifican la destitución amparados en la propia mitología liberal de la democracia moderna: “el sometimiento al Imperio de la ley”. Esta mitología da lugar al institucionalismo reinante, que aparece como criterio de medición de la democracia misma. Lo instituido se pone por encima de lo constituyente. Desde esta óptica, la democracia aparece como un *orden instituido*, un modelo prescrito al cual se *deben* acomodar todas las expectativas y las demandas populares. En ese sentido, se entiende que no importa la legitimidad, la soberanía del voto, ni la voluntad popular, sino sólo y exclusivamente la defensa de la institucionalidad vigente.

Pero esa institucionalidad responde a los intereses de las elites y hacen que estos prevalezcan en cualquier circunstancia, incluso cuando un gobierno se inclina por un proyecto popular. Por eso la lucidez de nuestros pueblos, en Venezuela y Bolivia, insistieron en la refundación constitucional del Estado. Las mismas constituciones políticas encierran y guardan el misterio de nuestra dominación. Sólo transformando la normatividad liberal de nuestros Estados se podría remover un orden instituido que impone una legalidad al servicio de las elites.

Por eso las críticas a los procesos democrático-populares siempre parten de un institucionalismo a ultranza. Por eso, aun

estando en contra de la democratización del poder y de las reivindicaciones populares, aparecen como “demócratas”; bajo criterios institucionalistas, se presentan los opositores como “los más demócratas”, defendiendo una institucionalidad que consagra los valores liberales (ahora neoliberales) como fundamento de la desigualdad estructural.

Esta institucionalidad “democrática” es pertinente para la reposición neoliberal, porque ha sido diseñada para impulsar y desarrollar el modelo neoliberal. Por eso todos los grupos de poder se amparan en el manto “democrático” de la institucionalidad vigente, desde el parlamento hasta la policía federal (que ya ha presentado imputación contra Lula), desde el poder judicial hasta los grandes medios de comunicación, como O’Globo. Todos defienden un orden “democrático” que ampara el poder que gozan y los intereses que comparten y que, para reponerlo del todo, ya no precisan de los militares sino de la propia “institucionalidad democrática” vigente que ha producido el neoliberalismo.

Lo que está entonces en juego es el propio concepto de “democracia”. Algo que la izquierda no sabe tematizar y, de ese modo, se pierde inocentemente en el laberinto generado por el neoliberalismo. Por eso el “golpe suave” no deja de *ser golpe*, aunque se lo haga constitucionalmente. Si la democracia es lo que está en juego, esto quiere decir que, si una democracia no se *democratiza*, no puede ser democracia en absoluto. Es decir, ninguna democracia, por más perfecta que se pretenda, puede resumirse a un orden instituido.

La incompatibilidad entre un proyecto popular y un sistema “democrático” instituido, instaurado por la burguesía brasileira explica una parte de la destitución de la presidenta Dilma Rousseff; la otra parte es descubierta por la afinidad entre los intereses de la burguesía brasileira y la reposición de la hegemonía del dólar

en Sudamérica. Esta reposición se explica mediante instrumentos conceptuales muy sofisticados que escapan a los análisis convencionales. Los conceptos ortodoxos nunca han servido para coyunturas críticas.

El *golpe* al gobierno de Dilma Rousseff tiene como objetivo deshacer toda inclinación popular que pueda adquirir el Estado; dejar huérfana a la movilización democrático-popular para, de ese modo, reponer el carácter anti-nacional del poder político. Las burguesías argentina y brasilera, en connivencia con el dólar, luchan también por su sobrevivencia en un mundo que ya no es unipolar; por eso, en plena decadencia hegemónica imperial y fieles a un entreguismo hasta genético, y no teniendo legitimidad al interior de sus propios países, pactan con el Imperio: con tal de sobrevivir ofrecen nuestro despojo absoluto a merced del capital transnacional.

La destitución vía golpe constitucional sienta un terrible precedente en la región (no sopesada en su verdadera magnitud cuando ya había sido puesta en acción en Honduras y Paraguay), porque genera una inestabilidad constante y creciente a futuro, atentando a la propia permanencia de cualquier gobierno. Este clima de beligerancia continua es el escenario desplegado por el “caos constructivo” (según la terminología del Pentágono); lo que crea la inestabilidad necesaria para desmoronar nuestras economías y someterlas a nuevos “ajustes estructurales” más despiadados. La corrupción institucionalizada que estructura al poder político, es la apariencia fenoménica de todo un sistema creado contra su nación y contra su propio pueblo.

El próximo paso es imposibilitar un retorno de Lula; Dilma es el primer paso, el definitivo será impedir el retorno de un gobierno popular. Brasil es clave en este asunto, no sólo por ser la mayor economía sudamericana sino por ser parte de los BRICS.

Los intereses que se juegan son poderosos y van más allá del solo contexto nacional. Tiene que ver con la región y el mal rumbo que ha adquirido Sudamérica, según la geopolítica imperial.

A USA le urge reponer su hegemonía y eso pasa por desplazar al ALBA y al MERCOSUR; de ese modo anular cualquier despegue de Brasil como economía emergente. Una apuesta soberana de su economía podría arrastra al resto de Sudamérica a la independencia regional. Con la consolidación de un Medio Oriente más cercano a China y Rusia, y una Europa en pleno proceso de desmoronamiento civilizatorio, sólo queda Latinoamérica para garantizar una hegemonía relativa del dólar, cada vez más vulnerable ante la expansión económica del Oriente. Reponer gobiernos neoliberales es entonces urgente para la geopolítica imperial gringa.

Por eso el “impeachment” no es un episodio sólo local. Tiene que ver con la región y la restauración de la “Doctrina Monroe”. El “impeachment” tiene un antecedente inmediato en Grecia. Así como a la troika, el referéndum que impulsó el pueblo griego le importaba muy poco, así también al Congreso brasileiro, le importa muy poco la soberanía democrática del voto popular que hizo de Dilma Rousseff presidenta. Las repercusiones regionales que suscita el desenlace del “impeachment” no dejan de generar escenarios de conflictividad. El ahora presidente Temer, fiel a una política de austeridad típicamente neoliberal, se propone recortar comedidamente las funciones esenciales del Estado, o sea, desfalcarlo, bajo la retórica de “orden, restauración y confianza”.

El libreto del gobierno de Temer reproduce la misma narrativa redentora de quienes provocan el padecimiento para después ofrecer sus respectivas recetas adictivas. Toda la parafernalia mediática montada, sobre todo, por O’Globo (entusiasta del socavamiento democrático), delata una complicidad operativa con

la escalada conflictiva desatada en Brasil, cuya meta era la destitución de la presidenta Dilma. Esto es lo evidente.

Lo que ya no es tan evidente y es del todo ausente en las consideraciones usuales de las grandes cadenas de información, es lo que sucede en Sudamérica después del *golpe congresal*. Sería el segundo. El primero se produjo en Paraguay, contra el presidente Lugo. En aquella ocasión, la reacción de la UNASUR no tuvo la contundencia necesaria y la destitución de Lugo se hizo efectiva; o sea, ya existía un antecedente que le sirvió al Imperio para medir el tipo de reacción de los países, sobre todo del ALBA.

Algo similar sucede con el secuestro del avión presidencial boliviano en cielos europeos. La reacción de los gobierno de izquierda sudamericanos fue, por decirlo menos, tibia. Ahora que se encuentran debilitados el ALBA, la UNASUR y hasta el MERCOSUR, lo más probable es que la destitución acontecida en Brasil, haga posible desestabilizaciones mayores en la región, reconfigurando un preocupante panorama de incertidumbre política. Venezuela sería el próximo capítulo del “golpe suave” (aunque es dudosa la modalidad brasilera) y con ello asistiríamos a un proceso de desmontaje sistemático de la llamada “primavera democrática” de Sudamérica. Desmontaje que implica efervescencia de la conflictividad continua y creciente. ¿A quién beneficia una situación de tales características?

Aquí ingresamos, inevitablemente, en las consideraciones de carácter geopolítico. Si el afán consiste en desestabilizar Sudamérica, entonces los intereses que se co-implican en esta arremetida contra nuestros procesos, van más allá de las consideraciones estrictamente locales. Lo que se descubre es una urgente re-disposición geopolítica que repone la hegemonía norteamericana en el sur del continente. El presidente Macri compromete un realineamiento argentino con el dólar, no en vano los “fondos buitres”

expresan muestras de colaboración con el nuevo gobierno (nunca se trató de dinero sino de poder). Detrás de todos los episodios locales (en Argentina, Brasil y Venezuela, sobre todo) hay una premeditada ofensiva conservadora de acabar con las conquistas populares logradas hasta ahora. La necesidad que muestra la administración de Obama de reponer la supremacía norteamericana a nivel global, es el horizonte en el que se debate la política exterior del Imperio. Contener a China y Rusia es el imperativo para la reposición de un mundo unipolar con hegemonía absoluta del dólar. Es en ese contexto que se explica la necesidad de hacer imposible la conexión estratégica entre el gigante asiático y el gigante sudamericano.

La capitulación de Brasil apunta a la anulación geopolítica de Sudamérica; su peso económico arrastraría a las demás economías a un callejón sin salida, la dirección que tome Brasil sería fatídica para el resto. Si Venezuela también cayera en manos de un repuesto neoliberalismo, entonces todo aquello supondría el triunfo de una estrategia encubierta en la propaganda mediática anti-gubernamental que crece también –y es preciso decirlo– gracias a los desvaríos de los propios gobiernos de izquierda. En plena decadencia del mundo unipolar, el Grupo de Shanghái y USA se encuentran en una guerra fría no declarada, cuyo campo de batalla, sobre todo financiero, muestra al dólar enfrascado en una lucha por su mera sobrevivencia.

Por eso los nuevos tratados comerciales promovidos por el dólar, polariza una Sudamérica que se desintegra a medida que se derechoiza. Anular geopolíticamente a nuestra región significa aislarla geoeconómicamente; hacerla tributaria definitiva del dólar y, por consiguiente, sin ningún tipo de repercusión global. Si Sudamérica no lograra integrarse al pacífico, entonces no podría desprenderse de la esfera de influencia del dólar, lo cual se tra-

duciría en una más radical reafirmación del carácter colonial de nuestros Estados.

Todos los imperios, sin excepción, saben que los débiles afirman su debilidad cuando actúan aisladamente. Por eso los dividen. La política de balcanización, estrenada en Yugoslavia, es la actualización de ese imperativo; impedir bloques regionales de integración es lo que imposibilita generar procesos de complementación recíproca entre países chicos. Este panorama, ya no tan prometedor, nos enfrenta a una situación de restauración neoliberal en la propia estructura estatal. A lo cual se suma la propaganda mediática, que hace de la corrupción la mecha de indignación social que legitima un retorno de la derecha neoliberal. Los propios gobiernos de izquierda coadyuvan a este retorno desde que diluyen el proyecto —que les había llevado al poder político— en los mismos esquemas de la política tradicional.

La “primavera democrática” de Sudamérica anunciaba la “hora de los pueblos”. Hoy, más que nunca, se hace necesario devolvernos a ese tiempo y reconducir los procesos hacia aquel horizonte que inauguraron los zapatistas: “un mundo en el que quepan todos”. Un *mundo nuevo* frente al “nuevo orden mundial” del 1% de la humanidad. Nunca ha sido fácil para los pueblos, pero, no nos engañemos: cuanto más grandes son los propósitos, también los obstáculos y los desafíos crecen de acuerdo a esos propósitos.

§10 LA COLONIALIDAD DE UN GIGANTE

17 de agosto de 2016

El gobierno *interino* de Temer, en apenas tres meses, viene comportándose, más allá de cualquier interinato, como si se tratase de una presidencia definitiva. Un gobierno *interino* debiera llamar a elecciones; pero todo parece indicar que la presidencia de Temer, que no fue resultado de las urnas, se prolongaría hasta el 31 de diciembre de 2017. La tesis del golpe de Estado, orquestado por el parlamento, el poder judicial y la mediocracia brasilera, queda corroborada por esta pretensión ilegítima.

Lo que sucede en Brasil es la muestra más evidente de cómo lo que cuesta a un pueblo construir puede ser destruido del modo más eficiente. No importa que la popularidad de Temer sea la más baja registrada (incluso más que la adjudicada a Dilma Rousseff, en su peor momento), arrojando un porcentaje del 10% en los últimos sondeos. A la mediocracia brasilera no le importa su impopularidad (no es Dilma ni Lula). Lo que importa son las tareas que le han sido asignadas; por eso para los medios, sobre todo para O'Globo, Temer es el depositario de una legitimidad fuera de dudas (inventada en las pantallas); gracias a ello y por la urgencia de reponer el neoliberalismo en el poder, el gobierno de Temer se ha propuesto un desmantelamiento sistemático de todas

las conquistas populares que se habían logrado desde la presidencia de Lula.

Pero, aun cuando cuenta con el apoyo unánime del poder mediático, como O'Globo, las políticas que emprende su gobierno no despiertan la simpatía, ni siquiera de la clase media, que ya no ven, en este interinato, el remedio que requería Brasil. La economía continua en franco proceso de desmoronamiento, el ya alarmante encogimiento del mercado laboral no da muestras de recuperación, a lo cual hay que añadir el ausente respaldo prometido, en su momento, por el empresariado y el mercado financiero.

Regionalmente Brasil ya no constituye más factor de integración. Su propia importancia geopolítica se nulifica gradualmente; lo cual podría generar dudas sobre su permanencia en el BRICS, pues no se trata sólo de ser económicamente fuerte sino de hacer que esa fortaleza tenga importancia y repercusión globales. Esa es la apuesta que hace, de una economía emergente, actor estratégico a nivel global. China, Rusia e India, se juegan, en ello, su futuro. Frente a la crítica situación económica y financiera actual, y que expone la crónica dependencia de una institucionalidad financiera global al dólar norteamericano, ser economía emergente pasa por asumir el desafío de descentrar la geopolítica del dólar.

Desde Brasil se trata de dismantelar, no sólo la economía brasilera, sino toda posibilidad de integración regional. Ese parece el imperativo que impulsa las políticas que adopta el gobierno interino de Temer. Lo que hace internamente tiene repercusiones regionales. El ejemplo más elocuente es el de su ministro *interino* de relaciones exteriores, José Serra, quien impone un giro a la política exterior de Brasil (que había impulsado Lula), más en consonancia con el conservadurismo de Itamaratí; un nuevo restablecimiento de las relaciones —consideradas estratégicas— con USA, implica, entre otras cosas, el uso de la base aérea de Alcán-

tara, en el Estado nortño de Maranhão. Esto significa permitir el establecimiento de una base militar norteamericana en el propio territorio brasileiro, o sea, concesión de soberanía.

El desmantelamiento institucional que pone en marcha Temer, viene precedido por el despido masivo de funcionarios de carrera de los ministerios más importantes del anterior gobierno de Dilma Rousseff. El caso más preocupante es la probable asfixia del “Sistema Único de Salud”, orquestado por el ministro *interino* Ricardo Barros, y que consistiría en el congelamiento de los fondos públicos destinados a ese “Sistema Único de Salud” que, en casi tres décadas, ha expandido el acceso a 60% de la población (cerca de 115 millones de personas que no gozaban de ningún servicio anterior). El desprecio por la salud pública es el desprecio de las elites hacia los pobres, por eso promueven –bajo la figura de que la salud no es un derecho sino un bien de servicio cotizable en el mercado– un servicio *pobre* para los pobres. La abierta simpatía a la privatización de la salud, que muestra el ministro *interino*, se explica escudriñando su propia carrera política, financiada por empresas privadas de salud.

También es de destacar el desprecio por la educación, cuando el sistema federal de universidades se encuentra en franca bancarrota, sin apoyo estatal que se vislumbre. Se asalta todo lo logrado y se restituye situaciones regresivas que se creía superadas. La doctrina del Estado mínimo vuelve a ser retórica oficial; esto quiere decir austeridad fiscal, o sea, que el Estado se deshaga de toda su responsabilidad social. Pero así mina su propia estabilidad, generando descontento social; por eso se ampara en poderes externos, reafirmando su dependencia crónica en beneficio exclusivo de una elite colonizada hasta el tuétano.

Sobra decir que, de los 81 congresistas que juzgarán a la presidenta ya depuesta, 35 son investigados por corrupción. La

complicidad de un aparato judicial, viciado por los intereses de los grupos de poder, no puede ser más grosera, cuando el mismo presidente *interino* y el núcleo duro que le acompaña, se encuentran también acusados por hechos de corrupción (el mismísimo Temer es acusado de recibir 3 millones de dólares en el caso PETROBRAS, algo que pasa por alto el juez Sergio Moro en su obsesivo empeño por hundir sólo a Lula).

Este núcleo duro baraja cartas, una vez que el 25 de agosto prospere la destitución, y calculan además cuánto les costará negociar, con diputados y senadores, la aprobación de lo que llaman “cambios urgentes y necesarios”. Aquello irá definitivamente en contra de los derechos laborales y el sistema de jubilaciones, para, de ese modo, acabar definitivamente con las conquistas sociales alcanzadas en los últimos años. Para entonces Temer hará conocer qué empresas públicas serán privatizadas. De ese modo, todas las conquistas sociales obtenidas en estos trece años y medio serán totalmente desmanteladas.

Como es ya política explícita de las elites —desde que la troika europea ninguneó el referéndum en Grecia—, los 54 millones de votos que legitimaban a la presidenta depuesta, las conquistas populares, los derechos humanos y el porvenir de toda una nación, son algo que les tiene sin cuidado a la repuesta elite neoliberal en el poder político brasileiro.

Todo esto apunta a una probable desestabilización regional, pues el Brasil de Temer se suma a la Argentina de Macri, y ambos se inclinan por los tratados comerciales que impulsa USA en la región, como el de la Alianza del Pacífico. De ese modo, lo que se vislumbra es el desmoronamiento de la mínima soberanía regional lograda en una década.

Si Venezuela corre la misma suerte, no quedará otra opción que la sobrevivencia unilateral. En tales circunstancias, las

luchas populares quedarán aisladas. Habrá entonces que ser, ya no sólo imaginativos, habrá que aprender a ser estratégicos, en un escenario regional ya no tan atractivo, como lo fue bajo el liderazgo del comandante Hugo Chávez, cuando la integración regional parecía asegurada frente a la fracturada hegemonía imperial del norte.

§11
EL PLAN COLOMBIA:
¿LA NUEVA FISONOMÍA DE SUDAMÉRICA?

24 de octubre de 2016

En “Cien años de soledad” de García Márquez, la guerra es un rumor. Lo mismo sucede en “Pedro Paramo”, de Juan Rulfo. Mientras la guerra les sucede a otros, lo que uno vive tampoco es la paz, por eso el realismo mágico es como la respuesta mágica a una realidad que sucede al margen de uno (no olvidemos que, desde el levantamiento comunero de 1781, Colombia ha sufrido más de dos siglos de guerra). El boom latinoamericano generó también, en la idiosincrasia urbana (mientras el indio está ausente), una suerte de ajenidad con la propia realidad: Macondo y Comala no dejan de ser destinos de turismo intelectual para quien hace de la impotencia conformismo, mientras la realidad sigue un curso fatídico e inevitable. Eso genera la manía de insistir un temperamento urbano: la indolencia. Esa es la tarea que hace de los medios, en la actualidad, un factor determinante en la vida política: produce una sociedad que vive una doble vida. Por eso la vida política no alcanza su plenitud y se legitima la guerra, porque apostar por la paz —lo que significaría apostar por una politicidad plena— implica una renuncia básica: mi paz no puede significar la guerra al otro.

Lo que sucedió en Colombia, con el triunfo del *no* en el referéndum por la paz, retrata, no sólo, la actual insurgencia neoconservadora en el continente, como respuesta neoliberal a lo que se denominó “la primavera democrática latinoamericana”, sino también la insurgencia fatídica del capital en plena crisis civilizatoria del sistema-mundo moderno. Si los últimos procesos de acumulación global tienen que ver, literalmente, con el despojamiento sistemático de vida de la humanidad y la naturaleza, lo fatídico tiene que ver con que esto es imposible sin guerra.

No en vano la guerra es ahora la principal demanda del sector financiero. La guerra es el único escenario que puede garantizarle al capital, en la crónica deflación económica mundial, el crecimiento necesario para su sobrevivencia; pues sin crecimiento económico es imposible el capitalismo. Por eso nos encontramos en una nueva guerra fría, donde la paz resulta inútil para el restablecimiento de un mundo unipolar, con hegemonía absoluta del dólar.

Es en ese contexto que, las implicancias geopolíticas del *no* en Colombia, retrata una inclinación decidida, de parte de las elites, al patrón dólar. Su sobrevivencia implica la guerra, pues se trata no sólo de recuperar su supremacía geopolítica, descalabrada seriamente en Siria y Ucrania (y que, la captura de Mosul y Alepo, parece presagiar una guerra entre USA y Rusia, inevitablemente nuclear), o de reconquistar geoeconómicamente Eurasia (frenar la expansión de China e impedir el ascenso estratégico de Rusia), sino de reponer una condición ineludible del capitalismo: el sistema no lucha por algo particular sino por todo. Por eso un mundo multipolar pone en jaque a la hegemonía del dólar y pone fecha de defunción a la globalización, que exportó el neoliberalismo a todo el planeta.

Sólo un equilibrio de poderes, en un mundo multipolar, con soberanía económica regionales, acabaría con las pretensiones monopólicas del ámbito financiero, centrado —desde el tratado de Bretton Woods, en 1944— en el dólar. La fallida última cruzada de Occidente, en el “gran Medio Oriente”, grafica el encono con que la prensa occidental trata a todo aquel que se opone a la “pax americana” (la suerte de Muammar al-Gaddafi se desea extensiva para Bachar al-Assad y Vladimir Putin). La misma estrategia que opera en Colombia antes del referéndum: exacerbar el odio, inflamar las mentiras, desviar la atención, forman parte del arsenal mediático de las guerras de cuarta generación.

Los analistas mediáticos se convierten en la infantería de esta guerra no convencional. Portavoces incautos de las elites, no ahorran esfuerzos en acudir a elucubraciones interpretativas que ven en el voto por el *no* un supuesto mensaje subliminal, que va desde un voto castigo a la clase política, hasta el rechazo de una paz negociada con las FARC. El famoso voto castigo afirma algo que no hace mella en la política habitual: la usual incredulidad en el sistema político no pasa de ser una nota folclórica. Lo segundo es propio de la mezquindad de la propia elite política, lo que significa no dejar otra opción a los guerrilleros que la guerra, pues no permitir su tránsito a la vida política significa su rendición incondicional, o sea, su muerte. La misma lógica imperial se impone localmente: los rebeldes al sistema no son seres humanos, ergo, no tienen derechos, o sea, no hay paz para ellos. La democracia es sólo posible para los que consiente el sistema, no para los expulsados de ésta.

Pero lo más grave es que democráticamente se generan las condiciones para imposibilitar una convivencia pacífica; eso se genera a partir de un ámbito cautivo por la propaganda mediática, retratado en la propia composición social del voto por el *no*: en

los lugares donde se sufre la violencia, la apuesta por el *sí* es el mayoritario, mientras que el *no* vence en los lugares —sobre todo urbanos— donde la violencia es apenas un rumor televisivo. Es decir, quienes no sufren directamente la guerra, les niegan —“democráticamente”— a las víctimas la posibilidad de la paz.

Los institucionalistas no saben resolver esta aporía: cómo *democráticamente* se puede socavar la propia democracia. Para estos la democracia se reduce a un modelo de funcionamiento perfecto (o sea, divino), donde el voto, como única intromisión humana permitida, legitima un conjunto institucional que se impulsa gracias a un automatismo propio. No en vano este modelo, en USA, llama al gobierno “administración”. Un modelo perfecto sólo admite una administración eficiente. Este tipo de democracia, propia del neoliberalismo, es lo que se impone en nuestros países por la globalización del dólar. Lo que administra es la “perfecta subordinación” política del Estado a las necesidades del capital transnacional. Por eso se trata de un modelo institucional, porque se trata de someter la vida social, cultural y política de los pueblos al sistema globalizado del mercado capitalista (entonces lo divino es la “consagración institucional” de nuestros Estados al dios capital; en consecuencia, aquel institucionalismo no puede sino considerar, a las instituciones y a la ley —que hace posible este sometimiento—, como “sagradas”).

Por eso responde y se resiste, como sistema institucional, a toda experiencia política que pretenda democratizar, o sea, incluir, integrar y amplificar la vida política, sobre todo a los sectores populares (si el voto resume la esencia misma del modelo democrático, lo sucedido en Brasil es antidemocrático, pero el golpe constitucional se realiza *democráticamente* y, en nombre de la “democracia”, desconoce el voto popular). Entonces nos hallamos ante una paradoja, la democracia instituida no se funda en el voto popular, puede

prescindir —como en Brasil— de éste. Pero lo más grave: se puede *democráticamente* votar en contra de todo aquello que hace posible la democracia. Y eso se demostró en Colombia: *se puede votar en contra de la paz*. Si esto es así, la validez democrática se hace inconsistente consigo misma. Esto es lo que delata una merma en la propia concepción que, de democracia, se ha ido constituyendo en nuestros países (incluso en gobiernos de izquierda).

Los análisis superficiales subrayan ciertos favores que, en los acuerdos, se les haría a las FARC; pero no se menciona, por ejemplo, las 10 millones de hectáreas que, en los acuerdos de paz, pasarían a ser devueltas a los campesinos expulsados de sus tierras. Más de la mitad de la tierra despojada es ahora propiedad de latifundistas, terratenientes y ganaderos provenientes del narcotráfico, grupos paramilitares, sicarios y militares (socios del poder político —extrema derecha y grupos empresariales— y únicos beneficiarios del crimen organizado), a quienes nada molesta más que oír hablar de los intentos de revertir la tierra a los campesinos desplazados o de compensar a las víctimas de guerra. Estos partidarios del *no*, son los mismos que boicotearon los acuerdos de paz de 1985. El expresidente Álvaro Uribe es su figura visible y la política que plantean, en su continuo boicot a la paz, es la rendición incondicional del otro bando: Dios ofrece perdón, el capital *no* (política anti-terrorista inaugurada después del auto-atentado a las torres gemelas, en New York).

La paz es el cese de la beligerancia y eso conduce a ceder, pero la derecha colombiana no cede un ápice (muestra de ello son los 7000 asesinatos de militantes de las FARC, en 1985, cuando se pretendía dejar las armas y hacer vida democrática mediante la Unión Patriótica, convertida en la tercera fuerza política). Por eso los acuerdos debían generar garantías, de lo contrario, en la vida civil, todos serían blancos expuestos.

Pero los acuerdos iban más allá de la simple legalización de las FARC. Además de la devolución de tierras, se proponía la autonomía para los campesinos, derechos de género en el agro, erradicación del trabajo infantil, reformas políticas orientadas a fortalecer la participación ciudadana, la fiscalización civil del poder, acceso a los medios de información, políticas de inclusión y reconciliación, sustitución y erradicación de cultivos de drogas, desmantelamiento de organizaciones de origen paramilitar, etc., etc.

No se trataba sólo de un acuerdo de cese de la guerra, sino de una insólita propuesta de transformación nacional; algo que muchos han señalado como una especie de “milagro del entendimiento y el diálogo”. Pero es precisamente este tipo de milagros políticos lo que no puede permitir la beligerancia de un sistema decadente que, para sobrevivir, no consiente otra opción que la extensividad del conflicto y la amplificación del “caos constructivo”, según la nomenclatura de las guerras de cuarta generación.

Lo que sucede en Colombia retrata la connivencia de las elites con la geopolítica del dólar en nuestro hemisferio. El “Plan Colombia” de exportación (como el “Plan Mérida”) es ahora la estrategia geopolítica de convertir a nuestros países en Estados fallidos. Que los debates, entre Clinton y Trump, no toquen el tema Latinoamérica, no desdice esta aseveración; pues la planificación que los think tanks gringos hacen de su política exterior, muestra hasta qué punto su “backyard” es sustancial para sus pretensiones hegemónicas.

La actualización más decidida de la doctrina Monroe está fuera de duda; lo cual supone estrangular toda posible integración regional y someter nuestras economías a los tratados comerciales impuestos por USA. La sobrevivencia del dólar está en juego, sobre todo con la promoción, de parte de China, del Banco de Inversiones de Infraestructura del Asia, y de la aceptación del FMI

del yuan como divisa mundial. En medio de esta guerra financiera, la convivencia espuria y adúltera entre el dólar y las oligarquías latinoamericanas, muestra hasta qué punto se halla seriamente comprometido nuestro destino en la nueva fisonomía del tablero geopolítico global.

Las oligarquías locales (al son de la receta colombiana) se brindan a generar escenarios propicios para anidar caos y conflicto para, de ese modo, hacer legítimo un asalto decidido del dólar y una reposición definitiva de la hegemonía gringa (por lo menos continental), asegurando a Latinoamérica como el área inmediata de influencia gringa, frente a la más que posible expansión de China y Rusia hacia Occidente. USA se recompone a costa nuestra, usando toda la institucionalidad que ha creado el neoliberalismo para socavar la democracia en nuestros países. Balcanizar nuestra región ya no es impensable desde que el “gran Medio Oriente” se escapa de la influencia gringa y se inclina más hacia Rusia y China; con el aditamento del distanciamiento de Turquía y la recuperación estratégica de Irán en el contexto regional.

Frente al inminente desplome de la Unión Europea, después del “brexit”, que daría lugar al desmantelamiento de todo el sistema institucional, post segunda guerra mundial, que había sido creado para hacer de Europa un actor estratégico en la geopolítica mundial, Sudamérica podía haber aprovechado esa situación para promover una nueva arquitectura institucional económico-financiera, para descentrar definitivamente la economía mundial. Pero nuestros gobiernos de izquierda no supieron trascender su provinciana perspectiva histórico-política, todavía presa del siglo XX; su eurocentrismo no les permitió situarse, de modo original y novedoso, en esta transición civilizatoria del siglo XXI; la *colonialidad subjetivada* de sus líderes les hizo perder la gran oportunidad de constituirse en referentes de un cambio epocal.

La “Alianza del Pacífico” no triunfa sólo por cuenta propia, sino por la inoperatividad y falta de impulso decidido del ALBA; por confiar la estabilidad económica a la macroeconomía, se potenció al sector financiero y alternativas como un MERCOSUR más nuestro, dejaron de serlo; por ausencia de visión geopolítica multipolar, la UNASUR dejó de tener importancia regional. Ni Brasil supo estar a la altura de su condición de economía emergente y parte de los BRICS, para liderar una apuesta de independencia regional. El único lucido en esta historia fue el comandante Hugo Chávez, quien incluso, se puede decir, sacrificó la estabilidad de su propio país en aras de consolidar una integración hemisférica, no supeditada a la hegemonía imperial. Su lección era clara y coherente con su visión bolivariana: Sudamérica sólo será un *actor estratégico*, a nivel global, si su liberación es conjunta y unificada.

El concepto de “North-America ampliado”, propuesto por el Council of Foreign Relations, manifiesta la geopolítica de los “halcones” o neo-conservadores straussianos (muy cercanos a Hillary Clinton), donde se prioriza no sólo nuestros recursos en hidrocarburos para impulsar la hegemonía del dólar, sino también los acuíferos de la cuenca del Orinoco, el amazónico y el guaraní y toda la biodiversidad cautiva de los business (desde el turístico hasta el energético). Reponer la supremacía gringa en el hemisferio es sólo posible *anulando geopolíticamente* a Sudamérica.

Esto es lo que se advierte en la negativa a la paz por parte de la oligarquía colombiana. Es parte de la nueva estrategia geopolítica que propone el Pentágono para América latina. Manternos en conflicto es la mejor manera de control que pueda desplegarse en la región. Porque, además, la composición orgánica del capital que ostentan las nuevas elites tiene origen espurio, proveniente de actividades ilícitas, ligadas a la corrupción y al

desfalco estatal, también del narcotráfico y del crimen organizado. Por eso se entiende el interés que manifiestan por la sobrevivencia del dólar. Toda la riqueza despojada de nuestros países se expresa, en los paraísos fiscales, en dólares (no es entonces de extrañar que los garantes impongan compromisos a sus clientes). Las actividades ilícitas son ahora el componente orgánico mayoritario en las finanzas mundiales, por eso no interesa la paz. Porque lo que se defiende no se nutre de lo que promueve la convivencia pacífica sino todo lo contrario.

A esto hay que añadir el hecho de que la acumulación de riqueza es cada vez más grosera y sucia, generando un socavamiento moral que atraviesa a la misma sociedad. Por eso no es rara la apuesta urbana por el *no* a la paz. Los gringos lo tienen muy claro: nuestra estabilidad, que es nuestro comfort, lo debe pagar el tercer mundo. La paz es inútil en un mundo conquistado por el negocio hecho forma de vida; si lo útil es lo que genera ganancias, entonces todos nos hallamos en una guerra no declarada donde compiten las ganancias, entre la vida y la muerte de la humanidad y la naturaleza. La beligerancia militar no es más que el reflejo de un mundo en guerra.

La activación de la Cuarta Flota gringa tiene ahora una triangulación perfecta para el control de Sudamérica (Colombia, Perú y Chile garantizan el pacífico): a la base aérea de Alcántara, en el Estado norteno de Maranhão, en Brasil, hay que sumar ahora las Islas Malvinas, en el atlántico sur (ni Temer ni Macri dicen nada al respecto). Controlar los recursos estratégicos que sostendrían la reposición de la hegemonía gringa, requiere de la fuerza militar; si se balcaniza nuestra región, el desplazamiento bélico, bajo el nuevo rótulo de “ayuda humanitaria”, sería inmediato.

En ningún país la elite conservadora propone algo que no sea la reposición neoliberal (algo ya tan anacrónico en la propia

Europa), lo que significa dismantelar el carácter social del Estado y cancelar todas las conquistas populares, lo que nos llevaría al conflicto y al caos; pero lo más preocupante es que los gobiernos de izquierda, si bien se declaran anti-neoliberales, no promueven un post-neoliberalismo y menos un post-capitalismo.

Atrapados en un socialismo de manual, insisten en ver al capitalismo como la etapa desarrollista previa para revolucionar las fuerza productivas. Esto hace que reafirmen un sistema normativo que es el corazón mismo de una economía que no puede ser otra cosa que lo que es. En este contexto, sólo los pueblos podrían redireccionar un fatídico desenlace y recuperar el horizonte popular que había desatado tanta esperanza en esta transición civilizatoria. No se trata sólo de declarar a Sudamérica un continente de paz. Si el “Plan Colombia” es la nueva fisonomía pensada para la región, oponerse a la guerra no puede ser sólo una cuestión declarativa. La misma “democracia” queda en entredicho cuando sus “mecanismos” sirven muy bien para socavar la propia vida en democracia. El neoliberalismo no sólo refundó nuestros Estados (para beneficio del capital transnacional) sino también transfiguró la democracia que habíamos recuperado. La propia cultura política que impuso (basada en la corrupción) es lo que imposibilita cambios estructurales. Si no es posible la vida, en justicia y dignidad, tampoco es posible la paz.

§12
HACIA UNA GEOPOLÍTICA
DE LA “DIPLOMACIA DE LOS PUEBLOS”

26 de marzo de 2017

Toda reconfiguración en el tablero geopolítico global obliga a una re-conceptualización de los *términos de integración* en la nueva fisonomía planetaria que diseña un “nuevo orden mundial”. *Integrarse* no quiere decir capitular sino tasar en qué medida se asegura soberanía, administrando del mejor modo posible los grados de dependencia que se hereda y se adquiere en una distribución mundial de funciones. Un “nuevo orden mundial” impone nuevos equilibrios, los cuales evidencian un reemplazo de poderes y, concomitantemente, una nueva distribución de las áreas geoestratégicas, que hoy en día tiene que ver —de modo más apremiante— con el acceso, explotación y distribución de los recursos energéticos.

En ese sentido, para entender un nuevo contexto, se requiere de un nuevo marco de interpretación geopolítica que pueda proporcionarnos una perspectiva estratégica en la nueva disposición del tablero global. En ese contexto es que precisamos afinar conceptualmente lo que todavía, de modo retórico, aparece como “diplomacia de los pueblos”. La nueva objetividad que han constituido los procesos populares (no tanto los gobiernos)

nos encomiendan la tarea de pensar y tasar las posibilidades de *irradiación del poder estratégico* que emerge de una nueva cosmovisión alternativa al paradigma hegemónico (aunque ya en plena decadencia) de la visión anglosajona de las relaciones internacionales.

En ese sentido también debemos reconstituir el concepto de geopolítica; consecuentes con una descolonización en el ámbito de la producción de conocimiento, conviene aclarar cómo esto acontece en la geopolítica. Por lo general se entiende a esta dimensión, la geopolítica (infrecuente en las ciencias sociales), como la lectura política del espacio geográfico. Pero las generalidades ayudan poco; pues con definiciones laxas no se puede impulsar, de modo clarificado, apuestas políticas concretas. En el caso de la geopolítica esto es inexcusable, pues es cuestión de vida o muerte; porque se trata siempre de sobrevivir, de modo estratégico, en un nuevo diseño global. Entonces establezcamos, de modo sugerente, una aproximación más explícita al contenido del concepto que requerimos, de modo urgente, en esta transición civilizatoria.

Con la decadencia de Europa y USA y, con ellos, con el desplome paulatino y sistemático del paradigma de vida moderno-occidental, conviene proponer-nos alternativas, que empiezan teóricamente en el campo epistemológico y concluyen prácticamente en el ámbito político. Cuando se critica al socialismo del siglo veinte, curiosamente, no se explicita algo que concierne de sobremanera a la reflexión geopolítica: no se puede ofrecer un diagnóstico real del mundo que vivimos con categorías provenientes del siglo pasado (que responden a un orden ya fenecido), más aún si estas categorías corresponden a la cosmovisión imperial (donde los países pobres desaparecen de toda consideración).

El por qué la geopolítica es un asunto de suma importancia para el centro del mundo, pero no así para la periferia, muestra el grado de capitulación hasta epistémica que protagonizan las elites (políticas e intelectuales) de nuestros países. Porque básicamente en la dimensión geopolítica es donde se evidencia la *clasificación antropológica* que presupone la dicotomía *centro-periferia*, como la formalización cientificista del racismo metafísico moderno, sintetizado en la primera dicotomía moderna: civilizado-bárbaro, o sea, superior-inferior.

Esa dicotomía es lo que hace posible al sistema-mundo moderno. Sin esa dicotomía, de carácter desigual, no tiene sentido la administración jerárquica, racializada y estructuralmente injusta de la centralidad europeo-norteamericana por sobre el resto del mundo. Pero ahora nos enfrentamos al desplome de ese orden, impuesto por esa centralidad. El desplome se inicia el 2001, cuando el mundo unipolar proclama la “guerra contra el terrorismo”, inaugurando el reino de la propaganda mediática o mediocracia, como parte sustancial de las guerras de cuarta generación (conocida en la actualidad como “el mundo de la post-verdad”) que profetizaba un supuesto “choque de civilizaciones”, no siendo otra cosa que una guerra declarada de la globalización contra la humanidad y el planeta.

Los incautos todavía hablan y se empeñan en formar parte de algo que ya no existe. La globalización feneció el 2008 y las plataformas políticas de Trump, Marie Le Pen y Theresa May, por ejemplo, así lo confiesan. Los líderes conservadores de USA, Francia e Inglaterra, muy a su pesar, declaran que sus propias economías son la prueba fehaciente que el neoliberalismo fue un proyecto globalizador que tenía un único destinatario: el capital financiero transnacional (que necesita la subordinación de los Estados para hacer posible su reinado). Lo que la globalización

neoliberal hizo al resto del mundo, se volvió contra ellos; por eso ahora sus estrategias –entre ellos el propio Henry Kissinger– diagnostican un posible retorno a la situación que imponía el famoso tratado de Westfalia, de 1648, donde se proponía un equilibrio entre potencias, una vez desmantelado el Imperio español. Eso significa una recuperación del concepto de soberanía y un equilibrio pactado de poderes; porque lo apremiante en la situación actual es que un conflicto entre regiones puede ser más letal que una lucha entre naciones. Lo que no se atreven a decir es que la cosmogonía geopolítica del primer mundo ya no goza de legitimidad mundial y que la propia sobrevivencia de sus Estados depende, muy a su pesar, de la ya iniciada des-globalización.

Esto remata con lo siguiente: lo que no atina a entender el fenecido G-7, es que su propia “racionalidad” económica es lo que ahora socava sus propias economías. Era de esperarse, por la lógica propia del capital, expuesta en la doctrina desarrollista que impulsaron en todo el siglo XX: el capital muere si no crece infinitamente, pero crece a expensas de todo el ámbito finito en el cual se desarrolla (como el cáncer, vive succionando vida ajena y, cuando muere, es porque acaba con todo el entorno que hace posible su existencia). El problema actual es precisamente ese: cuanto más se insiste en salvar al capital financiero, los Estados hipotecan todo lo que tienen y, en consecuencia, se intensifica la muerte de la humanidad y el planeta.

Por eso la Unión Europea, por ejemplo, se encierra en una suerte de sobrevivencia resignada, sin capacidad estratégica de sus Estados, porque ya es indiscutible que la “sociedad del progreso infinito”, bandera de la modernidad que ahora la proclama el poder financiero, no es posible para todo el mundo, incluida Europa (sólo para el 1% rico del planeta que ahora sacrifica a sus propios países en su afán de concentrar más riqueza, es decir, intensificar

un desarrollo que beneficia sólo al ciclo acumulativo-concéntrico del capital financiero).

Los recursos no son infinitos y, por lo tanto, no es sostenible (ya a mediano plazo) el ritmo de la economía mundial. El 1972, con el “Informe del Club de Roma: *Límites del Crecimiento*”, ya se tenía conciencia de aquello; pero el despojo acostumbrado que hacen los países ricos al tercer mundo, era la *base de confianza* que hacia estable el desarrollo del primer mundo. Pero eso tiene un límite y eso es precisamente lo que se desata con la crisis climática: un crecimiento ilimitado o un desarrollo infinito es insostenible para la condición *finita* de los recursos. Ser consciente de esto supone concebir *otra racionalidad económica*, cosa que no pueden hacer los beneficiados del despojo sistemático del capital a la humanidad y la naturaleza.

En este panorama, nada halagüeño, es que se desata la crisis financiera y la actual guerra fría de divisas (todo se trata de sobrevivir, lo que parecía lo más seguro es ahora lo más inseguro, como el dólar); acolchonadas por el poder disuasivo del poder nuclear de las potencias beligerantes en esta nueva reconfiguración geopolítica global (la desgracia de la administración Obama —que fue, en muchos casos, más trumpista que el propio Trump— fue lanzar a Rusia a los brazos de China; pues las sanciones económicas promovidas por USA y acatadas por Europa, ocasionaron un pacto estratégico entre estas nuevas potencias emergentes: mientras China le brinda a la economía rusa el colchón financiero del yuan, Rusia le brinda energía y cobertura nuclear a la economía china).

Una vez fenecido el mundo unipolar y la implosión de la cosmovisión anglosajona del mundo (no sabiendo leer de modo adecuado la emergencia de países catalogados como “inferiores” por la miopía prejuiciosa del occidente moderno), los trastornos

en el tablero de las áreas de influencia estratégica, están configurando la nueva geometría de un mundo tripolar. Que ya no es más occidental sino “post-occidental” (y eso lo dice hasta el canciller ruso Serguei Lavrov, en la última “Conferencia de Seguridad de Munich”, en febrero de este año).

Lo que debiera haber sido una reconfiguración multipolar más equilibrada, acaba circunstancialmente en la repartición inevitable de las más conflictivas áreas de influencia estratégica entre Rusia, China y USA. Europa deja de ser actor estratégico y deberá optar por arrimarse al más fuerte (China), como hace Gran Bretaña con el brexit (aunque, como es costumbre en la pérvida Albión, jugar siempre a dos bandos parece ser lo más rentable, pues la “City” no deja de coquetear con el dólar). Este contexto abre la posibilidad, no siempre presente, de una apuesta soberana en medio de un recambio en el equilibrio de los poderes globales.

Lo que debiera haber constituido ya no la implantación de un mundo multipolar sino la promoción estratégica del concepto de *cero-polaridad* (cuando el ALBA, la CELAC y la UNASUR estaban en su mejor momento, en tiempos del presidente Hugo Chávez), ahora nos encuentra en un momento de definiciones estratégicas que, de no ser realizadas, corremos el riesgo de quedar, otra vez, anulados en este nuevo tablero geopolítico global. La *cero-polaridad* quería indicar la posibilidad de que ninguna potencia pueda decidir, de modo unilateral, la suerte de un país chico (lo cual suponía la integración mediante bloques regionales de carácter horizontal). El reequilibrio de esta nueva disposición podía generar las condiciones para dismantelar la geografía política imperial impuesta por Occidente, es decir, el fin de la disposición *centro-periferia*.

Sólo en esas condiciones sería posible un proceso de integración de la economía mundial en condiciones mínimas de igual-

dad. Pero ello no es sólo resultado de un nuevo diseño cartográfico sino la consecuencia lógica de un sistemático *descentramiento epistémico* que debiera producir la *periferia* en sí misma: mi posición en el mundo depende siempre de la narrativa que adopto. La narrativa imperial, es decir, la cosmogonía anglosajona, es el contenido del diseño global que le sirve a Europa primero, luego a USA, para hacer del mundo su *periferia eterna*.

Si la visión que tiene de sí la periferia se inscribe dentro de los marcos interpretativos que impone la narrativa imperial, entonces podemos hablar de lo que se conoce como “colonialidad del poder”; con el siguiente aditamento: la *cesión de poder* que hace la *periferia* es una *transferencia de soberanía que valoriza de modo exponencial* la centralidad del *centro*. Esta dialéctica sostiene al desarrollo, por eso los índices de crecimiento *no son nunca figuras autónomas* sino supeditadas a las prerrogativas y necesidades del capital global. En ese contexto, toda apuesta desarrollista de la periferia, no hace más que *transferir valor exponencial* al *centro*, ofreciéndose siempre como base material de un sistema económico mundial concéntrico, que necesita producir desigualdades crecientes para afirmar la lógica acumulativa del capital global (que no es la suma de los capitales nacionales sino el *despojo sistemático* de estos por el *centro*).

Esta revisión histórico-epocal es la que da pie a las consideraciones metodológicas de la reconstitución del concepto de geopolítica. No es lo mismo una geopolítica imperial que una geopolítica de los pueblos empobrecidos del sur global. En este sentido, una re-conceptualización de la geopolítica tiene que ver con la *descolonización del concepto*. Siendo siempre el contenido del concepto la historia contenida, lo que el concepto hace inteligible es lo potencial que adquiere un proyecto histórico determinado; de ese modo, el concepto comprime y sintetiza una forma de vida

en tanto *proyecto de vida*. En tal caso, se puede afirmar que, el esclarecimiento del *proyecto de vida* (siempre político) que encarna un pueblo determinado, es lo que establece los criterios de interpretación que le permite *determinar* su lugar en el mundo. Este grado de autoconsciencia es lo que hace de un pueblo sujeto histórico.

La visión imperial impone su geopolítica por *legitimación vertical*, es decir por dominación. Eso es, por ejemplo, la “Doctrina Monroe”, que se hace hegemónico recién desde 1870, por impulso de las elites gringas (una vez acabada la guerra de secesión). Nace en 1823 como reacción al ideal integracionista bolivariano de la Gran Colombia, es decir, es beligerante de principio y busca deshacer toda posible independencia de los nuevos países sudamericanos. Una geopolítica pensada desde los pueblos no puede proceder por *legitimación vertical*, pues esto minaría su base democrática. Sólo puede establecerse un proyecto popular por *legitimación horizontal*; esto quiere decir que, una política de Estado, como consecuencia de una *doctrina estatal*, es sólo real (o sea, posee un alto grado de legitimación), si tiene como fuente de irradiación un horizonte popular, y esto como constitutivo de una ideología nacional (que hace de lo propio contenido político). Ni la derecha ni la izquierda parten de esto, por eso actúan más como agenciadores de visiones universalistas (en el fondo euro-gringo-céntricas) que no hacen más que preservar la *condición periférica* de nuestros países.

Entonces, pensar una geopolítica en la transición civilizatoria actual y la emergencia de los pueblos del sur global, implica *descentrar* la visión anglosajona y su cosmogonía moderno-occidental. Que el primer mundo haya dejado de ser *centro* significa su desplazamiento dirigencial a nivel mundial, esto conlleva al desmantelamiento de todo el sistema institucional global creado post segunda guerra mundial para asegurar el orden impuesto

por el dólar y su cosmovisión, y esto arrastra, inevitablemente, la decadencia cultural y civilizatoria del mundo moderno. En tales circunstancias, frente a la orfandad utópica en que ha devenido el primer mundo, la periferia se halla ante la posibilidad de proponerse un desacoplamiento de su *condición periférica*, lo cual pasa por interpretarse de otro modo, es decir, de proponerse una nueva narrativa histórico-global que le permita recuperar su lugar en la historia y decidir soberanamente un lugar en la nueva fisonomía del “nuevo orden mundial”.

Una geopolítica descolonizada entonces puede ser pensada como la reflexión estratégica que tematiza las posibilidades de acción, despliegue, influencia e *irradiación del poder popular*. Es una reflexión estratégica porque el poder *es estratégico*; no se agota hacia adentro sino que se expande siempre; resignificando y enriqueciendo la potencia popular impulsora que contiene. La administración de éste su carácter expansivo es lo que determina el acento *estratégico* de ese tipo de reflexión. El concepto de *poder popular* quiere destacar la recuperación de la fuente soberana del poder, el pueblo, es decir, recuperar el poder no como propiedad, sino como *facultad* de un pueblo que se constituye en sujeto histórico.

Lo que piensa la geopolítica dominante es la administración del poder en cuanto dominación, es decir, como propiedad privativa de una expansión instrumental, por eso, en esos términos, la geopolítica es estratégico-instrumental. Frente a ello oponemos el carácter *estratégico-crítico* de una reflexión geopolítica *desde* los pueblos.

A estas alturas, ya no se puede proponer emancipaciones de carácter local o particular. Los imperios *nunca pensaron localmente*, pero sí imponen a los vencidos una visión particularista, porque el vencedor impone su orden, y en él, los vencidos son arrinconados y divididos en una suerte fragmentarizada. Las grandes potencias

pueden pelear sus cuotas de poder de modo unilateral, pero los países chicos no. Estos requieren una visión conjunta en el largo plazo, que haga de su diversidad *potencia estratégica*. Desde esa necesidad es que la “diplomacia de los pueblos” se nos presenta como el núcleo organizador de un nuevo horizonte en el ámbito de las relaciones internacionales y, en consecuencia, de una nueva geopolítica.

El carácter irradiador del *poder estratégico de los pueblos* es lo que puede constituirse en el componente máximo potencial de una nueva apuesta integracionista, que pasa por el desmontaje conceptual de las categorías coloniales de, por ejemplo, Latinoamérica. Siendo producto de la influencia francesa, las emancipaciones criollas y mestizas (que acaban con los procesos de independencia) son quienes abrazan este horizonte “latino”; pero éste encubre y desconoce lo que hizo posible a ellas mismas: las *re-vueltas* indígenas. Sólo desde este componente es posible recuperar una visión de conjunto, pues de lo contrario, seguimos en una suerte de encubrimiento de una parte esencial de nuestra propia identidad.

La “diplomacia de los pueblos” quiere recuperar el carácter *estratégico-irradiador* de la resistencia indígena, actualizando, en este cambio de época, lo que podría constituirse en una alternativa civilizatoria ante la orfandad utópica en que se halla el mundo entero. La “diplomacia de los pueblos” trasciende la propia legitimidad de nuestros Estados, mostrando su carácter aparente, porque su sostén no proviene de una *legitimidad horizontal*, por ello mismo su poder es colonial, porque sólo se asume como la administración eficiente de sus recursos para el beneficio del capital y el mercado mundial. Se trata de una perspectiva *desde abajo*, desde los verdaderos productores, que en el concurso estatal no hallan posibilidades de potenciar la forma de vida que presuponen y que

está íntimamente ligada al circuito de producción y consumo tradicional, que hoy en día se manifiesta como una de las condiciones para enfrentar la crisis climática.

Desde esta perspectiva, se presentan nuevas posibilidades de integración que podrían restaurar una realidad fragmentada como la latinoamericana. Hay que recordar que Latinoamérica aparece como categoría geopolítica no sólo como una diferenciación de la esfera anglosajona triunfante del norte (en la guerra contra España) sino de la señalización subalternizada que adoptan nuestras elites, una vez que la Europa del norte ha despachado a España fuera de la “civilización” (con de Pauw, “en los Pirineos empieza el África”, o sea la barbarie).

Recuperar nuestro lugar en el mundo no pasa por la adaptación resignada a las condiciones impuestas por el centro, pues si lo que impone es *su* orden, es decir, *su* cosmovisión, lo que impone, en definitiva, es una inversión: toda relación es de dependencia, el *centro* depende de los recursos energéticos de la *periferia*, así como la *periferia* depende de los recursos financieros del *centro*; pero la visión del *centro* que adopta la *periferia* hace que la dependencia del *centro* se haga independencia y la dependencia de la *periferia* sometimiento; es decir, tanto la independencia como la dependencia son, en última instancia, subjetivas, porque es el tipo de relación que adopto subjetivamente, lo que define mi condición. Por eso, si la *periferia* persiste en mirarse *desde* los ojos del *centro*, está condenada a ser siempre *periferia*.

Una geopolítica de la “diplomacia de los pueblos” reflexiona estratégicamente sobre las posibilidades de integración en términos ya no mercantiles o exclusivamente comerciales, sino económicos, culturales, históricos y hasta espirituales, teniendo como base integracionista las lógicas de *complementariedad* y *reciprocidad*. La confluencia de experiencias histórico-culturales supone

también la restauración de sistemas de vida en franco proceso de descomposición comunitaria. Por ello también sostenemos que la respuesta más racional a la crisis climática, ocasionada por la civilización petrolera y el sistema económico del capital, es la restauración del equilibrio sistémico de la PachaMama, como condición para restablecer su capacidad reproductiva; esto significa la reposición del circuito simbiótico que establecen ser humano y naturaleza, o sea, su reconsideración en cuanto sujeto, es decir, Madre, cuyos derechos no pueden ser violentados por una producción que vulnere su equilibrio propio.

La institucionalidad global y regional imperante moderno-liberal (pertinente a la disposición *centro-periferia*), a la cual responden y se deben nuestros Estados, no sirve para promover estas iniciativas; por eso los circuitos diplomáticos alternativos deben fluir por otros medios (que no son tomados en cuenta por los Estados); los cuales son los que podría aprovechar una “diplomacia de los pueblos”. El dialogo horizontal que presupone esta diplomacia se presenta ya, de hecho, en los corredores geográficos de inter-relación cultural que trasciende fronteras, mediante micro-circuitos de intercambio recíproco (aunque cada vez mínimos, todavía presentes). Se trata de potenciar esos corredores para hacerlos geoestratégicos, en un nuevo diseño geocultural que promueva la integración de nuestros pueblos. Por eso el concepto de Abya Yala se nos presenta como lo más pertinente para generar estrategias integracionistas en pos de unificar a la región frente a la nueva reconfiguración geopolítica global.

Diseñar una cartografía paralela de integración regional entre pueblos, serviría también para minimizar los acentos beligerantes que los Estados podrían adquirir en la competencia de capitales locales (supeditados siempre al capital transnacional). Por lo general, la integración se ha entendido –dentro de los marcos

liberales— como un intercambio de intereses puramente comerciales, cálculo que las oligarquías locales promueven al amparo de las estipulaciones que dictamina la geografía política del capital transnacional. Pero esto no produce integración sino la conformación neocolonial de “protectorados económicos”.

La “diplomacia de los pueblos” no significa la negación de nuestros Estados sino la constatación de los límites históricos del concepto de Estado moderno-liberal en esta transición civilizatoria global. Una “diplomacia de los pueblos” apunta a una resignificación de nuestros propios Estados. Nuestros Estados son la cara colonial de la modernidad; asumen, de principio, apenas una independencia formal, estancada en una estructura racial clasificatoria que organiza, de modo estructural, una sociedad basada en la desigualdad como motor de su desarrollo (por eso, no es el subdesarrollo la imagen del pasado sino del futuro al que conduce el propio desarrollo). La sociedad moderna es constitutivamente productora de desigualdades crecientes; por eso la disposición geopolítica *centro-periferia* (desarrollo-subdesarrollo) es la dicotomía establecida por la conquista como *clasificación naturalizada*, donde la apuesta desarrollista no hace sino subdesarrollar a la *periferia* en esa constante *transferencia de valorización creciente* hacia el centro del mundo.

Los Estados deberán resignificarse inevitablemente en la transición civilizatoria a la que tiende del mundo. Quienes adquieran mayor grado de consciencia en ese proceso, tendrán mejores condiciones para aprovechar la nueva reconfiguración global. El sur global, después de 500 años, se encuentra en un contexto nada despreciable. Si no tomamos la iniciativa, las potencias beligerantes, que también sopesan sus posibilidades de vigencia estratégica, no harán sino moldear el mundo a sus intereses. Pero, si era cierto aquello de que ha llegado la hora de los pueblos, entonces de esta

parte del mundo tiene que nacer el horizonte de alternativas que alimente a un mundo hambriento de esperanza.

§13
GEOPOLÍTICA DEL SENTIDO COMÚN:
¿POR QUÉ TRIUNFA BOLSONARO?

30 de octubre de 2018

La ecuación categorial *centro-periferia* no describe únicamente la geopolítica objetiva sino también la estructura propia de la subjetividad moderna. Esto significa que, por la propia *naturalización de las relaciones de dominación* que desarrolla el mundo moderno, la *clasificación global centro-periferia* constituye también y, sobre todo, *sistema de creencias* en la propia subjetividad de los individuos. Esto quiere decir que, es en el propio sentido común, donde se realiza la cosmogonía que origina el sistema-mundo moderno; de ese modo, una “geopolítica del sentido común” ya no trata la descripción de una espacialidad jerarquizada sino cómo esa espacialidad *coloniza* la subjetividad y se *naturaliza* en cuanto sentido común.

Esta es la especificidad de la *colonialidad moderna*, pues su más alto grado de objetividad no se encuentra en lo objetivo de la realidad sino en la subjetividad como productora de objetividad; esto significa que el mundo moderno –y el capitalismo, como la expresión económica de la modernidad– puede ahora desarrollar sus posibilidades, del mejor modo posible, como la pura proyección del horizonte de expectativas de los individuos.

Se *naturaliza la clasificación global centro-periferia* como lo deducido de una previa *clasificación antropológica racial* que actualiza, en términos modernos, un viejo dogma de fe aristocrático-imperial: “no todos somos iguales”. El hasta dónde se admite la igualdad es lo que establece las fronteras de lo que se acepta como humano. Gracias al racismo, aquellas fronteras hacen geopolítica, es decir, configuran dónde hay seres humanos y dónde bárbaros, o sea, el mundo no sólo se divide en norte y sur sino que aquello significa rotundamente: superiores e inferiores (a nivel global y local). Esta es, en definitiva, la creencia básica que constituye la moralidad propia de la modernidad como proyecto de dominación. En ese sentido, la geopolítica *centro-periferia* es, en realidad, una *previa antropológica*.

Por ello las formas de dominación hallan, en la *clasificación antropológica* que produce el racismo, una legitimación que las hace más consistentes, duraderas y estables a largo plazo. Porque esa *clasificación antropológica* entre superiores e inferiores *naturaliza* de tal modo la desigualdad que la injusticia ya no se la percibe como injusta sino como *producto de una “selección biológica”*. Por ello es que no es lo mismo cuestionar la injusticia que la desigualdad humana. Hasta los ricos y poderosos del mundo admiten que el mundo es injusto, pero no se deriva de esa constatación que todos seamos entonces iguales a la hora de querer democratizar la riqueza.

Precisamente, porque la injusticia se la percibe *naturalizada*, el capitalista considera su riqueza como “bendición”. Para ello hay toda una ciencia económica y jurídica que justifica su riqueza, haciéndole creer que eso es fruto de su talento y emprendimiento. Un análisis crítico podría demostrarle que su riqueza es producto de acumulación de plusvalor, o sea, robo de trabajo ajeno, nunca pagado, pero eso le conduciría a un problema ético, porque el

supuesto milagro de su riqueza no sería tal y su suerte ya no dependería de ningún dios sino de la desgracia ajena.

Pero el sistema económico no puede permitirse tal situación en el desenvolvimiento exponencial de su crecimiento. Por eso crea conocimiento, instituciones, academias y universidades para, precisamente, sustraer esa ecuación de todo análisis económico, para que, de ese modo, los impulsores y agentes económicos hallen seguridad en sus decisiones y apuestas; porque el capital necesita estar en movimiento ininterrumpido y no puede permitir las dudas existenciales en sus actores. Si el capital no crece, muere. Y todo empresario sabe eso, por eso él mismo se ofrece como mediación de ese crecimiento eterno; es decir, su abnegación consiste en interpretar que su emprendimiento es un literal sacrificio personal que hace a una entidad cuasi divina: el “crecimiento económico” (el institucionalismo típico de los analistas contiene esa carga teológica: la relación fetichista con las instituciones consideradas como sagradas).

Esto es lo que constituye toda una religiosidad que impregna de beatitud a todo el movimiento económico. Por eso las iglesias católicas y evangélicas, bendicen la riqueza de su concurrencia, porque si todos persiguen el crecer indefinido, es el dinero el que confirma aquello como un acto de consagración; de tal modo que se realiza un acto sustitutivo, por el cual, ya no hay la contraposición entre Dios y el Cesar sino que ahora aparece una equivalencia sagrada: lo que es del Cesar es también de Dios.

Frente a esa inversión del propio mensaje cristiano original, la izquierda siempre se halló en una indefensión absoluta, porque gracias a su secularismo militante, nunca pudo comprender cuál es el misterio que se halla detrás de la sociedad moderna (como progenitora del capitalismo); en consecuencia, tampoco

nunca comprendió cómo es que se auto-produce, restaura y renueva a sí mismo el capitalismo, incluso con las mismas banderas de los oprimidos. Es más, precisamente por no comprender ese misterio, para su propia desgracia, todas las epopeyas históricas que protagonizó, sólo sirvieron para entregarle a la derecha, en bandeja de plata, una nueva reposición de su poder.

Y eso es lo que está pasando con Brasil —y con la primavera democrática latinoamericana— y su desenlace con la restauración de una derecha más altisonante y envalentonada. Es entonces la propia izquierda la que genera derechas renovadas y esto quiere decir que: hasta el “socialismo del siglo XXI” corre el riesgo de generar, para su desgracia, también un “capitalismo del siglo XXI”. O sea, que su renovación ni siquiera sería obra suya sino de una izquierda que le brinda los mejores argumentos —discursivos y políticos— para su reposición en medio de una crisis que parecía terminal.

El secularismo propio de la izquierda le hizo perder de vista que el capitalismo *es una religión* y lo es porque lo que hace la modernidad es bajar el cielo medieval a la tierra, y lo hace en términos de un futuro consagrado por el mito del “progreso infinito”. La *religiosidad del capital* se sostiene por esa creencia, pero la izquierda, ciega de aquello, no sólo que no sabe poner a crítica esa creencia sino que ella misma se autodefine como “progresista”. ¿Cuáles son las consecuencias políticas de aquella ceguera?

El capitalismo produce miserables; cuando la izquierda los rescata, los saca de la miseria sin nunca originar una nueva creencia, de modo que los pobres encuentran, como único horizonte de expectativas, el mismo que impone el mundo del patrón y del señor, o sea, los pobres —con ahora aspiración de ricos— se convierten en el nuevo núcleo de reclutamiento de la oligarquía, pres- tos para defender los valores y la moralidad propia del sistema de

dominación. Por eso ya no votan por el proyecto que los sacó de la miseria sino que, gracias a los nuevos ingresos que tienen, el consumo al que aspiran es lo que ahora los constituye en subjetividad burguesa, o sea, *moderna*.

Y esto significa la *naturalización* de una condición esencial que hace a la sociedad moderna como productora sistemática de desigualdad estructural: “no todos somos iguales”. Si “no todos somos iguales”, el salir de la pobreza es percibido como una “inclusión”; ya sea como un favor o como un derecho, ingresar es algo privativo, por eso defendiendo mi nueva situación y ahora apoyo todo aquello que signifique ya no volver abajo sino subir más arriba.

Mi nueva situación me hace conservador. Entonces ya no voto por el proyecto que me sacó de la pobreza sino que ahora voto en contra de él, porque toda nueva inclusión es una amenaza a mi nueva situación. Si quiero subir más arriba entonces debo comportarme como alguien de arriba, o sea, debo demostrar mi nueva adscripción, ser y comportarme como *consciencia moderna*, o sea, burguesa. La riqueza necesita siempre miserables a quienes explotar, por eso un proceso de emancipación acaba promoviendo nuevas formas de dominación. En esa dialéctica es que el capitalismo se puede renovar en nuevos procesos de acumulación que ahora le brinda una nueva clase media que, en su sobrevivencia, ha sabido generar las formas más variadas y novedosas de explotación.

La desigualdad entonces se presenta como promotora misma del desarrollo y el progreso. Si todos aspiran a eso, todos compiten por alcanzar algo que, sin embargo, *no es para todos*. Sólo la desigualdad garantiza un mundo donde se pueda acceder a todo; la fe básica consiste en que el dinero lo compra todo, hasta el paraíso, por eso hasta el diezmo se vuelve la garantía misma de

la fe. El capitalismo puede entonces funcionalizar toda creencia bajo la forma religiosa del crecimiento exponencial; de ese modo se espiritualiza la acumulación y la riqueza se convierte en la antesala de la vida eterna. Por eso la injusticia se la tolera, porque la salvación ahora se la entiende como evasión, y esto significa justificar la desigualdad como presupuesto básico de un mundo imperfecto; donde lo imperfecto es el ser humano, por tanto, si ya no hay recursos para todos, el problema no es la economía sino que somos demasiados, o sea, “hay gente que sobra”.

Por ello decíamos, cuestionar la injusticia no es lo mismo que cuestionar la desigualdad. Cuestionar la desigualdad humana supone amplificar la crítica que se hace al capitalismo hacia una crítica al horizonte cultural y civilizatorio que lo hace posible: la modernidad. Porque para que haya explotación, debe existir previamente una *devaluación* de la humanidad misma que haga posible la desigualdad básica en un sistema de dominación. Por eso una dominación es sólo efectiva si domina las formas de producción y reproducción de la vida; dominar ello significa haber penetrado en los procesos de constitución de la subjetividad de los individuos. En eso consiste la “modernización”.

Si el capitalismo *es una religión* es porque su horizonte cultural es profundamente fetichista. El capitalismo es sacrificial porque toda la racionalidad moderna es fetichista, es decir, encubre sistemáticamente la realidad por medio de mitos que, como sujetos sustitutivos, o sea, como fetiches, desplazan a la propia humanidad y acaban actuando a espaldas de los actores, decidiendo, como auténticos dioses, quién vive y quién muere. El “realismo” de los realistas encubre esto; en ese sentido, el argumento de “más técnica menos política” es la capitulación al fetichismo prototípico moderno: el ser humano ya no es más actor, menos sujeto, es apenas un medio de los designios divinos del mercado y el capital.

Ese supuesto realismo es el que nos está conduciendo, sólo en el último siglo, a sobrepasar los límites físicos mismos del planeta (frente a ello, los tecnócratas no saben qué decir, porque salvar al planeta no es una decisión técnica sino política).

¿Por qué sabiendo eso, la gente apuesta por el mismo proyecto que está destruyendo la vida? La izquierda misma alimenta esa aporía cuando no cuestiona ni al desarrollo ni al progreso sino más bien los fomenta, alimentando una economía que, de ese modo, se repone de su crisis crónica por una renovada fe en sus mitos y valores. El mundo es también un *estado de consciencia*, de modo que, si el mundo halla correspondencia con el horizonte de expectativas de la consciencia social, entonces el mundo continúa aunque se esté desmoronando por dentro.

Ese *estado de consciencia* es como una emisión energética que actúa como la fe, alimentando a un mundo que precisa de esa *transferencia de vida* que le brinda las expectativas colonizadas de una sociedad funcionalizada en torno al progreso infinito. Para que un mundo se haga realidad, los individuos deben de creer en él. Por ello se trata de una religiosidad que no puede ser estudiada con las herramientas propias de las ciencias sociales. El ámbito mítico de la existencia es algo desconocido para la ciencia, ni qué decir del ámbito religioso de la vida humana. Su negación *nunca ha significado su superación*. La despreciada teología podría dar luces al respecto, pero el ateísmo propio del individuo moderno —izquierdista, revolucionario— le hace perder de vista esta parte consustancial de la vida misma.

Ese ámbito es donde se puede tematizar el sistema de creencias y el horizonte de expectativas que deciden en el individuo sus opciones vitales, es decir, políticas. Esto quiere decir que las apuestas políticas no son tan racionales y ello explica el por qué puede manipularse el voto. Cuando los analistas calumnian el po-

pulismo, lo hacen porque no saben desmontar analíticamente las estructuras mítico-simbólicas que constituyen sistema de creencias en la subjetividad social. Por ello mezclan todo; actores tan distintos, como Trump o Evo, Bolsonaro o Lula, aparecen como lo mismo. Así como el nacionalismo del supremasismo blanco de Trump no es ni remotamente homologable a la “patria bolivariana” de Chávez, así tampoco Bolsonaro podía ser entendido por clichés y lugares comunes de la retórica “políticamente correcta”. Lo peor sucede cuando a la hora de analizar los resultados, hasta la misma izquierda se sujeta al guion mediático (la torre de Babel moderna).

Por ejemplo, todo el análisis mediático llega apenas al punto de señalar a la corrupción como el detonante del viraje en el voto brasileiro, pero esto es, como de costumbre, explicar un fenómeno con otro fenómeno, y esto quiere decir, no llegar al fondo del asunto. Si la corrupción pesara tanto, hace rato que el neoliberalismo debiera de haber desaparecido. Pero desde que la corrupción se hace cultura política –gracias al neoliberalismo–, ello nunca detonó nada comparable al rechazo actual que protagoniza la oposición. Una “geopolítica del sentido común” nos sirve para señalar que la idiosincrasia de la clasificación social admite y tolera excesos y hasta abusos cuando estos no atentan a las jerarquías mismas de esa clasificación.

La intolerancia no es activada por la corrupción, porque hasta la corrupción, en la *desigualdad naturalizada* de toda sociedad colonial, se la entiende como un usufructo legítimo y privativo de la casta señorial. El propio conjunto social admite que, si la corrupción fue siempre moneda de uso corriente –desde que se tiene memoria–, ésta era tolerada porque en la escala social no se puede objetar a los patrones; pero si el obrero, campesino, o peor, si el negro o el indio roba, esto ya no puede ser tolerado, porque

en un mundo desigual hasta la corrupción no iguala a nadie. Esa es la típica hipocresía de una sociedad racista.

En la escala social al rico se le puede permitir todo, pero al pobre nada. Por ley se establece cuánto debe ganar el pobre, pero no hay ley que dictamine hasta cuánto puede ganar un rico. ¿Por qué la corrupción se viraliza? Porque se le añade el componente clasificatorio racial, como *devaluación absoluta de la humanidad del otro*, y esto conduce a su satanización. Entonces el problema no es la corrupción sino siempre la amenaza que teme toda sociedad colonizada: que los “inferiores” compartan lo que consideramos únicamente nuestro.

Por eso la clasificación social legitima la desigualdad fundante y garantiza la estabilidad al interior del ámbito de inclusión. Cuando esa desigualdad es interpelada es cuando se sacude la sociedad y sale en defensa de sus valores, como el escudo moral que precisa para enfrentar la tan temida democratización de la riqueza. Entonces no es la amenaza a la democracia sino la *democratización de la riqueza* lo que detona el conservadurismo de todo el ámbito social de inclusión.

La izquierda latinoamericana, fiel al dogma ortodoxo marxista de que lo económico es la base de todo, cree que basta con satisfacer necesidades básicas para producir la revolución. Adopta la misma retórica del capitalismo del siglo XX, y lo hace consagrando los mismos valores burgueses, o sea, modernos y, de ese modo, no hace más que reponer las condiciones básicas para que la propia sociedad active su motor productor de desigualdades estructurales.

Incluso, es la propia izquierda la que capitula toda revolución popular cuando adopta ingenuamente la terminología dominante como diccionario democrático. Antes podía distinguir, aunque mal, entre democracia burguesa y proletaria; pero una vez

lograda la democracia —después de las dictaduras— la izquierda ingenuamente acepta la nomenclatura que impone la “Comisión Trilateral”, aceptando *lo que el Imperio entiende por democracia*. Eso deviene inevitablemente en consagrar las “reglas de juego democrático” que impone la democracia neoliberal; que básicamente instituyen un sistema democrático al servicio del capital ya ni siquiera nacional sino transnacional. En ese sentido, la defensa de la *desigualdad fundante* se disfraza como defensa del “sistema democrático”; el “demos” real es desplazado conceptual y orgánicamente, de tal modo que el “kratos” de la democracia se circunscribe al poder instituido de una clasificación social que legalmente consagra la desigualdad estructural.

Esto deriva en la peor confusión que conduce, inevitablemente, al fracaso de nuestros procesos: confundir pueblo con sociedad. Y esto significa la pérdida de referencia utópica que hace a un pueblo sujeto histórico y no la mera adscripción a una pertenencia ficticia (como es la abstracción “nación” o “ciudadanía”). Si aquella pertenencia logra todavía congregarse al conjunto social y le hace inclinarse por tendencias hasta fascistas, es porque no hay una seria interpelación a los valores mismos del sistema; de modo que estos siguen activando en la subjetividad de los individuos una resistencia a todo aquello que signifique optar por otro horizonte de vida. Cuando la izquierda adopta la nomenclatura moderna no se da cuenta que, de ese modo, promueve los valores burgueses, cuyo contenido es la consagración de la *desigualdad fundante*.

Las políticas sociales que adopta entonces se encargan, hasta por inercia, de expandir el horizonte de consumo moderno-capitalista, y esto no hace más que activar, en los individuos, un aburguesamiento promotor de apuestas conservadoras. El pueblo mismo es vaciado de su espíritu utópico promotor de un nuevo horizonte de vida —que es lo más urgente y necesario en

esta crisis civilizatoria— y se lo incluye a lo mismo que era lo que había que transformar. Aparece el “termidor de la revolución” que expropia el poder de decisión histórica y se impone como *sujeto sustitutivo*, desplazando al pueblo a ser una mera referencia discursiva y diluye, con ello, su poder; debiendo pactar con los poderes instituidos, al margen del pueblo, y capitular la posibilidad de la transformación, logrando, de ese modo, la reposición de los poderes fácticos y su capacidad de influencia en el derrotero político. De ese modo, la opinión pública no trasciende su formato usual y retorna a ser sentido común de los valores del sistema de dominación.

Un sentido común colonizado sólo responde a los valores imperantes y, cuando estos se hallan amenazados, entonces la sociedad puede asumir opciones hasta retrogradadas, incluso justificar la guerra. Eso pasó en Europa y USA antes de la segunda guerra mundial. Y eso es lo que se está hilvanando en la disputa global que USA emprende contra China y Rusia. El trasfondo geopolítico del triunfo de Bolsonaro describe esta peligrosa cadena de acontecimientos que configuran un escenario pre-guerra (por eso no es anecdótica su amenaza de hacerle la guerra a Venezuela). Si el Imperio perdió Siria y, con ello, el “Medio Oriente ampliado”, necesita balcanizar a Sudamérica para frenar la influencia de las potencias emergentes en lo que considera su “patio trasero”.

Por eso ya no le interesa la democracia y ello explica que socape la aparición de figuras que rayan en la insensatez; porque en un mundo en disputa, con su hegemonía en decadencia, lo que le queda es promover el puro desastre, como “caos constructivo”, en una política de desestabilización global que promueva un nuevo orden mundial basado en la generación de un nuevo mercado: la estabilidad como mercancía de lujo para quienes puedan costearla.

La guerra financiera entre USA y China es ya una situación de pre-guerra que, sumado a la rusofobia del establishment gringo, desata de nuevo las más arraigadas fobias gringas que Hollywood se encargó de hacer sentido común. El odio al comunismo de las elites locales actualiza aquella mitología gringa y sintetiza la creencia plutocrático-señorialista en la desigualdad humana, y eso se muestra en los miedos repuestos de la clase media, atizados por la mediocracia, despertándole como reserva de reclutamiento de los valores burgueses.

Mientras los valores del sistema (la *desigualdad fundante*) no se ven afectados, entonces puedo experimentar “orden, paz y progreso”, como el cielo sustitutivo de las expectativas comunes, el cual prescribe una selección que se impone como natural. Una vez que creo aquello, aunque no lo goce —porque se trata precisamente de un cielo—, hace que me constituya en devoto de un mundo basado en la desigualdad humana.

La izquierda cuestiona la injusticia pero deja incólume la desigualdad presupuesta en la *clasificación antropológica* moderna. Esto quiere decir que hasta la izquierda *es racista*. Y eso hace que el socialismo que pregona no sea sino un capitalismo encubierto. Por eso no cree en el pueblo *en tanto que pueblo*, o sea, en tanto sujeto histórico proyector de un nuevo horizonte político.

Es la misma izquierda la que anula el poder popular como creador de un nuevo desiderátum civilizatorio y, para desgracia de todos, se encarga de subsumirlo en la lógica de la dominación, diluyendo todo su potencial revolucionario. Hasta el propio Imperio fue más lúcido a la hora de leer geopolíticamente el nuevo contexto global post-occidental, cuando se dio cuenta que la “primavera democrática latinoamericana” estaba siendo protagonizada por lo más excluido y despreciado por la modernidad, esto es, lo indio y lo negro; y que eso podía significar, si se profundizaba

esa irrupción, la proyección utópica más genuina que podía transformar al siglo XXI y acabar definitivamente con el paradigma moderno.

Si detrás de toda epopeya revolucionaria, hay una nueva espiritualidad que precisa explicitarse, la izquierda y su ateísmo antediluviano se está encargando de apagar aquello para beneficio exclusivo del capitalismo. No vamos a curarnos del triunfo conservador en Brasil atacando la figura de Bolsonaro; no se trata del individuo sino de las categorías políticas que representa. Por eso debemos preguntarnos sistemáticamente el por qué de ese triunfo, como una autocrítica necesaria a los procesos que iniciaron nuestros pueblos.

Sólo la fidelidad a lo más genuino y propositivo del pueblo es lo que puede restaurar el poder popular y renovar la verdadera fuerza que teme el Imperio: el espíritu utópico que vive como actualidad potencial en lo más despreciado y excluido por la modernidad. Y para los evangelistas que apoyan a Bolsonaro, recordarles la Primera Carta a los Corintios del apóstol Pablo: “Dios escogió a los débiles y a los menospreciados por el mundo para confundir a los sabios y a los poderosos”. Es hora que se pregunten: ¿Quiénes son los débiles y los menospreciados de este mundo?

LA MISERIA IMPERIAL HECHA SENTIDO COMÚN
CONTRA VENEZUELA

6 de febrero de 2019

La “edad de la inocencia” ha dejado de ser un patrimonio etario y se ha impuesto como la fisonomía “democrática” de la opinión pública. En las redes sociales se puede comprobar cómo esta democratización dista mucho de ser un ejercicio político y se constituye más bien en la domesticación y masificación de la población mundial. Esto se destaca en el complot contra Venezuela. Mientras toda la historia de invasiones gringas nos da todos los argumentos para subrayar la crisis de credibilidad de la demagogia imperial, basta la exaltación de la mitología gringa (“libertad de expresión”, “sistema democrático”, “derechos humanos”, etc.) para que la opinión pública tribute sus prejuicios coloniales como única moneda admitida por la retórica informativa del dólar.

Eso es lo que promueve la mediocracia y lo realizan las redes sociales. Por eso se convierten en el mejor medio de propaganda imperial; pues para afiliarse a su retórica no hace falta mucha inteligencia; y eso es lo que explotan los “fake news”: no apuntan al raciocinio, su fin no es argumentar, les basta con reafirmar los prejuicios globalizados. Por ello se puede diseccionar toda la animadversión al “chavismo” como la acumulación obsesiva de

propaganda gringa anticomunista propia de la guerra fría (si la juventud actual es todavía presa de aquello, es porque su formación es crónicamente subordinada al guion hollywoodense).

¿Por qué las redes sociales pueden promover y hacer triunfar a un Trump o a un Bolsonaro, y no así a un líder popular? Hay que recordar que las nuevas tecnologías no han sido precisamente diseñadas para despertar el espíritu crítico en la población. Para apostar por cambios estructurales, la simple información no basta. Es más, incluso se puede hacer notar cómo la promoción de plataformas digitales en favor de movimientos ecologistas, por ejemplo, no son incompatibles con propaganda imperial en otros asuntos. Muchos movimientos anti-establishment no dejan de ser, desgraciada y paradójicamente, una moda “políticamente correcta” (sobre todo ahora que la izquierda mundial se ha “moderado”, para beneplácito de los poderes fácticos). Todo ello sirve para destacar que las luchas sociales han sido fragmentarizadas, de tal modo, que ya nadie tiene consciencia del mundo integrado y supeditado al reino del mercado global.

Pero todo se clarifica en momentos críticos, porque en ellos no cabe la neutralidad y menos la indiferencia. *La crisis define*. Porque en la crisis, como en la desgracia, se conoce quién es quién. En tal caso, ninguna crítica que se pueda hacer al gobierno bolivariano, amerita y justifica la masacre que se pretende desatar, y menos si ésta es la antesala de una desestabilización regional con consecuencias inimaginables.

En ese sentido, llama sobre todo la atención, la ceguera histórica de una izquierda de manual que, en su condena al gobierno bolivariano, no advierte la connivencia sospechosa con una reposición imperial que es capaz de convocar la propia idiosincrasia izquierdista. Hasta los “decoloniales” de derecha, que no en vano usufructúan del mundillo académico, muestran cuán

comedido es el subalterno a la hora de sermonear al paisano para beneplácito del amo.

La crisis es definitiva y define los alcances mismos de la crítica. Porque ser crítico no significa oponerse, ni se define por estar en contra de algo; ser crítico consiste en *ir a la raíz del asunto* y esto es lo que hace que la crítica (cuando no es reducida a criticonería) se encargue de poner sensatez en la discusión, cordura en el debate: por ello el ejercicio crítico nunca apunta primero afuera sino que encarna la situación y toma partido. No hay crítica más allá del bien y del mal, ni hay crítica verdadera en la cómoda imparcialidad del que se cree el ojo de dios. Sólo se puede ser verdaderamente crítico desde el compromiso revolucionario.

Que la revolución bolivariana tenga déficits no justifica ni siquiera la irresponsable toma de distancia de lo que podría significar una catástrofe regional. Hay que decirlo: *no sabemos* lo que es la guerra. Y lo que pretenden las nuevas políticas imperiales es desatar el famoso “caos constructivo” en el continente. Venezuela sería sólo el inicio de una nueva Siria extendida a todo el arco del “mundo no integrado”, según el nuevo mapa global del Pentágono. El “mundo no integrado” son los países con recursos estratégicos que conforman la periferia mundial. Para la nueva doctrina straussiana de los “neocons” (quienes acaban de ingresar en el régimen Trump, como John Bolton, Mike Pompeo o Elliot Abrams), el nuevo plan consiste en destruir a los Estados del arco del “mundo no integrado”, es decir, someter al mundo a la jerarquía naturalizada que impone el “excepcionalismo” gringo.

Porque ya se les acaba la bonanza del fracking; las petroleras gringas ya estiman 300.000 millones de \$US de pérdida con la burbuja del gas y petróleo no convencionales (burbuja financiada con dinero público que dejará a los contribuyentes nortea-

americanos actuales y futuros con deudas sumamente onerosas). Como destaca Dmitry Orlov, el auge de producción de petróleo no convencional, en USA, ha llegado a su fin; pero no pueden bajar su consumo insensato, de más del 20% de petróleo mundial. Una nueva aventura con fracking representaría invertir 2 billones de \$US, cuyas ganancias son sumamente dudosas. La baja de producción de petróleo ya anunciada por Rusia y Arabia Saudita configura un escenario futuro de escasez global; esto explica la precocidad y desesperación en la arremetida imperial contra Venezuela, el mayor reservorio certificado de petróleo del planeta (el Departamento de Defensa gringo, siendo el mayor consumidor, necesita de las reservas venezolanas para movilizar sus más de 900 bases militares en el mundo y asegurar la base energética de restauración imperial).

El 1% rico del mundo ya es consciente que el desarrollo y el progreso moderno, no es posible para todos, porque al desarrollo no le interesa el bien de la humanidad sino garantizar la opulencia –llamada bienestar– de los ricos del mundo. Por eso el neo-malthusianismo resurgido y patrocinado por la industria farmacéutica transnacional y la corpo-cracia de los granos y semillas (la reciente fusión financiera entre Bayer y Monsanto responde a esto), busca la eliminación de los pobres del mundo (por lo menos dos tercios de la población mundial). Ese proceso no tuvo éxito en el plan de “Medio Oriente ampliado”, pero se halla renovado en nuestro continente, gracias a la complicidad apátrida de las oligarquías nacionales adictas a la geoconomía del dólar y apiñadas en el “Grupo de Lima”.

Todas las iniciativas de Duque y Bolsonaro van más allá de la simple destitución de Maduro. Lo que se busca es la restauración de la hegemonía imperial y esto es lo que explica el comedido accionar de sus lacayos presidentes. Lo triste es que esa restaura-

ción signifique la balcanización de toda Latinoamérica. Hasta la presencia de Manuel López Obrador como presidente mexicano les incomoda, por eso ya se escuchan amenazas de magnicidio, reeditando el episodio Colosio. Nuestras naciones deben comprender que se trata de una amenaza continental, cuyo precedente se halla en las recientes intervenciones en Irak, Siria y Libia por parte del Imperio en decadencia.

Hasta la izquierda fundamentalista olvida la leyenda negra construida sobre Cuba. Ningún país puede sobrevivir a un bloqueo económico; y si de milagros económicos hablamos, los tigres del Asia (y hasta la reconstrucción europea post-segunda guerra) deben su éxito a medidas que hoy se acusan de “populismo”, y que no tuvieron jamás bloqueo de por medio.

Creer que todo se debe a desaciertos internos —en el caso de Venezuela— es pecar de ingenuo y no advertir que, a toda medida económica que podía haber emprendido el gobierno de Maduro, los poderes fácticos, subsidiarios de la política imperial, no iban a quedarse de brazos cruzados (y cuando esa respuesta imperial nunca entra en el análisis, se muestra la miseria del examen unilateral de coyuntura). En ese sentido, llama la atención el análisis simplón de izquierda que no es capaz de describir dialécticamente cómo el mundo financiero, que tiene presa a nuestras economías, tiene todos los medios institucionales globales para hacer fracasar todo intento serio de independencia financiera de la periferia global.

Parece que nadie ha aprendido nada de lo que pasó en Libia. Allí caló más en la idiosincrasia pedestre la defenestración de Muamar al Gadafi que la simple constatación de los verdaderos intereses de Occidente. Ni siquiera la opinión pública supo cuestionar la cínica declaración hilarante de la ex secretaria de Estado Hilary Clinton cuando invadieron Libia (dejando al país con más

alto índice de bienestar social del África sumido en guerra civil): “we came, we saw, he died”.

El lugar común recurrente de la izquierda romántica (que continúa soñando en la revolución de nunca jamás) consiste en hacer de la versión imperial un “mea culpa”, como constatación del complejo de inferioridad que atraviesa su eurocentrismo. El Imperio *no es un mito* y todas las contradicciones internas que puedan suceder *no ameritan sacar de la ecuación de análisis político el factor imperial*. En ese sentido, ¿de dónde saca el expresidente uruguayo Mujica que la solución pasa por medir con la misma vara a Maduro y Guadió? ¿No se da cuenta del terrible precedente político que significa una peregrina autoproclamación?

En 1961, la resolución “pacífica” de la “crisis de los misiles” significó el sacrificio de Cuba. Nadie en el mundo supo reconocer el holocausto al que fue sometida Cuba, tanto por USA como por la URSS, quedando condenada a su aislamiento y la imposibilidad de su desarrollo propio. Si no somos capaces de aprender de la historia y reconocer lo que verdaderamente está en juego en Venezuela, la historia *No* nos absolverá. Lo más triste será constatar, si triunfa la guerra extendida a toda Latinoamérica, que no haya quién les increpe a los “críticos”, “imparciales” e “indiferentes”, lo equivocados que estaban.

§15

EL “HORIZONTE PLURINACIONAL” EN LA NUEVA GEOPOLÍTICA POST-OCCIDENTAL

15 de agosto de 2019

“La patria es el Otro”
Nicolás Maduro

La significación real de los conceptos no es algo que se defina teóricamente. El típico proceder académico hace, de la definición, lo abstraído del movimiento real de un algo que sólo, vía disección, es integrado al compendio disciplinar; por eso tenemos un montón de analistas, cuyos análisis no pasan de la pura representación. En esto consiste la “razón perezosa” de las ciencias sociales y su conformismo descriptivo de la realidad. Precisamente por no saber ascender metodológicamente de lo abstracto a lo concreto, es que los conceptos no comparecen ante lo moviente de la propia realidad; porque la significación real de los conceptos no es resultado de una abstracción sino del cómo ese algo *determina* y es, a su vez, *determinado en su movimiento real*. Eso es más que evidente en la reflexión geopolítica.

En términos estratégicos, lo decisivo no es la descripción — ni siquiera pormenorizada— de una situación, tampoco la predictibilidad basada en datos pasados (a eso se dedican los académicos); la anticipación de las consecuencias de los hechos políticos, que es lo que interesa al análisis estratégico, no es fruto de la informa-

ción habida sino de un conocimiento anticipatorio (no se trata de predecir lo que va a pasar desde lo que ya ha pasado, eso nunca ha funcionado, sino de otorgarle direccionalidad positiva al devenir político).

La reflexión geopolítica actual puede mostrarnos los alcances demasiado limitados del conocimiento disciplinar que ostenta todavía el mundo académico. El propio Imperio puede prescindir de la producción académica, porque el conocimiento que le interesa se realiza en los think tanks, donde se debaten los temas cruciales. Por ello es sintomático advertir cómo el mundo académico se ha quedado siglos atrás y no puede ni siquiera advertir en qué clase de mundo nos encontramos.

En ese sentido, la tematización de lo que significa un “horizonte plurinacional” pasa por el reconocimiento de que no se trata de un nivel de reflexión homologable al análisis empírico. La confusión de esto ha llevado al ámbito académico a la total incomprensión de referentes utópicos, como el “vivir bien”, o la “descolonización” como *reflexión metodológica trascendental* o el “Estado plurinacional” como superación *desde abajo* del Estado moderno-liberal.

Haciendo una recapitulación epistemológica de la pertinencia de la reflexión en torno a los referentes utópicos o “modelos ideales”, sobre todo en un contexto de transición civilizatorio global, cabe destacar el cómo las ciencias sociales, al no saber integrar la dimensión utópica en el análisis de la realidad, se quedan con una pura empiria en cuanto consagración de *lo-que-hay*, lo establecido; dejando de lado *horizontes de posibilidad* que amplifican la propia realidad y sus márgenes de objetividad. La realidad no se reduce a *lo-que-hay* sino que, *lo-que-no-hay*, nos sirve para des-fetichizar el orden dado, en todos sus sentidos y, de ese modo, trascender epistemológicamente la realidad en cuanto sistema cerrado.

Destacar horizontes de posibilidad utópica no es una simple descripción sino oponerle a la inercia inmanente del presente político una nueva y trascendental direccionalidad histórica. En esto consiste lo político del conocimiento y esto es lo que significa *pasar de la interpretación a la transformación*.

La apuesta por la transformación es ya la superación de la mera resistencia y se manifiesta en la producción de la *autoconsciencia anticipatoria* que hace de un pueblo sujeto trascendental (si la resistencia puede explicitarse como la imposibilidad de inclusión positiva al sistema, no es todavía la producción de un horizonte alternativo que trascienda definitivamente la realidad dada).

En el caso del “horizonte plurinacional”, se trata de una *restauración* epistemológica del fundamento que, como sustancia liberadora, se halla presente en toda la historia de liberación de lo que, en Bolivia, se conoce como lo “nacional-popular”. El mismo René Zavaleta es preciso al afirmar que la forma de ingreso del campesinado nacional a la vida política es la defensa de la “forma comunidad”. Todo *retorno* a esta “forma” es lo que siempre ha dado cuenta del *máximo de disponibilidad común* que generó en el pueblo su capacidad de trascendencia histórica.

Por eso no se trata de un *retorno* en los márgenes temporales de la linealidad histórica moderna sino una *re-conexión con lo-suyo-propio-de-sí* de un pueblo cuya historia *no es algo pasado* sino, lo que le enfrenta siempre como horizonte político; es decir, la temporalidad indígena describe más bien un carácter circular que hace de la vivencia histórica la afirmación continua de una procedencia siempre resignificada. Es lo que se llama la “antigüedad sagrada”.

Sólo la fragmentación (el recorte temporal inmediato) de esta vivencia, hace aparecer en la experiencia un avance de carácter lineal; es decir, la idea moderna del tiempo recorta la propia

experiencia histórica, haciendo de ésta una mera sucesión progresiva de carácter inmanente. En contraposición, el concepto de “antigüedad sagrada” no pretende describir algo pasado sino la referencia mítica de una historicidad que en el *retorno* se proyecta siempre como recreación constante de horizontes de sentido. *A lo que se retorna es al fundamento*, para renovarlo y actualizarlo ante los retos del presente. Ese fundamento ha sido siempre aquella insistencia que las luchas indígenas han actualizado para interpelar a todo el *carácter satelital* del Estado colonial.

La “forma comunidad” es la pervivencia de ese fundamento que destaca lo más genuino de la lucha popular y es lo que ha asegurado siempre su base profundamente democrática. Esto es lo que, como lo histórico trascendental, da razón de un “horizonte plurinacional” como la nueva posible fisonomía estatal en un nuevo orden post-occidental.

No es *lo-que-hay* lo que constituye *lo real* de lo político de la existencia sino precisamente *lo-que-no-hay*. Sólo desde esa dimensión utópica es que lo político no se reduce al realismo espurio de la “real politik”. Los verdaderos realistas no son los que se someten a la realidad dada sino los que amplifican ésta y le introducen horizontes epistémicos de posibilidad utópica: no miramos al mundo como lo que es, lo miramos como lo que somos.

Entonces, si la transición civilizatoria nos impele a co-legir qué hay detrás de los planes de sobrevivencia del orden imperial, también nos desafía a encontrar márgenes de disuasión estratégica en la nueva recomposición geopolítica del siglo XXI. Puede decirse que la estrategia de la globalización consistía, entre otras cosas, en la demolición sistemática de la soberanía de los Estados; por eso jurídicamente se fue consolidando, por mediación de los tratados comerciales, al nuevo sujeto de derechos supra-nacional.

El poder financiero se encargó de proponer jefaturas jurídicas supra-nacionales en todos los acuerdos de integración política y económica; de tal modo que los Estados aparezcan como simples garantes de una negociación exclusiva entre capitales globales. Desde que aparece el concepto de “lawfare”, Washington ha estado exportando esta nueva visión jurídica a Latinoamérica (bajo el pretexto de lucha contra la corrupción), poniendo de moda el realismo jurídico y el neoconstitucionalismo en las facultades de derecho; y es de destacar que la famosa judicialización de la política es una de las consecuencias del realismo jurídico que propaga, además, el componente del análisis económico del derecho (enfoque legal que proviene de la Escuela de leyes de Chicago). El “lawfare” es la expansión del nuevo concepto de guerra (patrocinado por las guerras de cuarta generación) hacia otros ámbitos, como el jurídico. Sin que nadie lo declare, nos encontramos ya en un *estado de guerra naturalizado* que precisamos desmontar para darnos cuenta a lo que actualmente nos enfrentamos.

Desde la diseminación de las “guerras de cuarta generación”, el propio concepto de guerra ha quedado obsoleto, llegando a amplificar no sólo la clásica distribución de las “divisiones” sino resignificando a éstas (sus alcances y propósitos) desde la aparición de la cibernética y, más aún, con la inminencia de la inteligencia artificial.

El concepto de “guerra híbrida” acopia toda esa actualización para hacer de la guerra un conflicto sin fin, lo cual pareciera un sinsentido dado que se supone que la guerra siempre tiene un propósito que la excede. El problema de éste que ya figura como un ingenuo optimismo es el contexto en que hace nicho el desarrollo de la “guerra híbrida”, esto es, el actual mundo de la post-verdad. Una “guerra híbrida” no podría desatarse en otro

contexto, o sea, precisa de una radical relativización de todos los parámetros éticos y morales para diseminar todas sus consecuencias. Es en ese contexto que adquiere todo el dramatismo que significa una guerra como *conflicto sin fin*. Es decir, la “guerra híbrida” sería la radicalización de un estado de caos imperante que no se atreve a declararse como lo que es. Por eso desata un *conflicto sin fin*, que es el caos en su máxima expresión.

Esto quiere decir que la doctrina del “caos constructivo” es la constatación de una situación promovida como contexto del concepto nuevo de guerra, es decir, del caos se produce una *naturalización del conflicto*, mediante una sistemática intervención en la producción de opinión pública, cooptando todo el espectro comunicativo en la nueva fisonomía bélica. La guerra se hace multidimensional y abarca todos los ámbitos de la vida humana y esto se logra penetrando en la subjetividad social, de modo que el caos externo sea *interiorizado como detonante permanente* de un conflicto sin fin.

Los Estados-objetivo de esta nueva clase de guerra sólo atinan a considerar la hibridez como la heterogeneidad de los métodos que se usan. Pero la hibridez no es un adjetivo en esta clase de guerra sino lo que *sustantiviza* a esta nueva clase de guerra. Ya no se trata de lo unívoco de la guerra convencional sino de la subsunción sistemática de todo, hasta la paz, como *mediación bélica*. A esto conduce un mundo donde los parámetros del bien y el mal se hallan tan relativizados que todo cae en la lógica del conflicto.

El primer e inevitable ámbito donde esto se manifiesta es en el político. Desde la reducción de la política a mera ingeniería pública o administración gubernamental, asistimos a la continua pérdida de racionalidad práctica y la consecuente despolitización de la vida pública. Esto que pareciera halagüeño, dada la creciente

inmoralidad de la vida política, sólo conduce a la devaluación del factor argumentativo en toda contienda pública.

Esto quiere decir que la “guerra híbrida” no es en ningún caso una nueva ofensiva a la cual se pueda oponer un poder disuasivo. En una guerra híbrida nadie podría decir cómo empieza, sólo constatar que ya nos encontramos en medio de ella. En ese sentido, la activación no opera de modo lineal; se trata más bien de la constatación de un rodeo que, lo que activa, es una situación sin salida posible, por eso puede producir un literal desangramiento (como ya lo vimos en Medio Oriente): cuando se desata la fase militar, no parece haber fines prácticos ni un pretendido remplazo del poder; en tal caso, la “guerra híbrida” no es operada según las expectativas de un golpe clásico. Los golpes pertenecían a un contexto de guerra fría. A lo que asistimos es a la decadencia del llamado “mundo libre”, es decir, al fin de una civilización, en cuya caída, el Imperio provoca la caída de todos los parámetros éticos y vitales que hacen imposible cualquier restauración futura.

Por eso hasta el derecho internacional se desnuda como la legitimación del derecho de conquista que impone el vencedor. Esto nos posibilita una revisión arqueológica del concepto de derecho liberal, para descubrir en éste la formalización de los prejuicios modernos que emanan del laboratorio de dominación exponencial que desata el centro geopolítico global desde 1492. Activar la guerra como conflicto sin fin es posible gracias a la *naturalización* de la injusticia y desigualdad que produce la modernidad en cuanto vida política, expresado en el concepto de Estado liberal.

Pero en la actual geopolítica imperial, el leviatán hobbesiano es ahora reducido a los Estados particulares dejando incólume el poder real global que pretende un orden mundial a la medida del capital financiero. Con la diseminación de la idea de los nue-

vos movimientos sociales, desde los sesentas y desde Francia, no sólo se fragmenta al bloque popular sino que toda la lucha se reduce a lo local y se deja de lado al verdadero poder *que es mundial*.

Los Estados particulares acaban como el chivo expiatorio de, por ejemplo, los derechos humanos, dejando beatificados el capital transnacional y el mercado mundial, siendo estos, en realidad, las verdaderas amenazas a la humanidad y la naturaleza. Hay que recordar que el mayo francés —más allá de la gesta revolucionaria que ha significado— es también provocado por la CIA contra el presidente de Gaulle, por haber solicitado la conversión de sus reservas de dólares en oro, poniendo en evidencia que el patrón dólar permitía un endeudamiento irracional de la economía gringa a expensas de todo el mundo.

Detrás del mayo francés había también un propósito encubierto: subsumir toda crítica a la hegemonía del dólar y a los valores que representa como aceptación tácita de su inevitabilidad, es decir, diseminar toda posición emancipatoria en cuanto particularización de la lucha popular; por eso no es casual la promoción que el posmodernismo francés recibe de los poderes fácticos. La nueva filosofía del llamado “mundo libre” puede criticar todas las grandes narrativas, siempre y cuando respete la *supra-narrativa* del “mundo libre”.

Frente al poder imperial, aun en su plena e implosiva decadencia, los pueblos no pueden liberarse si no desatan las cadenas supra-nacionales que ahora anteponen una sistemática demolición controlada (al modo del atentado a las torres gemelas) de las soberanías estatales, dejando a los pueblos sin base nacional y a las puertas de la desintegración total, como ya sucedió en la ex Yugoslavia.

La demolición estatal en toda la periferia es lo que queda después del fracaso de las formas jurídicas liberales incluso en el

centro. Si hay algo en el brexit que nos pueda servir de advertencia, es el advertir cómo las prerrogativas de un poder supra-nacional, como es la troika (el FMI, el Banco Central Europeo y el Consejo Europeo), acabó subsumiendo soberanías nacionales como tributo obligado a la globalización neoliberal. Por eso el conflicto actual, incluso en USA, se da entre nacionalistas y globalistas (haciendo anacrónico el clásico antagonismo derecha-izquierda). Si el Imperio ya no puede reponer el mundo unipolar y el actual desorden tripolar no se explicita en una nueva fisonomía global, no es sólo por la caducidad hegemónica de la narrativa moderno-occidental y la reafirmación desarrollista de una economía del crecimiento, sino también por la ausencia, de parte del Sur global, de una liberación explícita de aquella narrativa, que ha naturalizado sus valores en el propio horizonte de expectativas de los oprimidos.

Por eso resulta hasta problemático aferrarse a la idea de revolución moderna para expresar lo que sugiere la idea del *retorno*. Si la revolución no se expresa como *restauración* entonces caemos en la fatalidad progresiva de la temporalidad lineal moderna y la recaída en lo mismo que se pretende superar, esto es, el capitalismo (como la expresión económico-política más acabada de la modernidad). Sólo el *descentramiento epistémico* de la narrativa imperante es condición de superación de la *consciencia satelital periférica* del Sur global.

Esto también pasa por la resignificación del concepto de nación como sustrato material de la transformación de la idea del Estado moderno-liberal-colonial. Hegel pretendió superar el Estado particular concibiendo un Estado universal *con-arreglo-a-la-razón*; pero una vez descubierto el provincianismo anglo-sajón de aquella auto-atribuida razón universal, se nos abre la posibilidad de pensar un nuevo concepto de Estado *con-arreglo-a-la-vida*, como

la fuente universal de todo proyecto vital, y que la “forma comunidad” ha insistido siempre históricamente.

Por eso, la defensa de nuestros Estados no significa una afirmación del Estado moderno sino su transformación en torno a la recuperación de la materialidad que hace posible a todo Estado; de modo que éste objective y realice la eticidad propia de nuestros pueblos y el horizonte utópico que contienen como lo diferido históricamente. Por ello, efectuando el factor des-colonial, lo nacional sólo puede reconstituirse desde lo históricamente negado por el concepto de Estado-nación. “La patria es el Otro” quiere decir que, desde la negatividad absoluta (de quienes han padecido la imposición del Estado-nación), es *desde donde* surge el contenido material, es decir, real, de lo que podría ser una verdadera nación.

Ahora bien, un “horizonte plurinacional” actúa como criterio des-colonial que insiste en la recuperación no sólo de soberanía estatal sino de la necesaria base democrático-plural de toda concurrencia política que se propone un proyecto de vida común. La superación del Estado moderno-liberal-colonial no es un simple cambio de nombre o de actores sino de una sistemática des-colonización como desmontaje de sus contenidos últimos. Por eso es también un desmontaje, ya no sólo de lo institucional o simbólico, sino de la propia subjetividad como correspondencia de la objetividad reinante; porque si la condición racional de toda legitimidad consiste en el acto originario intersubjetivo que una comunidad política realiza para proponerse un proyecto de vida común, esta legitimidad sólo puede ser de carácter horizontal.

Si la nación es, en definitiva, un proyecto político, es porque esto se produce desde aquél acto intersubjetivo que se produce históricamente y adonde concurren las subjetividades para proponerse un proyecto valido para todos. Esta es la base plural

democrática que se produce *desde abajo*, para producir ideología nacional como base de una verdadera política de Estado.

No hay ningún Estado de una sola nación, lo cual no significa la disolución pluralista de toda unidad posible, sino la constatación de que toda legitimidad sólo es posible desde la concurrencia plural como base democrático-popular de todo proyecto estatal. Frente a la crítica liberal que confunde la *base democrático-plural* con el pluralismo infinito, hay que decir que es, más bien, el liberalismo el que nos conduce a la “mala infinitud”, Hegel dixit; porque el liberalismo parte del individuo metafísico y termina afirmando —como lo haría el neoliberalismo, en boca de Margaret Thatcher— que “no hay sociedad, sólo individuos” (la forma sociedad es la formalización de una concurrencia de intereses particulares contrapuestos pues, en definitiva, todos buscan su propio provecho y utilidad, objetivado en la ganancia acumulativa como fin último, siendo esto lo potencial disolutivo de toda pretendida unidad).

Por eso no es lo plurinacional lo que promueve una disolución nacional sino el Estado liberal, pues la consistencia que produce es tan frágil que, en menos de tres siglos, se puede ver que hasta en Europa y USA se desata una crisis de identidad nacional que nos muestra “Estados aparentes” que implosionan ante la decadencia del orden unipolar y la globalización. La unidad de los Estados centrales sólo fue posible por un bienestar producido gracias a la explotación y dominación de los recursos del tercer mundo; por eso el Estado moderno-liberal no es resultado de una emancipación sino de una sistemática subvención que la periferia mundial realiza como transferencia de valor al primer mundo; la dinámica *centro-periferia* sólo es posible gracias a una relación inversamente proporcional que realiza el sistema-mundo-moderno-colonial: la plus-valorización del centro es producto de la desvalorización constante de la periferia y de sus propias expectativas.

El primer mundo y el orden unipolar dependen de esa injusta y desigual estructura mundial.

Por eso la transición civilizatoria actual precisa de un horizonte alternativo más allá de los mitos y prejuicios modernos que han encapsulado a la humanidad en un encierro laberíntico que encierra sus opciones en un fatalista “eterno retorno de lo mismo”. En esos términos, pensar una geopolítica post-occidental pasa por darle direccionalidad propositiva —desde sus propias utopías— a la insurgencia más auténtica que ha pervivido por cinco siglos, para enseñarle a la humanidad lo perverso del proyecto moderno. Gracias a los pueblos indígenas es que podemos desmitificar las expectativas modernas y mostrarlas como lo que son: la destrucción sistemática de la vida. Por eso en su grito se compromete la naturaleza misma (la Madre resguarda la lucha de sus hijos), porque ese grito es expresión de la vida misma que clama por una *restauración* de carácter universal.

TERCERA PARTE
GEOPOLÍTICA DE LA DES-GLOBALIZACIÓN

§16
LA GEOPOLÍTICA DETRÁS DEL SECUESTRO
PRESIDENCIAL

9 de julio de 2013

El secuestro europeo del avión presidencial boliviano confirma la disposición estratégica de los nuevos peones imperiales en el tablero geopolítico del incipiente mundo multipolar. También muestra la insolencia de un poder imponente que acaba en la impotencia (pues hasta sus propios agentes se le rebelan); por eso no tiene reparos en humillar a quien se le plazca y, de ese modo, exponer a los cuatro vientos el verdadero lugar que ocupa una Europa en decadencia: la nueva colonia gringa está, no sólo para sacrificarse por el dólar, sino que se presta, como lo hiciera un “house nigger” o esclavo de casa, a hacer el trabajo sucio del amo.

Después de cinco siglos, Europa regresa a su condición periférica, cuando era nada respecto del mundo civilizado que lo protagonizaban árabes, hindúes y chinos. Es gracias a la invasión y al saqueo del Nuevo Mundo que Europa se proyecta al atlántico, como eje de su nueva condición de centro hegemónico mundial. La modernidad no fue nunca otra cosa que la administración de la centralidad europeo-occidental. La II guerra mundial le sirve a USA para ser ese *centro* que hereda de una Europa en ruinas. En

ese contexto, la guerra fría fue la tercera guerra mundial que la gana USA (y la sufren los países pobres) e impone, desde entonces, un mundo unipolar.

Pero el siglo XXI manifiesta una nueva disposición global; aquél infatuado poder y su desmedida fuerza militar, acabó erosionando las bases de su propia hegemonía. La decadencia actual ya no es sólo del mundo imperial sino del proyecto que hereda y encarna. Cuando expone a una Europa reducida a mero apéndice colonial de una apuesta que ya ni siquiera es “americana”, sino impuesta por burocracias privadas financieras, muestra la fisonomía de una decadencia que, en medio de la más descomunal concentración de riqueza fruto del robo, enfrenta al mundo entero como su enemigo.

La crisis europea es apenas la escena doméstica de la nueva guerra que desata Occidente contra un embrionario mundo multipolar (que ya no se considera su “patio trasero”); no sólo contra los BRICS sino contra toda disidencia en el resto del mundo. La amenaza reclama inmediata obediencia, y lo acontecido con el secuestro del avión presidencial boliviano muestra a una Europa que, aunque acostumbrada a humillar a otros, resulta aún más humillada en su propia casa (pues ni siquiera Alemania abrió el pico en esta flagrante injerencia gringa en plena Europa). El primer colonizador del mundo moderno acaba siendo colonia. Es decir, la otrora cuna del “renacimiento” y la “ilustración”, la supuesta misionera de la civilización en el mundo, no halla en sí más argumento que no sea la sumisión y la capitulación a un poder que, para colmo, se encuentra en crisis terminal. Lo que manifiesta su elite gobernante es la pérdida de respeto por sí misma.

No en vano, el presidente ruso Vladimir Putin, a propósito de la injerencia europea en Siria —donde Europa regresa a su condición de genocida, armando a terroristas para derrocar a

Bashar-al-Assad y, como en Libia, imponer la gula de Occidente; y donde Rusia ha frenado las ambiciones occidentales ofreciendo a Siria los misiles tierra-aire S-300PS ante cualquier ataque foráneo (si estos misiles son letales a cualquier avión de combate gringo, inglés o francés, imaginemos su versión superior, el nuevo sistema de misiles Vitiaz)—, interpela a la prensa europea y a su propio homólogo David Cameron: “yo estoy seguro de que ustedes estarán de acuerdo en que seguramente no deberíamos ayudar a gente que no sólo matan a sus enemigos sino que además mutilan sus cuerpos y se comen sus entrañas ante el público y las cámaras. ¿Es ese el tipo de gente que ustedes quieren apoyar? ¿Quieren ustedes armarlos? Si es así, parece que hay aquí muy poca relación con los valores humanitarios con los que Europa se ha comprometido y que ha divulgado durante siglos”.

La ironía del presidente Putin deja entrever lo siguiente: hay poca relación con esos valores porque, en realidad, Europa nunca ha creído en ellos, tampoco USA. Un mundo hegemonizado por Occidente ha sido el más nefasto despliegue de dominación global que muestra, en la actualidad, hasta al propio derecho internacional como la expresión más sofisticada de su poder.

¿Qué otra cosa puede significar la violación de todo derecho internacional en el secuestro cometido a un avión oficial latinoamericano en espacio aéreo europeo? Esa violación responde a una anterior: el desprecio que USA ha propinado a la propia Europa, mostrando que las decisiones soberanas de sus Estados son tomadas al otro lado del atlántico; es decir, que aquella violación no es otra cosa que la apostasía del concepto de soberanía, mostrando que el derecho internacional ya no tiene a los Estados como sujetos de derecho. ¿Cuándo comienza aquello? Con el neoliberalismo. Si el derecho de cada país se funda en la soberanía, ¿en qué se funda el derecho que promueve

el neoliberalismo? Lo que produce el neoliberalismo es un sistema jurídico pertinente a la globalización del capital transnacional, de modo que los propios organismos y las instituciones mundiales (obedientes a ese poder) puedan sobreponerse a las propias soberanías nacionales.

En ese contexto, el secuestro por terceros, no sólo muestra el desconocimiento de toda soberanía sino el carácter obscuro que ha tenido aquello, lo cual nos acerca al concepto de violación. Por eso el secuestro no es algo episódico sino la más clara evidencia de la decadencia hasta jurídica del mundo hegemónico por el Imperio gringo. Las últimas invasiones militares que ha venido realizando Occidente han mostrado que el derecho internacional es apenas el guante que encubre la violación de todo derecho.

A partir de eso se puede colegir que los tratados que firman los países (como antes el ALCA o el TLC y ahora el tratado “Alianza del Pacífico”) son, en realidad, cesión sistemática de soberanía de nuestros países; pues lo que está siempre en juego es la disposición geopolítica de las respectivas áreas de influencia. Todo acuerdo comercial que emprende Occidente conlleva entonces la defensa de los intereses imperiales (los que ahora pugnan por sobrevivir en un mundo que ya no es el suyo). Europa resulta en esta guerra económico-financiera-mediático-militar apenas el empleado doméstico de la hegemonía gringa, pues si de intereses se trata, nadie como el excandidato presidencial John McCain lo ha puesto tan claro: “para Estados Unidos, nuestros intereses son nuestros valores y nuestros valores son nuestros intereses”.

En este contexto, analicemos la significancia geopolítica del hecho. La conjetura del error deslinda responsabilidades y pretende encubrir las tramoyas que se urden alrededor del hecho. Porque es bien sabido que, desde el 9-11, la comunicación

entre la CIA, el Pentágono y el Departamento de Estado, ya no es fluida y menos armónica, de tal modo que hasta se desdicen, mostrando que ya no les inquietan los mismos desvelos. Ya no es sólo las corporaciones petroleras y el mundo financiero sino hasta el lobby israelí, quienes operan en estos organismos por encima del propio gobierno formalmente establecido. ¿Quién manda en USA?, es una pregunta cuya respuesta depende de cada coyuntura específica.

Pareciera que hasta la inteligencia gringa es espiada, con el fin de filtrar sus propios informes, de modo que las decisiones que se toman se hallan influidas por otros propósitos. La coordinación del bloqueo aéreo no fue algo improvisado de cuatro países que, además y supuestamente, se encontraban en medio de una querrela acerca del espionaje del cual eran objeto. Es decir, el fin premeditado de aquello no era, en realidad, Snowden (pues ya se sabe que USA no desconocía su paradero) sino lanzar un mensaje de advertencia, además de, como en el golpe en Honduras, sopesar las reacciones. Entonces, desplazemos nuestra mirada hacia otro lado.

¿Por qué USA es el artífice de la “Alianza del Pacífico”, la AP, cuyos signatarios son Chile, Colombia, Perú y México? El objetivo es impedir la creciente influencia china en Latinoamérica y, para ello, USA no se ahorra medios para fracturar los proyectos de integración de nuestros países. La AP, junto con la “Trans-Pacific Partnership” o TPP y la estrategia “Indo-Pacífico” son el montaje estratégico que promueve USA para cercar y contener a China. En nuestro continente, la AP restaura la influencia gringa, mediante la activación de un bloque conformado por los satélites gringos, para enfrentarse al MERCOSUR, a la UNASUR y al ALBA; del mismo modo como el golpe de Honduras sirvió para fracturar una integración centroamericana adversa a USA.

Lo que se pretende es actualizar la “Doctrina Monroe” en plena guerra no declarada entre Occidente y los BRICS; por eso no es raro que España y Francia hayan actuado como observadores de la AP, y sus diarios, como “El País”, hayan festejado aquello que, decían, “no se trataba sólo de un tratado comercial” y que les era más atractivo que una nueva integración europea.

El involucramiento de estos países no es casual; con este añadido: ningún país firmante de la OTAN ofreció siquiera hospitalidad humanitaria al avión presidencial boliviano. Austria lo hace porque no es parte de la OTAN; es decir, la orden imperial no contemplaba las consecuencias que hubiese significado la imposibilidad de un aterrizaje forzoso. La flagrancia de aquello contemplaba una macabra jugada estratégica: ¿cuál sería la reacción de una Sudamérica fracturada?

Algunos presidentes así lo interpretaron, por eso el presidente Correa llama la atención de la ausencia del presidente protempore de la UNASUR, Ollanta Humala. En la reunión de urgencia que se realiza en Cochabamba, la contundencia de las declaraciones de, sobre todo, Venezuela, Ecuador y Argentina, remedian, de algún modo, la ausencia de los presidentes del bloque satelital (lo cual denota que, en medio de la decadencia imperial, ciertos gobiernos siguen pregonando una soberanía que no coincide con el grado de entreguismo que muestran sus apuestas económicas). Pero la contundencia no va más allá de la denuncia y es fríamente avalada por unas tibias representaciones que no parecen medir la envergadura del hecho. La sentencia del presidente Correa fue admonitoria: “o nos graduamos de colonias o...” ya sabemos.

Lo cual nos muestra que el colonialismo advertido en la actual Europa, hace también todavía nido en nuestros gobiernos. Que Dilma Rousseff no asista al encuentro de UNASUR es ya señal que tiene sus ojos puestos más en el norte que en el sur. Por

eso su propia población denuncia, en sus manifestaciones, aquel cambio de perspectiva. El modelo a la Lula que tanto pregonaban las elites intelectuales “políticamente correctas” cayó por su propio peso. Las ambiciones imperiales de Brasil tiene que pactar con los de arriba y ya no con los de abajo; lo cual significa: alejarse del sur y proponerse integrarse al norte.

Ni Lula se dio cuenta que trabajaron, en realidad, para la derecha; es decir, la nueva clase media que generaron ahora tiene pretensiones de primer mundo y, en ese sentido, ya no lucharían por el proyecto que los sacó de la pobreza —como advierte Eric Nepomuceno— sino defenderían únicamente su situación incluso, a costa de los demás, o sea, a costa de los pobres que genera toda nueva acumulación de riqueza. Moraleja: si en la pobreza se es revolucionario, parece que en toda riqueza anida el espíritu conservador. Entonces, ¿es el fin de la lucha la riqueza? ¿Para qué luchan nuestros pueblos? ¿Para ser como el norte, que ya no sabe ser norte ni para sí mismo?

La estrategia gringa consiste en calcular el grado de fracturación de Sudamérica, mediante la provocación hecha. Los países europeos no contemplan dar explicaciones porque se hallan bien respaldados y bien advertidos. Cualquier desafío de parte de nuestros países está también advertido; lo acontecido con el avión presidencial es tan sólo una muestra de lo que USA es capaz de hacer (aunque aquel alarde de fuerza ya no es tanto, debido al anunciado recorte militar de hasta el 30% —debido sobre todo a los fracasos en Irak, Afganistán y, últimamente, Siria—, lo cual significaría la desaparición de 12 brigadas de combate terrestre y de hasta 33 unidades aéreas de combate; en tales condiciones, se dice, está difícil que Washington pueda emprender una ofensiva militar a corto o mediano plazo, ya que su capacidad militar en el plano operacional estaría seriamente reducida; sin contar con el hecho

de que cerca al 60% de la marina gringa se encuentra acantonada en el pacífico, con el único objetivo de cercar a China)

Las revelaciones que hace Snowden no son las únicas sino forman parte de una serie de denuncias que han estado sucediendo hace ya un buen tiempo. Ya el ex comandante de las fuerzas nucleares de USA, el general Cartwright, es acusado de espionaje por revelar al New York Times la operación “juegos olímpicos” (que consistía en introducir los virus informáticos Stuxnet y Flame en el complejo computacional de Natanz y sabotear así el programa nuclear de Irán), del mismo modo Jeffrey Sterling, ex empleado de la CIA, quien denunció la operación “Merlin”, Bradley Manning hizo lo mismo revelando informes de inteligencia, Thomas Andrew Drake denunció el programa “Trailblazer”, por el cual se busca introducir virus informáticos en cualquier computadora o celular, etc. Todos estos son considerados traidores (bajo la “Espionage Act” de 1915, que censura todo derecho a la información del país supuestamente más “democrático” del planeta) cuando, en realidad, lo que denuncian es la traición cometida por su gobierno a su propio pueblo y a su propia constitución. Lo que hace Snowden es eso: develar que su propio gobierno viola el derecho a la privacidad establecido constitucionalmente.

Demostrado lo que ya se rumoreaba, lo que irrita a USA es la probable apuesta de las potencias emergentes de limitar el internet (en manos de los “servidores” Google, Facebook, Microsoft, Verizon, Apple, Yahoo y Skype, los cuales son supeditados al programa PRISM de la National Security Agency) y promover intranet nacionales, resguardando lo que es estratégico para cada nación: la información y la comunicación. Es curioso que la creación del panóptico (que se la debemos a Jeremmy Bentham) fue creada para el control de campesinos privados de sus tierras y obligados a trabajos forzados; lo que después representó

el sistema carcelario, ahora nos enseña su máxima realización con las revelaciones de Snowden: si el imperio puede vigilar a todo el mundo, entonces nos encontramos encerrados en un *panóptico global* y el Imperio asume para sí lo que representa un pan-óptico: el Imperio se cree el *ojo de Dios*.

Por eso no tolera disidencias, porque todas desafían, en última instancia, su pretendida omnipotencia. Lo que nos devuelve a su considerado “backyard”. Si no hay una respuesta decidida de nuestros países, entonces el secuestro del avión presidencial le sirvió para constatar que la fractura realizada con la AP, ha debilitado seriamente a la UNASUR. Si esto es así, entonces puede pensar en la recaptura de su inmediata área de influencia, ya que la reacción de los países se irá diluyendo en respuestas unilaterales, sin repercusión regional.

Geopolíticamente nos habrá vuelto a anular. Si no hay respuesta regional decidida al secuestro presidencial, le estaremos dando carta blanca al imperio en decadencia para iniciar una nueva ofensiva “monroeista”. Las oligarquías sudamericanas ya se encuentran animadas, fieles a su condición subordinada al dólar, pues el bajo crecimiento y la inflación regional (que se operan también desde afuera) son siempre argumentos para denunciar la incompetencia de los gobiernos populares en materia económica. Por eso resalta la miopía de Brasil que, siendo parte de los BRICS, no es capaz de liderar una apuesta regional definitivamente soberana, para posicionar su propia presencia en el contexto del nuevo orden multipolar.

Si cotejamos al TPP (la hermana gemela del AP) por sus miembros: Australia, Brunei, Malasia, Nueva Zelanda, Singapur y Vietnam, el mercado total que constituyen apenas bordea los 200 millones. Sólo Indonesia, que no forma parte de este acuerdo, supera a todo este mercado promovido por USA, ya que cuenta

con 245 millones de gentes. Los BRICS sin Brasil conforman más de 3000 millones de habitantes. Vayamos a Sudamérica. No sólo por el mercado sino hasta por el PIB, el conjunto de los firmantes de la AP no llega a igualar ni siquiera al PIB de Brasil, sin contar a los otros miembros del MERCOSUR. Es decir, la AP no es un bloque de peso que pueda desequilibrar al MERCOSUR o al ALBA.

Su conformación es más bien de carácter defensivo y quien se defiende, de China, no son nuestros países sino USA. Pues hasta sus propios think tanks, como el Consejo Nacional de Inteligencia, revela que, hasta el 2030, China logrará desplazar, en lo tecnológico, económico y hasta militar, a la suma conjunta de Europa y USA del primer lugar en el mundo. Es decir que, quienes en nuestra región, apuestan su vida a USA y Europa, apuestan, en realidad, a su muerte.

Sus mercados ya ni siquiera se sostienen a sí mismos. Por eso sus tratados comerciales buscan desesperadamente lograr crecimientos apropiándose de los crecimientos ajenos; no otra cosa ha sido la historia del desarrollo moderno: para generar desarrollo hay que producir subdesarrollo, como garantía del desarrollo. El primer mundo ya se da cuenta de que las propias fuentes de crecimiento y desarrollo no son aptas para los afanes desmedidos del famoso “progreso” moderno, por eso generan ahora dinámicas de guerra fría en el ámbito de las finanzas sobre todo, para expropiar la riqueza que genera el tercer mundo para beneficio propio. Pero ni eso tiene futuro y muestra de ello son los constantes periodos de inflación, deflación y estancamiento de la economía mundial.

No hay mejor coyuntura que ésta para desprenderse definitivamente de un sistema que, en plena decadencia, no halla otra forma de sobrevivir sino parasitariamente. Por eso juega sus apuestas hasta de modo suicida. Se juega su vida pero, en vez de

adecuarse a un mundo nuevo, no sabe sino poner en peligro la vida de todos. Ni su pax americana consiente lo que fue la clave de su inspiración histórica, la pax romana: ésta fue posible porque el emperador Adriano desistió de su dominación y se retiró de Mesopotamia. La insistencia gringa no da muestras de igual sensatez y apuesta a la dominación pura, generando la posibilidad de una conflagración global.

Por eso en estos lados opta por la doctrina del “dog’s circle” o el “divide y vencerás”, algo que aprende del colonialismo francés e inglés, introduciendo elementos desestabilizadores con fuerte apoyo militar y económico (por eso la AP, dice “El País” de España, “no vislumbra sólo asuntos comerciales”). La confrontación que USA ha destapado con el secuestro del avión presidencial es entre Occidente versus UNASUR y los BRICS (por eso la condena que hace Putin a España, Italia, Francia y Portugal —que ya no serían los PIGS sino los PIFS— es acertada: también fue un agravio a Rusia).

Se lleva a cabo la reunión de la OEA. La advertencia de Insulza es cierta: denunciamos y ¿después?, todo vuelve a lo mismo. Se trata de sentar un precedente, lo cual pasa por una firme decisión de revertir el desequilibrio de nuestras relaciones Latinoamérica-Europa. Ya es hora que nos demos cuenta que *ellos necesitan más de nosotros* que nosotros de ellos. Entonces vayamos por donde más les preocupe: la revisión de los acuerdos comerciales. La contundencia de ello no puede ser sino una decisión conjunta. Si no es toda la región, por lo menos que los países del ALBA y el MERCOSUR inicien aquello. Ojalá esto sirva para que el propio gobierno boliviano revise la presencia de Repsol y de todos los capitales españoles y europeos; pues lo que siempre han hecho, a nombre de inversión, es el saqueo indiscriminado de nuestra riqueza.

Dejar huérfanos a Bolivia, Ecuador, Venezuela y Argentina, es la apuesta geopolítica del incidente con el secuestro del avión presidencial en Europa; para de ese modo iniciar una definitiva recaptura gringa de su “patio trasero” (pues ya perdieron mucho en Medio Oriente). Si estos países —y Brasil— y la región en general no se dan cuenta de ello, quiere decir que nuestra vocación colonial no está a la altura de esta oportunidad histórica. Cinco siglos después Europa vuelve a su condición periférica, ¿no será señal de que nosotros volvamos, de una vez por todas, a nuestra condición libre y soberana, anterior a la invasión europea?

§17
EL G77 Y LA DESCOLONIZACIÓN DE LA
GEOPOLÍTICA

30 de mayo de 2014

Las recientes crisis en Ucrania y Siria manifiestan la compleja transición hacia un mundo sin centro hegemónico único; lo que se está denominando el “incipiente mundo multipolar” (las áreas en disputa manifiestan esta tónica). El siglo XXI amanece con un nuevo mundo emergente que ya no presupone, ni cultural ni civilizatoriamente, la hegemonía occidental. El “gran relato” neoliberal del “fin de la historia” se hizo pedazos el 11 de septiembre de 2001 y su última cruzada, llamada el “choque de civilizaciones”, es derrotada en Siria y Ucrania. Es decir, el fenómeno de la colonización, consustancial al mundo moderno, empieza a desmoronarse en el nuevo siglo. Incluso las nuevas potencias emergentes, si optaran por asegurarse áreas de influencia, ya no podrían hacerlo según las prerrogativas que adoptaron las potencias occidentales cuando se repartieron el África y el Oriente. La sobrevivencia de un mundo multipolar pende del siguiente detalle: los términos en que se expresen las alianzas geopolíticas sólo podrían cimentarse en una cooperación mutua y estratégica y ya no en exclusivas relaciones de dominación.

Las últimas bravuconadas que Occidente despliega bélicamente no hacen sino mostrarnos su decadencia profunda. Ya

no pudo invadir Siria, y eso le está costando, no sólo credibilidad sino, sobre todo, la desconfianza en su capacidad militar. Incluso podría decirse que el 3 de septiembre de 2013 se evitó la tercera guerra mundial, cuando el sistema de defensa aéreo ruso S300-PS, desde la base de Tartus, en Siria, intercepta y destruye misiles tomahawks (lanzados desde la base gringa de Rota, en la bahía de Cádiz), que tenían como destino Damasco. Desde entonces queda demostrado que los rusos han recuperado su importancia militar; lo cual equilibra un mundo que había sido capturado por USA (según Ehud Barak, exministro de asuntos militares de Israel, eso debilita a USA en todo el mundo). Desde el triunfo de Rusia ante Georgia, por Osetia del Sur, el 2008, puede decirse que la geopolítica del siglo XX ha sido dislocada en favor de una nueva reconfiguración planetaria.

En Ucrania termina de rematarse la cosa, puesto que la injerencia occidental, comandada por USA, no hace sino, para su propia desgracia, acercar aún más a China y Rusia, lo cual significa, en lo venidero, el viraje definitivo de la economía mundial hacia el Oriente. El último acuerdo monumental entre Rusia y China (cuyo comercio bilateral alcanzará, para el 2020, los 200.000 millones de dólares), no sólo ratifica la hegemonía de una Eurasia oriental, en torno a la restauración comercial de la “ruta de la seda”, sino hasta posibilita que China se expanda hacia Occidente (los más que probables ejercicios militares conjuntos entre Rusia y China en pleno Mar Negro). Ni USA ni Europa tienen la musculatura, ni económica ni militar, para hacer valer sus sanciones económicas a una Rusia que, aliada de China, ya no tiene necesidad de supeditarse a un Occidente en plena decadencia.

El mundo y su cartografía geopolítica, tal cual había sido concebida por las potencias occidentales, desde el siglo XIX, está feneciendo. Esto quiere decir que la disposición *centro-periferia*,

pertinente al mundo moderno, ya no tiene sentido. Como tampoco tiene sentido, frente a la crisis climática y energética, un sistema económico que sólo sabe administrar el despojo sistemático de vida (humanidad y naturaleza) en favor de los fetiches del mundo moderno: el capital y el mercado. La crisis es civilizatoria y sólo puede ser comprendida, en su verdadera magnitud, desde una perspectiva multidimensional.

Esto quiere decir que, tampoco las ciencias modernas, en su crisis epistemológica, estarían a la altura de dar razón de la crisis. Si todas parten de los mitos y prejuicios modernos, ¿cómo podrían auscultar una crisis que la originan estos mismos mitos y prejuicios? La crisis actual manifiesta una *rebelión de los límites* mismos de un mundo que es *finito*; pero la ciencia moderna, la economía capitalista y el mismo paradigma del desarrollo, suponen recursos de aprovechamiento infinitos como presupuesto de un progreso también infinito.

Este presupuesto da origen a la sociedad moderna. Pero es un presupuesto falso, porque los recursos *no son infinitos*. Ni la naturaleza ni el trabajo humano pueden garantizar un progreso sin fin. Un crecimiento sin límites es una pura *ilusión trascendental*. Por eso el mundo moderno se halla en la peor de sus encrucijadas; pues si su economía se basa en el crecimiento económico, este crecimiento supone el aprovechamiento desmedido de energía fósil. Sin energía se hace imposible crecer. Crecer para el primer mundo significa aumentar su consumo de energía; pero si añadimos a esto que el mito moderno de los países ricos es crecer indefinidamente, fieles al modelo de desarrollo y “progreso infinito”, resulta que su propia forma de vida, basada en el crecimiento infinito, ya no puede sostenerse. Entonces, lo que se vislumbra, como consecuencia de esta crisis, es el colapso cultural y civilizatorio de la modernidad occidental. No siendo ya el primer mundo

dueño de la energía del planeta (desde el 2003, cuando British Petroleum confirma el fracaso de la guerra de Irak), ya no puede subvencionar su desarrollo con la miseria que genera su economía en el resto del planeta.

La crisis financiera se vincula también a la crisis energética, que es la otra cara de la *rebelión de los límites* ante las pretensiones ilimitadas de un crecimiento *sin fin*. Este crecimiento es ya insostenible ante la evidencia del agotamiento paulatino de los recursos energéticos. Lo cual hace más vulnerable la estabilidad a futuro de un dólar que, sin petróleo, no tiene nada que lo sostenga (a no ser sus bombas nucleares). El primer mundo requiere cada vez más energía para crecer económicamente, pero si ya no dispone de energía barata y abundante, todo su complejo industrial y tecnológico se estanca. Entra en crisis. Tanto su producción como su consumo ya no pueden sostenerse. La crisis manifiesta aquello. La crisis climática es la *rebelión de los límites*: el mundo es *finito*.

Por eso el mito de la globalización encierra una aporía insoluble: si el mundo es uno, entonces *no es infinito*. El sistema-mundo-moderno-occidental choca entonces con la fuente de donde emana todo lo que hace posible la vida: la naturaleza es única, lo cual no quiere decir que sea infinita. Única quiere decir *vulnerable*. Su finitud es constatación de su condición de sujeto. Por eso no puede no tener derechos. Si la vida procede de ella es porque es Madre. Por eso le decimos PachaMama. La extracción indiscriminada que se hace de sus componentes vitales, en torno a una acumulación excesiva de ganancias, hace imposible que pueda reponer lo que se le ha quitado: la sobre-explotación de un recurso conduce a la destrucción paulatina de todo su contexto vital. A esto llamamos *extractivismo*, prototípico del capitalismo.

La curva geofísica de Hubbert fue diseñada para mostrarnos que todo elemento depletable, como el petróleo, alcanza una

cúspide en su explotación, para nunca más superar aquello. Según el World Energy Outlook (informe anual de la Agencia Internacional de Energía del 2010) esta cúspide a nivel mundial ya se habría alcanzado el 2006. Y, si es cierto que la cúspide de todos los hidrocarburos, además del uranio, se daría el 2018, entonces se hace imprescindible una transformación en la base energética; pero los países ricos no responden de modo sensato a esta realidad sino que apuestan por un peligro aún mayor: los agrocombustibles.

Pareciera que los países ricos, al no encontrar salida a su crisis, optan por meterse más en ella. Pues esta supuesta solución a la crisis energética supondría un holocausto alimenticio a nivel global (la subida de los precios de granos y alimentos corrobora una tendencia de carácter especulativo que aprovecha ufano el capital financiero).

La pelea energética es ahorita la tónica de los dislocamientos geopolíticos. Para el imperio es imprescindible la combinación dólar-petróleo. Sin petróleo no puede sostener su infraestructura bélica planetaria. Si tiene el petróleo tiene el control. Entonces la situación en Ucrania y Siria nos lleva también a reflexionar acerca de la amenaza sistemática que ejercen los poderes fácticos en Venezuela. Necesitan del petróleo venezolano para equilibrar su poder ante estas nuevas derrotas en Ucrania y Siria.

USA persigue su soberanía energética recapturando a Latinoamérica. Por eso el TLCAN con México reaviva la “Doctrina Monroe”, por eso lo que sucede en Venezuela forma parte de su estrategia geopolítica ante el ascenso de China y Rusia; las bases militares gringas de Colombia y Perú ya no apuntan sólo a Venezuela sino también a Brasil. No sólo el Orinoco sino el Amazonas son áreas geoestratégicas para restaurar un mundo unipolar (parece que Brasil, aun siendo parte de los BRICS, no se ha anoticiado de esto).

Esta lectura nos sirve para diagnosticar, establecer y determinar el contexto epocal que subyace a la celebración de la “50 reunión cumbre del G77”. Esta cumbre que se realizará en Bolivia es inédita, pues si en sus inicios el G77 sólo coordinaba programas de cooperación en materia de comercio y desarrollo para una mejor integración en el mercado mundial, la nueva reconfiguración geopolítica y geoeconómica actual, sienta las bases para hacer de este grupo un contrapeso a la hegemonía —en decadencia— de los países ricos.

No sólo Bolivia, sino el ALBA y hasta el MERCOSUR, tienen la mejor oportunidad de *liderar una transición* con perspectiva mundial. Por eso la necesidad de contar, en la actualidad, con una perspectiva geopolítica ya no sólo coyuntural sino acorde con este proceso de *transición planetaria*. Politizar la cumbre G77 es fundamental para que nuestros países sitúen a nuestra región en el *nuevo centro de gravedad* de la transición civilizatoria del siglo XXI. Por eso el “vivir bien” y la “descolonización” ya no pueden diluirse en la pura retórica sino consolidarse como el discurso pertinente a un mundo en *transición civilizatoria*.

El G77 nace dentro del paradigma del desarrollo y en un mundo repartido entre dos potencias. Con la imposición de un mundo unipolar, el grupo no tenía más carácter que el exclusivamente declarativo. Pero con la decadencia del mundo unipolar y el ascenso de los BRICS, nuevos márgenes de acción se presentan para este tipo de grupos (también es el caso de los “no alineados”), pues los mismos organismos internacionales (pertinentes a la hegemonía gringa) se hallan seriamente cuestionados; entonces, ante el declive de unos y el ascenso de otros, el G77 se halla en condiciones nunca antes experimentadas, pues el mundo moderno atraviesa, por vez primera, la ausencia del poder hegemónico occidental, pero a su vez, también se encuentra en medio

de una crisis civilizatoria que amenaza a la supervivencia propia del planeta.

En ese contexto, la reunión en Bolivia podría despertar una conciencia global de un necesario cambio de paradigma frente a la decadencia del capitalismo. Sólo una mancomunidad de esfuerzos de los países pobres podría augurar nuevas vías que puedan apostar las economías periféricas, con el fin de desprenderse definitivamente de las prerrogativas de los países ricos (ahora en crisis profundas) y proponerse despegues económicos que ya no busquen una integración subordinada al capital y al mercado globales sino de una reconstrucción de sus propias economías. Este periodo de *transición* hacia un nuevo sistema económico mundial durará por lo menos un siglo; no se sabe qué adviene pero la economía no puede continuar con las prerrogativas propias del modelo de producción, consumo y acumulación actual.

El ascenso de las “potencias emergentes” no sólo reequilibran el poder global sino que hace posible descentrar la economía y la política globales. La disposición *centro-periferia* es lo que ya no puede mantenerse; con el ascenso de los BRICS se reivindicar culturas y civilizaciones que el mundo moderno las consideró arcaicas y superadas del todo. India y China vuelven a tener la importancia global anterior a la modernidad. Por eso no es raro que una buena parte de la literatura gringa hable del “choque de civilizaciones”. Occidente se siente amenazada por el despertar de las civilizaciones que supuso atrasadas, lo cual no hace sino desmentir su presunta “superioridad” civilizatoria.

Para este año China será la primera economía mundial y para el 2030 China superará en lo tecnológico, económico, científico, educativo, etc., a la suma conjunta de Europa y USA. Sólo en el índice PISA, que mide el nivel educativo en el mundo, de los 10 primeros puestos, 7 son países asiáticos (hasta Vietnam está por

encima de USA). Es decir, la decadencia del primer mundo es ya una cuestión de hecho.

En ese contexto, el primer mundo ya no es más modelo civilizatorio. Y la economía que patrocinó por cinco siglos ya no es más sostenible. Energéticamente el mundo ya no puede seguir el modelo de consumo occidental; a lo cual hay que añadir que las potencias emergentes no son autosuficientes y ya no pueden hablar en los términos colonialistas que lo hacían Europa y USA. La colonización ya no sería posible de reeditarse en el siglo XXI.

Esto quiere decir que, un mundo multipolar, permite pensar una situación mucho más rica y compleja: la *ceropolaridad*. Este concepto es novedoso en la geopolítica y quiere describir un mundo *sin hegemonías concentradas*. Pues tampoco las nuevas potencias emergentes, pueden decidir todo sin contar con los afectados; esto significa que ninguna potencia puede ejercer, de modo único, su influencia sobre todos los acontecimientos.

Cuando los poderes hegemónicos retroceden en algo, las soberanías nacionales, aunque mínimas, despiertan a nuevas apuestas; y si estas apuestas se generalizan, entonces tenemos una coyuntura como la actual: un “cambio de época”. Una nueva disposición geopolítica planetaria con ya no un solo centro abre márgenes de acción para los países pobres. Pero estos, de modo aislado, no podrían superar su situación. Sólo la cooperación y las *alianzas estratégicas* podrían enfrentar, de modo más plausible, la arremetida de los países ricos.

Estas alianzas no pueden prescindir de los BRICS. China recupera el Pacífico como centro de la economía global y eso supone también que los flujos comerciales se des-occidentalicen. Junto a la India establecen una nueva geografía de la economía mundial. Por primera vez, después de 500 años, América aparece otra vez al extremo oriente del oriente, mostrando el verdadero

sentido y dirección de la civilización humana. Occidente nunca fue la culminación del desarrollo de la civilización humana. Las implicaciones de este tipo de recambios van a tener sus repercusiones hasta en lo cultural.

Aliarse a los BRICS no tendría que significar avalar, o peor, remedar su modelo de crecimiento económico. Pero en una nueva cartografía geopolítica y un nuevo mapa institucional global, nuestros países podrían demandar, en condiciones más favorables, una transformación del modelo productivo y de consumo que ha originado el capitalismo. Por eso necesitamos reafirmar la creación de una nueva arquitectura financiera global. Se dice que nadie, en el contexto global, es independiente de todo; se es independiente en la medida en que se conoce y se aprovecha, en beneficio propio, el grado de dependencia que se tiene.

Una transformación del modelo productivo supone una nueva arquitectura financiera y ésta presupone un nuevo marco jurídico del derecho, nacional e internacional, que le devuelva la soberanía a los pueblos. Cuestionar todo aquello supone también advertir que no es un modelo de desarrollo lo que ha entrado en crisis sino el propio desarrollo; el afán de control y dominio de la naturaleza, reducida a objeto a disposición, es lo que ya no puede sostenerse. La propia concepción que de naturaleza tiene el capitalismo y la modernidad, es lo que hace *insostenible* todo sistema económico. Por eso, la defensa de “derechos de la Madre tierra”, el “vivir bien”, la “descolonización”, se constituyen en criterios epocales que sostienen una toma de consciencia global; esto es lo que establece, en nuestro caso, un liderazgo nunca antes imaginado y que nos abriría la posibilidad de establecer una agenda mundial.

Los desafíos son grandes, por ejemplo, desafiar al mismo mercado global supone la promoción de sistemas de producción locales y tecnologías ancestrales o la recuperación de economías

campesinas comunitarias como base de la soberanía alimentaria. Sólo aquello podría remediar, en un 50%, la emisión de gases de efecto invernadero (que provoca la gran agroindustria). La autosuficiencia alimentaria es parte de la consolidación de alternativas en la economía e, inevitablemente, de la revalorización de las culturas antes despreciadas.

El nivel de agresión y destrucción del proceso de producción capitalista, destaca una invariable en su propia lógica: destruir para producir. En ese sentido, la decadencia del capitalismo arrastra al mundo y a la vida en su conjunto. Las implicancias a futuro de esta decadencia es la que obliga al mundo a proponerse nuevas alternativas. Por eso la respuesta no puede provenir del primer mundo, pues la apuesta de éste es únicamente alterar el rumbo que está adquiriendo el mundo multipolar e impedir definitivamente su consolidación.

En Ucrania, la opción occidental consiste en restaurar el orden hegemónico unipolar; pues la sobrevivencia de Europa misma se encuentra en entredicho. La dependencia del gas ruso le aleja de la esfera gringa y le convierte en una semi-colonia energética de una economía cuyo centro se hace cada vez más oriental. Los dislocamientos geopolíticos de este nuevo siglo hacen resurgir a la región euroasiática como lugar estratégico para controlar y dominar al mundo. Para Occidente es vital recuperar esa zona, pues sus estrategias consideran que Ucrania es la entrada a Eurasia, donde vive el 75% de la población mundial y donde se hallan $\frac{3}{4}$ partes de toda la energía conocida. Capturando a Ucrania se trata de impedir que la economía se orientalice, pues si Rusia se acerca a China (y a India), Occidente deja de tener la importancia que una vez tuvo y su economía no podría ya reponer su predominio (por eso hasta Alemania juega doble, pues también se acerca a China y Rusia, aunque no renuncia a su pertenencia occidental).

El G77 no puede desatender este nuevo contexto que está alterando por completo el tablero geopolítico mundial. En medio de un incipiente mundo multipolar, la visión que se tenga no puede reducirse a lo meramente local. En un mismo mundo compartido, todo tiene relación con todo. Una nueva lectura del relacionamiento internacional pasa por una actualización geopolítica de un mundo en transición. La narrativa actual es geopolítica, pero no una geopolítica provinciano-imperial sino una geopolítica verdaderamente mundial.

Esto nos posibilita advertir también el carácter ideológico, unilateral y hasta plagado de un provincianismo cultural de los marcos teórico-conceptuales de las relaciones internacionales y la diplomacia, como disciplinas sociales. Estas disciplinas tienen una reducida perspectiva europeo-norteamericana, que justifica un “excepcionalismo” inadmisibles hoy en día. La decisiva dependencia que tienen estas disciplinas de la política exterior norteamericana, delata también una profunda ignorancia de otros mundos culturales y civilizatorios que no pueden ser reducidos a la mirada occidental.

Esto nos lleva a advertir que, si el mundo que viene será multipolar, nuestra geopolítica deberá también, acorde con ese nuevo mundo, tener una visión *multidimensional* de implicancias globales, o sea, deberemos aprender a ver el mundo desde una perspectiva propia. Si los chinos, hindúes, iraníes y rusos, propician think tanks propios, con perspectivas geopolíticas radicalmente distintas a las de europeos y gringos, no menos debemos realizar en este lado del mundo. El asunto, en definitiva es, o producimos una perspectiva propia de lo que sucede en el mundo o nos contentamos con la perspectiva usual, que es la occidental. De una determinada narrativa se deduce una determinada perspectiva. Si la narración es la decadente, la moderno-occidental,

entonces lo que se deduce es la defensa de los intereses y los valores moderno-occidentales.

El mundo es lo que se interpreta de éste. O descubres el mundo o te lo encubren. La política exterior de nuestros países ha estado siempre constituida a partir de los marcos teórico-conceptuales de la narrativa geopolítica imperial. Desprenderse de aquello supone producir una nueva narrativa geopolítica que de nacimiento a un nuevo tipo de relaciones internacionales. Lo usual en teoría de las relaciones internacionales ha sido siempre la lectura abstracta, descontextualizada, sin historia, usando conceptos meramente formales, que ordenaban un pasivo reacomodo a las situaciones impuestas. La geopolítica parecía patrimonio del *centro*, por eso hasta la izquierda ingenua entendía ésta como una disciplina imperial (sumidos en la lectura hacia adentro olvidaban a menudo el mundo real en el cual se encontraban).

Las lecturas hegemónico-imperiales están en crisis, develando el provincianismo de la visión del *centro* ante un mundo de ascensos civilizatorios que no logran comprender. Occidente nunca conoció al mundo, por eso mira atónito el ascenso de las potencias emergentes y descubre que no tiene otra cosa que la fuerza bruta para imponerse. El afamado historiador de la Universidad de Yale, Paul Kennedy, sostiene que los asuntos internacionales no andan bien en el mundo político y social y que incluso estarían comenzando a desmoronarse, tanto institucional como discursivamente. Pero este desmoronamiento lo ve como un atentado al “mundo libre”, es decir, no es capaz de ver que se trata del desmoronamiento cultural-civilizatorio de la propia hegemonía occidental, es decir, el llamado “mundo libre”.

La conclusión que este tipo de personajes —muy influyentes en ámbitos de poder— presenta, es que el mundo está desquiciado. Esa visión delata a un *centro* que ya no sabe leer un nuevo mundo

emergente. Para Charles Hill, legendario funcionario del Departamento de Estado, el antiguo orden conocido como el siglo norteamericano, que era parte de la era moderna, parece estar apagándose. Su diagnóstico es revelador, pues señala que la era que viene “ya no será moderna”; pero lo que constituiría una esperanza para el resto del mundo pobre, él lo ve como “nada agradable”.

Por supuesto, desde el imperio no es nada agradable perder su preeminencia; por eso hace bien David Brooks (columnista del New York Times) en señalar que el orden moderno al cual se refiere Hill, es un sistema de Estados que encarnan los dos grandes vicios de las relaciones internacionales: el deseo de dominio expansivo y de eliminación de la diversidad. De ello se puede colegir que las mismas relaciones internacionales no fueron *nunca* concebidas para un mundo multipolar *no occidental*. Para el imperio, la geopolítica ha sido la defensa exclusiva de *sus* intereses, a los cuales llama *sus* valores. Un mundo multipolar y policéntrico es algo inconcebible para la geopolítica imperial, pero una necesidad a ser pensada en la geopolítica de nuestros países. Por eso tiene sentido hablar de una *descolonización de la geopolítica*.

La *transición* civilizatoria no puede ser ciega. Advertir el sentido potencial de una nueva reconfiguración planetaria, sin hegemonía única, permite diseñar una nueva fisonomía global más acorde a una realidad diversa y plural. Por eso la visión provinciana de la geopolítica imperial ya no sirve para interpretar el *sentido de la transición*. La narrativa geopolítica deberá recuperar las historias negadas y los horizontes culturales olvidados. Si el G77, y Bolivia y los países del ALBA, están a la altura de liderar la *transición civilizatoria*, lo que lógicamente debería acontecer es la posibilidad de fundar, en el mediano plazo, una nueva “Liga de las Naciones” (como reconocimiento además a sus verdaderos inspiradores: la liga indígena Iroquesa).

Si todas las instituciones mundiales ya no cuentan con legitimidad, pues todas ellas responden a la disposición *centro-periferia*, prototípica de la hegemonía moderno-occidental, la propia ONU debería desaparecer y dar lugar a una nueva y más democrática organización. El G77 contiene la mayor concentración de países miembros de la ONU, por tanto, su legitimidad es considerable. Un nuevo mundo en ciernes no puede amanecer con instituciones arcaicas.

§18
LA FRACTURA GEOPOLÍTICA DE SUDAMÉRICA
EMPIEZA EN BRASIL

27 de abril del 2016

Si la “diplomacia abierta” está diseñada para el consumo informativo (pues algo se tiene que informar), la política exhibida mediáticamente está concebida para moldear opinión pública. Ninguna tiene, como misión, orientar y, menos, generar una relación crítica con los hechos políticos (el nuevo circo romano es virtual); lo que se informa no contiene nada que no sea *lo permitido* por la función asignada, es decir, lo que se sabe es apenas lo que una administración selectiva de información *permite saber* (este control, por supuesto, no es del todo perfecto; su éxito es proporcional al grado de domesticación producida). La interpretación de los hechos políticos son, de ese modo, circunscritos dentro de los márgenes permisibles que establece un poder estratégico que sabe la importancia del manejo de la información.

La “diplomacia abierta” es un concepto que sintetiza la visión aristocrática de la democracia moderna: el pueblo no tiene por qué saber lo que realmente está en juego. El pueblo obedece, *no decide*. Quienes deciden son los protagonistas de la *diplomacia profunda* y son los artífices de la política real. Lo que se ve es apenas el teatro mediático, la tragicomedia política; pero la trama, el

argumento y el meollo del asunto, no pueden exhibirse, ni siquiera en el propio desenlace. Porque descubrir esto es revelar los propósitos del nivel profundo y esto significa desenmascarar al poder detrás del trono.

Hoy en día, la mediocracia ha monopolizado toda mediación entre individuo y realidad, haciendo de la opinión pública su patrimonio privado. La información se ha convertido en un recurso estratégico de control político, haciendo de ésta la marca registrada de todo fenómeno comunicacional; pero no es la información, en sí, lo que produce conocimiento, sino la reflexión que tematiza el sentido que contiene la información; tampoco es el contacto directo con los hechos lo que permite comprensión sino el *tener perspectiva*, así como la objetividad no se mide por la neutralidad sino por los criterios éticos que se asume. Entonces, para tener una visión clarificada de los acontecimientos, hay que superar el cerco mediático y desenmarañar los contenidos informativos que propaga la prensa y, de los cuales, ni ella misma es consciente.

Lo que sucede en Brasil no puede sopesarse a partir de lo que se exhibe mediáticamente; esa información sólo produce confusión y no permite entrever lo que realmente está en juego. Las denuncias de corrupción gubernamental es un teatro montado para los ingenuos en geopolítica, que es el modo cómo se está definiendo la nueva reconfiguración global. En ese sentido, la posible destitución de la presidenta Dilma no está lejos de todo lo que ha venido aconteciendo desde el golpe en Honduras y Paraguay.

Bajo la nueva nomenclatura implantada por las guerras de cuarta generación, un golpe de Estado puede ahora prescindir del uso de la fuerza militar. El “impeachment” es una nueva modalidad del concepto de “golpe suave”, que se impone el “smart power” como una forma de reducir las expectativas democráticas de los pueblos, sin alteración del orden constitucional y promovi-

da por la propia institucionalidad “democrática”. Lo que pareciera un contrasentido no es más que la constatación de una capitulación jurídica que la izquierda continental no ha sabido tematizar.

Algo que la visión economicista de la izquierda latinoamericana no entiende es que el neoliberalismo no es simplemente un modelo económico. No es políticamente que el neoliberalismo penetra en nuestros Estados sino *jurídicamente*. La “doctrina del shock” nos muestra cómo el dogma neoliberal penetra en nuestras sociedades pero no nos enseña *cómo llega a encarnar* en la estructura misma del Estado. Lo que sucede en Brasil es muestra del modo cómo el régimen normativo de los Estados es capturado por el concepto de derecho que patrocina la actual hegemonía financiera del dólar-centrismo.

Algo que el marxismo standard no ha llegado a aclararse es que el capitalismo es imposible sin un marco jurídico que haga posible el desarrollo de la lógica del capital. Marx mismo señalaba que, en realidad, no vemos relaciones económicas sino vemos, estas relaciones, en el espejo de las relaciones jurídicas. Sin un derecho que *justifique* y *legitime* el robo y el despojo (al ser humano y a la naturaleza) que son, en última instancia, el contenido del concepto de riqueza moderna, el capitalismo sería imposible.

El régimen normativo que inaugura el derecho moderno-liberal es lo contenido en la subjetividad moderna que promueve el capitalismo. Desde Hegel, el derecho expresa la propiedad, como determinación de la libertad del individuo moderno; es decir, el derecho moderno es concebido para la defensa de la apropiación de lo que era común, por eso *lo privado* de la “propiedad privada” es la *privación* que se hace a los demás de *lo que era común*. Es un derecho pensado para los ricos. Si este derecho estructura el régimen normativo de un Estado, entonces se entiende que ese Estado desarrolle únicamente una política antipopular.

Por eso el neoliberalismo realiza un desmontaje del carácter nacional de nuestros Estados y reconfigura nuestras constituciones a merced del nuevo sujeto del derecho actual: el capital transnacional. Los nuevos tratados comerciales, como la Alianza del Pacífico (extensión del Trans Pacific Partnership o TPP, y del Trade In Services Agreement o TISA), son clara muestra de ello, estableciendo una subordinación de los propios Estados a una legislación global que protege a las empresas de todo reclamo de soberanía.

Nuestros gobiernos habían originado una recuperación del carácter nacional de nuestros Estados, pero sin alteración del régimen normativo que había implantado previamente el neoliberalismo. Ahora, cuando se había logrado, aunque sea mínimamente, la estabilidad requerida para impulsar las economías, es desde el propio sistema constitucional que se produce una recaptura del poder. Otra vez, la izquierda entrega en bandeja de plata un país a merced de un nuevo asalto conservador.

Algo que ya debía ser asunto de evaluación politológica es la empecinada denuncia de presidencialismo que promovía la derecha continental. Una de las premisas de la democracia neoliberal, inventada por los think tanks gringos, es la distribución del poder político, recortando atribuciones constitucionales que pudiese tener una cabeza –no disciplinada– gubernamental, para desviarlo al legislativo sobre todo, donde es posible establecer la lógica de los lobbies y, de ese modo, controlar siempre al ejecutivo. Esa es la democracia gringa, donde el presidente no ejerce poder, simplemente lo administra; por eso el voto es irreal, porque el presidente, aunque prometa todo, no puede hacer nada, y el poder detrás del trono actúa cómodamente desde las cámaras. Por eso, a este tipo de democracia le incomoda que un presidente pretenda recuperar atribuciones constitucionales, desde las cuales pueda promover una radical transformación del Estado.

Es curioso cómo las acusaciones de corrupción gubernamental siempre aparecieron una vez que aparecía la predisposición de realizar una “limpieza” estatal. Eso sucede en Brasil y es hasta titular en el *New York Times* del 15 de abril: “ella no robó nada, pero está siendo juzgada por una banda de ladrones”. Esta situación comienza desde que Dilma, el 2011, efectúa “limpiezas” en organismos públicos.

Algo que es fundamental en la implantación del neoliberalismo es la generación de una cultura de corrupción política, pues sólo de ese modo pueden los mismos connacionales coadyuvar a un desmantelamiento del carácter nacional del Estado. De ese modo la política se convierte en subsidiaria de la economía: las empresas financian campañas políticas y compran políticos para influenciar al propio poder político (el poder de Eduardo Cunha en el Congreso brasileiro —el principal impulsor del “impeachment” contra Dilma—, proviene precisamente del poder que le brindan los políticos favorecidos del montaje de corrupción que originó a través de acuerdos con empresas ligadas al financiamiento de campañas y compra de políticos, a cambio de favores e influencia legislativa para hacerse de contratos públicos y estatales). El neoliberalismo no sólo promueve la desregulación bancaria sino también la inmoralidad política. La política se vuelve administradora del poder recortado que le otorga el poder económico. El Estado mismo se encuentra, una vez desmantelado, a merced del ingreso que puedan proporcionarle sectores empresariales.

Estos sectores se hallan, desde el neoliberalismo, demasiado comprometidos con el dólar. De modo que sus intereses no encajan en una recuperación del carácter nacional del Estado. Que Eduardo Cunha sea el aliado principal del vicepresidente Temer, señala una orquestación congresal que busca algo más que una simple destitución constitucional. Se trata de algo que sólo

puede hurgarse en la política profunda y que escapa a las consideraciones meramente locales. Lo que está en juego en Brasil es el destino mismo de Sudamérica; no porque en Brasil se dirima una fatalidad sino que el desenlace del “impeachment” establecerá, en lo venidero, el derrotero geopolítico de toda Sudamérica en el nuevo tablero geopolítico multipolar.

La destitución de Dilma provocaría la sucesión constitucional, es decir, la asunción a la presidencia de su vicepresidente Temer, quien es el favorito, en esta contienda, de los intereses gringos. Temer es la versión brasilera de Macri, cuya misión inmediata es, y así lo está demostrando, reponer en Argentina una economía alineada a la hegemonía del dólar. De ese modo se repondría el proyecto de las elites, que no es otro que un neomonroeismo más implacable, en una situación global ya no tan halagüeña para USA. No se trata sólo de destituir a Dilma sino de anular también a Lula, para una re-cooptación absoluta de la economía del gigante sudamericano. Detrás de todo el teatro mediático se encuentra la restauración neoliberal en condiciones que ameritan la urgencia de USA por aislar a Sudamérica de la influencia de China y Rusia y de toda opción que signifique, para nuestros países, separarse de la hegemonía gringa.

El factor geopolítico viene por ese lado. Tanto USA como Rusia ya han venido declarando su más que seguro abandono, no sólo de Siria sino de todo el Medio Oriente. Esto supondría no sólo el desentenderse de los conflictos suscitados allí sino el mudar el propio teatro de conflagración geopolítica global a otra parte del mundo. USA concentra su poder bélico en el Extremo Oriente, pero su más actualizado neomonroeismo está concentrando sus esfuerzos en recuperar, lo que considera su continente, de toda influencia que merme en algo su importancia. Desde la doctrina Bush, USA ha ido perdiendo presencia en casi todo el

mundo; el propio empecinamiento en Irak y Afganistán le costó, entre otras cosas, perder su control sobre Sudamérica.

Tanto Ucrania como Siria han mostrado la fractura de un mundo unipolar y que está propiciando una nueva guerra fría. Dos bloques antagónicos se enfrentan en todo conflicto que persigue la reposición de un mundo unipolar: por un lado USA, su brazo armado (la OTAN), su brazo político (la Unión Europea), y su brazo financiero (la Banca israelí-anglosajona); por el otro, los BRICS, además del Grupo de Shanghai, pero sobre todo Rusia y China. Brasil forma parte de los BRICS y, una unión más estrecha entre Brasil y China, supondría el fin de la hegemonía gringa en Sudamérica. La restauración neoliberal en Brasil persigue la *desconexión* entre estos dos gigantes. Si Brasil corre la misma suerte que Argentina, entonces el futuro del MERCOSUR, la UNASUR y el ALBA se hallan seriamente comprometidos y nuestros países, que no pueden vivir al margen de una integración económica, estarían a merced de los tratados comerciales promovidos por el capital transnacional. La Alianza del Pacífico ha sido diseñada para eso, pues dentro de la doctrina Obama, un punto primordial es la contención de China. Si USA promueve esta contención en la propia área de influencia de China, con mayor razón en lo que consideran los gringos su “backyard”.

Para estos fines el Council of Foreign Relation o CFR ha diseñado el concepto geopolítico de “North-America”, donde éste se expande hasta Venezuela, como parte de un Caribe ampliado (que USA siempre consideró como su Mar Mediterráneo). Este concepto establece la prioridad de contar con los recursos naturales y energéticos que proveen las cuencas del Orinoco y del Amazonas, como base material para garantizar la reposición de la supremacía gringa en el continente. La *anulación geopolítica* de Sudamérica es esencial para esta reposición. Esta fue la claridad que

tenía el presidente Chávez (por eso era urgente su desaparición). Ningún otro presidente, ni siquiera Lula, ha mostrado consciencia de esta perspectiva geopolítica, necesaria a la hora de ingresar de modo soberano a una nueva reconfiguración del tablero geopolítico global.

Deshacer una integración regional sudamericana, de carácter soberano, es fundamental para debilitar al BRICS, sobre todo a Rusia y China, pues el cordón geoestratégico de las potencias emergentes tendrían que recluirse al viejo continente, una vez rota la continuidad que proporcionaban Sudáfrica y Brasil (desde Washington se orquesta las protestas estudiantiles en Hong Kong, la desestabilización en Sudáfrica, también las protestas contra la reelección de Putin, así como la confabulación con la familia Saudí y la banca, para bajar el precio del petróleo e implosionar las economías de Rusia, Irán y Venezuela); desconectar a Brasil supone *aislar a Sudamérica* de la expansión del pacífico y no permitir, bajo ninguna circunstancia, un ingreso en mejores condiciones, de nuestra región, en la nueva cartografía tripolar (USA-China-Rusia) que no conviene para nada a la supremacía gringa.

La carencia de una lectura global de un mundo *en transición* nos hizo perder la gran oportunidad de consolidar un proyecto regional cuando el Imperio estaba distraído en el Medio Oriente. La resistencia de los pueblos de Irak, Afganistán, Siria, Irán, etc., nos había dado la posibilidad de originar una “primavera democrática” en estos lados; pero el exitismo de lo logrado, que no era sólo merito nuestro, ahora nos descubre en una coyuntura ya no tan favorable, donde las dos más grandes economías de Sudamérica se van inclinando por una nueva capitulación mucho más entreguista que las anteriores. La *colonialidad* de nuestras elites, tanto económicas como políticas y hasta culturales, sólo pueden manifestar un ánimo de resignación y, aunque prodiguen un anti-imperialismo discursi-

vo, esto sólo sirve para el berrinche momentáneo y la inculpación unilateral hacia afuera (hasta para admitir responsabilidades la izquierda sólo sabe mirar hacia afuera).

En esta coyuntura, donde la integración es más difícil y el quedar aislados cancelaría lo propositivo de nuestras revoluciones, es menester reponer de modo urgente las prerrogativas que pretendían una integración política y económica, además de financiera, regional. Nadie se va a salvar solo. La salida de esta emboscada no puede ser sino conjunta. Las críticas al interior de nuestros procesos no pueden perder de vista que, lo que está en juego, es la sobrevivencia misma de nuestros Estados. Si los gobiernos muestran algo de sensatez al respecto, debieran ser los primeros en ceder su exclusivismo e infalibilidad, para promover una nueva *reconexión horizontal* con el carácter popular-democrático que habían inaugurado nuestros pueblos, sobre todo indígenas. Una nueva integración no puede reducirse a lo meramente comercial sino que debe proponerse en los términos geopolíticos de una *reposición geoestratégica de la región*, para de ese modo permitirnos un ingreso, en las mejores condiciones, en el nuevo tablero geopolítico global.

Así como las políticas que adopta Macri son insostenibles, lo mismo sucedería con Temer en Brasil. El nuevo tipo de acumulación financiera que orquestan los nuevos tratados comerciales son decididamente más despiadados y sólo pueden conseguir los índices acumulativos que se proponen, despojando todas las conquistas sociales logradas en este periodo. Como en Argentina, lo que se produciría en Brasil es el caos (las conquistas sociales, y hasta culturales, han constituido un nuevo sentido común que será difícil anular). Pero este panorama no ensombrece las aspiraciones del capital financiero, pues para las finanzas, el caos y la guerra constituyen siempre oportunidades para generar ganancias espectaculares.

Si USA desiste del Medio Oriente, pues ya no puede contrarrestar la superioridad bélica rusa, le resta asegurar su área inmediata de influencia. Y si, para ello, promueve un concepto geopolítico de ofensiva estratégica, como es el “North-America” ampliado, entonces la anulación de Sudamérica supondría su *balcanización*. Esa es tristemente la constancia de toda reconfiguración geopolítica: donde no haya integración regional sólo resta su *balcanización*. Cuando todo se trata de sobrevivir –hasta de las potencias–, los fuertes no hallan otra manera de hacerlo sino a costa de los débiles. Y los débiles lo son porque, en semejante situación, anteponen sus particularidades y no apuestan por su complementación. En un mundo compartido, nadie es independiente del todo, ni siquiera los imperios; se es independiente en la medida en que se toma consciencia del grado de dependencia que se tiene, de modo de aprovechar esa dependencia (porque no es unilateral) y hacerla recíproca. La independencia es subjetiva, es decir, es el tipo de relación que establezco, lo que define mi condición.

Este panorama es también el que se viene definiendo en las elecciones que se llevarán a cabo en USA. La favorita del poder financiero y los lobbies es Hilary Clinton (a quien ya llaman “Killary”) y, si la nueva administración gringa recae en la parte más conservadora, que ya no es sólo la republicana, entonces la tercera guerra mundial pasaría a ser una opción inevitable. La visión provinciana euro-gringo-céntrica de la diplomacia y la política exterior del primer mundo no concibe un mundo compartido y esa limitante sólo admite la posibilidad de la guerra.

Toda la propaganda actual está diseñada para legitimar una situación límite. La develación de los “panamá papers” es una de las tantas estrategias de la guerra financiera contra los enemigos del dólar. No en vano, el consorcio que investiga estas cuentas

off-shore es curiosamente patrocinado por la CIA, la fundación Ford y la fundación Soros. La curiosa selectividad informativa da muestras de una interesada pesquisa, donde aparecen personajes del “eje del mal”, para darle más candela al asunto. Otra función más del circo mediático que, pretendiendo defender la “libertad” y la “legalidad”, no hace otra cosa que no sea recortar aún más la libertad global; porque esta operación no afecta al sistema financiero, que necesita estos paraísos fiscales para, precisamente, evadir las leyes estatales; esta operación sólo busca eliminar la competencia y establecer como únicos paraísos fiscales a aquellos que se encuentran en las jurisdicciones de USA, Gran Bretaña, Israel y Holanda, de ese modo, tener el control total de todos los movimientos financieros globales, legales o no.

La importancia geoeconómica de Sudamérica es clara para las pretensiones del concepto “North-America”. Para una incorporación de nuestra región, en condiciones prometedoras, a un mundo multipolar, se requiere una apertura hacia el pacífico y una conexión estratégica —soberana— con el gigante asiático. De modo aislado esto no es posible y esto lo saben los gringos, por eso, anulando a Brasil se anula una apuesta conjunta. Sólo regionalmente se estaría en condiciones de negociación favorable con alguna potencia, de lo contrario, cualquier potencia sólo nos subsumiría en su proyecto expansivo.

El concepto de “North-America” subyace al disciplinamiento del Caribe, que empezó con el golpe en Honduras, la incorporación del México neoliberal como garante energético de esta restauración expansiva, la desestabilización de Venezuela, el golpe en Brasil, la defenestración de Cristina Kirchner (cuando mostró su entusiasmo de que Argentina formase parte del BRICS) y, hasta podría decirse: caen como anillo al dedo, la derrota de la izquierda en Perú y el terremoto en Ecuador (¿habrán

estado activas las antenas del proyecto HAARP?). La actual guerra fría financiera, tiene fines geoestratégicos contra el BRICS; y el interés por reducir a Sudamérica en el concepto “North-America”, implosionando sus tres más grandes geoeconomías (Brasil, Argentina y Venezuela), hace preocupante la situación nuestra en esta encrucijada.

Sudamérica se encuentra polarizada entre lo que resta del ALBA y el auspicio imperial de la Alianza del Pacífico. Si Brasil es absorbido por la restauración neoliberal, su importancia como promotor de una integración regional (cosa que, hay que decirlo, nunca se propuso de modo decidido) habrá devenido en arrastrar a todos a la capitulación. El MERCOSUR sería excluido por la Alianza del Pacífico y USA controlaría de nuevo todo para su propio y exclusivo beneficio (el CAFTA ya está bajo su control). La fractura geopolítica daría lugar a una situación de caos y desestabilización regional y una posible *balcanización*.

Sudamérica sería el lugar de la definición geopolítica global, donde el supremasismo gringo fundaría sus pretensiones de restaurar su hegemonía única y la reposición de un mundo unipolar. Para ello cuenta con la complicidad de las burguesías locales y todo el sistema financiero mundial, que es capaz de colapsar cualquier economía vulnerable al patrón dólar. Ahora se comprenderá por qué era urgente y necesario el funcionamiento del Banco del Sur y la consolidación de una moneda regional. Sólo con la recuperación de nuestras reservas internacionales podía haberse dado un impulso decidido a nuestra independencia económico-financiera regional; esto involucraba la transformación de todo el marco jurídico imperante (mercado-céntrico y dólar-céntrico), pero eso fue, precisamente, lo que no fue posible para la perspectiva *colonial* de nuestros gobiernos. Puede que sean anti-neoliberales, pero su perspectiva no es post-capitalista. Por eso todo lo que

han logrado se encuentra, ahora, a merced y el disfrute de una restauración neoliberal.

La tecnocracia neoliberal, presente en los ministerios del sector económico y financiero, son el caballo de Troya que no se supo descubrir a tiempo (mientras Dilma era defenestrada, vía el gigante mediático Globo, por su osadía de pronunciarse a favor de una independencia cibernética de Brasil, cometía la imprudencia de confiar a Joaquim Levy —un funcionario del FMI— las arcas de las finanzas brasileras, no haciendo otras cosa que facilitarle su labor de sabotaje; lo que le valió después ser nombrado jefe financiero del Banco Mundial). Como se dio cuenta el presidente Chávez —en el caso de Libia—: nuestros propios gobiernos fueron los encargados en reafirmar nuestra dependencia al sistema financiero, causante del actual e inminente colapso económico global. Por eso el primer mundo, gracias a nuestra dependencia, sigue estable, a pesar de su aguda crisis financiera. De las guerras multidimensionales que emprende USA contra el BRICS, las guerras geofinancieras son las que más éxitos le han deparado; no otra cosa significa el espionaje cibernético de la National Security Agency a la PETROBRAS y que hizo poner a Brasil de rodillas cuando develó sus cuentas secretas. También las sanciones económicas contra países determinados le han sido más efectivas que el poder militar.

¿Cómo salió de la recesión del 29 el posterior ganador de la segunda guerra mundial, o sea, USA? La guerra ha sido siempre, en el mundo moderno, el campo de oportunidades más apetecido del ámbito financiero. Lo grave en nuestro presente es que una conflagración global entre potencias, pasa por el uso de armamento nuclear. Pero hasta aquello entra en los cálculos imperiales a la hora de promover el desarrollo de bombas atómicas tácticas, que son municiones nucleares de pequeñas dimensiones, que se cree

disminuyen los riesgos del uso de arsenal nuclear de dimensiones mayores, sin tomar en cuenta la peligrosidad que significaría la proliferación del uso masivo de estas armas de carácter táctico.

El concepto de “North-America” es una clara respuesta a la nueva visión estratégica que había nacido en la Escuela de Geoestrategia del Brasil, el 2008, y que se expuso en la llamada “Estrategia Nacional de Defensa”; tomando en cuenta los ámbitos nuclear, espacial y cibernético y configurando dos áreas estratégicas: el Atlántico Sur y el Amazonas. Esta estrategia ponía, como es debido, un interés detenido en los asuntos de seguridad nacional y defensa. Esto, que debía haber sido promovido por la UNASUR, en sus mejores momentos, ahora parece sólo constituir una anécdota. Este año, Brasil anunció, por medio de su ministro de comercio, Armando Monteiro, la aceptación de pagos, por parte de Irán, en divisas que no sean precisamente el dólar, con el fin de eludir las sanciones económicas de USA. El sistema financiero global puede aceptar el comercio sur-sur, pero si esto involucra hacerlo al margen del dólar, entonces la reacción no se deja esperar.

La corrupción, el “impeachment”, la destitución de Dilma, etc., son parte del circo montado para el gran público. Pero lo que se apuesta en ese circo es otra cosa. El destino de toda Sudamérica está en juego, mientras se incentiva, también mediáticamente, la desilusión y el desencanto de nuestros procesos (que van más allá de los avatares de los circunstanciales gobiernos). El desenlace de lo que suceda en Brasil, marcará la disposición geoestratégica, ya sea de reclusión o expansión, del BRICS. Si Brasil cae, la supremacía gringa tendrá una carta estratégica para enfrentar a las potencias emergentes y contará, de nuevo, con nuestros recursos, para una nueva reconquista del mundo.

§19
EL “EXIT” DE EUROPA O SU SALIDA
DE LA HISTORIA

1 de julio de 2016

*“Europa saldrá de la historia.
Esto ha dejado de ser una hipótesis.
Es una certeza. Un horizonte insuperable y fatal”
Manifiesto por la salvación de Europa, 2013.*

El “grexit” o la —no deseable— salida de Grecia (por eso lo de Grecia-exit o “grexit”) de la eurozona, suponía un contexto todavía favorable a la Unión Europea; su importancia geopolítica y geoeconómica le hacía suponer que podía sacrificar su periferia inmediata para garantizar la estabilidad de su moneda. En ese contexto, el referéndum que se llevó a cabo en Grecia, a pesar de decirle *no* a las imposiciones de la troika (el poder político-económico y garante de la Banca financiera: la Comisión Europea, el Banco Central Europeo y el FMI), no contemplaba la intención de salirse de la eurozona. Aunque el ejercicio democrático del referéndum griego cuestionara la legitimidad de la troika, en su intención de salvar a los Bancos a costa de la soberanía de un país miembro de la Unión Europea, la respuesta de la troika fue contundente: no valen nada, ni la soberanía popular

ni el voto democrático, ante los tratados y los principios del neoliberalismo.

Aunque se impusieran condiciones humillantes a Grecia, la salida o “grexit”, no constituía opción. Había que quedarse, pese a todo. Por eso el presidente griego Alexis Tsipras, no obstante accede –en las negociaciones con la troika– a las medidas impuestas (que deteriora duramente el ingreso real del pueblo griego) y se retracta de todo aquello que había prometido como candidato, vuelve a ser reelecto. Haya habido o no subordinación del presidente, tampoco el pueblo apostaba a perder todo (la helenidad no se funda en el Éxodo). No podía retratarse mejor la tragedia griega: afirmar la libertad es imposible, porque luchar contra los dioses (la troika) tiene como precio la muerte (el “grexit”).

En las negociaciones que emprende Tsipras (investido con el poder del *no*), Alemania –en representación de la Banca, sobre todo, Deutsche Bank– jugó un juego ganado de antemano, porque sabía que Grecia no iba a poner, sobre la mesa, la carta del “grexit”; sabiendo que el *no* del referéndum se oponía a todo menos a salir de la eurozona, la negociación significaba jugar un juego donde el otro ya conoce las cartas de uno.

La amenaza ya había sido expuesta por el presidente del Consejo de ministros de finanzas de la eurozona, Jeröen Dijsselblom: “es probable que Grecia no tenga lugar en la eurozona si gana el *no*”. Por eso, el sonoro *no*, estaba ya apagado de antemano y el gobierno de Tsipras lo entendió así, dando lugar a concesiones humillantes que significaban, básicamente, capitular, o sea, dejar de negociar. Y se deja de negociar porque no se contempla, del lado de los afectados, la salida; quedarse, a pesar de todo, parecía la consigna de Tsipras (tampoco se puede ser más radical que la propia voluntad popular). La salida o el “grexit”, aunque fuera la carta más temeraria y subversiva, no constituía alternativa

para los griegos; y eso lo sabía muy bien la troika. Porque salir de Europa parecía algo así como “salirse de la historia”.

Pero el contexto empieza a dar un giro alarmante –para la propia Unión Europea– y, tanto la consolidación, en los hechos, de un mundo tripolar (USA, Rusia y China), así como la guerra financiera entre el dólar y el yuan, nos muestran ahora una Europa debilitada (arrastrada por la decadencia imperial y desplazada por la emergencia del Pacífico) que empieza a mostrar la pérdida de algo fundamental, tanto para la economía como para la política: *la confianza*. Si antes fue Grecia, ¿qué garantía tienen los otros países de no ser hundidos por la troika? ¿Qué confianza puede ofrecer una Europa ahora reducida a mero garante de los fracasos financieros y las aventuras bélicas del dólar?

En plena crisis financiera se descubre que, Deutsche Bank, el principal Banco privado europeo, exhibe una alta exposición a los derivados financieros –75 billones de dólares–, lo que compromete su solvencia y amenaza ser el nuevo Lehmann Brothers (los 75 billones superan en 20 veces el propio PIB de Alemania y en 5 veces el de la eurozona; ni Goldman Sachs se compara con Deutsche Bank a este respecto). Todo parece indicar que Deutsche Bank iniciará la caída en picada del sistema financiero europeo, además de comprometer a la economía mundial –por su alta exposición a los derivados–, en esa caída (en comparación, la deuda pública de USA es apenas un tercio de los 75 billones referidos).

El desplome de Deutsche Bank arrastraría a todo el sistema financiero porque éste se encuentra en descomposición crónica: las acciones del Banco alemán se hundieron en 95% desde el 2008 (cuando quiebra Lehmann Brothers y se inicia la crisis financiera). Pero no es el único desplome, CitiBank cayó recientemente 25%, Bank of América, UBS y Credit Suisse 23%, Goldman Sachs 20% y JP Morgan 18%. Todo el sistema financiero se encuentra comprometido en este desplome.

En 2013 la propaganda mediática inflamó la agenda informativa con la crisis griega, ocultando la situación real del principal Banco alemán y europeo. Muchos opinan que aquello era una estrategia para esperar la recuperación de éste. Mientras la troika se aprestaba a hundir a Grecia, culpándola de los males endémicos de las finanzas europeas (la euforia de la deuda y el dinero fácil), creyendo que la crisis era apenas una crisis en los Bancos de la periferia europea (los llamados PIGS: Portugal, Irlanda, Grecia y España), jamás se atrevieron a sopesar la gigantesca deuda tóxica que acarreaba Deutsche Bank.

Se condenaba a Grecia para salvar a la Banca. De ese modo se entiende que, el objetivo de la intervención de la troika, no era salvar ninguna economía, menos la de su periferia, sino rescatar a los Bancos privados de los países acreedores de la eurozona. De ese modo, los gobiernos se inclinaban religiosamente al verdadero poder, fieles creyentes de la mitología neoliberal: es un imperativo político impedir que el Estado (por ser un espacio público) controle, de algún modo, ese instrumento de control y dominación llamado dinero. Esa mitología conduce inevitablemente a la “autonomía” de los Bancos centrales y su posterior privatización o des-nacionalización.

En este contexto ya nada halagüeño para Europa, la salida de Inglaterra o el llamado “brexit” (por lo británico del asunto), parece indicarnos el inicio similar de algo que aconteció como antesala del desmantelamiento de la Unión Soviética o el llamado “bloque socialista”: el derrumbe del muro de Berlín, que fue el preludio del derrumbe comunista en el mundo. El más que probable derrumbe actual europeo viene precedido por el siguiente hecho: no es un país periférico el que se sale de la Unión Europea sino una de sus más principales economías.

El “brexit” representa, en este nuevo contexto, una grave dislocación en la ya frágil composición del bloque europeo, el cual

amenaza la estabilidad del conjunto y le deja a merced de la nueva repartición de las áreas de influencia del nuevo tablero geopolítico tripolar. Eso es lo que podría tener, como consecuencia, el colapso de toda la institucionalidad creada, post segunda guerra mundial, para hacer de Europa un actor estratégico de importancia global. Siguiendo la misma mecánica del desplome del “bloque socialista” (noviembre de 1989, caída del muro de Berlín; diciembre de 1991, disolución de la Unión Soviética y del Consejo de Ayuda Mutua Económica; 6 meses después, disolución del Pacto de Varsovia), lo que podría acontecer después del “brexit”, es la disolución de la Unión Europea y, posterior e inevitablemente, de la OTAN. Y si Europa ya no tiene importancia estratégica, ¿qué será de USA?, ¿será que a la disolución de Europa le sigue el desmantelamiento de Norteamérica?

Desde la emergencia de los BRICS, sobre todo a partir de la proyección exponencial económica mundial de China y la reposición de la importancia estratégica militar de Rusia, Europa ha visto reducidas sus posibilidades de recuperación geopolítica en este mundo tripolar. En ese contexto, Londres, dándole la espalda al dólar (jugada geopolítica de la llamada “pérfida Albión”), ya se había convertido en la plaza bursátil del yuan en Occidente, manifestando así una clara inclinación financiera, develando cómo la sobrevivencia de su propia moneda dependía de aliarse a una economía ya no occidental: el futuro ya no le pertenecía al dólar.

La guerra financiera entre el dólar y el yuan no deja muchas opciones a las demás monedas subordinadas al dólar, ni siquiera al euro; para colmo, sin independencia energética (tan estrechamente ligada al ámbito financiero), de lo cual Europa sufre una carencia crónica, la suerte de su moneda no pasa por la soberanía. Esto nos muestra la infausta realidad de una Europa, constituida

en *centro* civilizatorio gracias al aprovechamiento exclusivo y unilateral que hizo de los recursos humanos, culturales, energéticos, minerales, alimenticios, etc., etc., de su primera y única periferia constituida en “tercer mundo”; aprovechamiento del cual nunca ha podido liberarse y que ha constituido su siempre dependencia que, ahora, en circunstancias adversas, le echa en cara su verdadera condición, y supeditada ahora al repartimiento geoestratégico entre USA, China y Rusia.

Ese es el fin definitivo de la globalización. Las economías se contraen de modo regional y, por asuntos de sobrevivencia, los débiles optan por arrimarse al más fuerte. En ese sentido, si la Unión Europea termina por derrumbarse, USA pierde Europa y eso amenaza también su hegemonía global.

Le queda Latinoamérica, y esa es la carta que posee la supremacía maltrecha del dólar para posibilitar la restauración de su hegemonía. Si terminasen por caer el ALBA, la CELAC y la UNASUR, entonces ya no habría posibilidad de independencia económica –y menos financiera– y nuestro ingreso a este nuevo tablero geopolítico consistirá en reafirmar una *colonialidad fatal* que nos condenaría absolutamente a ser nada más que *ofrecida periferia* al mejor postor.

La salida de Gran Bretaña supone también, para su propia desgracia, su inevitable desintegración, que empezaría con la separación de Escocia, lo cual, como sucede en el dominó, repercutiría en los demás países europeos que también señalan escenarios secesionistas. España, Italia y Bélgica, son los primeros candidatos. En toda recomposición del tablero geopolítico global, marcada por la disputa de áreas de influencia, las viejas potencias y las nuevas negocian la suerte de otros para garantizar la suya. Toda nueva reconfiguración geopolítica cambia la fisonomía planetaria. En ese lapso los países desplazados como *periféricos* calculan sus

opciones, las cuales tasan su modo de inserción en la nueva fisonomía. Eso decide su lugar en el mundo.

El “brexit” provocará consecuencias improbables hace sólo unas décadas atrás. Imposibles para el siglo XX. Los cambios que están produciéndose en todos los ámbitos dan lugar a la afirmación de que nos encontramos en medio de una *transición civilizatoria* de profundas consecuencias globales. Por eso no son casuales los términos que retratan muy bien la actual coyuntura mundial: el “exit” es un término que se lo encuentra en todo comercio, como señal de salida de emergencia. La emergencia actual parece consistir en *salir* del laberinto de un sistema en decadencia profunda, que pretende arrastrar a toda la humanidad y a todo el planeta en su suerte fatídica.

Ese parece ser el panorama que envuelve la decadencia del paradigma moderno-occidental. Lo viejo y decadente (aunque se muestre como lo más novedoso, “de punta” y “moderno”) se resiste en forma de caos, desesperación y angustia. Sumir al mundo en ese estado, provoca que se asuman las peores decisiones. Si, en el panorama geopolítico, todo se trata de sobrevivir, optar por la sobrevivencia a cualquier precio, es lo que siempre conviene a los fuertes en desmedro de los débiles.

Nadie podría haber siquiera imaginado este desenlace, sobre todo de una Europa sobreviviente a dos guerras mundiales: ver cómo se desvanece su condición de *centro* sin ninguna mediación bélica, sino como consecuencia de la disputa geofinanciera de otras monedas que actúan al margen y por sobre el euro. Con la salida británica de la Unión Europea, a la cual ingresó tardíamente, el euro pierde importancia geopolítica y se hace más evidente la guerra fría entre el yuan y el dólar. Pero si el dólar se sostenía gracias a toda la arquitectura financiera global creada desde Bretton Woods, además del paraguas militar de la OTAN, ¿qué queda de

esa musculatura si se desmorona una Europa que fue siempre la garante política de la hegemonía gringa y frontera natural del llamado “mundo libre” ante el “bloque socialista”?

La rusofobia prevaleciente en Washington (como trauma de la “guerra fría”) es lo que le imposibilita una visión más sensata y acorde a la nueva realidad, que ya no es más unipolar. ¿Qué pasaría si Europa pasara a formar parte del área de influencia rusa? ¿Qué pasaría si la arquitectura financiera que están creando los chinos desplaza definitivamente al FMI y al Banco Mundial? ¿Es el “brexit”, la confirmación del fin del “Consenso de Washington”?

¿Qué pasa con Latinoamérica? ¿Cómo podríamos aprovechar este contexto, sabiendo que las condiciones ya no son las mejores y ya no coinciden con el auge de nuestra “primavera democrática”?

Muchas fichas habrán de caer todavía en el dominó geopolítico de la crisis financiera; el “brexit” es apenas la primera pin celada de la nueva fisonomía proyectiva de la geopolítica global. Europa, en camino de su desintegración, anuncia su salida de la historia. El famoso “fin de la historia” de Fukuyama, parece que se hace realidad sólo para Occidente; pues si USA es la continuidad extensiva de la modernidad europeo-occidental, en cuanto *centro civilizatorio*, la decadencia de Europa es también extensiva a USA. Por eso el protagonista, ahora, es el despreciado Oriente (lo que estaba supuestamente “superado” por la modernidad, resulta que es ahora lo que le disputa su primacía cultural y civilizatoria).

La *transición global* ya empezó su viraje definitivo, y ya no apunta más a Occidente y tampoco al norte; apunta más bien al Oriente y al sur del mundo. Habrá bastantes sorpresas, no muy gratas, pues en un mundo conflictivo y caótico, todo tiene repercusiones siempre globales. La apuesta por el “exit” será algo recurrente que presenciaremos, hasta dramáticamente, en el convulsivo panorama geopolítico global.

LA ENCRUCIJADA POST-BREXIT PARA EUROPA

18 de julio de 2016

La reciente cumbre de la OTAN (celebrada en Varsovia, entre el 7 y 8 de julio, con la presencia ineludible de los jefes de Estado), no tendría nada de relevante si no fuera porque se trataba de un evento post-brexit. Hasta ya se habla, en los pasillos de la diplomacia internacional, de un “mundo post-brexit”. El propio “Financial Times” se refiere a ello cuando señala que Londres se inclina ahora hacia China e India (¡su otrora colonial!). O sea, después de abandonar y desahuciar a Europa, señala por dónde va la tendencia: la emergencia del Pacífico termina por des-centrar al Occidente.

La lectura rusa destaca la probable apertura comercial entre Gran Bretaña y China; lo cual hace pensar, dada la triste situación de Brasil, que el acrónimo BRICS pueda ser ahora GRICS. No es que los británicos se hayan aislado del mundo, como señala la prensa occidental, sino que su pragmatismo (y además oportunismo) les hace optar por arrimarse a la moneda fuerte del momento (y en lo venidero), el yuan. Siendo la Commonwealth mucho más extensa que la Unión Europea, el “brexit” podría constituirse en la “ventaja comparativa” necesaria para hacer de

Londres el caballo de Troya chino para hacer estallar la supremacía del dólar en Occidente.

Pero, aunque hayan los británicos inventado los actuales juegos financieros y ser actores de una privilegiada participación en los mismos mercados financieros, su acercamiento al yuan no hace sino destacar que, en el fondo, son meros aprendices de brujo, y que el Oriente, después de un eclipsamiento de apenas dos siglos, vuelve a ser centro de la economía mundial (como lo fuera por dos milenios antes de la época moderna).

Al salirse de la Unión Europea, Inglaterra parece dar por terminada su “relación especial” con USA, algo que preocupa en los corredores de la OTAN, pues esto significaría, nada más ni nada menos, el fin de la dominación anglosajona sobre el mundo. Por eso el Consejo de Seguridad Nacional de USA, traza planes para “anclar” a Gran Bretaña en las estructuras de la OTAN. Pero si USA ya no es la primera economía mundial, tampoco la primera potencia militar, es dudosa la capacidad que tengan los gringos para convencer ahora a la Unión Europea de participar activamente en la OTAN, como también mantener la alianza militar que constituyeron en 1941, con los británicos, para dominar al mundo. En ese sentido, las consecuencias inmediatas del brexit apuntan al fin de la dominación militar y económica del dólar, pues la OTAN y la Unión Europea no son más que dos caras de la misma moneda. En tales condiciones, ya no podría la OTAN mantener su incuestionable papel de “gendarme mundial” y con el poder además de actuar al margen de la propia ONU.

Una vez acabada la segunda guerra mundial, USA supe-dita a Europa a ser su área de influencia inmediata, frente a la Unión Soviética; esto subordinaba a los gobiernos europeos a la política exterior norteamericana, a cambio de desbaratar, en

favor de las elites conservadoras, toda pretensión de restaurar en Europa el “peligro rojo”.

Con el fin de la guerra fría y la fatídica consagración de un mundo unipolar, USA convierte a la OTAN en una subsidiaria del Pentágono, disponiendo de los ejércitos aliados como los encargados de expandir, garantizar y proteger la globalización del mercado dólar-céntrico. Pero en un mundo post-brexit, USA pierde parte de su musculatura bélica o, al menos, debe negociar un nuevo marco de entendimiento. Gran Bretaña fue, como miembro de la Unión Europea, el país que más aportaba a la OTAN, más de un 15% de su presupuesto de defensa; estaba al mando de la operación Atalante (que garantizaba la seguridad del transporte marítimo en el Cuerno de África); tenía navíos en el Mediterráneo, para disposición de la alianza atlántica; iba a aportar tropas para constituir grupos de combate de la Unión Europea.

Todos esos compromisos eran pre-brexit. Eso es lo que empieza a preocupar a Washington; pues el brexit pone en suspenso la participación británica bajo un mando extranjero que, en la mayoría de los casos, actúa siempre de modo unilateral. El objetivo de Londres parece apuntar a ampliar sus relaciones con Moscú y Pekín, renegociando su “relación especial” con Washington, para así obtener nuevas y más beneficiosas ventajas, mientras abandona a Europa a su suerte, en un entorno de estancamiento crónico.

Bajo el mando norteamericano, la OTAN, en clara transgresión a la carta orgánica de la ONU, hace que los países europeos renuncien a su soberanía militar, poniendo sus propios ejércitos bajo el mando exclusivo de USA; a lo cual hay que agregar, por ejemplo, el desmantelamiento de la industria aeronáutica de los países miembros para, de ese modo, hacerse consumidores netos de toda la producción norteamericana. La OTAN se creó

supuestamente como parte del arco de seguridad para proteger a Europa occidental del Pacto de Varsovia; pero una vez disuelta la Unión Soviética, la política exterior norteamericana –aun presa de la guerra fría y no teniendo un enemigo al frente que justifique la existencia del complejo militar-industrial–, refuncionaliza a la OTAN, esta vez para encarar la llamada “guerra contra el terrorismo” (el nuevo enemigo de la globalización neoliberal).

Pero, en realidad, la OTAN fue creada como parte de la llamada “estrategia de tensión”, que consistía en evitar la llegada de los comunistas al poder. Desde la famosa “carta del atlántico”, firmada en 1941 por Roosevelt y Churchill (supuestamente para garantizar una libre circulación marítima y expandir el libre mercado), se crean agencias de inteligencia supranacionales, como la red Echelon y la “stay-behind” (mejor conocida como “Gladio”), para organizar golpes de Estado contra gobiernos pro-socialistas y montar operaciones terroristas en la propia Europa; fomentando, de ese modo, el odio al comunismo. Todo para justificar la protección militar anglosajona.

En un nuevo tablero geopolítico, la arquitectura institucional imperante ya no tiene sentido, porque la moneda hegemónica es inevitablemente desplazada. Por eso, en la lucha por su sobrevivencia, el dólar no escatima recursos para sacrificar economías incluso aliadas. ¿Por qué Gran Bretaña se aleja de Europa? Porque ante el declive del euro, Londres se constituye como la plaza financiera del yuan en Occidente. Ese es el anuncio del brexit que hace estremecer a Washington: el futuro ya no pertenece al dólar. No se trata sólo de la viabilidad futura de Europa, sino de toda la arquitectura institucional creada para hacer factible la dominación imperial de USA. Y, *sin dominación*, el Imperio deja de tener sentido geopolítico; es más, la propia viabilidad de la nación norteamericana se torna insegura.

Si la caída del muro de Berlín inició el derrumbe de todo el bloque socialista y sus instituciones, el brexit apunta, en el mismo sentido, al desmantelamiento de Europa y a la disolución de la OTAN. Lo cual conduciría a un escenario aciago para el acostumbrado triunfalismo de Washington: el desmantelamiento del mundo creado por Bretton Woods, es decir, el fin de la hegemonía del dólar.

Todo lo resuelto en la cumbre de Varsovia no logra superar el momento crítico que atraviesa la alianza atlántica. El brexit pone en suspenso la “relación especial” entre Londres y Washington. Puede que los gringos descarguen en los demás países miembros la cuota británica, sobre todo en los miembros más débiles. Por ello, y no en vano, vuelven a atizar el “peligro rojo” y comprometen a Polonia, Rumania y Ucrania en una nueva aventura contra Rusia. Pero casi todos los análisis militares coinciden en señalar que Rusia posee clara ventaja en una guerra convencional, y agregan además que China estaría a tan sólo dos años de alcanzar la capacidad bélica norteamericana.

La cumbre de Varsovia reiteró asuntos como la instalación de bases permanentes en la frontera rusa y el permanente y continuo deseo de desarrollar el escudo antimisiles (mientras los rusos ya estrenaron, en Crimea y Siria, la nueva generación de los avanzados sistemas antiaéreos S-400, ante la mirada atónita de la OTAN). Si USA pierde la alianza atlántica, se queda sola. Faltará saber si Alemania o Francia estarían dispuestas a dejarse inmolarse en esta contienda tripolar. Ante la probable disolución de Europa y al no tener mucho margen de acción, la apuesta británica tiene sentido: es mejor saltar del barco antes que se hunda.

Después de Inglaterra, ¿quién sigue? Curiosamente, el mismo día del referéndum que dio lugar al brexit, la Organización de Cooperación de Shanghái, el más grande espacio de integra-

ción económica mundial (que celebraba su cumbre número 16 en Tashkent, Uzbekistan), incorporaba a dos potencias nucleares –además miembros de la Commonwealth–, India y Pakistán. La coincidencia geoestratégica de esta jugada consiste en que la Organización de Cooperación de Shanghái, reúne a dos terceras partes de la población mundial, además de contar, entre sus miembros, a la primera economía mundial y a la primera potencia militar, es decir, China y Rusia. Mientras Occidente inicia su explosión en Europa, el Oriente renace definitivamente.

Se desconoce si hubo acercamientos entre Londres y Moscú, pero sí se sabe del acercamiento entre Londres y Pekín. Ya en junio pasado, el “London Stock Exchange” anunciaba un acuerdo con el “China Foreign Exchange Trade System”, convirtiéndose, de ese modo, en la primera plaza en Occidente que trabaja con bonos del tesoro chino. Por ello se entiende que, antes del referéndum, ya estaba Londres destinada a convertirse en la puerta de entrada del yuan en Occidente, poniendo fin a la supremacía del dólar. Es en ese sentido que el escenario post-brexit enuncia para la propia Europa una interrogante de grueso calibre: si USA ya no es la primera economía mundial, ni la primera potencia militar, entonces, ¿valdrá la pena seguir siendo sus más fieles escuderos?

§21
“LADY AND THE TRUMP”:
¿POR QUÉ PIERDE HILLARY?

15 de noviembre de 2016

Pocos se acuerdan que Lincoln era republicano y que, en la cámara de representantes, los abolicionistas de la esclavitud no eran, precisamente, los demócratas. Creer que el partido demócrata representó siempre el “ala izquierda” del sistema político norteamericano es otra más de las mitologías gringas. Tampoco el establishment es el “Estado profundo”. Y aquel no es un todo monolítico sino que está atravesado por un conjunto de intereses que no siempre comulgan entre sí. Si Hillary Clinton era la candidata de los heraldos de la globalización neoliberal: medios, lobbies y Wall Street, ¿de quién era candidato Donald Trump?

Esta es una pregunta que la hacemos después del discurso de Trump una vez vencedor de las elecciones. El tono “políticamente correcto” que asume, no cuadra con su acento pre-electoral. Todo el establishment parecía alineado a Hillary, pero, mientras caen las bolsas en Asia y en Europa y cae el precio del petróleo; el día después de las elecciones, la bolsa de New York, o sea, Wall Street, reacciona con un optimismo sospechoso mientras países, como México, se arrinconaban en la incertidumbre. Curiosamente, el candidato que había enfrentado al establishment, recibía el

apoyo tácito del brazo financiero del establishment. O sea, ¿será realmente Trump un “outsider” o su candidatura era una estrategia encubierta del “Estado profundo”?

Esto merece ser tematizado de modo *complejo* y *multidimensional* y establecer no sólo los intereses que estaban en juego, sino toda la disposición geopolítica que el Imperio tenía enfrente, a la hora de decidir qué política de Estado asumir después del fracaso de la administración Obama (donde estaba seriamente comprometida Hillary) en Siria y Ucrania y, con ello, la prospectiva de la admisión de un nuevo mundo tripolar.

Más allá del circo mediático que promueve la tecno-política, lo que estaba en juego eran las opciones que tenía ante sí el establishment en plena crisis de la globalización neoliberal, en la cual USA había comprometido su propia estabilidad como nación. Las opciones, por supuesto, no eran ambos candidatos, sino el tipo de respuesta que iba a adoptar el Imperio ante los inminentes ascensos de China y Rusia, amenazando seriamente su hegemonía global (ya que la errática política exterior de la administración Obama, parecía haber complicado todavía más la vigencia del mundo unipolar).

La opción que representaba Hilary era la belicista, o sea, imponer la supremacía gringa cueste lo que cueste. Trump adoptó algo que impermeabilizó las críticas a sus extravagancias (showman como fue siempre, sabía que llamar la atención, a como dé lugar, siempre da resultado), pues el foco de su retórica fue el detalle que hizo la diferencia frente a la candidata demócrata. En la consigna “make America great again”, logró congregarse a todos los descontentos y desplazados por el actual 1% de billonarios nuevos. Pero, ¿a quiénes iba dirigida realmente esa consigna?, a los que se reconocen en la identidad WASP (blanco, anglo-sajón, protestante). O sea, Trump resucitaba a Huntington (a su “¿quiénes

somos?” y su “choque de civilizaciones”) y afirmaba a un USA antediluviano, del tiempo de los pilgrims.

Se trataba de la insurgencia dramática del núcleo blanco conservador, como respuesta ante la *decadencia cultural y civilizatoria* del Imperio norteamericano. ¿Qué significa “hacer una América grande otra vez”? Significa reponer su “excepcionalismo”. Pero no hay “excepcionalismo” para adentro. Esto sólo es posible con la globalización hegemónica de ese proyecto, o sea, la imposición de un mundo unipolar. O sea, la arenga de Trump, con claros tintes neo-keynesianos, posibles para el siglo XX, ya no son posibles en los términos de su campaña. Todas las promesas que propagó no podrían restituir el liderazgo gringo. Lo único que lograrían es la sobrevivencia de USA en un resignado mundo multipolar, y esto significaría la admisión de un “nuevo orden” donde ya no es más la hegemonía que fue en el siglo XX.

Entonces algo más no cuadra. Como ya señalamos, el establishment no es el “Estado profundo” y, si aquél contiene intereses que no siempre cuadran, el “Estado profundo” no puede permitirse aquello. Resignarse a tener un presidente ajeno a la política profunda, no es algo que consienta su historia (desde Lincoln hasta Kennedy eso es sabido).

Mientras todos daban como ganadora a la candidata del establishment, la estrategia de Trump era denunciar la profunda corrupción del sistema político norteamericano y la doble moral de sus instituciones. Las voces críticas del norte ya señalaban que un fraude electoral es más que posible, que los medios *jamás* fueron imparciales y que la propia justicia estaba *corrompida*. Pero los medios hegemónicos –la Mediocracia– no dan lugar a este tipo de críticas; lo cual es más difícil de hacer con un candidato –además ruidoso– a la presidencia, menos con uno del sistema bipartidista.

Lo que realmente estaba en juego jamás salió a luz pública y nunca estuvo en el guion de los debates para la presidencia. Mientras tanto, lo más paradójico, los llamados “progresistas” (esa izquierda reciclada), incautos e iletrados en el lenguaje geopolítico del cambio de época y presos de la parafernalia mediática, es decir, de la mitología imperial (la libertad de expresión, los derechos humanos, la división de poderes, las instituciones democráticas, las diversidades, el multiculturalismo, etc., etc.), se inclinaban castamente por la candidata de los “warmongers” (aquellos que incitan una tercera guerra mundial).

El perfil demócrata presidencial era obvio, una delicia para los siempre moderados: mujer, feminista liberal, exitosa, de carrera, pro-inmigrante, pro-Israel, pro-Islam, a favor del aborto, etc. Pero ello tampoco encajaba con su historial. Durante la administración Obama, siendo secretaria de Estado, se expulsó más indocumentados que nunca: 2.5 millones; el muro USA-México es un proyecto que data de Obama, con Hillary como secretaria de Estado; fue entusiasta de la invasión a Libia, comprometida con la guerra en Siria; la fundación Clinton recibe donaciones de aquellos que financiaron al ISIS; en los mails intervenidos se lee los verdaderos intereses perversos que se hallan detrás de las invasiones y las guerras que promueve USA, también desde el Departamento de Estado (el verdadero motivo de la intervención en Libia fue su osadía de crear su propia divisa basada en el oro, para competir con el euro y el dólar; en Siria no se trataba de “derechos humanos” sino de los intereses geopolíticos sobre el gas y el petróleo). Esa era la candidata de la izquierda “progresista”, aquí y allá, en el norte y en el sur (se habían creído el cuento: “lady and the trump” for dummies, “la dama y el vagabundo” para tontos). La propaganda contra Trump tenía la intención de ocultar esos hechos. Discutir sobre líos de faldas era más conveniente

que desnudar el fracaso del neoliberalismo incluso en el hogar del Imperio.

Pero si, por un lado, la cosa estaba –supuestamente– clara para el establishment político, ¿qué influye para que el propio FBI se desmarque de una trama ya orquestada? Los demócratas señalan que las develaciones y el proceder del FBI, en vísperas de las elecciones, fue lo que cambió el desenlace del acto electoral. Entonces, ¿qué pasó? El ámbito financiero siempre se mueve con información privilegiada y, para que éste responda positivamente –después de las elecciones– mientras que las otras bolsas señalen cifras negativas, el resultado ya se sabía y, por lo visto, tenía el visto bueno del sector más profundo de la política imperial, el “Estado profundo”. Entonces la cosa no estaba tan clara para el establishment porque, por otro lado, con Hilary como presidenta –después de las develaciones del FBI–, se deslegitimaba todo el sistema político institucional que la favorecía.

Ahora bien, el candidato Trump, con el acento contestatario que asumió como candidato, no tenía esperanzas de terminar su mandato e incluso de siquiera iniciarlo. Entonces, ¿qué pasa?, ¿el “Estado profundo” se resigna a un candidato incontrolable? ¿O hay un pacto entre bambalinas que mueve los hilos de la misma elección, produciendo una inclinación premeditada hacia quien promueve un retorno a los valores fundacionales de USA como nación? ¿Cuál sería el propósito?, ¿devolverse una identidad desde la cual impulsar un nuevo “awakening” o “despertar espiritual”?

La decadencia del Imperio requiere desesperadamente un nuevo impulso y ese impulso requiere una nueva base de legitimación. Y eso no lo puede hacer la sola economía. Lo que despierta en el gringo medio la interpelación de Trump es la emergencia de un nuevo “destino manifiesto”. Pero la fuente donde pretende

hallarlo ya no es referencia para el presente. Los valores del puritanismo que encarnaron los “padres fundadores” calan la idiosincrasia de los WASP, pero demográficamente son lo que *ya no constituye mayoría* para el 2050.

Ante la inminencia de las potencias emergentes y el nuevo tablero geopolítico multipolar, donde tanto China como Rusia (así también India, Irán o Turquía) reivindican sus valores culturales y religiosos como fuente identitaria de su proyección civilizatoria, USA, en plena des-globalización e irrupción de nacionalismos proteccionistas, padece de una profunda *crisis de identidad*. Por eso Huntington y su “who are we?” no cuaja. La identidad norteamericana no es lo que trajeron los pilgrims sino lo que nació desde *lo negado* por el Estado gringo. Por eso se dice que USA *no es una nación sino una ideología*: su “excepcionalismo”.

Huntington arguye que cuatro “despertares” o “awakenings” (concepto que describe al espíritu mismo del protestantismo gringo) están en la base espiritual de sucesos políticos de profundas consecuencias en la vida norteamericana. La propia guerra de la independencia estaría marcada por el liderazgo espiritual de George Whitefield, movilizando a las colonias y generando una proto-consciencia nacional. Pero estos “despertares” suceden en la subjetividad de unos descendientes de europeos que, “destinados por Dios”, invaden y pueblan una tierra donde los originarios (ya sean indios o algún “otro”) nunca serían sus iguales.

El puritanismo de aquellos –la “salvación” como *apuesta individualista*– es la base ética del posterior liberalismo capitalista que asumen como forma de vida. Es decir, en torno a una ideología producen una identidad. El “despertar” del puritanismo fundador constituye el foco de interpelación que le sirve a Trump para desarmar a la candidata del establishment. Por eso no necesitaba su campaña de discursos ni debates de alto nivel, bastaba

“despertar”, en las fibras más íntimas de los gringos, la idiosincrasia de su propio “excepcionalismo” venido a menos.

El sueño americano también se construyó en torno a estos valores: el esfuerzo individual, el trabajo propio, como base de la prosperidad material. Incluso cuando el consumismo se convierte en forma de vida (en los cincuenta), en la espiritualidad propia del “american way of life”, el *individualismo egoísta* es siempre la fuente desde donde se proyecta como nación. Por eso, “greed is good” o la codicia es buena, constituye el núcleo moral que comprime su “destino manifiesto”. Pero todo eso es, precisamente, lo que ha entrado en crisis y ya no puede servir de legitimación de un mundo en transición civilizatoria; entonces, pretender volver a aquello no es sólo anacrónico sino hasta involutivo (en el lenguaje globalizador).

La reclusión que muestran las sociedades del primer mundo, en plena debacle civilizatoria del mundo moderno, muestran, por ello, claras tendencias conservadoras. La globalización que impulsaron terminó por afectar su propia estabilidad como naciones. En ese sentido es que se advierte nuevos Trump, sobre todo en Europa, en contra de todo aquello que no consideran sus iguales. El racismo, machismo y la intolerancia del candidato republicano no es algo privativo, como si Trump fuese una excepción (un monstruo, como lo calificaron los medios); es más bien el *fiel retrato* de la idiosincrasia del gringo medio, incluso de aquel educado y formado académicamente. Entonces, la exageración provenía no de Trump sino de una sociedad que no se reconoce ni machista, ni racista, ni discriminadora, ni intolerante, es decir, una sociedad que no admite lo que en el fondo le constituye como sociedad.

En ese sentido, Hillary se constituye como la verdadera “outsider”, por eso vale la analogía: “Lady and the tramp”. Ella

es la “Lady”, la que no sabe, una vez fuera de la casa de los amos, en qué mundo se encuentra. Por eso ni los jóvenes, ni la “working class”, votan por ella; su origen de cuna de oro les desagrada a los desempleados y hasta a los marginados por la educación superior. Mientras la propaganda mediática a favor de Hillary sólo logra seducir a cándidos espectadores del show político, el “despreciado” (“Tramp” es un perro vagabundo, conoce la calle, de ricos y de pobres, es un don Juan que también se llama “Golfo”, del cual se enamora la “Lady”) se hace hasta simpático para los desconfiados del sistema político. Al final, como en las novelas, ponerse del lado del agredido no proviene por razones de justicia sino por una pulsión de venganza. El showman Trump lo sabía, por eso su ataque al papel manipulador de los medios, en realidad, tenía como fin su reivindicación ante el electorado.

Por eso muchos quedan atrapados en la retórica de su campaña, quedándose suspendidos en la política aparente, sin tomar en cuenta que, se puede prometer todo, como se hace en elecciones, pero lo que realmente se pone en juego, no se ve, y eso es lo que precisamente todo análisis debería desenmascarar. En toda elección no disputan sólo candidatos y sus partidos; lo que realmente se disputa, en países como USA, y en el contexto actual, es la *viabilidad* de su hegemonía global. A estas alturas de la vida, que USA se proponga un encapsulamiento económico, supondría resignar cómodamente su hegemonía global. Eso es algo que no puede permitirse el “Estado profundo”.

El establishment sufrió un revés con el triunfo de Trump y demostró, a la luz pública, sus desatinos e incongruencias con su propia nación, empujándola a una merma no sólo de su importancia global sino a una debacle económica. Con Obama no cambió el panorama y Hillary no dio muestras de cambiar de política (siempre a favor de los Bancos y en contra de los contribuyentes).

Pero el “Estado profundo” puede ir en contra incluso del propio establishment y conducir a todo el sistema —exponencialmente global— a un sismo de magnitud 10 según la escala de Richter.

Hoy estaríamos en condiciones de ver aquello. Y un “nuevo orden mundial”, patrocinado por el “Estado profundo”, en la actual guerra fría entre el yuan y el dólar, colisiona con cualquier intento de suspender, por ejemplo, los tratados comerciales promovidos por el dólar. En este sentido, al igual que Obama, Trump puede encarnar y hasta prometer atender todas las demandas populares en tiempos electorales, pero, en la Casa Blanca es sólo un inquilino más, y en USA no manda el presidente.

Hillary era la distracción. Si lograba seducir al electorado podía recibir el ok, pero, presidenta o no, la política y la democracia habían llegado a su fin. Con Trump se acabó la democracia (si es que alguna vez existió realmente en USA) y la política. No en vano al neoliberalismo se le llama “capitalismo salvaje”. Como en el Chile de Allende, una vez acabada la vía constitucional, viene el golpe. La elección de Trump representa el fracaso del neoliberalismo, pero, así como nació, no democráticamente, así tampoco se irá pacíficamente. Por eso la arrogancia y prepotencia de Trump es sintomática, pues él mismo es un hijo del neoliberalismo. Y no va a matar al padre, es más, puede hasta que se inmole por un dios —el dios dólar— hambriento siempre de sacrificios humanos.

Por eso aparece como un héroe para sus electores, porque un mártir debe serlo. El “Estado profundo”, después del brexit, puede que no dude en implosionar el sistema. Ya alguna vez lo señaló un bróker: “no nos interesa si el mundo se viene abajo sino cuánto dinero podemos hacer cuando el mundo se venga abajo”. Ya se anuncia un “calexit” o la secesión de California (la octava economía mundial, que sufre de estrés acuífero). Hillary hablaba de una nación fracturada. La reposición de un mundo unipolar,

basado en el dólar, es sólo posible por medio de una guerra. Las características de ésta es lo que parece todavía no decidirse en la política profunda. Ni China ni Rusia podrían renunciar a su ascenso y un equilibrio de poderes, incluso nuclear, parece ser lo único que podría garantizar la estabilidad global.

La situación es dramática, incluso para el Imperio. Y esto lo sabe muy bien el “Estado profundo”. La apuesta por Trump tiene sus matices, todos ellos contradictorios. Sólo un poder, de magnitud intensa, podría resolverlas. Pero el problema sigue siendo, ¿cuál es el precio de esa resolución?

Una de las atenuantes que podría haber desestimado el apoyo del “Estado profundo” a Hillary, es su estrecha relación con las petro-monarquías árabes y la “Hermandad Musulmana” (el jefe de campaña de Hillary, John Podesta, es promotor de los intereses de Arabia Saudita en el Congreso gringo, por cuyo conducto, el príncipe Mohamed ben Salman financió un 20% de la campaña electoral de Hillary. Huma Abedin, jefa de trabajo del equipo de Hillary, así como su madre; Mehdi K. Alhassani, miembro del Consejo de Seguridad Nacional, 2009-2012; Abon’go Malik Obama, presidente de la “Fundación Obama”; Rashad Husain, embajador de USA ante la “Conferencia Islámica”; Louay M. Safi, ex consejero del Pentágono y actualmente miembro de la “Coalición Nacional Siria”, Gehad el-Haddad, responsable del proyecto “Clima”, de la “Fundación Clinton”, etc.; todos ellos son miembros de la “Hermandad Musulmana”).

Si esto fuera poco, otra parte del financiamiento espurio de su campaña proviene de su siempre estrecha relación, entre la “Fundación Clinton”, George Soros y Goldman Sachs (los que abonaron a Bill Clinton, 17 millones de dólares, sólo en conferencias dedicadas a los Bancos). Los megabancos apilados en Wall Street, los servicios de espionaje y el Departamento de Estado

fusionaban, de ese modo, intereses, incluso por sobre el gobierno. Es decir, tampoco era tan controlable Hillary.

Si, según los mails de Podesta, presentados por Assange, la mitad del gabinete de Obama fue nombrado por Citigroup, ¿sería Goldman Sachs la encargada de nombrar el gabinete de Hillary? Si esto fuera así, entonces, ¿no nos encontraríamos ante una guerra de posiciones en el mismo sector bancario-financiero? Puede que la inclinación post-electoral, de ese sector, a favor de Trump, se haya originado en los inevitables titulares que tramarían los propios medios (al servicio de alguien más): “Hillary recibió donaciones de patrocinadores estatales del ISIS”.

El problema de apoyar a Hillary consistía en que ya no era confiable, no sólo por su ligereza cibernética descubierta por el FBI, sino por su temeraria actuación como secretaria de Estado, llevando la política exterior casi al desastre global. La agenda Clinton sólo podría provocar percances a la seguridad nacional y a su influencia global. Eso explica la distancia entre Hillary y los jefes militares del Estado Mayor Conjunto.

Entonces el “Estado profundo” juega doble: mientras pone al establishment a favor de Hillary, la va desprestigiando paulatinamente para acorralar al establishment en una línea ya planificada, que, con Trump o sin Trump, sería la nueva política de contención frente a las potencias emergentes y de reposición de la hegemonía global.

Con Hillary se iba a profundizar la crisis de legitimidad institucional, el brazo formal del “Estado profundo”, lo cual lleva a la fractura del sistema mismo. Con Trump entra en crisis el sistema político, dejando al poder financiero operar al margen de la política y la democracia. Instaurar un Estado de excepción es algo muy probable en plena decadencia hegemónica. No en vano, el presidente Obama, haciendo alusión a una supuesta catástrofe

climática, promueve una disposición ejecutiva para “prevenir el caos y la anarquía”. Si la apuesta del “Estado profundo” pasa por prescindir del sistema político y reponer la ortodoxia neoliberal, se provoca la guerra civil en ciernes y USA se encontraría al borde de su “punto de quiebre”.

Si Trump es consecuente, lo más probable es que acabe siendo fagocitado por el “Estado profundo”, como señala Ron Paul. Julian Assange señala que “Trump no tiene a nadie del establishment”, es más, “tiene en contra a todo el establishment”. Pero Assange no hace todavía la distinción entre el establishment y el “Estado profundo”. Si bien en el equipo de asesores de Trump se encuentra, por ejemplo, el general Michael T. Flynn, opositor a que, desde el propio gobierno en Washington, se creara el ISIS (y por ello dimite como director de la DIA, Defense Intelligence Agency), o Frank Gaffney, personaje histórico y denostado por haber denunciado la presencia de miembros de la “Hermandad Musulmana” en el gobierno; también se encuentran, por lo menos, una docena de personajes de las finanzas (componente decisivo del establishment), aunque curiosamente nadie de Goldman Sachs ni de Citigroup (por ejemplo, Tom Barrack de Colony Capital, Andy Beal de Beal Bank, Stephen Calk de Federal Savings Bank, Steve Feinberg de Cerberus Capital Management, David Malpass de Encima Global, Steven Mnuchin de Dune Capital, etc.). El establishment mismo, decíamos, está lejos de ser un todo monolítico. Las fuerzas inconexas que apoyan a Trump sólo podrían ser confluyentes, a la hora de los contrapesos, si cuentan con un respaldo *a un nivel más profundo*.

Por lo pronto, lo que parece haberse –por lo menos– pospuesto, es la apuesta belicista de los halcones straussianos, atrincherados en la candidatura de Hillary, que habría conducido al mundo al precipicio de una guerra nuclear. De ser así, el anuncio

del portal israelí Debka, anticipándose al resultado de la elección, preveía ya una reconfiguración de los poderes: “Trump irá por una cumbre USA-Rusia para diseñar un nuevo orden mundial del poder, con el fin de distribuir esferas de influencia en diferentes regiones del mundo (y) puede hacer la cumbre trilateral, invitando a China”. Si esto es así, significa el fin de la globalización, la admisión de un orden tripolar y la generación de macro-regiones de economías concentradas. Esto significaría una fractura del poder financiero anglosajón. Y la política profunda estaría apostando por descentralizar la hegemonía del dólar generando una red transversal financiera a todas las economías y sus monedas: la salida brexit. Lo cual no acaba la beligerancia sino la recicla como *tensión indefinida*, porque el control financiero seguiría en disputa. En todo caso, USA ya no será más la misma. Sea cual sea la apuesta del “Estado profundo”, en medio del fracaso del neoliberalismo, la política y la democracia acaban de despedirse de la vida pública norteamericana. El recambio dirigencial al nivel de la elite, descubrirá al poder financiero *desplazando* del centro de las decisiones al establishment político.

LA GUERRA DEL “MUNDO DE LA POST-VERDAD”

15 de mayo de 2017

El “mundo de la post-verdad” no describe una novedad sino la consolidación de *un mundo sin alternativas*. Es el desenlace de una fatalidad que nace con el mundo moderno y que se proyecta globalmente imponiendo un proyecto *único* de vida. Pero ese proyecto, desde sus inicios, no es posible para toda la humanidad; por eso la modernidad nace en el diseño de una *clasificación antropológico-racial* que *biologiza* las diferencias culturales (haciendo aparecer “superiores” e “inferiores”), *naturalizando*, de ese modo, las relaciones de poder y dominación exponencial a todos los ámbitos de la vida. En ese contexto es que se funda la posibilidad de la modernidad como *única* forma de vida y su economía, el capitalismo, como la *única* economía posible.

Es la Conferencia de Seguridad de Múnich, en vísperas de su reunión anual, la que publica, en su Reporte 2017, la siguiente interrogante: “¿post-verdad, post-occidente, post-orden?”. Esta identificación de los tres conceptos es el marco, en el cual, situamos el “mundo de la post-verdad”. Un mundo “post-occidental”, según la Deutsche Welle, significa un “orden mundial frágil”, marcado por el ascenso del populismo como una seria amenaza al “orden internacional”. Lo que no se dice es que, ese “orden”,

del que se sirve Alemania y Europa, bajo la tutela de USA, pasa por la decadencia institucional global creada para preservar, precisamente, ese “orden”. En ese sentido, la crisis financiera que arrastra a las economías del primer mundo al colapso, exponencialmente mundial, exhibe el aislamiento de USA del escenario mundial, dejando la posibilidad de que las potencias emergentes, los BRICS, pero, en particular Rusia y China, puedan aprovechar el vacío de poder que deja la hegemonía en decadencia. Mientras se desarticula la Unión Europea, desde el brexit, el Occidente moderno empieza a vislumbrar el desmantelamiento de su centralidad global.

La imposición de *un mundo sin alternativas* es prototípico del mundo moderno; porque la posibilidad de una alternativa la constituye, en última instancia, *otra forma de vida*; pero si la modernidad establece que todo lo pre-moderno no es sólo anterior sino *inferior*, entonces, por inferencia lógica, y de acuerdo a la racionalidad imperante, *otra forma de vida es imposible*. *Un mundo sin alternativas* no es entonces una fatalidad histórica sino la *imposición de un proyecto único* de dominación exponencial. La literatura del siglo XX es recurrente en la descripción de un mundo convertido en panóptico; eso manifiesta una situación en la que no hay salida.

Con el desarrollo tecnológico, la comunicación y la información coadyuvan a cerrar aún más las alternativas. El manejo estratégico de la información, por parte de las agencias de inteligencia y el Pentágono, que transmiten las grandes cadenas de noticias, genera la producción manipulada de opinión pública. El panóptico entonces se introduce en la propia subjetividad de los dominados y ordena la interpretación de los hechos políticos. Por eso se puede hablar, y con sentido, de un “mundo de la post-verdad”, pero no como algo coyuntural sino como la conclusividad de *un mundo sin alternativas*. Sólo en esta clase de mundo la verdad

ya no importa, porque cuando el negocio se transforma en forma de vida, lo que importa es quién gana, no quién tiene la razón.

El “mundo de la post-verdad” es la develación de un mundo forjado en la conquista, por eso fragua sus opciones en la guerra; la guerra se convierte en el incensario de sus holocaustos ofrecidos en el altar del dólar. Si el dólar no crece se muere, pero crece a expensas de todo. La globalización expresaba ese afán infinito de crecimiento; por eso el crecimiento económico no es un indicador de distribución de riqueza sino de acumulación monetaria en un patrón financiero único. Una economía globalizada genera, de ese modo, las condiciones ideales para raptar definitivamente a la humanidad y a la naturaleza en una dinámica concéntrica de despojo sistemático de vida; porque la riqueza es la objetivación de vida y, si la economía imperante, tiene como fin la concentración acumulativa de riqueza, entonces eso no puede significar otra cosa sino privación constante y creciente de vida.

Pero eso tiene un límite y eso significa la *rebelión de los límites*. La crisis climática y el calentamiento global son la cara dramática de esta *rebelión*. Esa es la verdad. La vida misma se encuentra en *estado de rebelión*. Pero la respuesta de los poderes fácticos no es respuesta sino la aniquilación de toda rebelión. Para ello hacen uso de toda la institucionalidad creada, a nivel global, para proseguir una política de despojo de todo lo que queda. El 1% rico del mundo sabe que el progreso y el desarrollo *no son posibles para todos*. Es más, *nunca lo ha sido*. Por eso la guerra es lo único que les queda. *Siempre ha sido así*.

Todas las guerras del mundo moderno siempre se emprendieron en “aras de la paz”, porque la paz significa la “estabilidad” y ésta significa la *mantención de la desigualdad*; por eso de la guerra proviene mucho del progreso y desarrollo actual. El desarrollo es sólo posible por el crecimiento, pero el crecimiento sólo expresa

la acumulación disponible de capital que concentra, en última instancia, el poder financiero a nivel global. Pero esa concentración no basta, pues el capital debe seguir creciendo y lo que ya no puede la producción, se propone la especulación: tasas de rendimiento extraordinarias (que no es otra cosa que despojo salvaje de todo lo que queda). Entonces, ¿qué mejor opción que la guerra?, porque en la guerra las apuestas crecen y los apostadores tienen el mejor de los escenarios, pues, por sobrevivir, los beligerantes ofrecen todo lo que tienen e, inevitablemente, se endeudan. Esto significa que la guerra es provocada y tiene, como finalidad, un nuevo ciclo de acumulación. Pero esa constante también tiene un límite y esa es la diferencia que destaca a la nueva guerra que, podría ser la última, porque se trata de una guerra inevitablemente nuclear.

Sólo en ese contexto se comprende qué clase de mundo nos enfrenta el “mundo de la post-verdad”. Esta clase de mundo es el escenario del supuesto viraje de la administración Trump y del triunfo de Emmanuel Macron en Francia, la promoción de focos de conflicto regional con repercusión global, como es el caso de Siria, Ucrania, Corea del norte y Venezuela. El Occidente moderno (USA y Europa, o lo que queda de ella) juega sus últimas cartas para reponer su condición de *centro*, o sea, su hegemonía global. No otra cosa significa el informe del gral. Curtis Scaparrotti (comandante supremo de las fuerzas aliadas en Europa, es decir, cabeza de la OTAN), ante el senado gringo, el pasado 2 de mayo: “la OTAN nos da una ventaja única sobre nuestros adversarios [pero que peligra ante] una Rusia resurgente, que trata de socavar el *orden internacional bajo la dirección de Occidente*”. Previamente, el jefe de mando del Pacífico, almirante Harris, se había referido a dos desafíos simultáneos que enfrenta USA en esa región: “una China agresiva y una Rusia revanchista”. Demás está decir

que, en los planes gringos, Europa y toda la esfera anglosajona, extensiva hasta Australia y Nueva Zelanda, se convierten en carne de cañón en el enfrentamiento con Rusia y China.

Atizar conflictos más allá de las fronteras gringas (ahora en las puertas de Rusia y China, con Ucrania y Corea del norte) había sido siempre la ventaja que parecía hacer de la guerra un espectáculo televisivo para el disfrute de Gringolandia. Pero eso es historia pasada desde que el ministro de defensa ruso, gral. Serguei Choigu, anunció el 2015 la creación de un “sistema unificado de defensa” en la región de Chukotka, al frente de Alaska, cuyo fin, entre otras cosas, es el de fortalecer las capacidades combativas de la marina nuclear rusa. La base militar gringa de Elmendorf en Anchorage, contiene los más recientes aviones de guerra F-22 Raptor, destinados a interceptar a los bombarderos estratégicos rusos. Pero el ejército ruso sólo necesitaría el emplazamiento de rampas móviles de lanzamiento de misiles balísticos de corto alcance Iskander para hacer imposible el despegue de los F-22 (sin el añadido de que los rusos han demostrado —en el episodio con el USS Donald Cook en el Mar Negro— que pueden paralizar completamente los dispositivos electrónicos militares gringos).

Las 10 bases que posee la aviación rusa en el Ártico cuentan con aviones de combate equipados con el misil aire-aire Vympel R-37; estos misiles están diseñados para recorrer grandes distancias, de tal modo que los aviones que los disparan son inaccesibles para aviones de combate que hacen de escolta para bombarderos gringos como el AWACS y el C4-ISTAR; también, de especial preocupación para los militares gringos, es el misil aire-aire Nivator KS-17 (que es apodado como “AWACS killer”) cuya precisión se garantiza a una distancia de 400 km. Los chinos no se quedan atrás con su misil PL-15, que arma al flamante avión caza Chengdu J-20, el cual, por su velocidad y eficacia, preocupa a la armada

gringa, ya que con esa tecnología china queda al descubierto la vulnerabilidad de sus barcos de guerra.

Los bombarderos gringos no podrían ingresar a territorio ruso o chino sin ser interceptados por sus sistemas de defensa, como tampoco podrían realizar acciones de combate en sus zonas costeras. Lo que sí pueden hacer rusos y chinos. Desactivando los sistemas de alerta electrónica, la defensa antiaérea gringa queda sin posibilidades de acción, sin contar que, en combate aéreo, los misiles aire-aire de largo alcance de rusos y chinos son superiores a los gringos. Todo esto cambia por completo la situación y describe la vulnerabilidad de la defensa militar gringa en su propio suelo.

Y si todo se trata de medir fuerzas, después de que USA hiciera el alarde del uso de la MOAB (la llamada “madre de todas las bombas”, que es un acrónimo en inglés de “Massive Ordnance Air Burst” o munición masiva de explosión aérea) en Afganistán; no tardaron los rusos en demostrar la posesión del FOAB (el “padre de todas las bombas”, que se trata de una bomba termobárica de aviación de potencia aumentada), que supera en un 400% la efectividad de la MOAB, doblando además su radio de devastación (la MOAB tiene un peso aproximado de 10 ton. y su rendimiento explosivo es de 11 ton. de TNT, mientras el FOAB pesa 7 y su rendimiento es de 44 ton. de TNT).

Frente a ello, ya que casi todos los informes militares del propio Pentágono concuerdan que, en una guerra convencional, USA acaba perdiendo, la “Air Force Nuclear Weapons Center”, anunció en abril de este año que, en el polígono de Nellis, en Nevada, se realizó un ensayo de los componentes no nucleares de la súper bomba atómica B61-12. El peligro potencial que se abre es el siguiente: la utilización de este tipo de armas nucleares, de más precisión y potencia reducida (entre 0.3 y 50 kilotonnes) abre la siniestra posibilidad de la tentación de su uso como “primer recur-

so y no como represalia”, como señala el gral. James Cartwright, ex comandante supremo del Mando Estratégico de USA.

Por ello, la disposición estratégica disuasiva que vienen desarrollando Rusia y China es la respuesta contundente a la probabilidad de un primer ataque nuclear gringo. No olvidemos que el ataque con 59 misiles crucero Tomahawk a la base aérea de Al-Shayrat en Siria, rompe el acuerdo mutuo entre USA y Rusia de cooperación militar para acabar con el ISIS. Lo insólito de semejante ataque queda evidenciado por la no activación del sistema ruso de defensa antimisiles tierra-aire S-300 del ejército sirio, o del S-400, en manos del ejército ruso presente en suelo sirio. Que los misiles hayan atravesado el espacio cubierto por el nuevo armamento radioeléctrico ruso (que se demostró capaz de anular los sistemas de comunicación y control de la OTAN, y anular los sistemas de guía de los misiles gringos), sólo demuestra que ese sistema se encontraba desactivado como resultado del acuerdo (aun así, la poca efectividad de los Tomahawk queda al descubierto, pues sólo 23 de los 59 misiles impactan en Al-Shayrat).

¿Por qué Trump restablece la confrontación sí, días antes, por boca de Nikky Haley, embajadora gringa en la ONU, y Rex Tillerson, secretario de Estado, se reafirmaba la postura del candidato Trump, de ya no inmiscuirse en el asunto sirio? Todo da un giro de 180° desde el “operativo de falsa bandera” sobre un supuesto uso de armas químicas por parte del ejército sirio, montado en la localidad de Khan Shaykhun (que eso era un teatro montado, lo demuestra incluso el profesor emérito de ciencia y tecnología del MIT, Theodor Postol); siendo además, aquel operativo, demasiado oportuno, pues aquello sucedía justo en vísperas de la reunión en Bruselas sobre la paz en Siria que, gracias al incidente que se le atribuye al ejército sirio, fue cancelado. Este brusco cambio en la política exterior gringa se evidencia con el

proyecto de resolución que presenta la OTAN ante el Consejo de Seguridad de la ONU, donde se imponía al ejército sirio ponerse bajo control del jefe de “asuntos políticos” de la ONU, Jeffrey Feltman, ex adjunto de Hillary Clinton y promotor del plan de capitulación incondicional del gobierno sirio de Bashar al Assad.

Eso reeditaría la ilegal intervención de la OTAN contra Serbia en 1998. Hay que recordar que la balcanización provocada en la ex Yugoslavia ocultaba el propósito de captura geoestratégica de una Europa oriental parte del anterior Pacto de Varsovia. Con la más reciente aprobación gringa de la integración de Montenegro a la OTAN, se cierra el círculo estratégico de cercar nuclearmente a Rusia en su frontera occidental más inmediata (porque ya el ejército gringo, en un comunicado realizado el pasado 4 de mayo, anunció la apertura de un nuevo cuartel general en Poznan, Polonia, donde se concentrarán los 6000 militares gringos acantonados en Estonia, Letonia, Eslovaquia, Hungría, Rumania, Bulgaria y Polonia, con el fin declarado de reforzar el flanco oriental de la OTAN contra Rusia). Con la reunión en la Casa Blanca entre Trump y el secretario general de la OTAN, Jens Stoltenberg, se acaba con la indócil prepotencia de Trump y, como si de un hijo descarriado se tratase, el Estado profundo re-encauza su tono prepotente hacia los enemigos del dólar. En aquella reunión, Trump señalaba que ya no creía que la OTAN sea obsoleta y, es más, le agradecía su respaldo contra Siria.

O sea, nos encontramos nuevamente en una situación Obama-Clinton, donde los “warmongers” o deseosos de una conflagración nuclear global han volcado la balanza política a su favor. Esto ya se venía esbozando desde la remoción, por presión del Congreso, del asesor de Seguridad Nacional Michael Flynn (también del alejamiento del consejero especial Steve Bannon y su adjunto Sebastian Gorka), poniendo en su lugar a un rusófo-

bo como el general McMaster. Con la presencia de James Mattis como jefe del Pentágono, Mike Pompeo como director de la CIA, Dan Coats como director de Inteligencia Nacional (íntimo del vicepresidente Mike Pence) y del mismo secretario de Estado Rex Tillerson, todo parece indicar que el Estado profundo se decidió por la conflagración.

O sea, USA está determinada a abandonar todo escenario diplomático y amenaza con lanzar la primera ojiva nuclear. Para ello cuenta con un personaje, como presidente, que retrata muy bien la locura de una apuesta que, curiosamente, tiene el nombre de MAD (“mutual assured destruction” o “destrucción mutua asegurada”), lo que se traduce como “loco” o “demente”. Esta apuesta proviene de la guerra fría y es parte de la doctrina de estrategia militar propuesta por John von Neumann (quien es además jefe del “Consejo de Misiles Balísticos Intercontinentales”). Las consecuencias demenciales de aplicar la metáfora absurda del MAD, han sido denunciadas incluso por influyentes personajes de los think tanks, como Herman Kahn o Greg Grandin.

Quien podría hallarse detrás de esta apuesta es el influyente Henry Kissinger que, desde 1957, proponía la puesta en marcha del MAD a través de una “guerra nuclear limitada”; esto en consonancia además con su propensión al uso de la impredecibilidad y hasta la irracionalidad en materia diplomática. En palabras de Kissinger, se trataría de que USA abandone la prudencia y, mediante la “constante redefinición de objetivos”, descoloque siempre a los rivales en forma permanente, “por temor a la volatilidad peligrosa del poder estadounidense”. Esto significa, como señala bien Alfredo Jalife-Rahme, “borrar los límites entre la verdad y la mentira, gracias al avasallante control de los desinformativos multimedia”: la instauración del “mundo de la post-verdad”. Kissinger ha sido, junto a Zbigniew Brzezinsky, uno de los princi-

pales asesores en cuestiones de política exterior, y su influencia en la nueva administración es visible a través de su anterior asistente, Kathleen MacFarland, hoy viceconsejera de Seguridad Nacional.

Por ello la detonación de la MOAB en Afganistán era previa a dos importantes reuniones diplomáticas en Moscú: la “Conferencia de paz” de 12 países (Rusia, India, China, Irán, Pakistán y demás países centroasiáticos) sobre Afganistán, y la reunión de los cancilleres de Rusia, Irán y Siria. En ambos casos no asiste USA, porque la detonación del día anterior era más que suficiente declaración: en la puesta en marcha del MAD, la diplomacia está de más. Todo ello no hace más que convencer a Rusia y China de que USA no está dispuesta a ninguna clase de entendimiento y cree poder imponer su resquebrajada hegemonía global a la fuerza. En respuesta, Rusia anuncia al mundo que el 60% de su fuerza nuclear se encuentra actualizada y lista para cualquier eventualidad.

La crisis de los misiles en Cuba de 1962 es el único parangón con la actualidad; con la siguiente salvedad: allí se intensificaron las vías diplomáticas para evitar la opción nuclear (sacrificando a Cuba, por supuesto, con el bloqueo económico; ante lo cual, ningún país de la región ha mostrado nunca ni siquiera gratitud). Ahora que la vía diplomática ya no parece ser contemplada, las relaciones internacionales se muestran más preocupantes como nunca antes, a decir de los propios actores de la política gringa, como Lawrence Wilkerson, jefe de gabinete del anterior secretario de Estado Colin Powell.

Toda esta situación se reflejó en el “reloj del Apocalipsis” del Bulletin of Atomic Scientist (diseñado para medir el peligro al que se enfrenta la humanidad en la era nuclear), que, desde el 12 de abril pasado, se encuentra a 2:30 minutos antes de la medianoche del fin del mundo. Similar situación se vivió en 1953, después

de que USA y la URSS detonaran las primeras bombas termonucleares de hidrógeno. Nos encontramos muy cerca del desastre total, debido a la proximidad de una conflagración nuclear y la amenaza de catástrofe medioambiental.

El ataque en Siria no era un hecho aislado sino parte de una escalada bélica que amenaza a China y Rusia. La movilización de la armada gringa en el mar sur de la China, mediante el despliegue del portaviones USS Carl Vinson, equipado con armas nucleares, desnuda la intención de llevar la confrontación nuclear a las puertas de China, tensionando a la península coreana. Fueron las maniobras diplomáticas de Rusia y China las que frenaron los intentos de Corea del Norte (que se cree posee una veintena de bombas nucleares) de realizar su sexta prueba nuclear. Anoticiarse de la presencia de un portaviones gringo rumbo a la península coreana o de bombarderos B 52 con capacidad nuclear despierta la memoria de Corea del Norte (que aún vive la guerra fría y no tiene todavía un acuerdo de paz con Corea del Sur), porque fueron casi destruidos por los bombardeos más intensos que se recuerde desde la segunda guerra mundial; los gringos no se ahorraron objetivo alguno, incluida infraestructura civil como represas.

Entre tanto, el triunfo de Moon Jae-in, en las recientes elecciones de Corea del Sur, enrarece las opciones belicistas gringas; miembro del Partido Liberal Democrático, abogado especializado en derechos humanos, ya se había opuesto al despliegue del escudo antimisiles THAAD de USA en suelo coreano y apoyó siempre la vía diplomática (siendo además hijo de un refugiado norcoreano y cuya madre vive en Corea del Norte). Ese historial podría chocar con la política gringa en la península, además de favorecer a China, que no vislumbra, bajo ninguna circunstancia, la idea de “vender” Pyongyang a los gringos.

Corea del Norte no es Siria y eso se demostró en el último desfile militar, con motivo del 105 aniversario del nacimiento de Kim Il Sung en Pyongyang, donde se mostró una impresionante capacidad militar que cuenta, entre otras cosas, con misiles submarinos con un alcance de hasta 1000 km. Pero Washington parece arrinconarse, a sí misma, a la insana opción de provocar una destrucción mutua (la opción MAD), arriesgando un desenlace fatal para toda la vida del planeta, basándose en la *demencial suposición de que una ofensiva nuclear eliminará eficazmente toda capacidad de respuesta* de Rusia y China. Y esto acompañado por una fiebre belicista que ha despertado en USA y que ha hecho subir considerablemente la alicaída popularidad de Trump. El antes considerado enfermo mental es ahora el héroe que festeja el establishment. Todo volvió a la normalidad en Gringolandia.

También en Europa, una vez declarado ganador Emanuele Macron en las elecciones francesas. La OTAN, la mediocracia global, la Banca Rothschild y la Bolsa de París, demostraron la cautividad en la que se halla el pueblo francés por el “mundo de la post-verdad”, ya que su favorito se hizo pasar por el “salvador del fascismo”. El partido de Macron, *En Marche!*, es una creación de la firma Steele & Holt, cuyos principales clientes son los Rothschild y la transnacional francesa de seguros AXA, cuyo presidente es Henry de la Croix, quinto duque de Castries, quien preside el Club Bilderberg. Macron fue invitado a la reunión anual del Club Bilderberg en 2014 por Henry Kissinger, junto a la también francesa Christine Lagarde, presidenta del FMI.

Es la OTAN y la Banca Rothschild, como muestra Thierry Meyssan, las interesadas en el triunfo de Macron y quienes orquestaron el show mediático de “la amenaza fascista de Marine Le Pen”, apoyándose en las antiguas redes pro-yanquis de la “Fondation Saint Simon”. Como en el episodio Trump, se trata

de desviar la atención del pueblo mediante la invención de amenazas focalizadas para no dejar otra opción que la orquestada por la propaganda, es decir, la capitulación nacional al “mundo de la post-verdad”, o sea, la *versión* de los ricos del mundo.

Si en 1940, los franceses, por miedo al nazismo, apoyan al mariscal Philippe Petain y terminan, para su desgracia, avalando el fascismo que instaura ese mismo mariscal, parece que ahora, votando por Macron, por miedo a la extrema derecha de Le Pen, acaben, otra vez, los franceses, legitimando a la verdadera derecha fascista. No en vano Marx escribe, en “El 18 brumario de Luis Bonaparte”, que la historia se repite, una vez como tragedia y otra como comedia. Una vez que Europa está destinada por la OTAN, es decir, por el Pentágono, a ser la primera línea de enfrentamiento con Rusia, lo único que se necesita son gobiernos títeres. Y Macron y *En Marche!* están hechos a la medida de esta decisión extra-nacional.

En el “mundo de la post-verdad” la guerra es lo único cierto. Por eso se derrumban todas las coordenadas éticas que permitían sostener una convivencia mutua. El poder de los medios o mediocracia se hace omnímodo e impone una fatalidad que es común incluso en los medios alternativos: la velocidad de la información exige análisis inmediatos que coadyuvan a la diseminación del vértigo social. El caos es premeditado incluso por el uso de las nuevas tecnologías que son exaltadas como insustituibles en el ejercicio informativo; *pero ninguna tecnología ha superado jamás al periodismo de lápiz y papel*, porque si la información se mide por ser veraz, no es ninguna técnica lo que hace a algo más o menos veraz. Pero cuando la información es manipulada y es el resultado de su manejo instrumental, entonces se entiende la idolátrica tendencia a concebir la información como espectáculo, donde sí cuentan, de sobremanera, las *formas aparentes*. El nuevo circo romano son los

medios y se convierten en los templos donde se gana la guerra por anticipado, como decía Sun Tzu.

El “mundo de la post-verdad” es sólo posible en un mundo único, *con pensamiento único y con moneda única*. De eso trataba la globalización, algo sólo posible en la disposición geopolítica que crea el mundo moderno: *centro-periferia*. Lo cual no quiere decir que antes todo haya sido cierto, quiere decir que nunca antes se habían desplomado, de tal modo, las coordenadas de la verdad; que la única y necesaria estabilidad de una vida en común, el acuerdo en algo cierto, quedara a merced de un sistemático despliegue de una forma de vida basada en la más absoluta incertidumbre.

Este desplome es ético, pues aunque las coordenadas morales pudieron haber sido artificiosas, se trataban de coordenadas comúnmente aceptadas y constituían la referencia obligada de la convivencia. Pero una situación más allá de la verdad derrumba todo, pues se trata de un derrumbe ético, porque lo que en realidad se derrumba son las coordenadas del bien y del mal. Se trata de una masacre.

Se dice que la primera víctima de la guerra es la verdad, pero se olvida señalar que, cuando la verdad ha muerto, la guerra es la única verdad que queda. Por eso el miedo se constituye en cultura y devela a una sociedad atrapada en puros mitos que encubren, de tal modo, la realidad, que la enajenan por completo del ser humano. Eso constituye a la sociedad moderna y lo retrata muy bien la cultura gringa de la guerra fría. Con la “guerra contra el terrorismo” ahora Europa se muestra prisionera de la cultura del miedo, y la constante social pareciera señalar un fenómeno implosivo de desagregación social, en medio de una cultura de incertidumbre generalizada. En ese marco, la política misma se hace inútil, porque si la política es posible por las utopías que movilizan al presente y le impulsan a producir futuro, en una

situación de incertidumbre, la guerra se presenta como la fatídica ley de supervivencia de la especie (cualquiera que ésta sea) y no hay racionalidad alguna que pueda discutir la imposición de tal fatalidad.

El llamado “mundo de la post-verdad” descubre la invalidez de la condición humana actual y es el último proceso de acumulación que ha encontrado la lógica del capital para condenar definitivamente a la humanidad y al planeta a una situación ya promovida por la ideología neoliberal del tiempo de Reagan y Thatcher: el mundo *sin alternativas*. Esta clase de mundo puede prescindir de la verdad, porque en el reino del mercado absoluto lo que importa es comprar y vender. No interesa quién tiene la razón sino quién gana. El mundo de los “ganadores” y los “exitosos”, de los “triunfadores” y los “fuertes”, es un mundo *donde todos pierden*, porque en esa carrera sólo uno podría declararse ganador, una vez que haya acabado con todos los demás competidores. Ese es el 1% de los ricos del mundo que pelean incluso entre ellos para seguir ganando.

El “mundo de la post-verdad” retrata un mundo donde se puede prescindir de la política y el derecho, ya que la guerra de conquista cuenta con un derecho que permite todo: el derecho del vencedor brinda tales prerrogativas que, la víctima, se ve obligada, incluso, a pagar los costos de guerra que debe sufragar el vencedor. Madeleine Albright, ex secretaria de Estado de Bill Clinton, lo manifiesta así, cuando señalaba: “antes el Departamento de Estado fijaba la política exterior y el Pentágono la respaldaba con la fuerza disuasiva de sus armas. Ahora es éste quien la determina, y a los diplomáticos nos cabe la misión de explicarla y de lograr que otros gobiernos nos acompañen en nuestra tarea”.

¿Cuál es esa tarea? La que viene pregonando el Estado profundo desde los años de la “Comisión Trilateral” y que aparece

como título de una de sus más tempranas publicaciones: “The Crisis of Democracy”. Este diagnóstico viene precedido, como recuerda Noam Chomsky, por un memorándum que un abogado corporativo, de nombre Lewis Powell, enviara a la Cámara de Comercio en 1971. En él advertía al mundo empresarial que las fuerzas de la izquierda amenazaban su papel rector en la sociedad norteamericana. El asunto, dirá después la “Comisión Trilateral”, es que *hay demasiada democracia* y fruto de ello es que “las instituciones *responsables del adoctrinamiento* de los jóvenes”, como son las universidades, iglesias, colegios y medios de comunicación, *ya no cumplen con esa función*.

Por ello, concluyen, *la democracia misma es una amenaza*; en tal sentido, los think tanks que crea la Comisión, se encargan de producir una *nueva idea* de democracia acorde a los nuevos intereses/valores que patrocina el mundo financiero. Nace la democracia neoliberal, en cuanto “sistema democrático”, que empieza a ser promovido hasta por las academias; y es esa clase de democracia, sin *demos*, o sea, sin pueblo, la que se impone en nuestros países, una vez que acaban las dictaduras. Es la democracia que defienden los grandes medios de comunicación y toda la institucionalidad creada por el patrón dólar, desde la ONU hasta la OEA, para adiestrar a los países según la mitología del dólar.

Por eso la OEA puede arrogarse la potestad de calificar si un país es “democrático” o no (si cumple o no, con aquella mitología). Habría que recordar que la “Carta Democrática Interamericana” que se pretendió aplicar a Venezuela, se aprobó en Lima, el 11 de septiembre de 2001, horas después del atentado a las torres gemelas en New York. Aquel evento que sirvió como la excusa perfecta para suprimir definitivamente las libertades civiles en USA, sirve también para aprobar una resolución que le da a la OEA facultades extraordinarias de fiscalización, injerencia y san-

ción contra los países que no cumplan las estipulaciones que dicta un verdadero “Ministerio de Colonias”.

La primera víctima iba a ser el gobierno de Hugo Chávez, si se procedía a las especificaciones respectivas acerca de qué país clasifica como “democrático” y qué país no. Tales atribuciones que violan la soberanía de nuestros países, son prerrogativas que se arroga todo el sistema institucional que sirve al dólar. Y que puede constituir razón suficiente, en el “mundo de la post-verdad”, en la opinión pública producida mediáticamente. La Heritage Foundation, en el 2014, ya publicó un informe acerca de las “amenazas del socialismo del siglo XXI”, donde se vincula a Venezuela, por obra de magia, con el terrorismo islámico. El informe propone que la OEA se convierta en una plataforma de denuncia contra Venezuela y haga valer la “Carta Democrática”; en caso de que la OEA fallara, se menciona “otras vías”, con el respaldo de “aliados regionales”.

El pasado 6 de abril, el jefe del Comando Sur, almirante Kurt Tidd, ante la Comisión de Servicios Militares del Senado, recordó que la “doctrina de seguridad colectiva” de la OEA, faculta una intervención militar en Venezuela, lo cual no hace sino reafirmar el plan “Venezuela Freedom II”, que tiene como operadores políticos al secretario general de la OEA, Luis Almagro, el bloque de gobiernos neoliberales presentes en la OEA, a la cabeza del presidente Peña Nieto de México, al consorcio mediático CNN y a Exxon Mobil (que planeaba ser indemnizada por el gobierno de Maduro por 12.500 millones de \$US, pero sólo recibirá 900 millones, gracias al juicio ganado por Venezuela; el actual secretario de Estado Rex Tillerson fue presidente de esa empresa en buena parte del juicio, por ello algunos ven más que probable una intervención militar por parte de la administración Trump).

Carlos Fazio recuerda que el mismo actual secretario de Seguridad Nacional, gral. John Kelly, el 12 de marzo pasado, ante

el Senado gringo, declaró que “la primera fase de la operación Venezuela Freedom, había conseguido parte de sus objetivos”, esto es, la generación de caos y desestabilización, sabotajes contra instalaciones estratégicas y acciones paramilitares. La operación completa contempla una fase terminal que requiere la generación de una matriz de opinión mediática de crisis humanitaria y de colapso institucional en Venezuela. O sea, dentro de la “doctrina del espectro completo”, que forma parte del concepto de “guerras de cuarta generación”, esto significa: la *demolición planificada* de un gobierno democrático.

Colombia forma parte de la base operativa de guerra psicológica y electrónica contra Venezuela. El propio Comando Sur cuenta con Liliana Ayalde, anterior embajadora en Paraguay y Brasil y ahora vice jefa civil de este Comando (se dice que Ayalde orquestó los golpes parlamentarios contra Lugo y Dilma Rousseff). México, que se ha convertido en una colonia perfecta, tiene al canciller Luis Videgaray como impulsor de las acciones intervencionistas de la OEA contra Venezuela y, para colmo, son generales mexicanos, como Salvador Cienfuegos y Vidal Soberón, que fungen como “edecanes” de la jefa del Comando Norte, gral. Lory Robinson y del jefe del Comando Sur, gral. Kurt Tidd, en la “V Conferencia de Seguridad de Centroamérica”. Pero toda esta información es obviada por las grandes cadenas de noticias.

Lo que anida en la opinión pública como recurrencia pueril, patrocinada por el análisis mediático, es la figura de la confrontación, centrada en la polarización maniquea que provoca la agudización del conflicto. Porque todo se reduce a la defenestración del contrario. De nuevo, en el “mundo de la post-verdad”, todo es beligerancia, ya no importa quién tiene razón, porque la única razón que importa es la mía, dice el beligerante.

Cuando se polariza un país, no es porque haya posiciones claramente opuestas sino por la estigmatización y la demonización del contrario. Esto produce el enfrentamiento irracional y es a lo que conduce la polarización. Cuando la lucha ya no es más democrática, pasar del insulto a la aniquilación es sólo cuestión de iniciativa. Los medios provocan la polarización porque de ese modo no interesa la política sino sólo el conflicto, es decir, ya no se trata de proyectos políticos o de sujetos políticos sino de un reality show, violento y con sangre. Por eso, al final, funciona la tramoya de la intervención. Eso lo saben muy bien los estrategas del “caos constructivo”; en la banalización de la política, los medios no hacen ningún esfuerzo por retratar la situación con justicia. Eso provoca la indignación formateada, a favor de la versión ya manipulada, para legitimar el derrocamiento del gobierno demonizado; o la indiferencia, que viene a ser lo mismo, ya que ésta también garantiza el derrocamiento.

Esta promoción de la polarización está diseñada para hacer desaparecer a los pueblos como sujetos políticos y mostrarlos como el eterno rebaño embaucado por embusteros que aparecen de vez en cuando para “alterar el orden”; conocido, hoy en día, como “sistema democrático made in USA” (no hecho en China ni marca sudaquita sino genuinamente “americano”).

Para eso está diseñado ese “sistema democrático”, para no permitir su alteración y limpiar de la consciencia popular todo atisbo de barbarie que le lleva siempre a promover caudillos que le alimentan falsamente con utopías necias, como las que proclaman un mundo más digno, más justo, o “un mundo en el que quepan todos”. Ese “sistema democrático” es el encargado de imponer el “mundo de la post-verdad”.

Por eso, cuando los pobres ejercen más democracia que la permitida, se promueve la idea de que la democracia se encuentra

en crisis. Pero si la crisis se generaliza y se expande, como en la actualidad, hasta al primer mundo, entonces ya no se trata sólo de gobernabilidad sino de operación quirúrgica. La guerra declarada es entonces contra todos. El imperio, en su decadencia, ya ha declarado: “si caigo, haré hasta lo imposible, para que el mundo entero caiga conmigo”.

EL NEOIMPERIALISMO: UNA DESCRIPCIÓN DES-COLONIAL DE LA NUEVA COSMOGONÍA DEL ESTADO PROFUNDO

29 de septiembre de 2017

En 1972, el informe al Club de Roma, “límites del crecimiento”, ya señalaba la insostenibilidad futura de unas expectativas económicas fundadas en el crecimiento exponencial. 45 años después, evidenciado aquel pronóstico fatídico —con la crisis climática—, el sistema económico global y la ciencia económica que le justifica, no sólo no renuncian a las trampas del crecimiento sino que persisten, ahora de modo suicida, en afirmar el carácter exponencial de la economía del crecimiento. No podrían dejar de hacerlo, pues el sistema, al cual nos referimos, se funda exclusivamente en las prerrogativas del capital: si el capital no crece, muere. Y si muere éste, concluyen sus apologistas, colapsa todo el sistema.

La ciencia económica actual, en todas sus variantes, parte de esa confusión: creer que el sistema es la vida. Por eso también el socialismo carece de un diagnóstico crítico cuando sólo piensa la contradicción capital-trabajo, porque lo verdaderamente amenazado por el crecimiento exponencial es la naturaleza, es decir, la fuente última de toda riqueza, o sea, la fuente de la propia vida hu-

mana. Cuando se habla de crecimiento económico, en realidad se está hablando del crecimiento exclusivo del capital y del mercado, y en eso consiste la advertencia que hacía Einstein: el mayor problema de la humanidad es que no entiende el factor exponencial. ¿Qué significa eso? Que las condiciones finitas de nuestro planeta son *incompatibles* con las expectativas de una acumulación siempre creciente de riqueza.

Hoy día hay más riqueza que nunca en toda la historia humana, pero su carácter concéntrico manifiesta una constante: la riqueza actual es sólo posible si es proporcional al despojo producido. Ese crecimiento acumulativo es sólo posible socavando las dos únicas fuentes de riqueza: el ser humano y la naturaleza. En aquel informe ya se destacaba la disparidad monumental de carácter global que había creado el sistema económico: apenas el 20% rico del mundo era el único beneficiado del 80% de la riqueza mundial. En 2014, la disparidad se había hecho no sólo irracional sino hasta demencial. Los beneficiados de un sistema económico profundamente desigual e injusto es el 1%, dejando al 99% restante encaminarse paulatinamente a un nuevo holocausto, ahora de carácter global. El 1% rico del mundo son 70 millones. En un mundo finito —cuyos recursos son también finitos—, el aprovechamiento desmedido y creciente que hace ese 1% de todos los recursos planetarios, deja al 99% restante sobrante; o sea, se vuelven “prescindibles” para el crecimiento, o sea, “obstáculos del progreso y el desarrollo”. ¿Qué hacer con los sobrantes?, se pregunta el 1%, ahora que la crisis climática ha descubierto la condición finita de los recursos.

Ya no son sólo los indios sino que, ahora, es la propia humanidad, la que aparece como obstáculo para la economía del crecimiento. El propio Gandhi ya se daba cuenta de esto cuando decía que “este mundo basta y sobra para toda la humanidad, pero

no basta para la codicia de unos cuantos”. ¿Qué pasa cuando esa codicia se hace sistema de vida? Entonces tenemos al capitalismo. Por eso su lógica es suicida. Si no crece se muere, pero crece a expensas de todo, como el cáncer. ¿Por qué la ciencia económica no se da cuenta de eso? Si se hace una revisión histórica del contenido conceptual de las categorías económicas actuales, descubrimos que la mitología liberal empapa a todas las ciencias sociales.

- CRÍTICA DES-COLONIAL AL SISTEMA DE CATEGORÍAS DE LA MODERNIDAD

En el caso de la economía, las “robinsonadas” de las cuales parte, le hacen perder el sentido de la realidad, porque confunde a un sistema económico con toda la realidad, es decir, la realidad producida históricamente por el capital aparece como el horizonte último de toda inteligibilidad posible. Se le escapa el principio de realidad porque toda tematización de lo posible resulta en una pura tautología teórica: afirma *lo que hay* como lo único posible, porque parte de eso como única realidad.

Por eso también el socialismo fracasa, incluso como “socialismo del siglo XXI”. Porque persiste en medir sus expectativas económicas socialistas desde los mismos criterios economicistas liberales. Por eso no son capaces de evaluar críticamente el carácter exponencial del crecimiento económico y, a nombre incluso de “ecosocialismo”, no hacen otra cosa que insistir en el paradigma del desarrollo. Porque además el capitalismo ya se ha encargado, por medio de eufemismos (como el desarrollo “alternativo”, “humano”, etc.), de encubrir el *carácter mítico* del desarrollo. Pero conviene aclarar, una crítica al desarrollo no deviene en un *no* al desarrollo sino en ponerlo en su verdadero lugar: el desarrollo no es un fin de la praxis humana y tampoco podría establecer

las finalidades de la economía, o sea, no puede ser *criterio* de evaluación económica. El desarrollo, en sí, no define lo que hay que hacer, porque las definiciones son deducidas del horizonte de vida planteada y éste nunca se agota en parámetros desarrollistas. Un horizonte conforma siempre un *ámbito utópico de referencia* al cual se pretende aproximar; los pasos producidos en esa aproximación constatan si hay o no desarrollo *en torno al fin propuesto*.

Lo que encubre el paradigma del desarrollo es entonces ese fin nunca declarado y que constituye el horizonte valórico que sustenta al desarrollo. Por eso el desarrollo se vuelve una trampa ideológica cuando impone ese universo axiológico, que no es otro que aquél que justifica la forma de vida moderna. La realidad que crea esa forma de vida se *naturaliza*, es decir, se hace la única realidad y, valorizada positivamente, se constituye como lo único posible y deseable. Por eso el socialismo de nuestras dirigencias gubernamentales se hace desarrollista, porque *crea* ingenuamente que ese universo axiológico es independiente del capitalismo; de ese modo creen que el capitalismo, a nombre del desarrollo de las fuerzas productivas, es la etapa necesaria previa para alcanzar al socialismo. Y, como no poseen categorías críticas que les permita evaluar las consecuencias políticas de asumir los valores desarrollistas, entonces, muy a su pesar, lo único que logran es reponer al capitalismo y, de ese modo, hacen que nuestros pueblos se constituyan en garantes de esa reposición.

Esto significa que, por transferencia de valor, las crisis del primer mundo siempre las asume el Sur global; haciendo que las potencias y, ahora, el Imperio en decadencia, restablezcan su centralidad. Ahora que asistimos a una transición civilizatoria tripolar, ¿por qué no cae el Imperio?, ¿por qué Europa, después del brexit, no se desmorona?, ¿por qué China y Rusia no desplazan definitivamente a USA? Todo eso tiene que ver con el horizonte de

expectativas que se plantea la propia humanidad y que es retratada por sus elites económicas y políticas. Todo el mundo sabe que el capitalismo es ya insostenible, pero ¿por qué se sigue apostando por éste? Esta pregunta pone en jaque a las ciencias sociales.

Toda la ciencia moderna está empapada de los prejuicios modernos, parte de ellos y se *funda* en ellos. Pero estos prejuicios no son meros prejuicios sino que constituyen *sistema de creencias* y, de ese modo, constituyen la base de racionalidad, es decir, la base de cientificidad de toda la ciencia moderna. Por eso la crítica al capitalismo no es crítica real si no se advierte el horizonte último de inteligibilidad que presupone la propia ciencia moderna. Si el componente material de un sistema de dominación es un sistema de explotación, la economía capitalista constituye ese componente material, pero este componente no es el componente real, tampoco la dominación es sólo un componente formal, pues el componente formal lo constituye un sistema de legitimación. Entonces, siendo la economía el componente material, el componente formal lo constituirían la política y el derecho, porque ambos afirman un presupuesto que se hace dogma en su propio horizonte de prejuicios: el liberalismo. Y el socialismo no escapa a ese horizonte.

Pero el liberalismo no nace de la nada, sino es el modo como se auto-comprende la subjetividad moderna. Es decir, la ciencia moderna expresa, sostiene y desarrolla ese tipo de subjetividad pero, para que esto no aparezca, se adjudica una pretendida universalidad que tiene el fin de hacer desaparecer ese contenido nunca declarado. En eso consiste el eurocentrismo. Y ese es el diagnóstico inicial de una descolonización epistemológica. ¿Por qué el marxismo del siglo XX no es consciente de esto?

Una teoría del fetichismo debía haberle conducido a una teoría de la descolonización; pero cuando sus teóricos asumen el concepto de ciencia que produce la ciencia anglosajona, asumen

también todo su horizonte valórico y, de ese modo, se hacen inconscientes de aquello que sostiene al capitalismo y que constituye la forma de vida que el sistema económico se encarga de sostener y desarrollar a toda costa, incluso a costa de la vida toda. Por eso la contradicción fundamental no es capital-trabajo y, en la actual coyuntura global, esta contradicción sirve de poco a la hora de realizar una evaluación en regla de lo que estamos viviendo y a lo que nos estamos enfrentando como humanidad.

¿Por qué el capitalismo sigue en pie? Porque la objetividad que ha producido el capitalismo es sólo posible de sostenerse y desarrollarse si halla correspondencia con una subjetividad que la legitime. Al marxismo se le escapó precisamente esta constatación: lo que en realidad produce el capitalismo no es mercancías sino individuos. La mitología liberal parte de la metafísica individualista y, en consecuencia, el capitalismo produce individuos egocéntricos, egoístas y ególatras. Necesita producirlos, porque sólo de ese modo, produce en la realidad el mito del cual parte y que naturaliza al tipo de subjetividad que necesita para desarrollarse. Porque ningún proyecto se impulsa por inercia sino que es impulsado por sujetos, entonces, si no hay el tipo de subjetividad necesaria para impulsar un proyecto de vida determinado, éste termina por fracasar. El éxito del capitalismo entonces debe ser medido también por el tipo de subjetividad que produce y lo produce gracias al tipo de consumo que produce, pues consumiendo es *cómo* el proyecto que contiene se hace carne y se realiza. Entonces, insistir en los criterios económicos liberales (políticos y jurídicos) sólo hace que el capitalismo se reponga incluso bajo banderas de liberación que abrazan nuestros pueblos (las primeras y constantes víctimas del proyecto moderno del capitalismo). En ese sentido, desarrollarse siempre ha significado “modernizarse”, es decir, afirmar un sistema de vida que cuanto más destruye más riqueza produce.

Es en el consumo (algo ausente en toda la reflexión del marxismo del siglo XX) donde el capitalismo se desarrolla y desarrolla un sistema de la producción en torno a la maximización de la tasa de ganancias. Por eso el sistema capitalista sólo es posible si se auto-comprende de modo *exponencial*; el consumismo es algo inevitable en esa auto-comprensión (en los años 30 del siglo pasado USA constituye su forma de vida en torno al consumo) y eso hace que el consumo capitalista ya no satisfaga ninguna necesidad humana, sino redefina a ésta como simple mediación de las necesidades del mercado y del capital.

Si el consumo es *subjetivación* de objetividad, como decía Marx, una tematización científica debiera de dar cuenta qué tipo de objetividad es la que se subjetiva en el consumo capitalista. Si hay algo que jamás ha prosperado en el marxismo es la teoría del fetichismo que emprende Marx mismo a la hora de hacer la crítica a todo el “sistema de categorías de la economía burguesa”. Por ello el análisis que hacen los marxistas de la mercancía se reduce a su aparecer fenoménico. Entonces, ¿por qué el capitalismo y, en particular, el desarrollismo, es lo único que se vislumbra en las finalidades económicas de los gobiernos progresistas? Responder a esta interrogante pasa por definir aquello en lo que consiste la descolonización, pues de lo que se trata es de mostrar los límites cognitivos que impone el horizonte del cual, inconscientemente, parten sus ideólogos.

Cuando exponemos la crítica des-colonial, no nos referimos a una colonización clásica sino al modo específico de *naturalización de la dominación* que ha producido la modernidad. Para ello debemos constituir todo un marco categorial que pueda mostrar el cómo las pretendidas emancipaciones acaban, o en reponer la dominación existente, o inaugurar nuevos tipos de dominación. Ya no se trata de la reducción a condición tributaria de las colo-

nias, lo cual sólo exigiría una independencia de carácter formal; la “tributación” moderna no es sólo material sino que se trata de una *transferencia sistemática de humanidad*, es decir, de subjetividad: la transferencia de plusvalor es sólo posible porque ese plus es, en realidad, humanidad negada que se *infravaloriza* a medida que *transfiere plus-vida*. La periferia alimenta al primer mundo no sólo con materias primas o recursos energéticos sino con subjetividad transferida (o sea, *cesión de voluntad de vida*) como valor contenido.

Y esto tiene que ver también con el consumo, pues el consumo moderno es uno de los más acabados operadores de esta *transferencia de subjetividad*, pues lo que se realiza en el consumo no es sólo la ganancia sino la verdadera objetividad, o sea, la forma de vida contenida en la mercancía. Entonces, en la dialéctica producción-consumo es donde podemos encontrar la *naturalización* de una realidad (como máxima objetividad) que produce y desarrolla el capitalismo, esto es, la forma de vida moderna.

Afirmada inconscientemente la modernidad, el desarrollo aparece como lo único deseable, incluso para la periferia. Por eso la “condición periférica” retrata una condición subjetiva que constituye una *consciencia periférica* cuyo centro jamás es ella misma y, por eso, sólo puede describir un *movimiento existencial de carácter satelital*. Esta condición es la que la sume en una suerte fatídica, que la condena a no dejar de ser periferia y buscar siempre un centro de referencia ajeno a ella. A esto denominamos “colonialidad subjetivada”, es decir, la *naturalización de la dominación* que constituye *sistema de creencias* en la *consciencia periférica*, y que conforma el modo de relación pertinente para sostener y legitimar la objetividad reinante. Por ello, a la pregunta, ¿por qué el capitalismo no termina por desmoronarse?, habría que responder con otra pregunta: ¿hasta qué punto el horizonte de expectativas que insiste la humanidad sigue siendo moderno? Pues hay que decir que

el mundo es también un estado de consciencia y la objetividad del mundo sólo puede seguir siendo objetiva si se encuentra en correspondencia con una subjetividad que es, en última instancia y siempre, la *creadora de toda objetividad*.

Puede el mundo que conocemos desmoronarse fácticamente pero, si la consciencia persiste en *creer* en ese mundo, entonces el mundo halla en esa *creencia* la legitimidad suficiente para reponerse. Por eso necesita hacer uso de las banderas que abrazan los oprimidos para legitimar un nuevo ciclo expansivo. La última aventura la impulsó el postmodernismo y, pese a su caducidad temprana, contaminó con un relativismo radical casi todas las apuestas emancipatorias, fragmentado las luchas populares y desmovilizando todo desiderátum utópico mediante un empoderamiento beligerante en todos los ámbitos de las luchas populares. Esto formó parte de una estrategia ideológica de cooptación de los movimientos populares, mediante la promoción de ideologías aparentemente revolucionarias pero que, al modo de los virus inteligentes, son activados una vez que hacen nido en la lucha popular, teniendo como misión la desarticulación del pueblo, su *fragmentarización* y la reducción de la lucha popular a demandas de carácter coyuntural.

Del relativismo provienen el pluralismo en su versión más light y la afirmación de las identidades, que si bien visibilizan otras exclusiones, ninguna se propone la articulación de un sujeto histórico que se constituya en *exterioridad crítica* de un sistema de dominación (por eso no es de extrañar que muchas de las demandas de diversidad sexual reivindiquen valores liberales y, en consecuencia, sólo busquen su inclusión en el sistema; del mismo modo, una de las consignas del feminismo, como es el reconocimiento del trabajo doméstico de la mujer, se enfoca en su monetarización, pero esto conduce a su mercantilización, o sea, a la política de expansión

del capital a todos los ámbitos humanos; así también las políticas de planificación familiar que adoptan alegremente los gobiernos progresistas, son políticas que reciben un fuerte financiamiento de políticas —en el primer mundo— de control de la población, con un tinte además neomalthusiano imperial). Si no hay un sujeto histórico articulador de un nuevo horizonte utópico, todas las luchas populares se fragmentan en simples demandas que, incluso, promueve el sistema mismo, con el fin de legitimarse siempre.

Por eso, el relativismo no sólo fragmentariza la lucha popular sino que también diluye el horizonte utópico; de ese modo, la orfandad utópica no es sólo lo que deja la decadencia del sistema sino que la lucha popular ya no posee trascendencia; porque cuando las demandas buscan sólo la “inclusión”, porque todo se reduce a la adquisición de los nuevos satisfactores que promueve el sistema mismo, la lucha popular ya no busca transformar la totalidad sistémica, porque lo que en definitiva busca es su reconocimiento, es decir, ser “aceptado”, “incluido”, porque las expectativas que empujan a las demandas ya no *trascienden* al sistema mismo.

En ese contexto, los únicos que podrían devolvernos un *horizonte utópico trascendental*, que lograra unificar la lucha popular y lanzarla a un desiderátum irreductible a las expectativas sistémicas, son los más excluidos de los excluidos, los negados iniciales, las primeras y continuas víctimas de la modernidad. Sólo ellos podrían apostar verdaderamente por un mundo nuevo y sólo ellos podrían ser la brújula que nos pueda señalar hacia dónde dirigir ahora el tren de la historia humana; porque los pueblos y las culturas indígenas no presuponen el horizonte moderno y la sabiduría que todavía contiene su lucha popular es la base de racionalidad que necesitamos para descubrir un nuevo destino para la humanidad y el planeta.

Sólo cambiando de perspectiva podríamos dejar de legitimar un mundo que se viene abajo. Lo contrario es seguir cayendo en la trampa imperial y que lo describió muy bien Karl Rove, consejero de seguridad del ex presidente George Bush, el 2004: “ahora somos un Imperio y cuando actuamos creamos nuestra propia realidad. Y mientras ustedes estudian esa realidad, juiciosamente, nosotros actuamos nuevamente y creamos otra realidad, que ustedes pueden estudiar nuevamente, y así suceden las cosas. Nosotros somos los actores de la historia. Y ustedes sólo pueden estudiar lo que nosotros hacemos”.

Los científicos sociales se dedican a estudiar eso, por eso jamás podrían tener, ni siquiera, iniciativa epistémica. Por eso se torna urgente –y es el acento epocal– una transformación en las expectativas mismas que se plantean las luchas populares. En ese sentido, no nos cansamos en subrayar: la descolonización no es una opción teórica sino un *tránsito existencial* hacia otra forma de vida. Si de lo que se trata es de producir una nueva objetividad, lo primero a transformar entonces es una nueva subjetividad, porque toda objetividad es producción subjetiva, es decir, *creación de un sujeto*. La verdadera revolución consiste entonces en la producción de una nueva subjetividad; como decía el Che: la creación del hombre nuevo (que no es sólo el varón).

Pero lo que se ha olvidado es que el hombre nuevo hay que *parirlo*, y esto es literal. Y sólo podría parirse un hombre nuevo si, en la concepción, ya han concurrido un varón y una mujer también, de algún modo, *nuevos*. Un mundo más justo y más digno, más racional y más verdadero, no podría ser jamás obra de individuos egoístas y egocéntricos, que es lo que produce el capitalismo. Una economía solidaria, una producción para la vida y un consumo consciente, reclaman un nuevo sujeto de carácter comunitario. Por eso, en el caso, por ejemplo, de Bolivia, el “Estado plurinacional”

es apenas la mediación política que debiera apuntar hacia algo más trascendental: el “Estado comunitario”. Si el “Estado plurinacional” sigue siendo liberal es porque no se ha propuesto aun esta apuesta trascendental, porque esto significaría una real descolonización del concepto de Estado que ha producido la modernidad.

Porque el escenario actual es inédito y sólo un verdadero diagnostico des-colonial nos pondría a la altura de lo que la historia nos propone en este tránsito civilizatorio. Ya no es el tiempo de emancipaciones particularistas sino de una liberación de carácter universal: liberarnos no de una dominación sino de *toda forma de dominación*. Y eso empieza por liberar a la naturaleza. Liberarla de la ciencia moderna, es decir, de su condición de objeto. Esto implica restaurar su condición sagrada. Y este es el gran desafío que enfrenta hoy la humanidad, porque esto significa reconstituir la espiritualidad como parte esencial de la vida humana. Cuando el historiador británico Corelli Barnett, describe al poder —aparte de señalar lo consabido—, destaca que forman parte del poder de una nación, “su gente, creencias, mitos e ilusiones”, pero, además de “sus recursos económicos y tecnológicos [y] en la eficiencia de sus organizaciones políticas y sociales”, el poder sería “la forma en que todos estos factores están relacionados entre sí”. Por ello el premier ruso Vladimir Putin señala acertadamente que todo liderazgo mundial es también liderazgo espiritual. La hegemonía imperial norteamericana deja de ser hegemónica precisamente cuando sus valores se desmoronan y eso explica la promoción del trumpismo; por eso su núcleo duro lo constituyen los WASP empobrecidos por la globalización.

La desglobalización actual y el frágil mundo tripolar hacen más inestable sus perspectivas cuando el *sistema de creencias* reinantes no deja margen para la promoción de nuevos valores. Por eso la lucha no es sólo política sino también espiritual. Por eso

no es raro que, teóricos de la filosofía política, como Jacob Taubes, Agamben, Badiou, Schmitt, etc., y, en nuestros lares, Dussel y Hinkelammert, hagan *teología política*. Que el fundamentalismo actual no sea sólo patrimonio de una parte del Islam sino, sobre todo, de la ortodoxia cristiana norteamericana, habla de la profunda decadencia de la hegemonía, ya no sólo imperial sino, también, moderno-occidental.

Recordemos que, cuando Roma se precipitaba en su decadencia, fue una nueva legitimación la que la haría resurgir de entre las cenizas. Se trató de la adopción del cristianismo como la nueva religión del Imperio. Roma se convertía, de ese modo, en la misionera de Dios en la tierra. Roma restablecía su carácter imperial, es decir, divino y, para ello, transformaba a sus dioses en santos, sus generales en obispos y el César se volvía papa. De ese modo aniquilaba toda resistencia, incluso la cristiana, pues con su mismo lenguaje y su misma simbología invertía la propia fe de las víctimas del Imperio. Dios se había hecho Kristo-Rey y su iglesia la “Nueva Roma”.

De ese modo recuperaba su reino y su poder sobre el mundo. Por eso se reafirma como Imperio y, con más ahínco, resucita restaurando su condición: Roma sólo puede ser Roma si es Imperio. Su congénito carácter expansivo ahora se reafirma por la expansión de la fe. Gracias a la ontología griega subsume al cristianismo y nace el Occidente como el vector geopolítico de la nueva Roma: desde Parménides el ser *es* y el no ser *no es*. Esa es la tradición de la ideología imperial que es relanzada por la cristianidad latina el 1492, primero con la toma de Granada y el fin del Califato de Al-Andaluz, el 2 de enero, seguida con la expulsión de los judío-sefarditas (cuyo edicto de expulsión es proclamado el 31 de marzo, siendo la fecha límite de estadía el 2 de agosto), y acabada con la invasión del Nuevo Mundo. Colon parte del puerto

de Palos el 3 de agosto de 1492 —el 9 de Av en el calendario de los expulsados— y España, como el primer imperio moderno, se convierte en la punta de lanza de la expansión de Occidente, ahora como modernidad. Nace Europa como concepto geopolítico y la modernidad como la *administración antropológica* de la dicotomía *centro-periferia*, *naturalizando una clasificación racializada* de la humanidad entre “superiores” e *inferiorizados*, que permanece incólume hasta en las propias teorías revolucionarias (que pretendieron cambiar al mundo sin cambiar jamás la perspectiva de ese mismo mundo).

- LA NUEVA COSMOGONÍA DEL NEOIMPERIALISMO

El problema actual al que se enfrenta el Imperio (la “Nueva Roma”) es que el grado de legitimidad, lograda en el auge del neoliberalismo, provino de la estrategia de globalización, como conquista mercantil del mundo entero; eso generaba estabilidad, pero desde el 2008, la estabilidad lograda descubrió dramáticamente su fragilidad con la implosión del sistema financiero. Ahora la nueva cosmogonía que delatan las apuestas de recuperación hegemónica imperial, no vislumbra otra opción, en el laberinto que ha creado, que meterse más en él; por eso vuelve a sus orígenes, a sus relatos fundacionales de *clasificación antropológico-racial* de la humanidad, porque sólo puede lograr estabilidad generando inestabilidad. Por eso el racismo nunca ha sido superado, porque conforma la propia mitología moderna y que ahora vemos resurgir, precisamente, cuando no sólo el capitalismo sino la propia modernidad se hallan en crisis terminal (cuando un mundo se viene abajo, son sus valores más consagrados los que despiertan coléricamente en su agonía).

La estabilidad del primer mundo, o sea, del *centro*, es producto de una *dialéctica de transferencia* sistemática, esto quiere decir que, para lograr su estabilidad, necesita producir inestabilidad en

la periferia. Y esto significa —en la situación actual, cuando su estabilidad está en riesgo— expandir la guerra; para ello se apoya en la *colonialidad subjetivada* de nuestras elites, pues éstas se convencen de que un nuevo sacrificio es indispensable para mantener el orden mundial y esto pasa por sacrificar a sus propios pueblos. Generar inestabilidad constituye, de ese modo, la nueva cosmogonía de una nueva reposición imperial: en el principio era la guerra. Ésta es la *política profunda* que implementa el Imperio y que consiste básicamente en partir el mundo en dos: el cielo y el infierno.

El infierno lo sufriríamos nosotros para hacer posible el cielo de un nuevo primer mundo que se recortaría incluso en sus márgenes actuales, pues la inmigración actual precisa que en las metrópolis desarrolladas también se genere cordones fronterizos de *clasificación antropológica*. Ésta ha sido siempre la constante que ha producido la riqueza del primer mundo; sólo mediante el despojo sistemático de la periferia mundial es posible el desarrollo del *centro*. Por eso la constante consiste en que la transferencia de valor es también *transferencia de voluntad*, o sea, de vida. La afirmación de la vida del mundo desarrollado es sólo posible por el despojo, exclusión y negación de la vida de la periferia, por eso se trata de una *plus-valorización* que no puede ser comprendida en su entera significación por criterios economicistas. Pues no consiste sólo en un plusvalor económico sino humano, pues esa transferencia le priva a la periferia de humanidad y sólo de ese modo es posible alimentar y sostener las pretensiones universales del centro desarrollado. Por eso se trata de una *transferencia unilateral*: mientras más vida le quita a la periferia de más vida se llena el centro. Por eso es preciso resemantizar la categoría *centro-periferia*. La periferia ya no es sólo el tercer mundo y el centro se recorta a sus dimensiones reales: los poderes fácticos que inventa el dólar desde Bretton-Woods.

Es todo el planeta el que se constituye en la periferia de las exigencias exponenciales del capital global, y esa expansión consiste en su capacidad acumulativa de despojo que hace de la humanidad y del planeta. Por eso el capital financiero puede reordenar la política y hasta la democracia según lo exige el capital y el mercado. La globalización consistía en la mercantilización radical y acelerada de toda la vida y eso es, en última instancia, el neoliberalismo. Ahora que la ideología de la globalización se desmorona en la propia USA, y el neoliberalismo ya no puede reponer la hegemonía del dólar, entonces la *política profunda* toma directamente las riendas del asunto.

Porque todo se trata de sobrevivir en una nueva reconfiguración geopolítica planetaria. Los límites de la visión anglosajona del mundo son las que entran en crisis a la hora de no saber en qué mundo nos encontramos. Porque condición de *ser centro* es *saberse centro*, y si la economía mundial se mueve al pacífico y hasta Europa deja de ser actor estratégico, entonces, con la ascensión, en todos los órdenes, de China y Rusia, además de la India, *centro* y *periferia* dejan de ser categorías útiles de descripción hasta ontológica.

Si el *centro* se *descentra* entonces apuntamos a un cambio de época, pero las condiciones objetivas de un descentramiento no son suficientes, porque, en definitiva, *ser centro* y *ser periferia* es también una perspectiva que se adopta y que la debe resignificar constantemente el *centro*. Por eso el *centro* y su hegemonía no se duermen en sus laureles y, ahora, más que nunca, tasan todo tipo de probabilidades para reponer su estrategia en declive vertical. En eso consiste la doctrina “core and the gap” y esto quiere decir la creación de un mundo con dos ámbitos diferenciados: el orden y el caos. Donde hay orden garantizado puede haber negocios, pero donde haya caos sólo habrá guerra prolongada y será, en

última instancia, el precio de la estabilidad ofrecida como garante de un nuevo orden mundial, a la medida del mercado y del capital. Esta estrategia nace en la idea que hace el Pentágono del “Medio Oriente ampliado” y que se evidenció con la estrategia de la llamada “primavera árabe”, pero sobre todo con la provocación de las guerras en Irak, Afganistán, Siria y Libia.

Tanto China como Rusia tienen las mejores posibilidades de garantizar sus esferas de influencia, tanto en Eurasia como en el Pacífico; por eso USA no cesa de incomodar la estabilidad necesaria del Medio Oriente (promoviendo ahora, por ejemplo, el referéndum por la independencia del Kurdistán iraquí) y, tanto Arabia Saudita, Turquía, Egipto e Israel, son piezas que, en la inclinación que adopten, establecerán también los factores de integración o balcanización de la región. Europa sigue siendo un factor de inestabilidad por los independentismos recurrentes. Quedan África y América latina como últimos arcos de tensión en la recuperación hegemónica imperial. La inclusión de Venezuela en el denominado “eje del mal” junto a Irán y Corea del Norte, muestra los vectores que se dispone a activar una hegemonía maltrecha y que se ve urgida de poder disuasivo frente al ascenso de China y Rusia. No se trata sólo de poder bélico sino de poder hegemónico. Pero, si no se lograra reposición de hegemonía entonces el poder bélico podría garantizar dominación pura.

Por eso la doctrina “core and the gap” es lo que se anda coreando en el Estado profundo como opción actual; pues si recordamos, desde la administración Clinton, es Madeleine Albright, como secretaria de Estado, quien ya señalaba que era el Pentágono el que dictaminaba la política exterior, mientras los políticos se encargaban de gestionarla y, si estos no tenían éxito, entonces se ponía en marcha la Realpolitik. En realidad, el dictamen proviene del Estado profundo, que tiene al Pentágono como

su brazo operativo para vigilar al establishment político; por eso vemos cómo se militariza la administración Trump con los generales John Kelly, James Mattis y H. R. McMaster en puestos clave.

Este neoimperialismo de la doctrina “core and the gap”, ya no descansaría en la anterior visión monetarista que popularizara Mayer Amschel Rothschild: “dadme el control de la moneda y no me importará quién hace las leyes”. Ahora se trata del poder combinado de las finanzas, la inteligencia artificial y las ojivas nucleares. Por eso las “guerras de cuarta generación”, dentro de la “doctrina del espectro completo”, son como la guerra llevada por otros medios en un mundo del caos.

La nueva cosmogonía neoimperial divide al mundo en dos, pero en ambos hay caos, porque el mundo estable está configurado también por la amenaza del caos. El Imperio se repondría como el garante del orden y la tributación al Imperio sería por su misión absoluta, gracias a la cultura del miedo que se inaugura con la guerra contra el terrorismo. Eso ya está sucediendo en Europa. Formar parte del orden sería la capitulación total. Para eso el Imperio tiene, en su institucionalidad global, los medios para amenazar al mundo. Y sabe que, en una conflagración global, entra en juego el poder nuclear, el cual, ninguna potencia estaría dispuesta a usar, porque eso significa la puesta en marcha del MAD, o sea, la “destrucción mutua asegurada”. El comando sur ya se dispone a maniobras militares en las fronteras venezolanas con la participación de los ejércitos de Brasil, Colombia y Perú. Y las sanciones económicas contra Corea del Norte, promovidas desde la ONU y respaldadas inusitadamente por China y Rusia, muestra que intereses ocultos son siempre los promotores del desprecio crónico a los países chicos: ¿será que Corea sea una nueva Cuba negociada y sacrificada por las potencias beligerantes?, porque es sabido que la amenaza a Corea es, en realidad, una amenaza a China y Rusia.

La imposición del “nuevo orden mundial” que promueve el Estado profundo ya fue expuesta, curiosamente, por el flamante presidente francés Emmanuel Macron, en la reciente “Semaine des Ambassadeurs”, donde prácticamente dio por enterrada la soberanía popular. Aduciendo que, ahora, “nuestra soberanía es Europa”, no hace sino apoyarse en una ficción, pues si todo su análisis parte, como dice, de los cambios producidos desde la caída de muro de Berlín, entonces no hace sino describir un mundo que ya no existe. La caída del muro de Berlín es el contexto que usó el neoliberalismo (*un mundo sin alternativas*) para imponer la estrategia de globalización, que empieza a desmoronarse el 2008, con el colapso financiero en USA. Pero el contexto con el que nace el siglo XXI es el ascenso de las potencias emergentes, los BRICS; o sea, de principio, se trata de un discurso anacrónico.

El neoimperialismo (porque Macron es apenas un portavoz) parte de un mundo que ya no existe y, por ello mismo, no sabe en qué mundo se encuentra. Fiel a un globalismo anacrónico, el presidente francés juzga que sería absurdo volver —dice— al antiguo concepto de soberanía nacional. Por eso Europa, tanto para Macron como para Angela Merkel, es apenas una abstracción llena de contenido por el peso de las finanzas. Por eso la Europa a la cual se refiere está definida por el mercado: “tenemos que inscribirnos en la tradición de las alianzas existentes y, de manera oportunista, construir alianzas circunstanciales que nos permitan ser más eficaces”, por eso ve en Europa apenas un conciliador cuya misión consiste en acercar a “las grandes potencias cuyos intereses estratégicos divergen”. Habrá que ver si las potencias consideran a Europa una “autoridad moral” por encima de sus intereses.

Macron también describe muy bien lo que consideran los poderes fácticos como una migración “aceptable” para Europa.

Francia es la primera nación europea que instala en África “oficinas europeas de inmigración”; esto quiere decir que es Europa la que decide qué tipo de migrantes quiere aceptar y, de ese modo, acabar con el éxodo masivo hacia Europa; pero esto no lo decide ninguna soberanía nacional, sino las necesidades del mercado: “las rutas de la necesidad deben convertirse en rutas de la libertad”. El mundo de la estabilidad se convierte en el reino de la libertad, que se convierte en el mercado de “los bienes comunes (el planeta, la paz y la cultura)”, que son accesibles sólo para los incluidos en éste. Por ello también se pronuncia por “dar un nuevo aliento a la OTAN”, como un auténtico “promotor de la paz”. Ahora podremos entender por qué Trump cambio de parecer con respecto a la OTAN: en un mundo dividido entre el orden y el caos, la OTAN sigue siendo necesaria.

El entierro de la soberanía popular condice con la política de la Comisión Trilateral, desde los 70's, expresado también por Zbigniew Brzezinski cuando afirmaba que el papel de los Estados iba a ser desplazado por las corporaciones en la era tecnológica. O sea, se trata de una política ya trabajada desde el siglo pasado y que precisaba el neoliberalismo en su expansión global y que ahora la vemos en su forma acabada en la doctrina “core and the gap”: una vez acabada con la soberanía popular y nacional, los Estados carecen de todo poder y pueden ser fácilmente condenados al mundo del caos. Deshacerse de dos tercios de la población mundial, para mantener la estabilidad del primer mundo, no es algo descabellado, pues lo que origina este tipo de apuestas es el agotamiento de los recursos naturales.

Para mantener el mito del desarrollo, la sociedad moderna requiere de recursos inagotables y, como esto es imposible, ha producido un dogma de fe que ahora le sirve para justificar un nuevo holocausto mundial y que consiste en el cálculo de vidas

necesarias para mantener el sistema. Por eso el presidente Macron declara que, lo que movilizará a los ciudadanos europeos, para no volver a “la edad de piedra”, como algunos países del Medio Oriente, es “la *creencia* en el progreso”. Es lo que se propone la nueva cosmogonía del Estado profundo: el reino del milenio es el orden y la paz, pero está siendo constantemente amenazada por el reino del caos, por eso lo devolveremos a “la edad de piedra”.

Dejar de ser parte del caos es someterse al orden. ¿Qué le impide al Estado profundo implementar, de una vez por todas, esta estrategia? Convencer a las potencias emergentes que no hay salida. Todo es negociable, menos, dejar de hacer negocios. Cuando todo se hace negocio, hasta la política sólo consiste en hacer buenos negocios y estos son la expresión más acabada del cálculo de utilidad propia que realiza un ego centrado exclusivamente en sus intereses egoístas. Éste es el tipo de cálculo que realiza todo poder y, cuanto más poder concentra, más utilidades logra su cálculo. Tanto las potencias, como los individuos, hacen ese cálculo, en un mundo que ha convertido todo en negocio. Por eso la apuesta actual y, por la cual, el Imperio encuentra opciones para su reposición, aunque sea como garante operativo, es que, en medio de una crisis planetaria, seguir haciendo negocios es la única razón que cuenta para este mundo.

¿Qué hacer? Si las guerras que ahora emprende el Imperio no buscarían cambios de gobierno sino el caos prolongado, entonces tampoco nos sirve, como marco analítico, la nomenclatura de la guerra convencional. Cuando se dice que las guerras imperiales se explican por la conquista de recursos estratégicos, se olvida que un Imperio no lucha por algo sino por el todo. Incluso la nueva estrategia imperial sacrificaría a una buena parte de sus Estados para generar la necesidad de la guerra continua. La guerra contra el terrorismo daría lugar a la guerra contra los pobres y,

como todos quieren ser ricos, sobre todo en el primer mundo, esta aspiración daría lugar a legitimar la doctrina “core and the gap”. Que no se trata ya de la propuesta de Thomas Barnett, sino de su radicalización y performativización que hace el Estado profundo en las opciones que baraja en un mundo básicamente tripolar. Si el mundo cambia, el Imperio quiere decidir cómo ha de cambiar y qué tipo de escenario estaría dispuesto a aceptar. Como los conflictos y las guerras que ha emprendido, le han conducido a un desgaste de su poderío militar, su hegemonía y su legitimidad, y esto pasa porque no ha sabido producir estabilidad después de sus injerencias militares, ahora la opción sería ya no proponerse producir estabilidad con la guerra sino diseminar el caos prolongado; de ese modo pone al ámbito del caos en jaque y en condiciones de imposibilidad de recuperación. Dos tercios del planeta estarían siendo arrastrados, ya no a un nuevo subdesarrollo sino a “la edad de piedra”. En Latinoamérica todo empezaría con Venezuela.

Pero lo que no entra en el cálculo del Imperio es el *factor pueblo*. Y es el factor que, también, los gobiernos progresistas descuidan. Una vez en el poder, la dirigencia se impone como *sujeto sustitutivo*, expropiando el poder de decisión y reduciendo al pueblo a un mero apéndice de la política. Si la nueva doctrina imperial ha enterrado la soberanía popular, la respuesta sensata que debiéramos esperar de nuestra parte es la construcción del *poder popular*. Porque el Imperio sólo puede desestabilizar un país si hay condiciones para ello y eso significa un pueblo *despotenciado*. Triunfa la injerencia imperial cuando puede atizar conflictos que están dormidos. Pero un pueblo organizado, en tanto actor y sujeto de la política que se propone su Estado, constituye la mejor defensa nacional que se pueda tener. Nunca, en el mundo moderno, una soberanía popular ha producido soberanía nacional. Por eso el

Estado moderno contiene un tipo de *legitimación vertical* por dominación. Por eso también se hace *aparente* y produce un concepto de nación frágil, porque su legitimidad no nace de la base popular (eso explica el contexto de independentismos que vive Europa, como en España). Lo que hemos conocido, en la modernidad, es la imposición de soberanías nacionales abstractas por sobre toda soberanía popular. Ese tipo de soberanía nacional es el que ahora reclama Trump exclusivamente para USA, privándole a Corea del Norte y Venezuela, por ejemplo, de esa misma soberanía.

Construir el *poder popular desde abajo* es la única posible defensa que se presenta en un mundo de guerra encendida. El Imperio nunca pudo doblegar a Vietnam, fracasó en Corea y Cuba. La razón de ello es que, cuando un pueblo encarna y es portador del espíritu mesiánico, del cual habla Walter Benjamin, nada puede detener su poder utópico, es decir, aquella potencia que le permite trascenderse a sí mismo y al mundo que le oprime. *Lo que no hay* pone en su verdadero lugar a *lo que hay*, y aquel que se sitúa en *lo que todavía no hay*, anticipa ese futuro como porvenir de su propia praxis. Eso le constituye en lo que llamamos “consciencia anticipatoria”. Eso le permite no encerrarse en el presente que impone el reino de este mundo sino en anticiparse y hacer actualidad lo que ya vive como desiderátum utópico. Por eso, no es, en definitiva, la fuerza militar, la riqueza, el crecimiento del PIB, el desarrollo, etc., lo que impulsa y potencia a un pueblo, sino *la fe que tiene en sí mismo*. Despertar esta fe es la verdadera revolución de nuestro tiempo.

¿GOLPE EN VENEZUELA O DEFINICIÓN DEL CISMA GEOPOLÍTICO GLOBAL?

24 de enero de 2019

Si el fracaso en Irak y Afganistán marcó el inicio de la declinación hegemónica imperial; la reciente salida del ejército gringo de Siria significa la salida terminante del mundo unipolar de la escena global. Pero ello no produce todavía el fin del Imperio, tampoco el actual des-orden tripolar (China-Rusia-USA) representa la nueva fisonomía mundial; porque lo que manifiesta este des-orden es la zozobra misma que infunde un periodo de transición sin destino definido. La transición misma manifiesta el drama actual sin rótulo a la vista; ésta sólo tendría sentido propositivo si apunta a una total reconfiguración del tablero geopolítico impuesto desde el siglo XVI por las potencias occidentales, y esto significaría, ni más ni menos, el fin del mundo moderno y su geopolítica imperial *centro-periferia*.

El descuartizamiento que produjeron los “tratados Sykes-Picot” del Medio Oriente, no fue más que la secuela lógica de lo que ya se hizo con América primero (iniciado con la bula papal *Inter Caetera* de 1493) y después con África (“Congreso de Berlín” de 1884); ello objetivaba la consagración del proyecto moderno como *despojo sistemático mundial* por parte de una Europa

occidental constituida en *centro geopolítico global* (USA, como extensión anglosajona, se planteó lo mismo con la “Doctrina Monroe”, originada en 1823 pero implementada desde 1870). Esto quiere decir que, el despliegue del sistema-mundo moderno, es imposible sin ese remate de la periferia mundial: *centro-periferia* no es sólo una geopolítica imperial sino la ontología acabada de la cosmogonía moderna como afirmación de la supuesta superioridad euro-norteamericana.

La lógica que formaliza ese meta-relato, produce una racionalidad que hace de la guerra la “legítima defensa” del *derecho del vencedor*. Eso encubre el derecho internacional y por eso, su suspensión, en momentos críticos, como el actual, sólo significa aquella admisión de facto. Cuando USA, la OEA y el Grupo de Lima quiebran el orden constitucional de un país, confirman que el derecho es un eufemismo y la democracia, la libertad y el Estado de derecho, son un negocio de los poderes fácticos.

La geopolítica *centro-periferia* es lo deducido de la antropología “civilizado-salvaje” o, lo que es lo mismo, “superior-inferior”. Por eso, *ser y saberse centro* es la *determinación* concluyente del kratos de la política moderna. Sólo de eso modo se entienden la primera y la segunda guerra como guerras mundiales, porque la disputa básica consistía en quién se constituía en centro hegemónico mundial (el argumento de la superioridad aria del nazismo no es una idea advenediza sino la creencia básica en la superioridad occidental). Es en ese sentido que, aquellas guerras entre potencias, son asunto de sobrevivencia, porque hasta ser potencia no es garantía si no se es, también, *centro*; es decir, todas tratan de escapar a la fatalidad de constituirse en *periferia*: la geopolítica *centro-periferia* no admite otra posibilidad y constituirse en *centro* no es algo que se pueda compartir.

En ese sentido, una vez que USA se retira de Siria, no hacía falta adivinar dónde iba a relocalizar su poder estratégico, es decir,

su reposición geopolítica. Ya no posee poder disuasivo contra Rusia ni contra China (la puesta en operación del misil hipersónico ruso Avangard y la misión china al lado oscuro de la Luna, dejaba a USA en la categoría del *atraso civilizatorio*); tampoco Irán, India, Corea del Norte o Turquía, se arrodan ante el poder bélico gringo. Después de fracasado el plan del “Medio Oriente Ampliado” —o sea, el control de los hidrocarburos de la franja Irán-Irak-Siria— y de haber repuesto, para su desgracia, el área de influencia ruso en el Mediterráneo oriental, el desplazamiento de sus ejércitos sólo podía tener un único destino: la Cuenca del Caribe.

No tardó mucho el Grupo de Lima, a la cabeza de Duque y Bolsonaro, en apoyar la decisión del régimen gringo de reconocer al improvisado presidente de la Asamblea Nacional, Juan Guaidó, como “presidente delfín” de Venezuela. Pero este nuevo golpe de Estado (el anterior duró 2 días, del 11 al 13 de febrero del 2002) ya no busca una simple remoción presidencial sino trasladar a Sudamérica el laboratorio que se impuso en Siria, es decir, la doctrina Rumsfeld-Cebrowski o *destrucción sistemática de estructuras estatales con repercusión regional*.

Por ello se puede hablar de colusión abierta de las oligarquías nacionales con el Imperio para iniciar un proceso de desestabilización creciente o “caos constructivo” regional. Un gobierno paralelo (con aval del Ministerio de Colonias —OEA—) sólo puede conducir a un des-gobierno, y esto, a la guerra civil; pero con ello, todos los gobiernos involucrados atizan su propia desestabilización. Como señala Thierry Meyssan, éste es el esquema que se activó en Siria el 2011: la OEA asume el papel de la “Liga Árabe”, el “Grupo de Lima” hace el papel de los “Amigos de Siria” y Juan Guaidó asume el papel del jefe de la oposición siria Burhan Ghalioun (típico peón que sale de escena una vez que el conflicto estalla).

Por razones geopolíticas, al Imperio en decadencia ya no le conviene “mantener” gobiernos leales; los costos de recuperación hegemónica sólo pueden compensarse con la desposesión inmediata de recursos estratégicos. Sumir a la región al caos creciente es el plan del Departamento de Defensa “core and the gap”. El plan que se inicia en Venezuela conduce a desestabilizar de tal forma a la región, que el “desastre humanitario” da pie a una intervención militar que, como en el caso de Irak, Siria o Libia, atiza todos los conflictos existentes para que la combustión produzca una inflación política de consecuencias incalculables.

Todo lo que han venido haciendo USA y el “Grupo de Lima” ha sido crear la escenografía de la guerra de intervención: Exxon Mobil intentó provocar aquello cuando uno de sus barcos prospectivos violan soberanía marítima venezolana y provocan la movilización de la armada venezolana al atravesar la zona en litigio entre Guyana y Venezuela (la versión adulterada de la transnacional petrolera le bastó al “Grupo de Lima” para denunciar al gobierno bolivariano como un “peligro regional”). No olvidemos que la auto-proclamación de Guaidó es precedida por las declaraciones del presidente brasileiro Bolsonaro, en el reciente Foro Económico Mundial de Davos: “no queremos una América bolivariana”. Es decir, el golpe estaba siendo digitado mientras se creaba, en la opinión pública mundial, una renovada animadversión a la figura de Maduro y al chavismo.

Lo que viene mediática y cibernéticamente, es exasperar a la opinión pública hasta la conmoción, o sea, la guerra civil; de modo que una intervención militar aparezca como lo “más sensato y humano” que pueda pasar. Pero esto no es el fin del conflicto sino el *preludio del caos*. Si en Venezuela se operase una “limpieza ideológica”, en Brasil se mostraría lo que ello significa; no tardarían los demás gobiernos en aducir la influencia chavista para

conculcar todo ejercicio democrático (eso es lo que ya claman los sicarios mediáticos, desde Miami hasta Buenos Aires, alimentando el odio en una sociedad atravesada por los prejuicios gringos, como la rusofobia, y la más reciente sinofobia).

La activación de una renovada “Doctrina Monroe” tiene por objetivo cerrar todo acceso a la influencia rusa y china. Sólo de ese modo, en el des-orden tripolar, USA garantiza su poder estratégico disuasivo tomando de rehén a todo el continente. Esto no significa reponer la guerra fría sino *partir* literalmente al mundo en dos, donde la estabilidad sea la nueva mercancía cuyo único proveedor sea el Imperio en su etapa post-imperial.

La jugada estratégica que hace el presidente Maduro es su acercamiento a Rusia, China, Irán y Turquía. Como en el caso de Vietnam, la supervivencia de un país chico, consiste en hacer que su independencia sea del interés geopolítico de las potencias emergentes. De ese modo, la cortina diplomática golpista no prospera; por ello la precocidad del régimen de Washington y del “Grupo de Lima”, manifiestan una ligereza que ya no sorprende. El mundo ya no es unipolar y, si la OEA no puede emitir una declaración conjunta contra Venezuela, tampoco puede hacerlo la Unión Europea. El apoyo de Rusia al presidente legítimo de Venezuela, Nicolás Maduro, pone las cosas en su sitio.

Por ello el golpe no puede prosperar de modo inmediato, porque la tensión se dirige a definir el cisma geopolítico global: si USA no cuenta con el acceso expedito a los recursos estratégicos de la Cuenca del Caribe (que es también el acceso al Amazonas y a la Cuenca Guaraní), entonces el equilibrio de poderes en el des-orden tripolar frena los afanes expansivos de una más salvaje re-colonización post-imperial. Rusia y China ya saben lo que significa reducirse a ser *periferia*. Lo que deben también aprender es que aspirar a *ser centro* constituye la trampa imperial.

Esto significa que, en medio del des-orden global, un orden multi-polar sólo puede ser *transición a la cero-polaridad*. Esto es lo que significaría un *nuevo orden mundial post-occidental*. Y esto es lo que ha de definirse en Sudamérica; pues si algo ambiciona USA para reponer su hegemonía global, a la fuerza, es la reserva petrolífera más grande del planeta, o sea, la franja del Orinoco.

Los gobiernos europeos se hallan lejos de aprovechar esta coyuntura para distanciarse de la influencia gringa, no sólo por sus problemas internos que ya no tienen repercusión global, sino que la consumación del cisma geopolítico a definirse en Sudamérica, hace que su importancia quede relativizada (su acercamiento a Rusia y China no puede comprometer su adscripción al liderazgo gringo, pues lo que se halla en juego es el futuro mismo de Europa).

Lo que le queda al Imperio, en connivencia con los poderes fácticos, es lo que apuesta su más reciente doctrina “core and the gap”, esto significa, constituirse en único administrador del mundo integrado y del mundo del caos. El Imperio no deja de jugar a ser Dios; porque se pone como administrador de la vida y de la muerte; porque ahora pretende dividir el mundo en el orden que lo garantizarían sus ejércitos, y el caos, que también lo garantizarían sus ejércitos. Por eso el interés en derrocar a Maduro, porque sus ejércitos (militares, cibernéticos y mediáticos) requieren de base energética y eso es lo que la franja del Orinoco posee. *No hay proyecto imperial sin geopolítica y no hay geopolítica sin base energética estratégica*. El Imperio se juega todo, porque en su reposición hegemónica *no apuesta a algo sino a todo*. Sólo se es Imperio de ese modo.

Pero las hegemonías concentradas ya son insostenibles en este nuevo siglo, donde la migración global ha reconfigurado hasta los mapas demográficos. Sólo un nuevo orden global sin hegemonía única podría posibilitar una transición civilizatoria global

más racional. Ninguna economía puede sobrevivir en el patrón diseñado por la globalización neoliberal y eso ya lo saben europeos y gringos que *no* forman parte del 1% rico del mundo.

La actual desglobalización reconfigura la geopolítica imperial y desacopla al *centro* de sus *periferias*. Por eso la contradicción actual entre “globalistas” y “nacionalistas” describe de mejor modo la posible transición hacia un nuevo orden global; eso reconfigura también la dicotomía izquierda-derecha, situando a la política en la necesaria tematización de *proyectos nacionales post-occidentales*.

Como señala el presidente Maduro, descubriendo la falacia liberal de la democracia moderna: “la patria es el otro”. Lo que fue Cuba en el siglo XX, ahora lo es Venezuela en los albores del siglo XXI. Allí se está proponiendo una *descolonización* del Estado moderno-liberal, donde “el otro, el indio y el negro, éramos más bien el mono antes que humano”. Por eso es tan dramática esta transición, porque lo que está en cuestión es el concepto mismo de lo humano; por eso también la reacción insensata de la misma sociedad ante el indio y el negro, ante el pobre y el excluido, es decir, el *desprecio aristocrático* al pueblo hecho proyecto histórico-político. La violencia de la oposición más radical en Venezuela (que apunta a replicar un nuevo Bolsonaro, o sea, otro cruzado conquistador, con la cruz y la metralla) ocultan esa constante: el *rechazo a la igualdad humana*. Por eso *toda geopolítica es antropología implícita*.

En su geopolítica, el Imperio en decadencia se sostiene en su condición de *centro*. Dejar de *ser centro* significa el desmoronamiento de su cosmogonía, de aquella creencia básica e irrenunciable que sostiene su poder: su “excepcionalismo”.

Si el Imperio pierde Venezuela, pierde geoestratégicamente la posibilidad de su reposición geopolítica; por eso la guerra fi-

nanciera contra la revolución bolivariana pretendió bloquear todo intento de recuperación económica, hasta que Venezuela apostó por el Club de Shanghái, o sea, a hacerse el pivote de un orden post-occidental en Sudamérica.

No le quedaba otra a Venezuela, por eso arriesgó también todo; porque cuando se pretende una revolución que no sea a medias, como fue el sueño del comandante Chávez, no queda otra que su radicalización, y esto se condensa en “la patria es el otro” que proclama el presidente Maduro.

“La patria es el otro”, es el criterio de la transición civilizatoria global; pues todo aquello que ha negado y excluido la modernidad, es lo que ahora se nos presenta como la alternativa y la brújula por donde debiera dirigir la humanidad su apetito utópico en este nuevo siglo. Por ello, defender a la revolución bolivariana es no sólo un imperativo revolucionario sino hasta humano, porque socavar la hegemonía gringa ya no es una cuestión ideológica sino de sobrevivencia planetaria.

En toda reconfiguración geopolítica todo se trata de sobrevivir, en las mejores condiciones, en el nuevo tablero geopolítico; pero ahora se trata de la propia sobrevivencia de la humanidad, esto es, de los 7.000 millones de sobrantes del poder financiero global. En los planes del 1% rico del mundo, se condensa la descripción de la lógica suicida del capital que hacía Marx: sólo sabe producir riqueza, socavando las fuentes mismas de toda riqueza: ser humano y naturaleza. Si el golpe tiene éxito no sólo perderá Venezuela sino toda Sudamérica y, en consecuencia, toda la humanidad, una de las últimas oportunidades de remediar el curso del tren fatídico del desarrollo infinito del *centro*, a costa de la humanidad y del planeta.

AMAZONAS: EL INFIERNO DETRÁS DEL INCENDIO

26 de agosto de 2019

La expansión acelerada de la mancha térmica del incendio del Amazonas está provocando otro incendio semejante en la opinión pública. Pero este incendio, y la bruma que extiende, tiene la peculiaridad –como es usual en lógica militar– de distraer la atención mientras se ponen en acción otros propósitos que, al no ser considerados, logran una ventaja estratégica definitoria del desenlace mismo del asunto. Por eso, cuando las inculpaciones y las condenas atizan aún más un conflicto latente, hay que preguntarse: ¿a quién le interesa inflamar una región, además en periodo pre-electoral? ¿Qué propósitos encubiertos tienen el poder de provocar una desestabilización regional, incluso al amparo de banderas tan loables como la “defensa del pulmón del planeta”?

Apliquemos un procedimiento inverso para entender la situación; de los efectos mediáticos vayamos a desentrañar al poder beneficiario del caos que pueda producirse. Redirigir las preguntas nos ayudaría a superar un maniqueísmo simplón que sólo lograría la destrucción mutua porque, en tal caso, todos coadyuvarían, sin proponérselo, a generar otro incendio con cara de infierno; que es, por ejemplo, lo que desataron las potencias occidentales en Irak, Siria o Libia, al amparo de “nobles causas” y con la com-

plicidad de una opinión pública que creyó ingenuamente en tales ficciones.

Adónde nos conduce una situación de desestabilización regional, a las puertas de una definición electoral del cono sur, es una buena pregunta ante lo demasiado oportuno (“good timing” dirían los gringos) de un desastre ambiental que podría originar la declaratoria de “emergencia mundial” que ya la viene pregonando un anacrónico G7. En esto hay que ser claros, nunca una ayuda proveniente de los países ricos ha sido generosa sino parte de una política intervencionista e injerencista. Si esto es así, la hipótesis de la deliberada diseminación de los focos de incendio, cobra otros matices. No se puede olvidar que nos encontramos en un proceso de crisis civilizatoria y que las actuales guerras frías no declaradas expresan políticas de sobrevivencia que el sistema capitalista asume como últimos recursos para restaurar su hegemonía.

Entremos en contexto, el neoliberalismo no fue la expresión del triunfo del capitalismo sino la respuesta del poder financiero *ante el fracaso* del sistema económico; pues desde los setentas, el crecimiento global ha sido mediocre y no responde a las expectativas exponenciales del capital. Si el repunte de ganancias que se logra con el efímero auge del neoliberalismo provoca la crisis financiera del 2008 (porque se trata sólo de burbujas) y, paradójicamente, la globalización no logra controlar al mundo sino provoca un relevo que *vira la economía al Oriente* en desmedro del propio Occidente, resulta que el sistema-mundo moderno –que lo hegemoniza el dólar– se desintegra y se deshace en una suerte de *demencia sistémica* que apuesta incluso contra su propia sobrevivencia (Trump y Bolsonaro son la personificación de aquello; evangélicos ambos, declaran fidelidad a un milenarismo que recluta cruzados para desatar una nueva guerra “del bien contra el

mal”; el ensañamiento contra inmigrantes e indígenas de ambos es fiel a la *teología de la conquista*).

La lógica del capital es suicida, pero lo grave es que, en esa lógica, arrastra a toda el sistema económico a *asumir apuestas irracionales*, creyendo que son las más “racionales”. En ese sentido, lo que sucede en el Amazonas no tiene que ver directamente con los efectos del cambio climático sino con una apuesta demencial que optan los poderes fácticos mundiales por pura apuesta de sobrevivencia, incluso a costa de la propia base de existencia de la humanidad. La quema del Amazonas parece premeditada y tendría propósitos geopolíticos.

Si la geoconomía del dólar se acostumbró a vivir provocando guerras en todo el mundo, ahora, por sobrevivir, apuesta por desatar “calculadamente” un infierno que le reditúe las ganancias que ya no puede lograr. No es sólo la reducción de los recursos energéticos y estratégicos sino que, poco a poco, estos se escapan a su control. Reponer ese control es asunto de sobrevivencia para la decadencia del orden unipolar que sostuvo al Imperio. Como ya no puede reponer su hegemonía, sólo le queda desatar escenarios que legitimen un “estado de emergencia,” como pretexto para imponerse como *único* garante de estabilidad regional.

Tomar como rehén al Amazonas sería el principio de una contención estratégica ante la expansión de la Nueva Ruta de la Seda en Sudamérica; esto significaría el aplazamiento del proyecto bioceánico que integre a Sudamérica con el pacífico, porque esta integración significaría, a mediano plazo, el *desplazamiento del dólar* y, en consecuencia, de la hegemonía imperial. No sólo de guerras se reaviva el dólar sino también de los desastres; es decir, generar una devastación apocalíptica constituye un “aprovechamiento de oportunidades” ideal para una hegemonía moribunda. Como en

el auto-atentado a las torres gemelas, el desastre se convierte en negocio, no sólo porque justifica declarar una guerra sino por el “cobro de los gastos” de guerra que reclama el vencedor, es decir, asaltar la riqueza del vencido.

Por eso no es nada casual que el presidente francés Macron (portavoz de la banca financiera) haga un llamado puntual a las potencias mundiales del ya fenecido G7 para “hacerse cargo” del Amazonas. Esto significaría, como segundo paso, la instauración de una instancia supra-nacional que tome decisiones por sobre la soberanía de los Estados involucrados en la declaratoria de “desastre ambiental”. Aquello no sólo en vistas a reponer el control sino de sembrar el “caos constructivo” en la región, ya que los planes de intervención en Venezuela fracasan.

El Amazonas, junto al acuífero guaraní y la cuenca del Orinoco, son las reservas globales de agua dulce más grandes del planeta. La última reunión de Bolsonaro y Benjamín Netanyahu ya tuvo como prioridad el deseo de “privatizar” el río Amazonas para favorecer a empresas israelíes. Al Estado sionista ya no sólo le interesa la Patagonia sino que ahora mira al Amazonas. Lo mismo expresa el llamado de Macron, acorde al deseo financiero de monetizar todos los acuíferos, adelantándose así a las futuras crisis globales del agua. Allí también se mete Washington para despejar el norte amazónico colindante con la reserva petrolera más grande del planeta, es decir, Venezuela (el think tank “Foreign Policy” ya publicó un artículo donde Stephen Walt pregunta: “who will invade Brazil to save the Amazon?” y recuerda que la ONU considera la crisis ambiental como una amenaza a la paz y seguridad internacional). Todos quieren una parte del pastel amazónico y tienen los instrumentos legales, vía ONU (artículo 42 del Consejo de Seguridad), para declarar una “intervención humanitaria” acorde al clamor provocado de “ayuda internacional”;

eso significaría la militarización de nuestra región y la agudización de los conflictos ya existentes. En ese sentido, la desidia de Bolsonaro no es insensata, tiene lógica; así como la hipótesis de una quema deliberada.

Como en la intervención militar a procesos democráticos en la región, la quema del Amazonas no significa sólo una quema forestal sino la destrucción sistemática de cualquier tipo de economía alternativa sostenible, que demuestre hasta la ineficiencia de los rendimientos productivos del capital. La complicidad del presidente brasileiro con el capital agroindustrial para expulsar a los pueblos indígenas y apropiarse de tierras que, desde la lógica capitalista, aparecen como “improductivas”, expresa aquello. Es sintomático que este argumento se actualiza siempre en circunstancias de crecimiento negativo; pero la lógica capitalista no sabe ingeniarse el cómo cualificar su propia producción sino que busca nuevos nichos de explotación, donde desarrolle su lógica de despojo sistemático: *destruir para producir*.

Entonces, el objetivo del otro incendio tendría como fin provocar, en la opinión pública, la justificación para desatar, en la región, un incendio mayor con cara de infierno; las redes sociales ya vienen promoviendo condenas, de todos contra todos, dando paso a una desestabilización impensada que apuntaría, no sólo a frenar los actos electorales, sino a legitimar una intervención con cara de “ayuda”. Partiendo de estas consecuencias probables, es que se puede desencubrir una digitación calculada que no es sopesada por una crítica ambientalista que deja de lado la ecuación geopolítica y es ingenua de la funcionalización que hace el sistema económico mundial, incluso del discurso del cambio climático, como generador de nuevos procesos de acumulación capitalista.

La última contienda electoral en Argentina repercutió negativamente en los mercados, porque aquello estaría reconfigu-

rando un nuevo equilibrio geopolítico en Sudamérica. La tendencia creciente en Bolivia, Argentina y Uruguay, amenaza al propio Brasil, pues se rodea de gobiernos de izquierda que influirían en su propio panorama político. Esto afecta a los intereses de los poderes fácticos globales que se encuentran en plena *crisis de sentido vital* y enfrentan el fin de su hegemonía centenaria. La expansión de la Nueva Ruta de la Seda que promueve China, tiene a Brasil y Bolivia como pivotes de la inclusión de Sudamérica en un proyecto de infraestructura de comercio global, que *terminaría de desplazar al dólar y al atlántico como ejes de la economía mundial*.

Si esto es así, una crisis medioambiental extendida pospone los planes de integración geoestratégica de Sudamérica hacia el pacífico. Curiosamente, no se trata de hechos casuales, ya que aunque los focos son aislados, la sincronía de estos y la configuración de una mancha compacta entre Brasil y Bolivia, confluye tres regiones estratégicas: el Pantanal, el Amazonas y la Chiquitanía, las cuales deberían ser conectadas por el tren bioceánico.

Las tres aportan una cantidad considerable de oxígeno al planeta, por encima del 20%, además de una absorción importante de CO₂. Una catástrofe ambiental como la que estaría produciéndose, casa como anillo al dedo a la propuesta de que las potencias occidentales se “hagan cargo” del Amazonas, por encima del Estado brasileiro; es decir, la promoción de una instancia “supranacional” que haga de guardabosques global, reduciendo las atribuciones estatales de nuestros países al mínimo (acorde al plan imperial de acabar con las soberanías de nuestros países).

La potestad y administración de los recursos hídricos (si finalmente pierden el petróleo) es fundamental para la sobrevivencia del dólar. Desde Bush ya se ha sabido la importancia que le da la geoeconomía del dólar a los acuíferos del Amazonas, Orinoco y el Guaraní. Se trata de su sobrevivencia. La guerra fría (de divisas

y aranceles) que promueve el dólar y que no resuelve su decadencia, se extendería ahora al monopolio de áreas estratégicas y esto entra en concordancia con la nueva colonización de la biodiversidad y la biomasa del planeta que se propone la economía verde.

Que el gobierno brasilero tenía toda la logística necesaria para contener la expansión del incendio (aun cuando se haya recortado más del 40% al presupuesto de las FF.AA. brasileras), da cuenta de una complicidad que reafirma la hipótesis de la quema inducida. Bolsonaro ya anunció en campaña el despojo de reservas indígenas para beneficio de los agroindustriales. Pero, si las cosas se complican, entonces, como de costumbre en la historia colonial, ni siquiera estos saldrán beneficiados, sino los poderes foráneos que desplacen a los capitales locales para, en su debido momento, iniciar un nuevo saqueo más perverso.

En el caso boliviano, si bien es simplona la referencia mecánica causa-efecto de disposiciones legales que viabilizan los chaqueos o “quemadas controladas” y la extensión de la frontera agrícola, como detonantes del incendio de la Chiquitanía y del Pantanal (pues ningún gobierno socavaría su vigencia de modo tan explícito); hay que decir que las apuestas gubernamentales ya han sido *funcionalizadas* por una apuesta desarrollista que, en muchos casos, ha *derechizado* la política gubernamental (haciendo que adquiera compromisos que van en franca contradicción con la propia Constitución y con la enarbolada “defensa de los derechos de la Madre Tierra”). En los mismos discursos del jefe de Estado es ya notable la ausencia del “horizonte plurinacional” y del “vivir bien”; lo que se reitera es, más bien, una cándida apología de los criterios básicos del capitalismo, como son el crecimiento y el desarrollo.

Este viraje desarrollista que festeja el crecimiento como único fin económico, lleva al “gobierno del cambio”, inevitable-

mente, al pacto con los grupos de poder que influyen en el viraje de la producción nacional a la pura exportación. No es raro que el vicepresidente sea uno de los principales promotores de este viraje, pues representa a una izquierda, precisamente, “progresista”, fiel al dogma de una “economía del crecimiento”, que es justamente lo que ha entrado en crisis en el siglo XX.

No vamos a negar el carácter anti-imperialista del gobierno, pero también hay que decir que ese anti-imperialismo *no significa* necesariamente un anti-capitalismo. Todas las normativas señaladas responden a la apuesta pragmática que iguala, tanto al oficialismo como a la oposición, en una misma creencia: el “progreso infinito”, como base mítica del desarrollo y el crecimiento; ilusiones que sostienen al capitalismo y hace del crecimiento su forma de ser *exponencial* y que es, precisamente, lo que entra en conflicto con la base *finita* de la vida y del planeta.

Si se piensa desde el capital, se tiende a creer que el financiamiento es lo decisivo en una economía que funcionaliza la producción y el consumo para la exportación; en tal caso, la soberanía se hace relativa a las prerrogativas del mercado mundial que, de ese modo, restituye nuestra dependencia por *transferencia* sistemática de valor. De ese modo, nuestra humanidad y la naturaleza son subsumidas como *mediaciones de esa transferencia*. La obtención de recursos económicos, que debiera constituirse en una mediación, se convierte en la máxima prioridad, llevando al Estado a reorganizar las necesidades nacionales como simples “atractores” de inversión. Entonces, la lógica de la inversión se encarga también de restaurar relaciones capitalistas de dependencia estructural.

Ahora bien, si el gobierno posee todavía la sensibilidad de atender, ya no sólo el desastre, sino la exigencia hasta natural de retornar a una agenda plurinacional y descolonizadora, el fuego –como purificador que es, en la cosmovisión indígena– habrá

tenido un propósito simbólico; del cual se pueda promover un re-encause del diferido “proceso de cambio” (y hacer del “vivir bien” un auténtico referente mundial del sentido que debiera tener la *transición civilizatoria*). Esto incluso le serviría políticamente –al MAS– para revertir el desencantamiento actual e impedir definitivamente el retorno de la derecha al poder. Hay que decir que la derecha, en el parlamento, votó también unánimemente la ley de extensión de la frontera agrícola para beneficio de ganaderos, agroindustriales y terratenientes cruceños comprometidos con el capital brasileiro y transnacional.

El propio gobernador de Santa Cruz y su agrupación “Bolívia dijo no”, ligado a grupos empresariales como la CAINCO y la CAO, no se pronunció sino hasta cuando los incendios ya eran de una magnitud catastrófica (porque tendría que denunciar su propio “modelo productivo cruceño” y poner en duda lo “exitoso” que representa la apuesta desarrollista de la “locomotora del país”, es decir, Santa Cruz). Tampoco sorprende el silencio de la otra agrupación de derecha “comunidad ciudadana”, que aspira derrocar a Evo Morales en las próximas elecciones. Por ello, el incendio en las redes sociales –promovido principalmente por la derecha pro-gringa– es funcional para desacreditar de forma maniquea toda la gestión gubernamental; al cual se suman ciertos ambientalistas radicales que no calculan su demasiada cercanía a los argumentos colonial-señoriales, cuya oposición se reduce al *odio manifiesto contra el indio presidente*.

A estos habría que señalarles que su decepción es también producto de un romanticismo que pretendía encajar, en el indio, la versión inventada del “bon savage” como adorno del paisaje. Desgraciadamente los purismos sólo conducen a la pérdida del sentido de realidad. Si el líder se ha creído los mitos moderno-capitalistas que, a su vez, son constantemente alimentados por su

círculo inmediato de socialistas ortodoxos, es consecuencia de la *colonialidad imperante* que los supuestos críticos debieran saber desentrañar (además en sí mismos), para superar su idilio no correspondido y no caer en la defenestración maniquea, que sólo favorece a los afanes regresivos de la derecha neoliberal, para terminar de destruir lo que tanto dicen defender.

Hoy llovió en la Chiquitanía. La realidad es simbólica. La PachaMama no es una entidad indiferente, le afecta la condición ética de quienes la habitan. Ella misma puede revertir un incendio y convertirlo en purificación. Todo depende del grado de *conectividad* del hijo e hija con la Madre. Por eso, la fuente de todo poder descansa, en última instancia, en la “qamasa” de la “Pacha”, es decir, en la energía que, como sustento vital, nutre la voluntad humana. Restaurar esta *conectividad* es la fuente del verdadero poder que significa la capacidad trascendental de *crear, restaurar y renovar la vida*.

El individuo moderno es el que ha olvidado esta sabiduría, por eso su inteligencia es ciega ante los desastres que produce la economía que ha creado para revolcarse en la riqueza, olvidando que la riqueza no es un fin humano sino lo que posterga siempre la posibilidad de vivir un mundo más digno y justo, donde nadie tenga que ser sacrificado para el beneficio inmerecido de otro.

CUARTA PARTE
GEOPOLÍTICA Y DESCOLONIZACIÓN

§26
EL DESAFÍO DESPUÉS DEL TRIUNFO

16 de octubre de 2014

Nadie podría negar el hecho de que Bolivia se ha vuelto un referente a nivel ya no sólo regional; lo cual ha permitido que las ideas que emergen del “proceso de cambio” repercutan de modo positivo en ámbitos hasta académicos. La “descolonización”, el “vivir bien” y el “Estado plurinacional” son conceptos ineludibles a la hora de referirse a los nuevos horizontes políticos que han inaugurado los pueblos de esta parte del planeta; horizontes que llenan ahora la orfandad utópica que la crisis del primer mundo arrastra como señal de su propio eclipsamiento civilizatorio. La aparición irreversible de un embrionario mundo multipolar, muestra la decadencia, ya no sólo del capitalismo, sino del horizonte cultural y civilizatorio que le dio origen: la modernidad.

La *crisis climática* es la denuncia más elocuente a una racionalidad que, en cinco siglos, ha desatado una multiplicación de crisis globales que arrastra a la humanidad a un *punto de no retorno*. La producción y el consumo modernos se hacen irracionales a la luz de la constatación de la finitud de los recursos naturales. La naturaleza no es infinita, es sujeto, Madre, en consecuencia, es un ser vivo y tiene derechos. En ese sentido, el “vivir bien” no

es un slogan sino lo que se deduce de una relación de respeto y equilibrio entre ser humano y naturaleza: de la vida de la Madre *depende* la vida de los hijos. Una economía que, para producir debe constante y sistemáticamente destruir la fuente de donde emana todo lo que sirve para vivir, es una economía suicida; se vuelve una economía de la muerte. La forma de vida que patrocina esa economía es sólo vida para la codicia de algunos (el 1% rico del planeta) pero muerte para todos, incluida la naturaleza.

Lo que emana de Bolivia se refuerza políticamente por eventos como el que se vivió en las pasadas elecciones. Una vez más el compañero-presidente Evo Morales es depositario de la confianza del pueblo boliviano por una amplia mayoría y será cabeza estatal hasta el 2020. Pero pasado el triunfo, conviene la reflexión meditada de lo que se viene; pues si la primera gestión de gobierno estuvo amenazada por la resistencia fascista conservadora, la segunda se caracterizó por serias contradicciones que emanaron del propio gobierno y que dieron lugar, en esta última elección, a una disminución considerable del voto. No se trata de una “aplastante victoria”, pues los porcentajes bajaron considerablemente en el occidente del país (donde el MAS pasaba del 70% ahora sólo pasa del 60%), lo cual merece una detenida mirada de carácter estratégico, pues esta tercera gestión debiera de resolver las contradicciones que envolvieron la última gestión estatal.

Es cierto que Evo representa un parteaguas en la historia de Bolivia, pero ese parteaguas no es diáfano y es, porque se trata de un proceso, un transitar no exento de contradicciones; que no se tratan de las “tensiones creativas” que le gusta repetir a nuestro vicepresidente sino de contradicciones que manifiestan lo que René Zavaleta llamaba la “paradoja señorial”. Es decir, las condiciones objetivas de un proceso revolucionario pueden ser disueltas si las condiciones subjetivas de, sobre todo, la dirigencia

del proceso no están a la altura del acontecimiento revolucionario. En Bolivia esta “paradoja” consistió siempre en la creencia señorialista de que sólo hay patrón mientras haya indios; en términos izquierdistas esto supuso siempre abrazar el desarrollismo como el verdadero modelo que nuestros pueblos debían asumir para “modernizarse”.

Se decía (y se sigue creyendo) que, para alcanzar el socialismo, primero hay que adoptar la dinámica del capitalismo (desarrollo de los medios de producción, de las fuerzas productivas, etc.); que el capitalismo sería la etapa desarrollista necesaria para alcanzar la etapa emancipatoria del socialismo. Pero ese es precisamente uno de los dogmas que produjeron el fracaso del socialismo del siglo XX (si algo hay que actualizar en la discusión es precisamente la discusión de Marx con los *narodniki* rusos, los llamados “populistas” por los bolcheviques, pues de aquella discusión se colige que el capitalismo no es un paso necesario y ni siquiera deseable si se trata de producir una economía socialista).

En ese sentido, “modernizarse” supuso siempre un proceso de *asimilación por subsunción*. Renunciar a lo que se es para adoptar la forma de vida del dominador; desde el liberalismo hasta el nacionalismo y hasta para los marxistas, lo indio que cargamos es algo que tiene que desaparecer en el tren del “progreso” y el desarrollo. En esa apuesta *no se parte de lo propio* sino *lo propio* es la rémora que impide la “modernización”. Por eso el Estado no objetiva *lo propio* de la nación sino que se sostiene en ideales, valores y fundamentos *ajenos* que estructuran un *Estado aparente*, carente de soberanía propia. Por eso se trata de un Estado colonial; es decir, no es colonial por “premoderno” sino por *querer ser precisamente moderno*.

La modernidad nace rebosante de mitos de dominación, uno de ellos es el racismo, que consiste en la *clasificación antropoló-*

gica de la humanidad en torno a la *naturalización* de las relaciones de dominación. Sólo produciendo la *inferiorización* del indio puede la subjetividad moderna concebir su “superioridad”. Este mito constituye la creencia ingénita e irrenunciable de la ciencia y la subjetividad moderna, que la reproducen hasta los revolucionarios marxistas (por eso un proceso de liberación puede devenir en una nueva dominación). El desarrollado se impone, hasta por imperativo moral kantiano, *desarrollar* al menos desarrollado; si éste se resiste es “culpable” hasta de la violencia que se le administra por su propio bien.

Se supone que el señor es el desarrollado y el indio no y, si el indio quiere desarrollarse, debe aspirar a ser señor, pero para ser considerado señor debe haber indios, o sea, “inferiores”. Modernizarse significa entonces dominar, aspirar a ser señor, patrón; pero en un mundo ya establecido en patrones clasificatorios, los señores periféricos sólo lo son a medias, pues su poder es sólo local y, en la medida en que ingresan al mundo moderno y sus prerrogativas, lo hacen en calidad de *subordinados*. Por eso el desarrollo al que apuestan desarrolla *al centro* y nunca a la periferia. El proceso de asimilación amputa toda posibilidad de liberación, pues lo único afirmado resulta las ideas y los prejuicios del dominador (traducidos en ideología, tenemos al desarrollo).

La tensión actual que el gobierno tendría que dilucidar, en esta tercera gestión, es aquella apuesta decidida que la anterior gestión, sobre todo, se ha encargado de efectivizar a costa de los ideales propios del “proceso de cambio”. Se trata de la tensión (nada creativa) entre el desarrollismo y el “vivir bien”. Si bien nuestro discurso es, ante el mundo, propositivo, éste no deja de ser retórico cuando lo que efectivamente se produce, en los hechos, es, aun en términos post-neoliberales, capitalismo puro; o sea, se puede ser anti-neoliberal y seguir afirmando el capitalismo

(incluso se puede afirmar un post-capitalismo sin renunciar a los ideales modernos, como el famoso “progreso infinito”, presupuesto de un crecimiento ilimitado y un desarrollo infinito, base epistémica de la racionalidad económica que la crisis climática se ha encargado de poner, precisamente, en crisis).

Por ello no es de extrañar que las entidades económico-financieras globales tomen a Bolivia como ejemplo; pues si de lo que se trata es de recomponer el sistema económico mundial y su disposición geopolítica *centro-periferia*, nada mejor que, precisamente, nuestras economías, como siempre, subvencionen una nueva recomposición de los capitales centrales. El crecimiento, la estabilidad macroeconómica y el PIB sirven para eso. Por eso no es raro que el PIB sea ahora el factor decisivo de la medición de lo que nuestras economías realizan y, sumado a ello, la abusiva tendencia financierista a afirmar que el crecimiento del PIB garantiza el bienestar material de las grandes mayorías; cuando se sabe muy bien que este índice, desde su creación (allá por el 1937, cuando Simon Kuznets presentó al congreso norteamericano un informe sobre “El ingreso nacional: 1929-1935”), se convierte en el criterio para evaluar el comportamiento exclusivamente capitalista de una economía, en términos además macro, sus alzas y bajas y, expresamente, para compararla con las demás, bajo el paradigma desarrollista de la competencia de las economías en torno al mercado.

Esto quiere decir que el PIB, por sus propias prerrogativas, no puede considerarse como medida apropiada para verificar el estado de bienestar de toda una población, sobre todo si es periférica. Hasta Moses Abramovitz se mostraba muy escéptico con la visión de que la tasa de crecimiento del bienestar puede estimarse a partir de los cambios en la tasa de crecimiento del producto; lo mismo que Joseph Stiglitz, para quien el PIB no es un *índice ade-*

cuado para medir el bienestar. Esto quiere decir que una economía puede crecer según el índice PIB sin que ello signifique que crezca el empleo, se reduzca la desigualdad o desaparezca la pobreza o que ello signifique mayor bienestar.

Un Estado que adopta este tipo de criterios de evaluación de sus logros económicos, destaca haber asumido aquella normalidad de un Estado insensible a las señales de la desigualdad congénita del capitalismo (como reconocía Hegel, la sociedad moderna es sólo posible por la producción sistemática de desigualdad). Por eso el PIB se vuelve un credo para los economistas, ministros y, sobre todo, para los Bancos y para los actores financieros; en el PIB se condensa la visión de las élites, porque éstas defienden sus privilegios, que se reflejan en la estabilidad macroeconómica; la defensa de esa estabilidad se hace dogma para una economía que se piensa como *ciencia de los negocios*. Que en Bolivia el PIB haya pasado de 9.525 millones de dólares en 2005 a 30.381 en 2013, y el PIB per cápita saltó de 1.010 a 2.757 dólares, manifiesta una medida nominal, no real. Añadamos esto: del PIB per cápita no se deduce un bienestar material general y menos un bienestar espiritual.

Bolivia ha crecido económicamente y los 14.430 millones de dólares en reservas internacionales equivalen al 47 % del PIB, lo cual representa el porcentaje más alto de América Latina y hace de Bolivia el país de mayor crecimiento del continente en este 2014. Pero todos estos logros sólo hacen referencia a una eficiente administración de una economía que se comporta según los patrones establecidos, es decir, según las necesidades y requerimientos de una economía que, para colmo, ha entrado en crisis terminal y, sin embargo, sobrevive por la tendencia de nuestros procesos a seguir manteniéndola a toda costa. Una lectura geopolítica y geofinanciera podría ayudarnos a entender que, de nada sirve nuestro cre-

cimiento, si éste permite la estabilidad del dólar y la consecuente legitimación de su institucionalidad mundial en crisis.

El desacoplamiento financiero del dólar es tarea urgente en un proceso de liberación real. El hecho de que nuestras economías no tienden hacia aquello le da un respiro al primer mundo, que puede recomponer su economía gracias a nuestro sostén, brindándoles además la posibilidad de reponer su poder y restablecer su tablero geopolítico. La liberación es, hoy por hoy, ante todo, financiera. Pero esto no quiere decir solamente su control público sino su democratización bajo un nuevo horizonte de vida; y esto pasa por una transformación de la propia racionalidad que ha articulado los valores y las creencias de la economía como *ciencia de los negocios*, desde donde se justifica la desigualdad y se promueve una cultura de la producción y del consumo irracionales, en torno siempre a la maximización de la tasa de ganancias.

En ello consiste el crecimiento económico y el desarrollo como fundamento de una sociedad (profundamente insensible a la injusticia) que se constituye bajo la ilusión del “progreso infinito”. En ese contexto, el proceso boliviano se sitúa en una disyuntiva que es precisamente la disyuntiva que enfrenta la propia humanidad. El precio de recomponer la economía actual es un precio que *lo tendría que pagar la propia naturaleza*. Por eso se hace urgente un redireccionamiento de las finalidades mismas de la economía. Sólo en ese caso el “vivir bien” *deja de ser retórica*.

El “vivir bien” *no* es un modelo. Se trata más bien de un *horizonte de sentido*, del cual se puede deducir criterios de evaluación de toda acción racional económica; en ese sentido, la acción racional medio-fin o la instrumental, queda supeditada a una racionalidad circular que nace del respeto a la relación simbiótica que establecen naturaleza y ser humano; de ello se colige que ninguna producción puede ni debe destruir la capacidad reproductiva de

la naturaleza, que a los costos de extracción de algún recurso debe añadirse los costos de reproducción que le cuesta a la naturaleza reponer lo que se le ha sacado.

Eso, imposible para la visión empresarial, sólo puede ser acometida por un Estado; de lo cual se colige que toda producción estratégica no puede estimarse según el criterio de la ganancia. La producción, que es producción *para* la vida, no puede ser evaluada según criterios mercantiles. Lo cual nos conduce a establecer otro tipo de criterios de evaluación de los rendimientos económicos deseables.

Todo esto debiera ser acompañado por un nuevo marco jurídico que proteja a una nueva economía que ya no presuponga la propiedad privada como la objetivación de un sujeto de derechos. Desde la legalidad liberal moderna, ni el carente de propiedad, el pobre, ni la naturaleza son sujetos de derechos (por eso se los puede dominar y explotar sin piedad), por eso esa legalidad es pertinente exclusivamente para el capitalismo; ninguna nueva economía puede desarrollarse si no cuenta con un nuevo marco legal que la haga posible. A una nueva economía comunitaria o *para la vida* le corresponde una nueva legalidad.

Toda la promoción del crecimiento actual, en términos siempre desarrollistas, genera grandes excedentes y riqueza impactante, eso explica el desiderátum oficialista de enmarcar nuestra economía en los cánones macroeconómicos y asegurar una estabilidad financiera acorde a los requerimientos de la acumulación de capital global (vía *transferencia* de valor, de la *periferia* al *centro*); pero esa riqueza es ilusoria y, en el mediano plazo, dada la crisis climática (como consecuencia de ese tipo de producción de riqueza), nos conducirá inevitablemente a situaciones regresivas de carácter irreversible (que serán más cruentas en nuestros países, dada la *vulnerabilidad* de nuestras economías). El precio de la

acumulación de aquella riqueza, cada vez más impactante, podría ser *impagable*.

Por ello la economía ya no puede sostenerse según los índices que establece su orientación exclusiva hacia la acumulación de la tasa de ganancia. Incluso siendo fieles al modo inicial de despegue capitalista en el mundo, no sólo la defensa del mercado local (no apertura de fronteras comerciales) es fundamental sino, sobre todo, la producción y el consumo local (no es la agroindustria la que alimenta a la humanidad sino la producción campesina local). Lo que mueve la economía global son las transnacionales y la competencia de éstas en torno a la maximización de sus ganancias es lo que está destruyendo al planeta; el flujo de capital del Sur al Norte, por la arquitectura financiera del dólar, sostiene la insania de esa economía, que no sólo promueve una producción irracional (para seguir ganando) sino también un consumo irracional (para seguir ganando).

El capitalismo se expande por la producción de ese tipo específico de consumo, porque en el consumo se realiza no sólo el capital sino la forma de vida contenida en la mercancía; porque lo que se consume, en última instancia, es la *intencionalidad* contenida en el producto. La forma de la producción *produce* no sólo al productor sino al consumidor también. La alienación prototípica de la producción capitalista contiene esa constancia, muy poco advertida por el economicismo marxista. Por eso, no es lo mismo producir para ganar que producir *para la vida*. En el primer caso nadie gana, pues si todo consiste en ganar, gano para que otros pierdan, mi riqueza es miseria ajena, lo producido ya no satisface ninguna necesidad sino se vuelve mediación para que siga ganando, de ese modo mi producción ya no me humaniza sino me llena de codicia. Un crecimiento *ilimitado* es la formalización de la pulsión de *la codicia hecha forma de vida*.

Por eso la derecha es derrotada en las últimas elecciones, porque los propósitos económicos que se plantea la tendencia desarrollista en el gobierno son inobjetables para ella misma. Por eso se quedan sin discurso, porque el indio presidente les ha demostrado que puede administrar sus propias prerrogativas y hasta del mejor modo posible; por eso lo único que pueden argüir es reclamos pueriles de corrupción o autoritarismo (cultura que constata una estructura colonial que la derecha se encargó de impulsar en pleno periodo neoliberal).

La última contienda electoral estuvo, por ello mismo, desprovista de toda lucha ideológica. La discusión política se hace más mediática, lo cual quiere decir que se gasta más en publicidad que en educación, eso explica que nuestros procesos hayan perdido horizonte y perspectiva y se hayan diluido en un pragmatismo utilitarista; por ello no es raro que casi todo consistía en cuánto más ofrece tal o cual candidato. Frente a la insurgencia mediática los gobiernos populares sólo responden reactivamente y ya no propositivamente.

Pero en este periodo de transformación ya no se trata sólo de defender el proceso sino de profundizarlo; pareciera que se ha olvidado que, en un proceso de constitución de un nuevo Estado, la lucha es simbólica y ésta sólo puede ser acometida por la *clarificación del horizonte tentativo*. La *clarificación de este horizonte tentativo* que abraza el nuevo Estado tiene que devolverle al propio Estado su carácter político, esto quiere decir su capacidad de generar un *nuevo sentido común* y la visión operativa de un porvenir común; sólo así puede determinarse como la mediación histórica adecuada para articular a todo un pueblo en *voluntad democrática* y constituirse como proyecto histórico. La llamada democracia participativa no puede diluirse en lo testimonial sino debe recuperar lo *deliberativo* de todo ejercicio democrático. Eso es lo que el presidente Evo

demandaba cuando afirmaba que la política debe constituirse en “la ciencia de servir al pueblo”.

Esta tercera gestión es decisiva. En ella se advertirá la resolución de la tensión que mencionamos. Para bien o para mal, una de las tendencias se afirmará por sobre la otra. Si la tendencia desarrollista triunfase entonces podríamos hablar de otro ciclo estatal nacionalista que consiste en la promoción de una nueva elite que, a nombre de la nación, se constituye en el *sujeto sustitutivo* que desplazó definitivamente al pueblo como sujeto histórico. Esta promoción es democrático-revolucionaria en la medida que amplía los márgenes del poder político, pero se trata de una revolución *democrático burguesa*. Pero si hablamos de una revolución democrático-cultural, entonces lo que debiera anunciarse es una transformación estructural de carácter *trascendental*.

En ese sentido, un proceso de despegue industrial no tendría por qué imitar el concepto de industria actual basado, para colmo, en energía fósil. El mismo concepto hegemónico de energía debiera ser trascendido por la recuperación del contenido que prevalece en la producción local de los *sistemas de vida* aún existentes; el derroche de energía fósil es consecuencia del concepto que de energía comprende el mundo moderno.

En ese sentido, la trampa que comprende el concepto de “adaptación” al cambio climático, descansa en la idea extendida de que la energía se quema (hay que quemar menos pero seguir quemando). Aun cuando la invención de la bombilla eléctrica demuestra lo contrario, una civilización basada en la energía fósil y un poder financiero sostenido en los hidrocarburos, hace imposible un recambio de patrón (sólo la industria petrolera mueve 55 billones de dólares en inversión, por eso no les interesa ningún cambio). El cambio sólo puede provenir del Sur global pobre, pues son países no tan atravesados por el desarrollo y la indus-

trialización imperante. Si nuestros países optaran por remedar la industria actual, en 50 años (que es lo que dura una revolución industrial) no sólo quedaría obsoleta (porque la tendencia inobjetable es hacia energías renovables) sino inoperable, por el agotamiento de los recursos (en gran medida por las tasas de consumo creciente en el primer mundo).

Este panorama hace impostergable la promoción de un nuevo sistema económico y financiero que descansa en un nuevo horizonte de vida, que le brinde a la humanidad la posibilidad de frenar la carrera insensata de un “progreso” y desarrollo que sólo deja destrucción y miseria a su paso. La apuesta es urgente.

La capacidad de la biosfera de absorber el CO₂ está seriamente disminuida, debido sobre todo a un incremento constante de las emisiones de carbono (la concentración de éste en la atmósfera llega al 142% del nivel de la era preindustrial, el de metano llega al 253% y el óxido nitroso al 121%); hay un continuo deshiele de polos y glaciares y la consecuente subida del nivel del mar. Los riesgos de todo aquello se agudizarán cuando el calentamiento global supere 1° y se hará irreversible a partir de los 3°. Esta escenografía resitúa la discusión en torno a las apuestas económicas y nos muestra que el “vivir bien” y los “derechos de la Madre tierra” dejan de ser un slogan romántico del “bon savage” y se convierten en algo digno de tematizar y de realizarse en cuanto política de Estado.

Si la globalización neoliberal consistía en la imposición de un régimen global bajo el imperio de la ley del mercado, donde nuestros Estados cedían su soberanía para ser simples garantes de las decisiones de una burocracia privada transnacional; ahora que se vislumbra un incipiente mundo multipolar, el Sur global no puede desaprovechar esta oportunidad histórica de sepultar un orden unipolar y promover alternativas económicas regiona-

les promovidas por sus Estados, devolviéndoles a sus pueblos la toma democrática de decisiones soberanas para defender y sostener, en el largo plazo, la viabilidad de una economía desacoplada de los intereses de los poderes centrales.

Entonces, lo que se promueva en esta tercera gestión será decisivo para situar o no al “vivir bien” en una panorámica mundial. El “Estado plurinacional” no es todavía una realidad, pues las estructuras normativas mismas que le sostienen siguen siendo liberales; la constante alusión oficialista a la modernización de las funciones estatales, muestran hasta qué grado se impone todavía la adopción colonial del modelo de Estado “moderno”.

Su transformación no se garantiza por la yuxtaposición de actores. Tampoco el reconocimiento de las naciones indígenas puede quedar en un reconocimiento meramente culturalista sino que debe hacerse un reconocimiento pleno de derechos políticos; esto es lo que está todavía ausente en las leyes llamadas estratégicas. Los prejuicios señorialistas modernos son todavía el obstáculo del reconocimiento pleno de las naciones componentes de este Estado plurinacional. Cabe recordar que la Liga Iroquesa de los indios de Norteamérica fue el modelo que adoptó la confederación de los Estados Unidos y que manifestó la profunda vocación democrática de las naciones del Nuevo Mundo, pues esa y otras formas democráticas eran comunes a lo largo del continente que invadió Europa.

La democracia, tal cual la concebimos actualmente, *no proviene de Europa*, pues los europeos eran herederos de tradiciones monárquicas, que impusieron en el Nuevo Mundo, frente a las tradiciones *democráticas* que ejercían los pueblos de este continente. Del mismo modo, la literatura utópica, desde “Utopía” de Tomás Moro, la “Nueva Atlántida” de Francis Bacon o la “Ciudad del Sol” de Campanella, se basan todas en relatos de cronistas

de la Conquista. El mismo sistema federal podría decirse que lo inventaron los indígenas de Norteamérica. Esto supone que el Estado no es una invención moderna y que, de la recuperación de formas estatales despreciadas por el mundo moderno, podría producirse una transformación inédita, novedosa, propositiva, que haga posible una transición positiva del concepto de Estado-nación moderno, hoy en plena crisis, incluso en Europa, hacia lo que sería el “Estado plurinacional *trans-moderno*”.

Lo cual no es simplemente el reconocimiento de la diversidad propia de un Estado sino la ampliación democrática del ámbito de las decisiones políticas. La democracia liberal moderna lidia con individuos, por eso resume la democracia en el voto; una *democracia comunitaria* afirma la comunidad y la comunidad, por definición intersubjetiva, se sostiene en la *deliberación democrática*. Por eso no hay nada más democrático que una *deliberación comunitaria* (la *validez democrática* es sólo posible en una *comunidad de argumentación*); sólo en la recuperación de las formas comunitarias de vida, la democracia podría amplificarse y democratizarse a sí misma. Si es que el MAS recupera el sentido de su sigla original, el Instrumento Político por la Soberanía de los Pueblos, IPSP, tendría que dejar de ser un gobierno de los movimientos sociales (si es que alguna vez lo fue) y pasar a ser el ámbito de deliberación de la soberanía de las naciones que componen este nuevo “Estado plurinacional”.

Sólo un pueblo soberano podría transferir esa soberanía al Estado, pues el Estado no puede brindarse, *desde sí mismo*, aquello. Ante la crisis civilizatoria necesitamos recomponer formas de vida que nos enseñen cómo hacer frente a la crisis. Por eso se trata de restaurar lo que como humanidad habíamos perdido, en resumidas cuentas, el sentido de la vida. Siempre se ha creído que las culturas indígenas son las atrasadas, que hay que disolverlas

y “modernizarlas”, pero parece que es al revés, pues ninguna de estas culturas eran tan destructora como la moderna, parece que desde ellas se ve mejor las *consecuencias fatales* del “progreso infinito”, parecen ser ellas la brújula para salir de la crisis (Hinkelammert dixit).

La ratificación del presidente Evo afirma un no retorno de la derecha, lo cual no cancela la *derechización* de la propia izquierda en el poder. Pues la hegemonía actual cuenta con alianzas preocupantes, desde agroindustriales muy ligados a las transnacionales como Monsanto, hasta sectores empoderados que, ya sea como nueva burguesía agraria (el caso de la quinua o la coca) o cooperativistas privados de la minería, impulsan todos una carrera desarrollista que, hace del gobierno un mero administrador de los intereses particulares de estos grupos de poder, mientras estos le garantizan apoyo y una amplia base de legitimación.

Resta saber si el liderazgo incuestionable del presidente Evo podrá articular y subsumir estratégicamente aquellos intereses al bloque histórico que lo llevó al poder (lo propiamente indígena de lo “plurinacional”) y reencauzar la política estatal en torno a lo que se constituyó como “proceso de cambio”, es decir, a potenciar aquel máximo de nueva *disponibilidad común* que se constituyó a partir del horizonte propuesto por el sujeto plurinacional.

§27
¿EL FIN DE LA HEGEMONÍA?

1 de abril del 2015

A propósito de evaluar las últimas (e)lecciones subnacionales, conviene precisar el sentido mismo de la evaluación. Pues en eso consiste la crítica; que no es criticonería cómoda de la indiferencia (común a los analistas) sino, ante todo, *evaluación*. La crítica es evaluativa porque no parte desde un afuera neutral sino desde el compromiso común que no busca destruir sino *construir*. Ese compromiso nos compromete en un mismo horizonte, de donde se deducen principios y valores, desde los cuales la crítica tiene sentido; ese horizonte nos proponía el “vivir bien”, la “descolonización”, el “Estado plurinacional”, etc. La dirección y la consolidación de ese horizonte es lo que empezó a marcar las distancias. Pues si en el destruir un orden dado, todos estamos de acuerdo, *en el construir* un nuevo orden es donde aparecen inevitablemente las diferencias. Construir ya no es tan fácil y en esa apuesta se ve que *no* todos buscábamos lo mismo que pregonábamos. Detengámonos entonces en las lecciones que se deducen de la última elección.

Cuando la historia se repite es porque no se aprende nada de ella. Pues, de nuevo y como por una maldición, el triunfo nacional no se tradujo en victorias locales. La anterior experiencia

ya debía haber servido para evaluar un proceder que coincidía más con el “mandar mandando” que no con el “mandar obedeciendo”. El tufillo soberbio del triunfo de la segunda elección presidencial descalificó una necesaria autocrítica a nivel oficial y, en consecuencia, vino la sorpresa —o el revés— de las elecciones subnacionales. Lo mismo sucedió ahora.

Al parecer este proceder empieza con la apertura de la nueva constitución, después de haber sido aprobada en Oruro. ¿Qué significaba eso? Que el *orden constituido* se sobreponía sobre el nuevo *poder constituyente* y se reponía a costa de éste, es decir, lo que debía ser transformado *transformaba* el nuevo proyecto estatal a imagen y semejanza del carácter colonial del Estado liberal. Para ello debía de operarse una *sustitución*: se desplazaba al sujeto plurinacional y, en su lugar, se imponía un *sujeto sustitutivo*, que se hacía con las riendas del proceso de cambio; éste ya no era más un “proceso constituyente” sino la máscara de un mismo ciclo estatal.

Esto tenía todos los sabores de un golpe de Estado, es decir, se arrebatava el *poder constituyente* para reconstituir los viejos poderes, sacrificando al propio proceso constituyente y, en consecuencia, al *sujeto constituyente*, o sea, al *sujeto plurinacional*. Por eso el gasolinazo y el TIPNIS no eran episodios marginales sino que ellos demostraban el abandono del horizonte constituyente que había propuesto el *sujeto plurinacional* y, desde el cual, tenía sentido un proceso de cambio en torno al “vivir bien” y la constitución de un Estado plurinacional.

Abandonado el horizonte se explica la devaluación de la política en el inmediateismo y el electoralismo. Cuando ya no hay horizonte entonces deviene la instrumentalización de la política y todo consiste en preservarse en el poder. Por eso ya no convenía “mandar obedeciendo”. *Este sujeto sustitutivo no es el sujeto plurinacional*, por eso tampoco en su horizonte se vislumbra el “vivir bien”

sino el desarrollismo más capitalista. No es capaz de superar los prejuicios de la izquierda del siglo XX y sigue creyendo que el capitalismo es la etapa desarrollista necesaria para alcanzar el socialismo. Esa creencia le oculta los efectos suicidas que produce la lógica del capital y que se traduce ahora en crisis climática.

Si no tiene conciencia ecológica es difícil que apueste al “vivir bien”; pues sigue creyendo que, para lograr riqueza, hay que “dominar” a la naturaleza. En el fondo, sigue siendo capitalista sin darse cuenta. Por eso, en su idiosincrasia, lo indio que tenemos debe abandonarse y todo lo que proviene de lo indígena debe quedar atrás en el tren del “progreso” y el desarrollo. No cree en lo suyo, por eso lo condena, y apuesta por el mundo que ha producido el dominador. *Quiere ser eso*. Por eso adopta su política. Si luchaba contra el poder no era para *democratizarlo* sino para hacerlo suyo. Por eso desconfía de su propio pueblo; pues si él se considera la sede del poder entonces debe desconocer a la verdadera fuente del poder político. Por eso él se pone como *sujeto sustitutivo* y desplaza al verdadero sujeto de la revolución y lo reduce a un simple “obediente”. Por eso cree que puede moldearle a su antojo.

La (e)lección pasada contiene esa paradoja no resuelta. Hegemonía no consistía en el control absoluto sino en la capacidad de congregar a todos en un mismo horizonte común. Una política de Estado a largo plazo es sólo posible desde esa capacidad. Es cuando el todo de una nación apuesta al proyecto que ella misma se plantea como su *proyecto verdadero*; por eso está dispuesta a cambiar el *sistema de creencias* que le sostenía y apuesta por uno nuevo. Sólo en ese sentido, el “vivir bien”, adquiriría significado pleno. Pero cuando éste es una pura bandera de la reposición del mismo Estado que se pretendía transformar, entonces desaparece aquella base de nueva *disponibilidad común*.

Hegemonía no quiere decir dominación. La dominación aparece cuando la hegemonía no puede consolidarse. Hay hegemonía cuando el proyecto propuesto congrega y converge al todo de la nación en un destino común. Sin hegemonía, el proyecto propuesto no se hace efectividad, pues su legitimidad se vacía. Pero cuando, discursiva y prácticamente, el proyecto no es capaz de congrega, entonces sucede la tentación de la imposición. Entonces ya no se piensa lograr hegemonía sino simple dominación.

En el campo político, consolidar hegemonía es fundamental, porque lo otro es la guerra, y allí sólo hay destrucción. Consolidar hegemonía no sólo es entendible sino hasta deseable; en política, lo real se mide por la mayor legitimidad que se logre. Eso es lo que quiere decir la frase de Hegel: “todo lo real es racional y todo lo racional es real”. En política, lo racional es la legitimidad y sólo cuando hay legitimidad, algo es real. La falta de legitimidad de un Estado produce su irrealidad, aunque exista como institución (acaba siendo un “Estado *aparente*”). El fundamento racional de toda legitimidad consiste en el acontecimiento originario intersubjetivo de dotarse, una comunidad política, de un proyecto de vida. Este acontecimiento intersubjetivo se produce históricamente, y es adonde concurren las subjetividades para transformarse en *sujeto histórico*, o sea, en pueblo.

Pero la hegemonía absoluta, aunque deseable, es imposible fácticamente. El querer realizarla es lo que acaba por vaciarla. La hegemonía deviene en pura dominación; y en eso consiste la expropiación de la decisión. El pueblo ya no decide, sólo acata y obedece. La democracia neoliberal se sostiene en ese artificio; expropiada la decisión, el voto ya no decide, sólo confirma lo que ya se ha decidido. Pero eso es imposición pura. Cuando ya no hay *legitimidad horizontal*, o sea, hegemonía, entonces no queda otra que la dictadura. La carencia de perspectiva conduce a aquello, porque

toda hegemonía se produce en el tiempo estratégico; cuando hay perspectiva hay horizonte, con proyección hay visión y sabiendo mirar a lo lejos aprendemos a mirar, de mejor modo, lo que está cerca. Para saber por dónde vamos tenemos que tener muy claro a dónde nos dirigimos. Sin perspectiva no hay siquiera conciencia del lugar que ocupamos ahora.

Hegemonía es dirección y, en política, si no hay dirección hay caos. Pero confundir, hegemonía con dominación, supone una concepción devaluada del poder. Si todavía se cree que el poder es algo que se le sustrae al pueblo, o aquello que el pueblo concede (y renuncia) de modo definitivo, entonces lo que sucede es una “expropiación de la decisión”. Pero si la decisión es expropiada en beneficio de una elite entonces ya no hay *legitimidad real*.

El pueblo ya no decide, sólo confirma una exigua *legitimidad vertical* (dirigencias cooptadas). El político weberiano concibe el poder de ese modo, como el “dominio legítimo ante obedientes”; por eso no ve en el pueblo a un *sujeto* sino a un objeto, por eso no quiere actores, sólo obedientes, cree que el dominio es algo legítimo, por eso no duda en imponer sus pareceres “desde arriba”. Una vez que el pueblo le ha delegado su poder, cree que puede ejercerlo de modo impune, sin tomar en cuenta a los demás y sin tener que rendir cuentas a nadie. Así empieza la *fetichización* de la política: el asalto del poder. Pero, si el pueblo es la sede soberana del poder, la primera y última sede de todo poder, ¿qué quiere decir “asaltar el poder” sino asaltar al pueblo mismo?

Entonces, el afán de querer el poder absoluto logró confundir hegemonía con dominación. Si ya no se puede convencer sólo queda el vencer. Pero, después de haber derrotado el proyecto de la oligarquía, la verdadera victoria ya no quería decir aplastar a alguien sino el ya no tener que aplastar a nadie. En la lógica de vencer hay que vencer a todos, en consecuencia, uno se queda

solo. Y así se queda quien pretende el poder absoluto. Porque por querer tenerlo todo, acaba no teniendo nada.

Lo grave, en esa apuesta, es que arriesga el proyecto que lo llevó al poder. Por eso no había nunca que confundir: ni el MAS ni el gobierno son el “proceso de cambio”. Eso llevó a creer que defender al gobierno era defender al “proceso de cambio”, que sin el MAS no había tal proceso. Eso hizo del liderazgo un puro culto a la personalidad.

Por eso el fracaso del MAS en las últimas elecciones no puede significar, lo que ya anuncian los agoreros: “el comienzo del fin del proceso de cambio”. La implosión en Venezuela no es aislada, también sucede en Argentina, en Brasil, en Ecuador y en Bolivia; lo cual no es sólo imputable al Imperio sino también al devaneo ideológico que han adquirido nuestros procesos. El abandono de proyección estratégica civilizatoria y la ausencia de conciencia geopolítica, están conduciéndonos a la inanición revolucionaria; lo cual hace que nuestros gobiernos ya no actúen de modo proactivo y diluyan el contenido propositivo de una verdadera liberación. Por eso el pragmatismo prima y la política se vuelve puramente instrumental. Por eso en las últimas elecciones no había discusión ideológica y todo consistía en ofertas y demandas de carácter puramente mercantil. Por eso *reencauzar* el “proceso” tiene hoy más sentido que nunca.

§28
¿ESTADO AUTONÓMICO O ESTADO
PLURINACIONAL?

19 de septiembre del 2015

Mañana se realizará el referéndum autonómico. Poco importa si gana el sí o el no. El debate acerca de las autonomías muestra la pérdida —incluso gubernamental— del *horizonte plurinacional*. El lenguaje que expresa, tanto al gobierno como a la oposición, es el autonómico; toda discusión ha devenido en una pueril guerra declarativa: ¿quién es más autonomista? El que se aparta de esa discusión está “políticamente incorrecto”. El lenguaje autonomista ha borrado las fronteras entre la derecha y la izquierda, también la esfumado las referencias de lo popular, así como el carácter revolucionario que anunciaba el *horizonte plurinacional*. Así ha degenerado el debate político (para deleite del circo mediático). En esa trifulca poco importa lo verdaderamente importante; todos pelean, de uno y otro lado, por su exclusiva sobrevivencia. Tanto oposición como gobierno son, de ese modo, hermanos en lo inmedatista: todo se trata de sobrevivir, y a cualquier precio.

Hace poco, un reconocido intelectual del lado conservador declaraba, en una radio local, que la Constitución que aprobamos el 2009, no fue la que emanó de la Asamblea Constituyente (ex-

pulsada de Sucre, pero culminada en Oruro) sino de las “mesas de concertación” que, tanto gobierno como oposición, “celebraron” en Cochabamba y La Paz. Esto corrobora lo que ya habíamos advertido: el 2009 confirmamos un rapto, pues el *poder constituyente* había sido anulado por el *orden instituido* y, con ello, se reponía éste último a costa de la soberanía plurinacional.

La nueva Constitución, que debía contener una nueva estructura normativa del Estado plurinacional quedaba viciada por las prerrogativas liberales (que habían sido ya introducidas, aunque tímidamente, en la Asamblea Constituyente, y reafirmadas muy diligentemente en las “mesas de concertación”); de ese modo se resucitaba al Estado anterior y se despachaba al rincón de los recuerdos la *potencia* revolucionaria del *poder constituyente*. Lo que el “proceso de cambio” tenía de revolucionario, lo tenía por ser un proceso *constituyente*. Pero si esta *potencia constituyente* es desconocida por el *orden instituido*, entonces lo que sucede no es sino la reposición del carácter señorial-liberal del Estado colonial. En resumidas cuentas, se trataba de un coup d’Etat. Suprimido el *poder constituyente* se suprimía al *sujeto constituyente* y, en su lugar, aparecía un *sujeto sustitutivo* que, a nombre del “proceso de cambio”, cambiaba todo para no cambiar nada.

¿Qué era lo que reponía las prerrogativas del Estado señorial-liberal? El proyecto que abrazó la oposición más conservadora para enfrentar y bloquear toda posibilidad de constituir un Estado plurinacional y que, infelizmente, abrazó finalmente el mismo supuesto gobierno del cambio: el Estado “autonómico”.

Cuando los pueblos de tierras bajas empezaron, a fines del siglo pasado, el proceso constituyente, reclamando una nueva Asamblea para refundar nuestro país, lo hicieron enarbolando algo que, en todas las luchas emancipadoras indígenas había esta-

do siempre presente: la *autodeterminación de los pueblos*. El lenguaje oenegista de la época tradujo eso por “autonomía”, lo cual sirvió a la derecha para asimilar, otra vez, a lucha popular, bajo una terminología pertinente a sus intereses. De ese modo se legitimó –tarea de intelectuales– el proyecto conservador con nuevas banderas populares. En octubre de 2003 eso era claro, pues la respuesta de la oligarquía cambia fue rotunda ante la gesta revolucionaria de octubre: el reclamo de “autonomía” se hizo unánime en la derecha, porque lo otro significaba la creación de un nuevo Estado. Ante aquello ya inevitable, más aun con la elección de Evo, a la derecha sólo le quedaba la negociación o la capitulación.

El chantaje al proceso constituyente se expresó de este modo: sólo podía ser viabilizada la Asamblea Constituyente si se incluía las “autonomías”. Ésta fue la trinchera adonde se recluyó el ámbito conservador y, desde allí, boicoteó todo. El propósito era claro: el nuevo proyecto de Estado, si triunfaba, debía ser minado desde adentro. Las concesiones que se fueron confirmando no bastaron, pues hasta exiliada de Sucre, la Constitución aprobada en Oruro fue “abierta” con la connivencia del propio gobierno y, de ese modo, “revisada” por los intelectuales al servicio del proyecto oligárquico. La facción gubernamental afirma, para su descargo, que sólo aquello viabilizaba la aprobación del texto constitucional; lo que no admite es que aquella “revisión” le devolvía al Estado su *carácter conservador* y, gracias a ello, podía reponer su estructura liberal. Los ideólogos del gobierno no veían tanto problema en ello porque sus premisas también eran liberales, es decir y, por ello mismo, aquello se llamaba acertadamente “mesas de concertación”.

No se enfrentaban dos visiones o proyectos de Estado sino que, a lo sumo, se negociaba la hegemonía. De ese modo, el *sujeto sustitutivo* repetía, para su propia desgracia, la “paradoja señorial”.

No estaba a la altura de su desafío histórico: encarnar el nuevo horizonte político; lo único que hizo fue, como toda nueva elite, negociar, con la vieja, el poder arrebatado al pueblo. La oligarquía estaba derrotada pero, aun así, el *sujeto sustitutivo* —cuyo horizonte de creencias lo ataban al viejo Estado—, en aquella negociación, le devolvía a la vieja elite sus prerrogativas.

El llamado entorno “q’ara” o blancoide, repetía la historia como comedia, domesticando la revolución que el pueblo les había delegado. Hubiesen sido revolucionarios el 1952 pero ya no el 2009. El pueblo no había encarnado, en el 52, la necesidad de refundar nuestro país; pero desde el 2003 era inobjetable una nueva Constitución y un nuevo Estado. Las naciones y pueblos indígenas nos habían *enseñado* que el secreto de nuestra dominación radicaba en el propio marco normativo que estructuraba al Estado. Ese marco liberal era lo que debía superarse; pues era la sustancia misma que legitimaba a la legalidad del Estado-Nación. Un “Estado plurinacional” ya no podía partir de un marco normativo liberal. La novedad radicaba allí. La derecha más lúcida lo comprendió de ese modo. Por ello la insistencia en las “autonomías” se hizo asunto de vida o muerte.

El discurso autonomista no tenía nada que ver con la *auto-determinación* de los pueblos y las naciones. El “modelo autonómico”, en todas sus variantes, reafirmaba la fisonomía republicana del Estado, por ello bosqueja una estructura piramidal donde la descentralización de las funciones estatales no son nada más que la negociación de cuotas de poder entre los estamentos canonizados de la distribución liberal (gobierno, gobernaciones y municipios); por eso no es de extrañar que la “autonomía indígena” sea arrinconada al lugar más bajo siendo, en la práctica, cuasi imposible su implementación. Tampoco es de extrañar que, en los últimos años, la migración de “ayllu” a municipio sea lo más usual,

pues ante la inexistencia de un marco normativo que ampare al “ayllu” –le dé existencia legal–, lo único posible es ampararse en el marco legal existente; el cual no consiente otras figuras que no sean las liberales, donde lo comunitario *desaparece* y sólo puede sobrevivir si se *subsume* a una normatividad burguesa, pertinente para el desarrollo exclusivo del capitalismo; lo cual significa la muerte de toda comunidad.

La adopción del proyecto del Estado “autonómico” empezó a revelar el carácter conservador de una izquierda en función de gobierno: la nueva derecha. Esto confirmaba la no pertenencia y falta de identidad de una izquierda que *nunca supo* en qué país estaba ni qué pueblo representaba. Por eso las críticas que la otra izquierda le hace al gobierno no tocan nunca el asunto neurálgico. Le oponen un socialismo anacrónico de manual, a un gobierno, cuyo horizonte también “socialista”, le impide comprender la novedad que emana del *nuevo sujeto plurinacional*.

Habría que recordarles a los marxistas, de uno u otro lado, que una de las tres fuentes integrantes del marxismo –Lenin dixit– es el socialismo utópico francés, el cual fue posible, no sólo por la literatura utópica que inauguran Tomas Moro, Campanella y Bacon (los cuales hacen referencia siempre al Nuevo Mundo), sino por la influencia jesuita en Europa, que propagaban la forma de vida de las Reducciones como el modelo de convivencia utópica que encendió los ideales hasta de la revolución francesa. Esto quiere decir que la forma de vida que practicaban indios y jesuitas fue la *inspiración del socialismo utópico*. Lo mismo puede decirse de las ideas de democracia y libertad individual y hasta del sistema federal, las cuales no provienen de Europa sino de Amerindia. Europa, que procedía culturalmente de Roma y Grecia, respondía a tradiciones monárquicas que suprimían libertades individuales bajo regímenes despóticos. Tradición democrática no conocían,

eso lo *aprendieron de los indios*; hasta el sistema de confederaciones de la liga Iroquesa fue el origen del sistema federal y de los Estados Unidos; el mismo concepto de “liga de las naciones”, que da origen a la ONU, es de origen indio.

Pero el eurocentrismo de la propia izquierda marxista fue lo que impidió siempre la consolidación de todo proyecto auténticamente nacional. Partir de *lo propio* nunca fue opción para una izquierda desprovista hasta de color local. Ese era el punto de inflexión que la llevó siempre a pactar con las elites conservadoras. Los prejuicios modernos los hermanaban siempre en contra de un alguien siempre señalado: el indio (*eso explica el antimarxismo del indianismo*). Por eso parten de un proletariado de libro, sin carne ni sangre, una abstracción que, una vez desaparecido, no importa, pues nunca realmente existió. Fueron los propios prejuicios modernos de la izquierda lo que le impidió trascender el credo capitalista y afirmarlo con más vehemencia, a costa siempre del sujeto real, concreto, que nunca llegó a conocer, por eso siempre se propuso eliminarlo: desarrollar, “progresar” y “modernizarnos”, partía siempre del presupuesto de que *lo nuestro es inferior por naturaleza* (racismo congénito moderno). La modernidad sólo fue posible excluyendo y negando toda otra forma de vida; por eso las revoluciones se hacen conservadoras: luchan contra el orden pero, al final, lo reafirman como lo único posible, porque no creen en otra cosa que no sea lo moderno.

Ahora la modernidad ha entrado en crisis terminal. Por eso el carácter revolucionario de nuestro proceso consistía en que, desde lo negado, se hacía posible imaginar un nuevo horizonte de vida, un nuevo Estado, una nueva política, una nueva economía. Pero, cuando se daban las condiciones objetivas de partir de *lo más propio*, la “paradoja señorial” nos mostraba que la dirigencia del proceso, las condiciones subjetivas, otra vez, no se hallaban

a la altura del acontecimiento, entonces ¿qué podían hacer sino restaurar el mismo Estado del cual *no* eran libres? Como dicen los que saben: “es más fácil salir del mundo, que el mundo salga de uno mismo”.

La misma Constitución declara en su prólogo que “Bolivia es un Estado plurinacional... con autonomías”. No dice un Estado “autonómico”. La diferencia es lo que hay que aclarar. Desde la Asamblea hasta la actualidad, el gobierno ha gastado una considerable cantidad de recursos en contratar “expertos” en procesos autonómicos y teorías de la autonomía (entre los mismos asesores que tuvo el Ministerio de Autonomías figura gente que estuvo en las “mesas de concertación” y que, además, estuvieron siempre *en contra* del proceso constituyente); “expertos” que sabían bien de todo menos de lo más elemental: nuestro propio país. Nuestros intelectuales, consumidores netos de las ideas de afuera, se dieron a la tarea de imitar en suelo nuestro aquello que se teorizó en países como España, Bélgica, Canadá, etc.

Vale la pena recordar que en esos países aquellas teorías sólo fueron eso, teorías, pues todos ellos enfrentan, desde hace un buen tiempo, serias amenazas de desintegración que no pueden ser superados por ningún “modelo autonómico”. Porque la unidad nacional, necesaria en esta transición geopolítica global, no pasa por cuestiones técnico-administrativas, de descentralización, o por razones culturalistas. La vigencia y legitimidad de un Estado —y de su soberanía política— tiene que ver con algo que los propios clásicos de la filosofía moderna reconocen: el Estado es la consciencia del pueblo, es el *universo ético* de un pueblo hecho *objetividad*. El pueblo que se constituye en sujeto, instituye su *universo ético* como contenido normativo de su existencia política. Es decir, no hay nada más racional que partir de *lo más propio*, un pueblo que parte *de sí* se hace, de ese modo, *real*.

El “modelo autonómico” es apenas un modelo de administración de las funciones públicas; no llega a constituir una nueva normatividad porque es una expresión actualizada del paradigma liberal. Su popularidad consiste en que pretende responder a una necesidad: la mejora de la *performance* estatal. En ese sentido, su adopción, en el mejor de los casos, responde a inquietudes de carácter técnico. Como en la medicina, la política imperial produce la enfermedad para luego vendernos la vacuna; destruye la soberanía de nuestros Estados para después financiar “modelos”, que lo producen las academias del norte para reafirmar nuestra dependencia. En ese sentido, los “modelos autonómicos” también pueden ser caballos de Troya, como el impulsado por los gringos para balcanizar a la ex Yugoslavia.

Todo lo que predicaba la oligarquía cambia provenía, en gran parte, de los famosos acuerdos de Rambouillet, del cual USA y la OTAN se sirvieron para acabar con la soberanía de aquel país. La negativa inicial al discurso autonomista fue por ello coherente; pero en la reposición del orden instituido, la misma retórica oligárquica fue asimilada, quedando el nuevo horizonte conceptual como un mero disfraz de la nomenclatura liberal que había sido restaurada bajo el apelativo de “Estado plurinacional”. No sabiendo en qué consiste aquello, se tenía que proponer un modelo estatal con algo; abrazar un “modelo autonómico” fue la única opción ante la ausencia de proyecto plurinacional. Por eso el Estado que se dedujo no podía acabar con la ley 1178 ni con el decreto 21060, porque lo único que se perfilaba era lo que ya había producido el neoliberalismo: un Estado administrador. Esta nueva descentralización de funciones en la ejecución pública, re-actualizaba la “ley de participación popular” que, en los hechos, sólo había democratizado la pobreza y la corrupción.

Lo único logrado, hasta ahora, en el “proceso autonómico”, ha sido la inflación del aparato burocrático del Estado. Una vez respuesta la estructura liberal del Estado, además con el carácter de mero administrador que impuso el neoliberalismo, descentralizar aquello no conduce a hacer más eficaz las funciones estatales; sucede más bien lo contrario, pues para justificar delegaciones de poder y decisión, se tienen que incrementar conductos de transmisión de decisión y ejecución, lo cual *ralentiza* la propia gestión pública; sumado a ello la pugna hasta jurídica entre competencias que no siempre están definidas del todo.

Pero, y esto es lo grave, resulta hasta un contrasentido optar por una descentralización radical de algo cuya unidad es todavía bastante frágil. El gobierno parece haberse dado cuenta de ello, pero tarde (quizás por eso los estatutos patrocinados por el oficialismo no ceden mucho poder). La estructura liberal del Estado boliviano nunca produjo unidad nacional; siendo colonial y respondiendo a intereses que ni siquiera eran los propios, lo único que se requería era una fiel administración de aquella *transferencia unilateral de valor hacia afuera*: los intereses de afuera prevalecían ante los nuestros porque el Estado mismo estaba estructurado para hacer prevalecer aquello. Toda la estructura administrativa y legal que no fue desmantelada sino hasta reforzada, no ha hecho otra cosa que reponer la ineficiencia, la corrupción y hasta la desigualdad al interior del mismo gobierno. La legalidad vigente, así como no ampara nada que no sea el mercado y el capital y hace imposible otra economía que no sea el capitalismo, así le priva al Estado de identidad y universo ético propio. No parte *de sí*, por tanto, no vive *para sí*.

Un “Estado plurinacional” tenía la prioridad de reconstituir a las naciones que le constituyen y le dan sentido de vida. El contexto actual de *crisis civilizatoria* y *crisis climática* era el más

idóneo para proponer, de modo hasta global, un nuevo paradigma como superación de la orfandad utópica que ha dejado una modernidad en crisis terminal.

Para consolidar una hegemonía (que no es dominación) se precisa consolidar una política de Estado, la cual, por *legitimidad horizontal*, tiene que hacerse “doctrina estatal”, es decir, *ideología nacional*. Si no hay esto primero, autonomizar sus funciones es un contrasentido, pues en la lucha por el poder, cuando ésta se ha universalizado hasta los estratos más bajos, sólo puede tener como fin la fragmentación y hasta la desintegración. Si la política de Estado no se ha hecho *ideología nacional* y *doctrina propia de todo el conjunto estatal*, el conjunto de competencias locales y nacionales *no concurren* sino hasta se oponen. Las autonomías mismas aseguran el poder local de las elites y, en una suerte de pacto fáustico, una vez “normalizado” el Estado, gobierno y oposición sólo juegan a quién dobla el brazo del otro.

Un proyecto estatal no es algo que se produzca por inercia institucional; no es lo técnico lo que prescribe la identidad y la soberanía de un Estado, sino *lo político*. El horizonte plurinacional, su clarificación, era la materia política de la nueva *potencia* popular; pero abandonado ese horizonte, lo que tenemos en la arena política es sólo discusiones de carácter técnico, cuando es *lo político* del Estado lo que no se halla resuelto. Esto se hizo manifiesto en las últimas elecciones, allí había de todo menos discusión política; ni siquiera el tema del mar provocó una seria reflexión de carácter geopolítico que proponga una consecuente política de Estado.

En esta coyuntura, cuando viene menguando el carácter revolucionario de nuestros procesos, el gobierno sólo apuesta a su sobrevivencia y, como no es capaz de producir hegemonía, opta por la dominación, es decir, por la *legitimidad vertical* (propia del poder que manda, no del poder que *obedece*). Poco ya importa el

resultado del referéndum; lo triste es ver cómo el “Estado plurinacional” ha ido perdiendo su carácter revolucionario y ha ido reponiendo las prerrogativas del Estado liberal que queríamos superar. Performativizar las funciones estatales parece ser la única prioridad ahora, cuando la estabilidad lograda es sólo *aparente*. Kissinger dijo alguna vez que la estabilidad europea y gringa se la debía tan sólo al bienestar económico y se preguntaba, ¿qué pasará cuando ese bienestar acabe? *Lo mismo podríamos preguntarnos ahora*.

La estabilidad lograda es sólo circunstancial y *aparente* y no basta para afirmar lo esencial de todo porvenir estatal: la unidad nacional. Ésta es siempre acompañada del sentido de país que produce un proyecto que ha producido un *máximo de disponibilidad común*. Este *máximo* es lo que configura la unidad nacional. En nuestro caso, este *máximo de nueva disponibilidad* es lo que se había articulado en torno al horizonte propuesto por el sujeto plurinacional. En el proceso autonómico desaparece este sujeto y todo se reduce a la dictadura de las lógicas institucionales. Por eso se devalúa *lo político* en beneficio de lo técnico. Pero el Estado, como mero administrador es producto, precisamente, de un puro razonamiento técnico; ahora, como no se puede solucionar un problema con el mismo conocimiento que lo ha creado, resulta paradójico que, a nombre de “Estado plurinacional”, se pretenda constituirlo con la misma normatividad liberal que reivindican las autonomías.

En este sentido, reivindicar *lo político* del Estado quiere decir, explicitar el *horizonte de sentido* que han producido los pueblos y naciones indígenas, el *sujeto plurinacional*, para que el Estado encarne aquello como el contenido mismo de su existencia. Sólo dentro de aquello tendría sentido una descentralización político-administrativa, cuya prioridad manifiesta sea la reconstitución de los *sistemas de vida* indígena-originales, la *potenciación* de su contenido

comunitario, como el contenido propio de un Estado que se proponga la restauración del equilibrio sistémico de la PachaMama, condición sine qua non para resignificar un sistema de la producción cuyo criterio de racionalidad sea la *producción y reproducción de la vida*, como respuesta nuestra a la *crisis climática* que ha originado el capitalismo y el mundo moderno.

¿EMPATE TÉCNICO O CATASTRÓFICO?

22 de febrero del 2016

Nunca como ahora tuvo tanta pertinencia aquella desafortunada invención de nuestro vicepresidente. Pues si el supuesto empate tiene sabor a derrota, entonces la figura del “empate técnico” es sólo un amargo consuelo (pretendiendo hacer de la derrota empate, lo técnico resulta una mera alquimia que sueña convertir plomo en oro). Nunca la retórica del empate se hace tan amarga como cuando se pretende disfrazar una derrota que confirma la no correspondencia entre la realidad y su interpretación. En ese sentido, lo técnico encubre una catástrofe: el gigante de bronce se descubre con pies de barro. Marx decía que la historia se repite dos veces, una como tragedia y otra como comedia. Lo que no dijo es que la comedia no es tal para el que la sufre; la tragedia continúa y hasta con más saña (por eso la historia está para aprenderla, no sólo para citarla).

El “empate catastrófico” que acuñó el vice disolvió —aquél entonces— la hegemonía popular en una capitulación al orden instituido. Sucedió como en nuestro fútbol: cuando íbamos ganando, el d.t. resuelve replegarse y actuar a la defensiva; por “cuidar” el resultado se pierde. Eso delata un proceder conservador. Y eso sucedió con la Asamblea Constituyente; no sólo cuando se re-

corta su conformación popular sino cuando se la desconoce y el orden instituido (gobierno y partidos tradicionales) se sobrepone por sobre la Asamblea Constituyente, es decir, por sobre el nuevo orden constituyente, y realiza 144 modificaciones a la nueva constitución política que debía dar nacimiento al “Estado plurinacional”. Ya dijimos que eso se trataba de un coup d’Etat; pues de ese modo se desplazaba al sujeto plurinacional y lo democrático y revolucionario del “proceso de cambio” quedaba domesticado bajo las prerrogativas de la recomposición liberal del Estado colonial. Lo “catastrófico” no era un tal supuesto empate sino la capitulación hecha por un *sujeto sustitutivo* que, a nombre del pueblo, raptaba el poder popular para legitimar un nuevo proyecto elitario.

El “termidor” de la revolución había aparecido y la tensión conservadora, ahora con retorica plurinacional, convertía la gesta popular en una aventura hasta personal. Ahí nace el “evismo”, que en realidad es un “alvarismo”, pues el culto a la personalidad es siempre un recurso señorial que digita el poder detrás del trono; el liderazgo se hace *aparente* porque lo hace dependiente del culto que se le prodiga (el hombre le hace caricias al caballo para montarlo). El poder ahora lo ostenta el adulador, no el objeto de la adulación, pues ello le genera una suerte de viciosa dependencia (la política, no en vano, está lleno de “llunq’us”, los que se humillan primero para humillar después). Por eso está escrito: “si quieres destruir a alguien, llénale de honores”. No hay mayor daño a un líder que el mimo continuo y la lisonja exagerada. Se genera el “síndrome del rey cercado”:

El séquito eleva al rey a condición divina porque su presencia es lo único que garantiza la existencia del séquito (ya que sin el rey son nada). El rey se hace omnipotente pero necesita del séquito, y el séquito necesita un rey dependiente. Por eso lo aísla y lo envuelve; de modo que todo lo hacen por él y, de ese modo,

el rey ya no ve con sus ojos sino con los ojos del séquito, ya no escucha sino con los oídos de ellos; su contacto con la realidad está mediado por esa presencia que más le envuelve cuanto más lo endiosa. Pero el rey no es dios y, cuando esto se hace evidente, es cuando el rey ya no le sirve al séquito; entonces lo sacrifican y hasta lo elevan al martirio. De ese modo aparecen incólumes, haciendo del rey el chivo expiatorio que cargará con todas las culpas y todos los pecados; mientras el séquito, limpio e inmaculado, salvado por la sangre del inmolado, se dedicará, otra vez, a buscar un nuevo rey.

Por eso no era de extrañar la repetida amenaza apocalíptica de quien maneja el poder detrás del trono. Y, por ello mismo, la necesidad inmediata de encubrir la “catástrofe” que significaba un rey impotente ante una realidad que desdecía la versión del séquito. El empate se hace entonces más “catastrófico” mientras la versión oficial persiste en no reconocer su derrota; pues no se trata de haber perdido sino de haber propinado al pueblo un chantaje demagógico al más puro estilo de las telenovelas: “o me voy o me quedo, me das todo o nada”. El *sí* y el *no* se convertían en un chantaje, de uno y otro lado, en una trifulca sin posibilidad de apartarse, pues tanto el *sí* y el *no* representaban sólo una cosa, lo que dijera el bando contrario; de modo que todos nos encontramos, moros y cristianos, etiquetados por aquella mutua acusación que se prodigaron oficialismo y oposición; se metieron de lleno en un callejón sin salida y, al cual, metieron también al pueblo.

Ahora el *sí* y el *no* del Referéndum divide al país. Lo que se había resuelto en el fracaso del golpe prefectural ahora se reaviva: la posibilidad del enfrentamiento. El gobierno sale ufano a señalar la injerencia gringa, pero se olvida que el *smart* y el *soft power* sólo pueden promover inestabilidad si hay terreno sembrado para

ello, y si el gobierno mismo les brinda el escenario para provocar un “golpe suave” (nomenclatura de las “guerras de cuarta generación”), entonces es el gobierno también responsable del proceso de inestabilidad que se pueda crear.

De haber sido cierta la versión oficial de que la propuesta de repostulación provenía del propio pueblo, entonces ni el presidente ni el vice tenían que haber hecho campaña por ellos mismos. Si se suponía que era el pueblo organizado el que se empeñaba en una nueva re-elección, entonces los *menos indicados* para solicitar el voto ciudadano eran Evo y Álvaro (ello además no hacía más que inflamar el argumento de la derecha: “se trata de un referéndum para beneficio exclusivo de dos personas”). Pero aquella insistencia develaba lo inexacto de la versión oficial y nos mostraba un envanecimiento que se arrogaba ser depositario de una providencia infalible. En tales términos ya no puede hablarse de un proyecto popular sino del rapto que se ha hecho de éste por un *sujeto sustitutivo* que replica la “paradoja señorial”.

En política los actores encarnan categorías políticas; en ese sentido, cuando se realiza la crítica, no se la hace a la persona sino a lo que ella encarna y representa. Evo era la representación de lo más marginado y excluido de nuestra historia, su presencia había devuelto no sólo esperanza sino dignidad al pueblo boliviano; pero la tensión conservadora que encarnaba su círculo inmediato logró, poco a poco, moldear el contenido histórico que encarnaba y hacerlo a imagen y semejanza de una izquierda que, presa de los prejuicios modernos y eurocéntricos, disolvió el *horizonte plurinacional* en la *mera administración de otro ciclo estatal*. Por eso ya no nos ofrecen alternativas, sólo opciones. El *sí* y el *no* eran eso, meras opciones que imponían lo mismo. Si el *sí* o el *no* resolvieran lo que pretenden resolver, entonces la discusión no debiera remitirse a quién sino *a qué*. Si la oposición reduce el *proceso de cambio* a

una persona, el gobierno no hace otra cosa que reafirmar aquello, como si, en efecto, todo se redujera a una sola persona.

El oficialismo dice que la oposición no tiene ideas ni propuestas, lo cual es cierto, pero oculta que, para el propio gobierno, un proyecto de país se ha venido reduciendo a un puro programa administrativo. En esta guerra de posiciones ha devenido la política boliviana para beneplácito del circo mediático; porque el árbitro en esta contienda no juega a mediar sino a incendiar, y esto sobre todo porque, si de lo que se trataba era de constituir un *nuevo sentido común*, de producir una nueva perspectiva y de perseguir un *nuevo horizonte*, las propias cuitas gubernamentales han bajado al nivel prosaico de un puro culto a la personalidad. Así creen proteger a un líder cuando lo único que hacen es protegerse a sí mismos, sacrificando al único referente que les da sentido (de tanto exponerlo han de *acabar desgastándolo* y a todo lo que él *representa*).

Ni el *sí* ni el *no* han de resolver la disyuntiva que verdaderamente está en juego. Si el *sí* es interpretado como una carta en blanco, entonces no ganamos nada; tampoco el *no* es opción, mientras, bajo la estrategia de una revolución de colores, pueda convertirse en punta de lanza de un “golpe suave”. El voto por el *no*, que hizo la diferencia (no el *no* racista y de derecha), fue, como en octubre del 2003, un voto de bronca, porque se intuía que el *sí* fortalecía la figura del vice (el poder detrás del trono). El problema es que el voto contrario no fortalece a lo que representa el Evo (el desgaste de uno arrastra la disolución del *horizonte plurinacional*). Dejar todo lo que representa al simple voto de un *sí* o de un *no* es el despropósito en el que cae la lógica instrumental de una política que *manda mandando*.

Si el Evo encarnaba lo que se proponía un “proceso de cambio” de carácter *constituyente*, ¿qué encarna el Álvaro como categoría política? Ya el 2006 delatábamos un “asalto jacobino” que

procedía a *expropiar la potencia popular* y transferirla hacia un único custodio. Ese fue siempre el proceder de la izquierda. Ya en la revolución bolchevique, cuando los soviets ceden el poder popular al buró político en plena guerra civil, una vez acabada ésta y presuntos los soviets a recuperar el poder popular, éste no sólo es arrebatado por el partido sino que se excluye a los soviets —sobre todo campesinos anarquistas— y hasta se los condena, cosa que hizo no sólo Lenin sino también Trotsky (el estalinismo no nació de la nada). Toda la izquierda está atrapada en la concepción moderna del poder y, siendo la categoría fundamental del campo político, esta concepción les lleva a adquirir una *perspectiva aristocrática* de la política y la democracia. El poder es dominación y, fieles a Weber —y en contra del propio Marx—, ésta dominación se impone legítima, *diluyendo lo democrático* de toda gesta revolucionaria en una hegemonía de carácter *vertical*, que la ostenta una elite que ve al pueblo como un mero “obediente” de las directrices que propone una entelequia burocrática.

Esta es la visión que ha penetrado en el gobierno y que, en nombre del “mandar obedeciendo”, lo único que ha logrado es restaurar la política tradicional, con todos sus vicios incluidos. Pero cuando la izquierda critica al vice, se olvida que ella misma comparte esos mismos prejuicios que ostenta el intelectual de palacio. Gran parte de esta izquierda fue la impulsora de entronizar al intelectual como acompañante del indio presidente; incluso muchas figuras del feminismo actual, que atizan la crítica al machismo del Evo, fueron auspiciantes en encumbrar la figura romántica del intelectual guerrillero que, una vez profesor universitario, rodeado siempre de su séquito femenino, al mero estilo que dicen patriarcal, fue la estrella infaltable en la farándula académica de una izquierda aburguesada. Para salvarse ellos y ellas, buscan en el “qananchiri” al chivo expiatorio que les libere de una *necesaria autocrítica*.

Algo más que devela el resultado del referéndum es el fracaso del MAS como estructura política; pues una de las misiones de todo partido es la generación de nuevos líderes, estrategias y operadores políticos. Todas las nuevas figuras más prometedoras que aparecieron en la última elección no provienen precisamente del instrumento político sino que se suman en calidad de “invitados”. Ahora bien, si todo se circunscribe a la permanencia del líder, entonces se continúa el “síndrome del rey cercado”, pues son las dirigencias inmediatas al líder las que, hasta por celo, no permiten un nuevo liderazgo, pues esto amenaza su posición privilegiada, siempre bajo la sombra del líder. Es entonces cuando el propio líder debe dar muestras de humildad y *menguar su presencia* para dar lugar a nuevas figuras. Parte de la sabiduría política consiste en *saber cuándo desaparecer*.

Otra de las cosas que nos enseña el referéndum es que no se trata de ganar como sea. Esta idea es la que ha venido mermando la legitimidad del gobierno, produciendo episodios de promiscuidad política que ha ido remplazando la base popular por una militancia prebendal cuyo precio es siempre, al final, precio político. Entonces que ello sirva para una profunda, necesaria y urgente *autocrítica* al interior del propio gobierno y del MAS-IPSP. El descabezamiento sistemático de la dirigencia campesina e indígena en el caso FONDIOC, es muestra de un desplazamiento premeditado de la presencia india en la toma de decisiones.

Hace poco el vice decía que si antes había cuoteo de partidos ahora era cuoteo de las organizaciones, lo cual develaba, en la sutileza que le caracteriza, que los únicos infalibles e incólumes que quedaban –pues todos eran corruptos– eran las figuras que se presentaban a la repostulación. Lo que no se dice es que la corrupción se desarrolla en ámbitos que hacen posible aquello, lo cual quiere decir que son las estructuras institucionales las que

se prestan a la corrupción. Una de las tareas de una *descolonización del Estado* era precisamente la transformación de los contenidos normativos liberales que estructuran el carácter colonial de la institucionalidad estatal. Si la ley SAFCO –que reafirma al Estado como mero administrador y le priva de su carácter político– está ahora constitucionalizado, se entiende que ni siquiera el decreto neoliberal 21060 sea derogado. Ya lo dijo una vez el canciller: “estamos apenas administrando el Estado colonial”.

Pero no todo está perdido, es más, hay veces que la derrota puede significar un triunfo posterior, siempre y cuando se aprenda las lecciones que nos depara. Hay retos y desafíos que enfrentar, sobre todo cuando el panorama regional ya no es de los mejores. *Para el pueblo nunca ha sido fácil*, incluso en el mejor de los momentos. Por eso hay que ser, a pesar de todo, optimistas. Definamos aquello: el pesimista es aquel que a toda oportunidad le ve pura dificultades, mientras el optimista encuentra en cada dificultad una nueva oportunidad. El *no*, no es ni siquiera el fin del liderazgo de Evo; si asume aquello con sabiduría puede convertir esta derrota en un nuevo impulso popular a su mandato. Este impulso requiere una profunda revolución moral y ética. Si esto es así, entonces la derrota habrá sido para bien y no una “catástrofe”.

§30
EL “TERMIDOR” DE LA REVOLUCIÓN
DEMOCRÁTICO-CULTURAL

14 de febrero del 2017

A quello que se ha denominado “proceso de cambio”, tenía sentido dentro de los márgenes de lo que constituía una *revolución democrático-cultural*. Esta caracterización era lo que distinguía y singularizaba al “proceso de cambio” que había originado el contenido *nacional-popular* de, sobre todo, octubre de 2003 (o lo ambiguamente denominado como “guerra del gas”). Por eso aquello significó una auténtica *crisis de Estado*. Las expectativas populares no apuntaban a la mera transferencia de poder o cambio gubernamental sino a la transformación del Estado en cuanto recuperación de la soberanía popular. Esto significaba la reconstitución del poder popular; por ello la *crisis de Estado*, no sólo del modelo neoliberal, exigía una transformación del concepto mismo de Estado.

El sentido significativo del “Estado plurinacional” constituía una crítica radical al Estado liberal-moderno-colonial, de lo cual se deducía, lógica e históricamente, una transformación de sus contenidos no sólo normativos sino de la razón misma de su existencia. Este nuevo *horizonte de expectativas* nos ponía a la altura de un nuevo siglo que amanecía con la impronta de la *crisis climá-*

tica, consecuencia de la civilización petrolera del “progreso” y el “desarrollo” modernos, y originaba un nuevo desiderátum global en torno a una postulada transición civilizatoria.

Por eso no fue casual que el *horizonte de expectativas* contuviese un nuevo paradigma de vida: el “vivir bien”. Si la vida toda estaba en juego entonces era el sentido de la vida lo que había que resignificar, como condición de todo nuevo proyecto político. La propuesta boliviana ponía las cosas en su debida magnitud. Por eso tenía y sigue teniendo sentido una “transición civilizatoria”. La modernidad y el capitalismo mismo había llegado a sus límites y donde más se advertía aquello era en Europa y USA. La crisis económico-financiera se desató allí, desde el 2008, con el antecedente previsto ya en 1972, cuando el “Informe del Club de Roma”, se intitula *Límites del Crecimiento*. Citemos a Kenneth Boulding: “cualquiera que crea que un crecimiento material infinito es posible en un planeta físicamente limitado, o es un loco o es un economista”. Esa locura, en términos científicos, se llama *irracionalidad*. O sea, la propia racionalidad económica moderna imperante, ahora neoliberal, era la causa del conjunto de *irracionalidades* que aparecían como calentamiento global o *crisis climática*, es decir, como la imposibilidad acelerada de la vida en el planeta.

Una “transición civilizatoria” implica un nuevo paradigma de vida y éste ya no puede deducirse del paradigma cultural y civilizatorio que ha originado a la economía capitalista y la cultura del “progreso infinito”. Son las propias contradicciones del mundo moderno capitalista lo que ha originado un descredito de su propio paradigma de vida. Desde la modernidad, afincada en un euro-gringo-centrismo fundamentalista, no se vislumbra ninguna alternativa (ya no sólo para el tercer mundo sino para el 99% que deja a su suerte el 1% rico del mundo); si todo se reduce a

su provinciana perspectiva (Europa y USA), la humanidad estaría condenada fatalmente a su extinción (sin que pueda hacerse nada, salvo celebrarla dionisiacamente).

A eso conduce su pensamiento actual: al escepticismo o, en el peor de los casos, al cinismo. *Lo irracional se presenta como lo más racional*: se condena a pueblos enteros a la quiebra, como en Grecia, se destruye países enteros, como Libia, Siria o Irak, se provoca golpes de Estado para atizar una conflagración nuclear, como en Ucrania; y todo eso se lo hace “legalmente”. La eficacia más destructiva se festeja como lo más racional: la guerra es la economía continuada por otros medios. Pero si la racionalidad moderna se confunde con todo ejercicio de la razón entonces, por supuesto, toda apuesta racional parecería conducirnos a lo irracional. En eso consistía el exiguo auge del postmodernismo.

La racionalidad moderna es constitutivamente irracional, porque pretende fundar a la razón en sí misma, divorciada de lo que la hace posible: la vida misma. Incapaz de superar el logocentrismo heredado del helenismo, sostiene la clasificación antropológica entre “superiores” e “inferiores” (que produce su racismo congénito) en su provinciana perspectiva impuesta como “universal”; eso funda la devaluación prejuiciosa de todo lo que *no* es moderno (descalificado como pre-moderno, o sea, como “inferior”, supuestamente superado por la modernidad, olvidando decir que esa “superación” siempre ha sido a bala). Se asume racional pero encubre sus mitos fundacionales, como el racismo, desde el cual *naturaliza las relaciones de dominación* y genera las condiciones de posibilidad de su expansión mundial, colonizando todas las esferas subjetivas y materiales, vía ciencia y filosofía, para legitimar su proyecto de dominio global. Eso es lo que *no* se ha puesto a pensar la izquierda, tampoco el marxismo, y eso es lo que los arrastra inevitablemente a afirmar el paradigma que hace posible al capita-

lismo: la celebración del mundo moderno del “progreso infinito”, como el único posible y deseable. Eso explica, entre otras cosas, el fracaso del socialismo del siglo XX.

El socialismo no puede imaginarse más allá de la modernidad (porque contiene sus prejuicios congénitos, por eso no es capaz de impulsar ninguna otra forma de vida, sólo la moderna), por eso termina afirmando a ésta y, con ella, al capitalismo; porque éste sistema económico es sólo posible si hay modernidad, es decir, si presupone la forma de vida que constituye a la sociedad moderna. Esa forma de vida es el agente colonizador que ocupa la subjetividad hasta de las víctimas para desarrollarse a costa de sus propias expectativas. Por eso las aventuras emancipatorias acaban siendo domesticadas en cuanto políticas de *inclusión* a un sistema que se repone incluso bajo banderas revolucionarias.

La propuesta de un nuevo Estado no era una simple transferencia de poder. Debía constituir su *resignificación*. En eso consistía el “mandar obedeciendo”. Por eso era *revolución democrático-cultural*, porque el *kratos*, el poder, debía, por operación democrática, ser devuelta a la sede soberana del poder, el pueblo o *demos*, y porque éste, como sujeto histórico o *pueblo en tanto que pueblo*, no quedaba ya reducido a la ambigua sumatoria del conjunto de la nación, sino al *resto crítico* que asumía el desafío de *transitar* hacia una nueva forma de vida, válida para todos (en ese sentido, con una seria pretensión mundial).

No se es pueblo por adscripción automática sino por *apuesta histórica*. Son las víctimas de un sistema de dominación, en cuanto *resto crítico*, las que apuestan democráticamente a restituir la sede soberana del poder, o sea, a recuperar su condición de *sujeto*, de *pueblo en tanto que pueblo*; por eso ya no es un mero “obediente” y sostiene que todo mando o representación democrática, sólo puede “mandar obedeciendo”. Ello representa una crítica radical

al concepto aristocrático excluyente de democracia que la modernidad hereda de Grecia. Por eso nuestra *revolución democrático-cultural* revolucionaba el concepto mismo, porque además esta operación democrática restauraba lo negado y excluido como el *horizonte de referencia* cultural y civilizatorio de un nuevo proyecto de vida. Lo nuevo no era algo inventado sino la reconciliación con *lo más propio* y autentico que contiene el pueblo como *resto crítico*: su propia y más legítima historia.

Por eso el “Estado plurinacional” debía resignificar el concepto medular de la política, el poder; y debía además generar las condiciones para proponerse un nuevo fundamento de su propia existencia. Ninguna filosofía del derecho ha pensado estos asuntos. Hegel critica a Kant porque produce la idea de Estado *conforme a la eticidad propia*, lo cual deviene en una concepción particular o local de Estado. Hegel argumenta que la idea de Estado sólo puede ser, por necesidad, universal; por ello fundamenta una idea de Estado *conforme a la razón*. Más allá de Kant podemos argumentar que toda eticidad presupone una *ética material* trascendental intersubjetiva e intercultural, que hace de lo particular singularidad proyectiva; y contra Hegel argumentamos que la razón no se funda a sí misma y, en consecuencia, no puede ser fundamento de la idea de Estado como la objetivación de lo que un pueblo, en definitiva, *es* (la razón se funda en la vida, porque es mediación de ella); por eso la idea de Estado sólo puede fundamentarse *conforme a la vida* (a la *afirmación de la vida* de la humanidad y la naturaleza), como el *presupuesto trascendental* de toda ética posible y, por ende, de toda eticidad.

En ese marco, definamos “proceso de cambio”, como el *máximo potencial de la nueva disponibilidad común que se articula en torno al horizonte propuesto por el nuevo sujeto plurinacional*. Hay una *nueva disponibilidad común* cuando el pueblo apuesta por un *nuevo horizonte de creencias*, por eso es capaz de transitar de un mundo a otro; cuando

esta *nueva disponibilidad* es capaz de interpelar, persuadir, superar y trascender la idiosincrasia y los prejuicios reinantes, entonces estamos ante un *máximo potencial*. Es también *potencial* porque destaca el *poder constituyente* del pueblo en cuanto *sujeto histórico*, cuando actúa como *pueblo en tanto que pueblo*.

Esta *nueva disponibilidad* se articula en torno a un proyecto que, en cuanto *horizonte de sentido*, sostiene significativamente las apuestas que el pueblo se propone. Este *horizonte* lo proyecta un sujeto y le va constituyendo como pueblo, por eso, *un pueblo en tanto que pueblo* subjetiva ese *horizonte* como *consciencia anticipatoria*; vive todos los tiempos como *tiempo-ahora*. Ese es el Pachakuti. El *sujeto plurinacional* es el indio, no éste o aquél, sino *lo indio en tanto proyecto de vida*. René Zavaleta lo expresa de este modo: “el modo de inserción del campo en la vida política es la defensa de la forma comunidad”.

El lenguaje propositivo de la *revolución democrático-cultural* – que logró incluso renovar la propia retórica política– provenía de la experiencia histórica de liberación del indio que cercó, definitivamente, al autismo político de la ciudad. Eso fue catalogado como la “insurgencia indígena”. La defensa de la comunidad fue siempre y es la defensa de la vida; restituir ésta es sólo posible si restituimos su estructura misma. Una comunidad presupone relaciones solidarias, complementarias y recíprocas, de *crianza* mutua y encariñamiento; precisamente todo lo que el capitalismo y la sociedad moderna tiende a destruir, porque la competencia y la acumulación, el lucro y la codicia, el despojo, la explotación y la dominación, no son posibles bajo relaciones de solidaridad, complementariedad y *crianza* recíproca.

Entonces, la verdadera radicalidad consistía ya no en la denuncia decimonónica al capitalismo por separado sino en la crítica a la modernidad como el paradigma cultural y civilizatorio que presupone y hace posible al capitalismo. Este es el punto de

inflexión desde donde podemos entender un nuevo capítulo en el histórico fracaso de la izquierda —no en vano llamada “progresista”— que, otra vez empoderada como gobierno, se asume como la dirigencia infalible del “proceso de cambio”.

Que la izquierda se constituya en la nueva derecha de la *revolución democrático-cultural*, no tiene tanto que ver con la infiltración de oportunistas en ámbitos de decisión sino más bien con la incompatibilidad entre la apuesta oficialista y el *horizonte propuesto por el sujeto plurinacional*.

La *nueva disponibilidad común* ya se hallaba desplazada desde que el orden instituido (gobierno y partidos tradicionales) se sobreponía *por sobre el orden constituyente*, y “concertaba” el nuevo texto constitucional. El 2009 *negocian el poder constituyente*, es decir, la soberanía popular; de ese modo desplaza al pueblo un *sujeto sustitutivo*, cuya misión, como el “termidor” de la revolución, será, en lo sucesivo, socavar sistemáticamente la legitimidad del posible nuevo Estado (se trataba de un sutil *coup d’Etat*). No se trató de simples ajustes sino de un pacto ideológico. Porque ni los partidos tradicionales ni la izquierda gubernamental estaban dispuestos a devolverle el poder a los indios.

El movimientismo (del MNR de la revolución de 1952) resucitaba desde la afirmación del más hondo prejuicio político-colonial: la “paradoja señorial”. La elite política es la misma, incluso siendo de izquierda y marxista, porque *todo* el sistema político está constituido *en contra* de lo nacional-popular. Por eso la izquierda puede ser antimperialista pero sigue siendo eurocéntrica y gringocéntrica. Su *sistema de creencias* y de prejuicios es el mismo de la oligarquía. Por eso al final pueden pactar y traicionar los contenidos revolucionarios por su inclusión en el sistema político. Y pueden hacerlo porque no logran reunir, en sí mismos, ninguna de las condiciones subjetivas para creer en una nueva forma de vida, menos la que proviene del indio.

El juramento de superioridad señorial sobre el indio sigue siendo innegociable, aun cuando lo encumbren en el gobierno; porque no creen en el indio ni en el *horizonte de vida* que representa y que constituye la razón de su presencia gubernamental. Por eso la propia Constitución les incomoda (aun cuando la hayan remozado para el gusto señorial), porque ahora, como en el neoliberalismo, ya no se trata de mostrar la cara amable del capitalismo sino hacer del puro cálculo político la razón suficiente de su poder. Se dice que cuando *lo sagrado* desaparece de la política, sólo queda el puro cálculo político; porque uno entra a la política con nobles ideales, pero una vez que estos desaparecen, se hace imposible recuperarlos, más aún cuando *no* se cree en aquéllos.

El cacique Seattle decía que, para conocer al hombre blanco, para saber por qué hace lo que hace, había que conocer sus sueños. Otro sabio indígena australiano decía que, para conocer a tu enemigo, debías conocer a sus dioses. Lo que estaban diciendo, con siglos de anticipación, es lo que filosóficamente se conoce como la “teoría del fetichismo”. Si detrás de todo aparecer de la mercancía hay relaciones humanas (de dominio, despojo y explotación en el capitalismo), ¿qué hay detrás de todo ser humano? Lo que hay son mitos, utopías o, más técnicamente, “modelos ideales”. Es decir, hay un *sistema de creencias*, desde el cual tienen sentido los proyectos, aspiraciones, esperanzas, utopías, que todo ser humano presupone.

Por eso el cacique Seattle pudo haber dialogado fructíferamente con Marx, porque la “teoría del fetichismo” es una reflexión metodológica que le sirve a Marx para realizar la *crítica de todo el sistema de categorías de la economía burguesa* (confrontando su propio “modelo ideal” con otro posible). Marx encuentra en los sueños del burgués a puro fetiches, que exigen constantemente sacrificios humanos. Por eso Hatuey, líder de los taínos, propuso a su pueblo que despacharan en una balsa al dios de los españoles,

el oro, para que se vayan tras él. La famosa *inversión* de la dialéctica hegeliana lo expuso ya Guamán Poma: el mundo está de cabeza, hay que ponerlo de pie. No sólo la dialéctica hegeliana sino la propia realidad se encontraba *invertida*.

Las relaciones fetichistas hacen que esta inversión “progrese” y se “desarrolle”. Si el marxismo hubiese tematizado el método de Marx, habría hecho de la “teoría del fetichismo” una “teoría de la descolonización”. Ahora definamos descolonización, para ubicar a los despistados: se trata de la *reflexión metodológica que tematiza el proceso de des-constitución y re-constitución de la consciencia histórico-política de un pueblo en tanto que pueblo*.

De la tematización de los mitos que presupone el capitalismo (que Marx denominó “robinsonadas”), se descubre puros mitos de dominación. Estos mitos encubren sistemáticamente la realidad, porque la ciencia se encarga de formalizarlos con apariencia de cientificidad, de modo que la realidad queda encubierta por esos mitos. Eso se muestra en el *mito del desarrollo*. Todos los índices del desarrollo se muestran positivos mientras no se los contrasta con los impactos humanos y ambientales que el propio desarrollo provoca. El mito es como un espejismo que nos muestra algo que no hay. Por eso vemos sólo “progreso”, pero no vemos las consecuencias negativas —a largo plazo— que genera. Ya no vemos la realidad, *sólo vemos lo que el mito quiere que veamos*.

Siguiendo al cacique Seattle, los sueños del hombre blanco, ahora son *soñados despiertos*, gracias a la propaganda y la publicidad, y creemos en ellos, porque las gigantografías del “progreso” y el “desarrollo” se apoderan de nuestro subconsciente y, de ese modo, ordenan nuestras propias expectativas. En eso consiste la *colonialidad subjetivada* y se constituye en el dispositivo *naturalizador* de las relaciones de dominación. La cooptación del ámbito pre-lógico de la subjetividad se consolida gracias a la ciencia, cuyo pro-

pósito último consiste en la producción del tipo de subjetividad pertinente al proyecto de vida que contiene la ciencia misma. Por eso la ciencia *no* es neutral ni inocente de la política.

Lo que se proyecta como viable o posible, es lo que se deduce del marco de interpretación de la realidad que presupone mi formación teórica. Es decir, el concepto de realidad que presupongo, del cual no siempre soy consciente, establece qué considero como posible y qué no, qué se me presenta como factible y qué se me hace irrealizable. Esto enmarca las decisiones que asumo y determina qué tipo de proyecto impulso y cuáles descarto.

Todo esto configura sustancialmente mis apuestas políticas, más allá de mis preferencias; en consecuencia, lo que se hace resignación en el ámbito moral, se hace reformismo en el político. Aun cuando tenga un discurso radical, me vuelvo inevitablemente conservador. Esta suerte de determinación es uno de los asuntos que la *descolonización* hace explícito. Por desconocimiento del método de Marx, el marxismo nunca ha hecho la reflexión acerca de los “modelos ideales” y, por ello, siempre afirmó, muy a su pesar, los mitos que presupone el capitalismo. Por eso nunca pudo transformarlo y toda revolución siempre estuvo condenada al fracaso y acabó, para su desgracia, promoviendo siempre al “termidor” de toda revolución.

Las revoluciones aparecen siendo democráticas, porque la fuente de toda revolución es siempre la *potencia popular* que recupera la soberanía real del poder; por eso se enfrenta al poder imperante como *usurpación* del poder real, y desde su raíz democrática cuestiona e interpela la legitimidad de toda dominación. Nace siendo democrático porque nace desde abajo, sólo de ese modo puede sostener sus pretensiones democráticas. Este fuerte contenido democrático hace irradiar una potencia que experimenta el propio pueblo como *poder popular*; esto constituye su *máximo potencial de disponibilidad común*.

Pero este contenido democrático es todavía lo vivido sin mediaciones y *no es extensivo en el tiempo*, porque esta vivencia es el éxtasis de la *potencia indeterminada*, el *acontecimiento* como el *más allá* de toda experiencia, de toda normalidad, por eso también es vivido como origen de un nuevo tiempo. *Todo acontecimiento no es extensivo en el tiempo*, pues dejaría de ser *acontecimiento*, y la experiencia que funda tiene necesariamente que producir las mediaciones ineludibles para que aquella vivencia sea *objetivada* en algo permanente. Por ello también lo democrático nunca está definido, sino que debe irse definiendo, es decir, *objetivando esa potencia originaria en poder constituyente*. La democracia no está definida quiere decir: la experiencia revolucionaria desemboca necesariamente en su definición, y esto por lo general produce su bifurcación, porque al definir las mediaciones institucionales de la democracia que se quiere constituir, lo que entra en juego es el cálculo político. En ese momento es que aparece el “termidor” de la revolución.

Si la revolución nace legítimamente democrática, la tarea que se impone el “termidor” es socavar esa legitimidad y vaciar el contenido democrático de la revolución misma. El cálculo político que realiza es simple: el poder deja de ser poder si se democratiza, y si el poder deja de serlo, entonces no hay posibilidad de que el “termidor” imponga *su* proyecto. Franz Hinkelammert nos recuerda que, para aclarar lo que es ortodoxia, Marx hace referencia al “termidor”. Éste es un concepto que describe el derrotero de la revolución francesa; siendo una revolución popular en su origen, con el “Directorio” y, sobre todo con Napoleón, se convierte claramente en una revolución burguesa. Trotsky también habla del “termidor” de la revolución rusa, refiriéndose a Stalin; lo mismo puede decirse de Cromwell, en referencia a la revolución inglesa, etc.

En todos los casos se trata de un *rapto*. El poder es *travestido* bajo nuevas banderas y encuentra en el “termidor” el *operador* de la

restitución de las prerrogativas del viejo sistema; porque lo que se juega ya no es un proyecto de vida sino el puro cálculo político de reunir todo el poder que se pueda. En este cálculo, lo primero que se desplaza es la soberanía popular, porque el nuevo poder político se asume ahora como “soberanía absoluta”, producto de lo que el “termidor” ha llamado: “expropiación de la decisión”. La ortodoxia nace del *raptó* que se hace al horizonte popular, de ese modo, el nuevo poder político redefine y transfigura los contenidos de la revolución popular, para legitimarse como “lo más auténtico y verdadero”. Esta transfiguración se convierte en la ortodoxia del nuevo poder político y en nombre de esa ortodoxia está dispuesto a ir *en contra* del propio pueblo que hizo la revolución.

El “termidor” de la *revolución democrático-cultural* fue lo que promovió la misma intelectualidad que ahora se rasga las vestiduras con lo que llaman “régimen totalitario”. El “termidor” los representa muy bien, incluso en la beligerancia, porque siendo aquellos poder, harían lo mismo o peor. No se trata de la crítica a las personas sino a lo que éstas representan; porque en política, las personas *encarnan categorías políticas*, es decir, formas de ver y relacionarse con la realidad. La crítica entonces va dirigida al conjunto del *sistema de categorías que encarna* el “termidor”. Estas categorías enmarcan la visión, como perspectiva, de lo que se percibe como verdadero o falso, bueno o malo.

El “termidor” establece entonces una ortodoxia y define, desde la lógica del poder, qué es el bien y qué es la verdad. Su legitimidad ya no descansa en el pueblo sino en la *extensividad* de su poder. Eso le permite trasladar la soberanía a su propia infalibilidad que, en cuanto única y absoluta perspectiva, transforma el contenido democrático de la revolución y lo redefine, para denunciar cualquier otra perspectiva como “herejía”; de ese modo, la igualdad presupuesta de aquel contenido democrático es sistemáticamente desmantelada. Esto resulta en la inversión, por

ejemplo, de los “derechos de la madre tierra”, en cuyo nombre se desconoce precisamente aquellos derechos.

Esto no aparece sólo desde el conflicto del TIPNIS, tampoco sólo desde el “gasolinazo”, sino desde más antes. Ya la negociación del texto constitucional, era la simple demostración de una *usurpación que se había hecho al poder constituyente*. La propia ley de convocatoria a la Asamblea Constituyente reponía a los partidos tradicionales y les otorgaba capacidad de influencia y maniobra en la Asamblea. Todo aquello remata en la dilución del liderazgo en culto a la personalidad. El referéndum del año pasado terminó por reducir el *horizonte nacional-popular* en la tozuda insistencia de *consagrar al sujeto sustitutivo*, sacrificando a la figura misma que justifica la presencia del “termidor”. Eso lo llamamos el “síndrome del rey cercado”:

“El séquito eleva al rey a condición divina porque su presencia es lo único que garantiza la existencia del séquito (ya que sin el rey son nada). El rey se hace omnipotente pero necesita del séquito, y el séquito necesita un rey dependiente. Por eso lo aísla y lo envuelve; de modo que todo lo hacen por él y, de ese modo, el rey ya no ve con sus ojos sino con los ojos del séquito, ya no escucha sino con los oídos de ellos; su contacto con la realidad está mediado por esa presencia que más le envuelve cuanto más lo endiosa. Pero el rey no es dios y, cuando esto se hace evidente, es cuando el rey ya no le sirve al séquito; entonces lo sacrifican y hasta lo elevan al martirio. De ese modo aparecen incólumes, haciendo del rey el chivo expiatorio que cargará con todas las culpas y todos los pecados; mientras el séquito, limpio e inmaculado, salvado por la sangre del inmolado, se dedicará, otra vez, a buscar un nuevo rey”.

Auto convencido de su infalibilidad, el “termidor” apuesta por su propia entronización, como el paso lógico después del sacrificio inevitable. Pero, como no cuenta con la legitimidad que

todavía posee el rey, apuesta por su aval real, como condición para asegurar la capitulación de los súbditos leales al rey. Por eso el poder real no siempre lo tiene el trono. El poder detrás del trono es el que puede tejer estratégicamente este desenlace.

Cercanos a la conmemoración de un año del triunfo del *No*, en el referéndum pasado, la estrategia del “termidor” consiste en desgastar todavía más al líder, empujándolo a un nuevo sacrificio que terminará por acabar su liderazgo.

En política hay que saber incluso cuándo hay que salirse. Puede que hagan hasta lo imposible para habilitar la candidatura del líder y hasta pueda que gane *apenas* una nueva elección, pero su legitimidad se habrá horadado para siempre. Ya no será creíble. El propio argumento de que “no hay otro, sólo él”, suena como resignación hecho programa electoral. Todo auténtico líder debería aspirar a salir por la puerta grande. No por abandonar el trono, el líder deja de serlo. Los lakotas tienen razón: un jefe es siempre jefe. Más aun cuando deja su jefatura con la frente en alto.

Defender al líder no consiste en endiosarlo sino en hacerlo hermano, es decir, ser humano. Puedo creer en el líder, pero si no creo en lo que cree el líder, entonces no tengo argumento para evaluar su proceder y relacionarme *críticamente* con él. Creer sólo en él, como individuo, se reduce a creer en su capacidad, su fortaleza, su ingenio, etc., pero pierdo de vista aquello que hace posible todo aquello y que no se resume a sus propias fuerzas. Pierdo de vista el horizonte de vida que le llevó a ser líder. Ese horizonte es el que hay que recuperar, y no confundirlo con la ortodoxia impuesta por el “termidor”.

DESPUÉS DE VENEZUELA, BOLIVIA: ¿CÓMO SE PRODUCE UNA “REVOLUCIÓN DE COLORES”?

28 de enero de 2018

El concepto “revolución de colores” es medianamente novedoso en política. No es precisamente un concepto que nazca en la teoría política sino que proviene del ámbito militar. Es un componente estratégico de las “guerras de cuarta generación” y está diseñado para *implosionar procesos democráticos* inconvenientes para la hegemonía gringa. A diferencia del “golpe suave”, no depende de la injerencia directa o de una orquestada propaganda mediática (exterior e interior) que interpele a las propias instituciones, para hacerlas patrocinadoras y ejecutoras de una destitución gubernamental. Una “revolución de colores” acude a factores mucho más complejos y que precisa, no sólo de un conocimiento detallado de la realidad política y del bloque en el poder, sino de la posibilidad de interferir en la propia gestión gubernamental para minar, *desde adentro*, la legitimidad que le sostiene. Por eso es conceptualizada como una “revolución”, porque aparece y se desarrolla mediante una *transferencia de legitimidad*, que crece inversamente proporcional a la pérdida de legitimidad del gobierno y que es, en última instancia, lo que acaba ungiendo a la oposición con un aura “democrático” y “revolucionario”.

Pero el contexto actual y su hiper-complejidad hace que, la implementación metódica de estas figuras puedan entremezclarse, generando escenarios de multi-dimensionalidad, cuasi imposibles de comprensión en el análisis político usual. Ya no estamos en el siglo XX para confiar en diagnósticos simples, lineales causa-efecto. Tampoco los procesos que vivimos pueden explicarse al modo del análisis periodístico. Gran parte de la confusión reinante proviene de la miopía intelectual (oficialista y opositora) que se empecina en ver los hechos de modo fragmentado y pretender explicar un fenómeno con otro fenómeno. Ya el análisis se queda impotente a la hora de ver el uso de medios inusitados, recreados de modo local y dislocando eficientemente un proceso democrático, sin poder reconocerlos anteladamente y resignándose a su implementación creciente.

Lo cual se agrava cuando advertimos que, ya no se trata del simple remplazo de gobiernos sino de la condenación de países y regiones enteras al limbo del caos generalizado, una vez que se halla en marcha una reconfiguración geopolítica del mapa global, acelerada, a su vez, por el agotamiento de los recursos energéticos. El Imperio en decadencia opta también por la sobrevivencia en un nuevo orden tripolar y por ello promueve desestabilizaciones en regiones geoestratégicas para diseminar el llamado “caos constructivo”, amenazando a las potencias emergentes (cuando estas regiones hacen frontera con esas potencias) y a gobiernos que puedan aspirar a salirse de su esfera de influencia.

Las formas de dominación que se habían desarrollado en el siglo XX y que, además, habían impulsado las instituciones globales, se hallan completamente deslegitimadas; lo cual precisa una más sofisticada resignificación y restauración de las relaciones de dominación global *centro-periferia*. Las formas pasadas de

intervención política y militar son difíciles de reeditarse de modo directo; por eso ahora, “las formas indirectas” son las que se desarrollan y están dirigidas a restituir las áreas de influencia gringa, que la aparición del fenómeno BRICS había comenzado a disipar. Esto empieza en el Medio Oriente donde, precisamente, se hallan las mayores concentraciones de recursos hidrocarbúricos. La creciente demanda del primer mundo –y ahora de las potencias emergentes– de energía, es el contexto de las disputas globales en torno a la dislocación del tablero geopolítico que había promovido Occidente, es decir, USA y Europa.

En Venezuela son obvias las razones geopolíticas que pesan en los intentos desestabilizadores que se operan desde afuera. Allí se vio, en abril del 2002, una forma clásica de “golpe suave”, cuyo antecedente ha sido algo que la izquierda latinoamericana nunca ha sabido comprender: el golpe de Estado a Salvador Allende (que fue el laboratorio de todas las formas de injerencia que vemos hoy actualizadas). Hoy el “golpe suave” no basta, porque el interés ya no radica en la sustitución gubernamental sino en la destrucción de toda posible democracia popular. Por eso, ingresando en el capítulo boliviano, lo que se puede advertir de mejor modo, son los factores conducentes que operan para producir una “revolución de colores”.

No se trata de una clásica operación externa sino de un operativo provocado *desde adentro*. Es *desde adentro* que se generan las condiciones para implosionar una estabilidad política, como condición del “caos constructivo” que se impone como la nueva fisonomía que adquiere un país sin más remedio que la intervención. Ahora bien, ¿cómo *desde adentro* se provoca una implosión? Para ello cabe hacer hincapié en el concepto de *colonialidad*, porque para explicar el por qué de la connivencia entre intereses externos

e internos, debemos mostrar la diferencia entre el colonialismo clásico y esta nueva forma de dominación que ha producido el mundo moderno.

No se trata de una mera tributación económica porque, si de tributación hablamos, lo que la periferia tributa es, en definitiva, *voluntad de vida*. Cuando, por ejemplo, se habla de “colonialidad del poder”, no se tiene en cuenta que la periferia es la que *cede voluntad de poder al centro*, de modo que el poder real mundial es producto de ese acto de *transferencia unilateral* que hace la periferia a un centro cuyo poder es producto de esta *renuncia* que hace la propia periferia. Por eso podemos hablar de “Estado aparente”, porque su soberanía es sólo formal, cuando *transfiere soberanía real* al centro. Son las elites las encargadas de esta *transferencia*, porque son precisamente formateadas en la dependencia al centro, incluso la “elite revolucionaria”. A eso llamamos *colonialidad subjetivada*; porque esa dependencia se encuentra ya *naturalizada* y consiste en aspirar a ser como el centro, es decir, a renunciar a ser centro de sí mismo y condenarse a ser *consciencia satelital*, o sea, *periférica*. De este modo, el centro halla, en esa suerte hasta fatídica, el mejor modo de reponer su hegemonía desde el propio ámbito periférico.

Entonces, en el caso boliviano, no es precisamente la derecha (como brazo político de la oligarquía y de la hegemonía gringa), la gestora de una situación ideal para la aparición de una “revolución de colores”, sino que son las propias contradicciones gubernamentales las que nos arrinconan a una situación, ya no sólo de repliegue popular sino de *transferencia de legitimidad*. Es decir, si desde los inicios del “proceso de cambio”, la legitimidad se había constituido en patrimonio popular, cuando ésta es apropiada por la derecha es entonces cuando la insurrección oligárquica recupera vitalidad, porque la condición de legitimidad que se le ha *transferido* es lo que puede reorganizar ahora al conjunto de las

oposiciones en un cuerpo unificado. Se puede decir que, en este sentido, la insurrección oligárquica ya no necesita de la oligarquía como actor visible sino que la clase media y hasta sectores populares se convierten en el contingente de arremetida social que provoca la desestabilización necesaria para generar caos.

Esto empieza desde el gasolinazo del 2010, pero se agudiza con el conflicto del TIPNIS el 2012. Allí se produce –usando la terminología del vicepresidente García Linera– una “bifurcación” en el propio gobierno, porque desde entonces, las banderas de “defensa de la Madre tierra”, el “vivir bien”, la “descolonización” y “lo indígena” son, paulatinamente, *cedidos* por un gobierno que, cuanto más se aleja del horizonte plurinacional, más *legitimidad transfiere* a los actores que se empoderan de modo creciente. De ese modo el gobierno y el MAS van, poco a poco, enajenándose del espíritu que les había conferido una legitimidad novedosa en el campo político (la lucha política había incluido un nuevo actor que lo indígena instaló como reivindicación histórica: lo nacional-popular se había hecho telúrico, o sea, la política debía resignificarse *desde lo ecológico*).

Lo novedoso y lo singular del proceso boliviano, que era lo que confería de sentido trascendental al nuevo “Estado plurinacional” que se quería constituir, era a lo que se renunciaba y dejaba a la administración gubernamental reeditar un otro ciclo estatal, dentro de los márgenes de acción que la sustancia liberal del Estado colonial pudiese permitir. Esto quería decir que, la propia dirigencia gubernamental, renunciaba al sentido mismo del cambio y, de ese modo, reponía a un espíritu señorial que, inevitablemente, iría a “normalizar” la gestión estatal, una vez que *lo plurinacional* se condenaba a constituirse en mera retórica demagógica.

Pero, con esto, no sólo el gobierno se enajenaba de la nueva legitimidad sino que dejaba al pueblo huérfano de la mística

que había hecho posible su reconstitución en sujeto histórico y que inauguraba la posibilidad de producir un nuevo concepto de lo político y lo democrático. Por eso la oposición empezaba a apropiarse del lenguaje plurinacional de modo instrumental para vaciar definitivamente al pueblo de un discurso necesario para su reconstitución en sujeto político. O sea, no es la astucia de la derecha sino *la renuncia que hace el propio gobierno del carácter plurinacional* que debía ser su nueva sustancia política, lo que promueve la articulación de la derecha en oposición “democrática” (siendo ahora “lo democrático” patrimonio del bloque opositor).

Esto significa la renuncia a lo político y la capitulación a lo económico. Otra vez y como una maldición, lo político se hace un subsidiario del poder económico y sus necesidades. Pues si todo consiste en sólo “hacer buenos negocios” o subordinar las expectativas populares a las necesidades de la economía del crecimiento (que la crisis climática se encargó ya de poner en crisis), entonces ya no podemos hablar de un nuevo proyecto político, o de una *economía para la vida*, sino de que la política se hace, otra vez, un accesorio procedimental de las prerrogativas del capital. La paulatina adopción de la lógica que impone la inversión extranjera muestra cómo una economía es moldeada, otra vez y sistemáticamente, en la dependencia.

Porque si de política hablamos, *lo político de la existencia* consiste en hacer realidad el horizonte utópico que se propone un pueblo en cuanto sujeto histórico; pero si ya no hay proyecto entonces la política se resume a ser una mera agenciadora del orden vigente (lo cual se traduce en una mera lucha por el poder). Por eso no es raro que, no sólo la derecha, sino hasta el gobierno recurra repetidamente al argumento “técnico” en vez del político. Ambos se acusan de hacer política y ambos reniegan de ello; lo cual muestra el abandono de *lo político* y esto significa la con-

frontación, por eso podemos notar el alto grado de déficit en la discusión, contaminada con la pura calumnia y la mentira, para el festín del circo mediático. La renuncia a *lo político* es, en definitiva, la renuncia a la resolución racional del conflicto creciente.

Entonces, esto que representa el *vaciamiento ideológico* de una nueva apuesta histórica es lo que sirve de caldo de cultivo de la reposición señorial promovida por una directriz gubernamental que, *renunciando al horizonte plurinacional*, vacía al propio pueblo del horizonte que se proponía en cuanto sujeto histórico. De ese modo, la vuelta a la “normalidad” se describe en los términos que la misma derecha esgrime: el cambio prometido nunca llegó sino que, hasta la corrupción se apoderó del “gobierno del cambio”. Entonces, la *transferencia de legitimidad* es lo que inicia la insurrección porque, además, una vez que el pueblo se encuentra vaciado de su propia mística, entonces se enfrenta a un bando conservador esgrimiendo *sus mismas banderas*, dejando al pueblo en la impotencia de verse ahora bajo el estigma anti demócrata y dictatorial.

Si el pueblo, en pleno proceso constituyente, hasta el 2010, era el heraldo de la mística democrática (lo cual debía haber llevado a un nuevo concepto de lo democrático), ahora se encuentra *expropiado* de su propia creación y recluido a un papel secundario de mero obediente de una política gubernamental que, para colmo, ya no muestra interés en reivindicar el horizonte indígena que le garantizó llegar al poder (y eso lo demuestra el último discurso del vicepresidente en el día del Estado plurinacional).

Lo que ahora permanece y delata una entusiasta asimilación a la cultura política tradicional —que era lo que había que transformar—, es el puro cálculo político de la acumulación de poder. Ello otorga a la derecha los argumentos para denunciar todas las iniciativas oficiales —incluso las mejores— como un accionar autoritario. Entonces, no es que la oposición descomponga el

carácter popular del nuevo Estado sino que es, *desde adentro*, que aquella descomposición empieza a suceder. Lo que hace la oposición es atizar la desestabilización como reflejo de aquella descomposición. Y éste es el escenario desde donde se hace posible una “revolución de colores”.

Se llamaría así porque es promovida con toda la fisonomía democrática que *fue usurpada* al pueblo; de este modo, los sectores contrarios a la nueva Constitución y a los principios de una “revolución democrático-cultural”, se ven en las mejores condiciones de recuperar el patrimonio estatal. Entonces se puede provocar una insurrección señorial que puede movilizar grandes contingentes de masa social para destruir un proceso “democrático” con banderas democráticas y, de ese modo, *inviabilizar* una recomposición popular.

Esto quiere decir que, una “revolución de colores”, precisa generar su legitimación desde la propia pérdida de legitimidad del gobierno; el modo de esa *transferencia* es lo que garantizaría el éxito de la “revolución”. Por ello los think tanks del Pentágono utilizan este concepto, aprovechando e instrumentalizando el carácter popular-democrático de una revolución para, mediante ella, reponer su hegemonía recuperando un sistema democrático útil a sus intereses. Eso es lo que, a nombre de “democracia”, defienden los analistas de la oposición (y hasta del gobierno): un concepto creado por la Comisión Trilateral en la década de los 70 para, precisamente, acabar con toda revolución popular (por eso, como en Brasil, hoy se pueden hacer hasta “golpes democráticos”).

A nombre de la “democracia”, se puede acabar con la democracia y ese es el propósito de una “revolución de colores”. Lo que llenaría de “colores” a esta asonada contra-revolucionaria es el uso premeditado de símbolos que expresan valores irrenunciables. Como el gobierno ya no es capaz de contener los

valores morales que la oposición esgrime ahora como su patrimonio único, entonces nos encontramos ante una situación en la que hay buenos y malos, y los medios se encargan de canonizar esta dicotomía belicosa. Por eso, para presentarse como “revolución”, debe primero imbuirse de esa *legitimidad transferida* que ya no puede recuperar el gobierno. Una vez que cede, mediáticamente, el patrimonio de la agenda política a una oposición que ahora aparece investida del espíritu “democrático”, es entonces cuando las contradicciones gubernamentales aparecen hasta premeditadas (las “tensiones creativas” del vicepresidente) y tienden a vaciar aún más la exigua legitimidad que tiene y ampararse sólo en la pura legalidad (para la mantención exclusiva del poder), lo cual conduce, inevitablemente, al uso de la fuerza coercitiva, como último recurso estatal.

Ahí es donde empieza la “revolución de colores”, haciendo de la derecha, en la plataforma mediática, la nueva depositaria de la legitimidad *usurpada* al sujeto del cambio. Lo que sale entonces a las calles, al enfrentamiento violento, bajo la rúbrica de pueblo, *no* es un pueblo *en tanto que pueblo*, porque esto significaría un sujeto histórico que apuesta por un nuevo horizonte de vida, sino que, lo que ahora se constituye en actor empoderado, es un contingente que defiende el orden hegemónico señorial, colonial y liberal y, por ello mismo, hasta podría exigir una intervención imperial.

La oligarquía misma, bajo el paraguas mediático de una “revolución de colores”, no puede constituirse en autora de la revolución, porque esa es una de las condiciones para movilizar incluso a sectores populares y congregarlos en una “multitud” “multicolor”, “diversa” y “pluralista” que le unifica sólo una fijación: sacrificar al chivo expiatorio. Son las propias contradicciones, al interior del bloque oficialista, las que inclinan las expectativas sociales a una apuesta conservadora porque, además, aquellos

desvaríos son acompañados por un paulatino abandono de lo que generó, en el pueblo, un nuevo *horizonte de creencias*. El bloque en el poder se hace conservador y aparece una elite que se constituye en *sujeto sustitutivo* del *sujeto plurinacional*.

Este *sujeto sustitutivo impone* su manera de entender el “proceso de cambio” y establece un culto a la personalidad como garantía de una fidelidad que sustituye al proyecto por el líder. Pero con aquel culto no hace sino vaciar de legitimidad al líder y convertir su liderazgo en una aventura personal. Inventa el “evismo”. Es decir, diluye en el líder toda la significación del “proceso de cambio”, convirtiendo al cambio en la extensión de un ego que ya no responde a nada sino a sí mismo. Lo que llamamos “llunquerío” es la *obediencia tributaria* que ahora no sólo des-constituye al líder sino al pueblo mismo. Ya no hay relación crítica con el líder y, sin ésta, el líder ya no se relaciona con el pueblo como *sujeto*. Las dirigencias asumen una verticalidad análoga, porque *lo sagrado de la política* ha sido abandonado y, en consecuencia, todo se corrompe. Todo se resume a defender el poder logrado. Una vez diluida la mística y el espíritu –*lo sagrado de la política*–, del cual era depositario el pueblo como sujeto histórico, lo único que queda es el poder y el cálculo político. La revolución popular se aburguesa, entonces el bando opositor puede decir: “son como nosotros, iguales o peores”.

Se genera una elite que se constituye en círculo concéntrico en torno al líder. Una vez que se ha abandonado el horizonte del “vivir bien”, la mística y el espíritu plurinacional, lo único que queda es el culto al líder. La fidelidad ya no es a un proyecto sino a la permanencia de la figura entronizada y esto termina no sólo reduciendo al pueblo sino al mismo líder, pues esto conduce a sumirlo en un solipsismo irremediable. Esto empieza con el llamado al referéndum del 21 de febrero de 2016.

Desde allí aparece una empeñada tarea de minar el liderazgo, pues toda opción se reduce a una y ésta consiste en el sacrificio del líder. El círculo se cierra en torno a la figura presidencial, porque ésta es la única garantía de la permanencia de ese círculo; de ese modo, el *sujeto sustitutivo* provoca el desgaste permanente del líder. Por sublimarlo terminan por sacrificarlo.

El referéndum era anacrónico y aquella tozudez sólo denotaba una insistencia que iría, en lo sucesivo, mermando y desgastando aún más la figura presidencial. Si hacemos un poco de recuento, podríamos advertir que fue en las “mesas de concertación” del 2010 (la “negociación” entre gobierno y derecha para aprobar el texto constitucional), donde aparece la negativa a una re-elección. El gobierno no fue capaz de esgrimir, aquel entonces, un argumento que mostrase el carácter chantajista de la derecha, porque la derecha condicionaba su aceptación con un requerimiento dirigido a un alguien *señalado* como “el causante de todo”; esa miopía hizo carne en el gobierno y en el MAS, porque, en efecto, todo empezó a concentrarse en el *señalado* por la derecha. Cuando después el gobierno, en el segundo mandato, se jacta de haber promovido una trampa a la derecha, da la razón a los chantajistas y el presidente aparece como el único tramposo.

Entonces, las expectativas populares empezaron a diluirse cuando el “gobierno del cambio” adoptaba la política tradicional y generaba un giro conservador. Bien podía el gobierno, en aquel entonces, proponerse honestamente constituirse en un gobierno de reconstrucción nacional (lo cual debía traducirse en una reforma moral) y plantear una continuidad de largo aliento en el liderazgo gubernamental, como sucedió, por ejemplo, con la reconstrucción de la Alemania post-segunda guerra (donde Konrad Adenauer fue canciller 14 años). Pero la falta de visión,

con el paulatino abandono del nuevo horizonte utópico, hizo ya merma en la argumentación oficialista. Incluso, cuando gozaba el presidente del máximo de popularidad, cuando era el momento oportuno de hacer un lapso en la presidencia y hacer una retirada estratégica para volver por la puerta grande (que es a lo que debiera siempre apostar un político), se determina insistir en una irreflexiva re-postulación, incapaz de advertir lo que eso traería. El tufo del poder ya no permitía visión estratégica.

Empezó un curioso proceso de desgaste, que ya parecía deliberado, y bastante preocupante, que terminó por hacer de cada acto electoral un evento plebiscitario. ¿Cómo, si no, se explica, por ejemplo, la sentencia del tribunal constitucional a favor de la re-postulación del presidente, horas antes de la elección judicial, como para detonar un repudio que se verificó en el apabullante voto nulo?

El código penal tampoco se iba a salvar, aun cuando fuese perfecto, porque ya todo se encontraba viciado del repudio a una nueva re-postulación del presidente (que pasaba por alto un referéndum propiciado *desde adentro* del gobierno, apelando al soberano, para desconocerlo después). Pues una vez abrogado el código penal, la derecha admite que el código era apenas una excusa y a lo que se apunta es, como en Brasil, a inviabilizar una nueva presidencia de Evo. Es el propio MAS el que se mete en este entuerto, al sacrificar a su principal ficha y mermar casi definitivamente una legitimidad que ahora hace aguas. Sólo el “núcleo duro” del MAS apuesta por la continuidad, pero esta apuesta ya no es meditada sino el resultado de la revancha irreflexiva; además opacada por un *desencantamiento creciente* en las propias filas masistas, cuando no sólo se ve una pérdida de sentido en la movilización popular sino en la ratificación de actores ajenos al proyecto popular en puestos claves de decisión.

- EL “TERMIDOR” Y LA DESPOLITIZACIÓN DEL “PROCESO DE CAMBIO”

Ya hemos señalado la importancia de la figura del “termidor” en el *aburguesamiento* de una revolución popular en otro escrito⁷. Por *aburguesamiento* queremos señalar el *vaciamiento sistemático* de los contenidos *alter-nativos* que poseía el proceso boliviano. Ese *vaciamiento* no es accidental sino premeditado y señala responsables, y tiene que ver con la discrepancia entre el llamado “socialismo del siglo XX” y el “vivir bien”. Aun cuando se proponga un nuevo “socialismo del siglo XXI”, su sola enunciación no basta y lo que debiera ser una auténtica auto-crítica no es sino una auto-afirmación de las mismas premisas que condujeron al fracaso histórico de la izquierda. El “socialismo comunitario” oficialista, dista mucho de ser un nuevo proyecto, siendo apenas una *mixtura posmodernista*, prescrita para los oídos de una izquierda continental que, en las conferencias del vicepresidente boliviano, se cura de la nostalgia pero *no* de la ortodoxia; pues festejan un discurso que *nunca cuestiona la idiosincrasia eurocéntrica* de esa izquierda: la singularidad del proceso boliviano no existe sino que “pareciera” que en Bolivia funcionan todos los credos del siglo XX.

En ese sentido, ya no conviene centrarse en el último discurso presidencial (en el día del Estado plurinacional) sino en el discurso del vicepresidente. Porque allí vamos a encontrar el modo cómo procede el *vaciamiento* de sentido histórico popular y que, en la coyuntura actual, ratifica la *trasferencia de legitimidad* hacia una oposición que, empoderada por la abrogación del código penal hecha por el propio Evo, tiene despejado el camino para generar una “revolución de colores”, por medio de la negativa ciudadana a una nueva re-postulación del presidente.

7 Ver: §30 El “termidor” de la *revolución democrático-cultural*.

En aquél discurso se ha podido notar un viraje definitivo, que confirma una ya *desideologizada* y *despolitizada* visión del llamado “proceso de cambio”. Ese *vaciamiento de contenidos* es la culminación del abandono de *lo político de una revolución*.

Cuando ya señalaba el vicepresidente (en una infausta declaración anterior) que nos encontramos en “estado de guerra” y, en consecuencia, llamaba a “defender el proceso de cambio a toda costa”, no hace sino confirmar una exigua comprensión de *lo político*, típico de los términos hostiles de una realpolitik que ya se creía superada. Porque, precisamente, la política, incluso en el puro pragmatismo, es el desplazamiento de la guerra. Quien sigue pensando la política como “la continuación de la guerra por otros medios”, es porque nunca ha entendido en qué consiste *lo político*. Por eso hasta sus diagnósticos se convierten en profecías de malagüero porque, si de “empate catastrófico” hablásemos, es la *transferencia de legitimidad* la que habría logrado aquello, como la confirmación de un premeditado accionar que horada las bases mismas de legitimación popular del “proceso de cambio” y del supuesto “gobierno del cambio”.

Lo que hace el discurso del vicepresidente es vaciarle al pueblo de la mística necesaria que le había constituido en pueblo; cuando de lo que se trataba, en plena asonada derechista, era de *ungir* al pueblo nuevamente con el espíritu democrático y de reconstituir su *politicidad* de *sujeto histórico*. Y esto pasa necesariamente por recuperar el horizonte indígena, que era la marca país del proyecto que había generado tanta expectativa a nivel mundial. Pero, con ese *vaciamiento*, porque en el discurso vicepresidencial no hay ya, una sola mención, al “vivir bien”, o a la “descolonización”, menos a la Pachamama o al “Estado plurinacional”, le *transfiere* a la oposición la mística de lo democrático, empoderándola como abanderada de la democracia y dejando al pueblo como un usurpador de aquello.

Un pueblo sin espíritu deja de serlo y cede su soberanía a la recomposición del espíritu señorial que restituye la oposición. En el discurso, como ya no hay ninguna mención al horizonte indígena-popular, todos sus buenos deseos acaban siendo coherentes con cualquier política hasta neoliberal. Eso demuestra que el viraje se concluyó y la propia derechización del gobierno es ya patente. El ideólogo que debiera dar línea y recomposición al sujeto del cambio, deja al pueblo huérfano de toda referencia trascendental y lo subsume en las mismas expectativas que cualquier proyecto neoliberal podría proponer.

Toda aquella apología de la tecnología actual (que Marx diría que no es sino el componente orgánico del proceso de maximización de la tasa acumulativa del capital global) muestra una ingenuidad sospechosa. La tecnología es una mediación y nunca un fin. Quienes son ofuscados por lo tecnológico, no hacen sino declarar su más exacerbado desarrollismo y su falta de comprensión de la singularidad de un proyecto político que generó un nuevo desiderátum epocal y que supo poner las cosas en su sitio. Las últimas tecnologías no son precisamente las que nos van a salvar del desastre ecológico que se viene (es más, habría ya que preguntarse: ¿entre tanta ciencia y tecnología, somos mejores seres humanos?, ¿la tecnología nos hizo mejores personas?; más bien, habría que señalar que, a mayor composición tecnológica, mayor devastación natural).

Volver a lo natural no es un romanticismo ingenuo; en muchos casos ha de ser la más sensata respuesta a la agudización de la *crisis climática*. Pero la ceguera desarrollista, que es la formalización de la *clasificación antropológico-racial* que produce la modernidad para legitimar sus pretensiones expansionistas, sólo ve como posible lo que el desarrollo prescribe, dejando lo que podría constituirse como independencia científico-tecnológica –la revalorización

y actualización de nuestro propio horizonte cultural y civilizatorio— como algo cancelado por la carrera desarrollista (credo del capitalismo y de una izquierda eurocéntrica).

La *desideologización* deja al pueblo inerte, sin contenido político y sólo con el déficit democrático de quedar relegado a mero defensor de una figura. Si el pueblo no es sujeto político entonces *no es pueblo*, pero si *lo político* se reduce sólo a lo partidario, entonces todo se reduce a defender a alguien y ya no a un proyecto de vida. *Lo político* es la *clarificación autoconsciente* del proyecto que constituye a *un pueblo en tanto que pueblo*, o sea, *lo político* debiera ser patrimonio de un *sujeto constituyente* autor de un *nuevo horizonte de vida*.

La propia agenda gubernamental que declara el discurso del vicepresidente, queda diluida en un mero decálogo prescriptivo que nos propone asumir al componente orgánico del capital —la apología de lo tecnológico— como única política estatal, y esto desnuda la ausencia de clarificación de un horizonte alternativo. Hay que recalcar que, incluso, para ninguna potencia, la tecnología constituye una política de Estado; porque lo gravitante en una política de Estado consiste en clarificar el proyecto de vida propio y no una mera apología de la ciencia y la tecnología, o del “progreso moderno” (que es lo que precisamente ha puesto en crisis el calentamiento global). Ello no hace sino descubrir al vicepresidente como un positivista más del siglo XIX.

El anacronismo se hace explícito cuando nos dice que “las nuevas obras que nos demanda la población ya no significa más mano de obra sino uso intensivo de tecnología”. Eso no sólo es un discurso demagógico dirigido a una clase media que ya no ve en él un actor creíble, sino que posterga definitivamente a los pobres de todo protagonismo en el proyecto que se imagina; es más, requerir sofisticadas tecnologías significa comprarlas, o sea, seguir siendo consumidores de un conocimiento que está diseñado *para depender*.

Si hasta ahora no se observa ninguna voluntad de revalorización de un conocimiento dormido y nunca apreciado por la academia, como son los saberes indígenas, resulta que ahora nos plantea el gobierno un abandono definitivo de aquella esperanza. La ausencia del concepto “vivir bien” en el discurso del vicepresidente no es casual; él mismo se encargó de excluir paulatinamente el lenguaje plurinacional en su versión liberal de la política estatal; cuando nos exige “colocarnos a la altura de la historia”, habla como el expresidente Mesa cuando nos exigía “someternos al imperio de la ley”. Hasta Jürgen Habermas se reiría de aquella encomienda, porque eso significa una relación pre-convencional con la ley, donde hay ausencia de relación crítica y de sujetos.

Para el vicepresidente, “colocarnos a la altura de la historia” significaría que desistamos de toda recuperación cultural, que los logros civilizatorios de nuestras culturas están condenados al puro pasado, o sea, que lo nuestro ya no sirve para “desarrollarnos” (al modo euro-gringo-céntrico). Si la tecnología deshumanizadora del primer mundo es la solución, entonces ¿de qué “revolución democrático-cultural”, “des-colonizada”, promotora del indio como “reserva moral de la humanidad”, de los “derechos de la Pachamama” y abanderada del “vivir bien”, estamos hablando? Si todo fue un engaño, ¿quién nos engañó?

Ahora que la oposición se siente empoderada, el gobierno sólo sabe optar por la beligerancia y esa parece ser la única carta que puede ofrecer el “termidor” en su discurso. Pero hace del pueblo ya no un sujeto histórico sino apenas un batallón de infantería. El *sujeto sustitutivo* conforma su cuartel general en una guerra anunciada y pone como única bandera de lucha la defensa de los generales.

El 2008 se pudo derrotar al golpe cívico-prefectural porque el pueblo estaba imbuido de la mística democrática y cons-

tituyente; ahora es la derecha la que tiene en bandeja de plata esa mística bajo la bandera democrática, gracias a la *transferencia de legitimidad* que hace un gobierno que ha perdido el horizonte plurinacional. Por eso en el discurso del “termidor” hay una ausencia total de ese horizonte y eso constata que ese jamás fue el horizonte que se propuso el “termidor” y nunca tuvo como propósito político estampar el horizonte indígena-popular en la política gubernamental.

Si el pueblo recuperase su papel protagónico, tendría que tomar consciencia de la usurpación que se hizo de una revolución popular; produciendo, desde adentro, la contra-revolución. Esto que se inicia a partir del referéndum y en los sucesivos intentos de re-postulación, denota que, más que errores, se trata de una meditada conspiración, *desde adentro*, para horadar la legitimidad, ya no solo del líder sino del proyecto popular que éste representa.

Continuamente, la elite gubernamental, ha dado las mejores muestras de brindarle a la derecha argumentos para confirmar los prejuicios en contra del gobierno, que se han ido resitiuyendo decisivamente gracias al accionar mediático. Lo cual también manifiesta una ceguera en cuanto a política comunicacional, que decepciona en cada episodio crítico (mientras toda la mediocracia bombardeaba contra el código penal, los canales estatales y sus radios estaban perdidos en el “Dakar”; el colmo sucede cuando, en horario estelar, el canal estatal inaugura un programa conducido por uno de los personajes más aciagos del racismo mediático). El gobierno carece de política comunicacional y eso pretende subsanarlo con pura propaganda, pero ni con ello remedia ese déficit.

La asonada social contra el código penal, muestra que, si se contase con verdaderos operadores políticos, lo más adecuado, para prevenir el estallido de un conflicto mayor, era socializar el

código en todo el tiempo de su gestación; además que ya teniendo un conflicto anterior con el sector médico, el gobierno ya debía de entrar en cuenta que en ese conflicto hay un rehén de por medio, que es la propia población. Si el gobierno se proponía enfrentar al poder que tiene ese sector (que se atribuye además la salud como *su propiedad privada*), debía primero proporcionarle a la población alternativas para no quedar como rehén en medio del conflicto. La creación de clínicas populares, revalorizando la medicina tradicional y alternativa, debiera de haber sido prioridad en un gobierno que se propone reformar el sistema de salud.

La falta de política comunicacional merma toda recuperación política del lado popular; si el canal estatal, los paraestatales y las radios oficialistas no tienen la capacidad de responder a la asonada beligerante que provocan los medios privados, eso devela una excesiva e ingenua confianza de la elite gubernamental en apostar por el desgaste de los conflictos. Otra vez, eso no es un simple error y ya huele a una rancia recurrencia al ninguneo de actores que se hacen cada vez más beligerantes. El que ningunea es porque se cree autosuficiente e infalible. Ese no es ni siquiera el “hombre nuevo” del que hablaba el Che y menos el que se propone el “vivir bien” como horizonte de vida.

La oposición y la derecha ya han declarado que el foco de la movilización, que congrega una creciente masa social sobre todo ciudadana, es la capitulación del presidente. Los resabios señorialistas de la movilización dejan ver, de ese modo, que, en medio de un descontento social comprensible, se cuela una repuesta insurrección señorial que atiza el conflicto mediante la exacerbación del racismo implícito en las dirigencias que aparecen liderando a la oposición. La fijación en el presidente es una fijación en lo que representa y eso se nota en la intransigencia que también hace mella en la oposición.

El desprendimiento presidencial, que sería la mejor forma de descolocar una insurrección de la oligarquía camuflada de “revolución de colores”, no es lo que se ve y eso agudiza más la situación. Mientras la derecha ningunea al núcleo duro de apoyo al presidente, que es la descualificación del pueblo como actor político, lo cual provoca su señalamiento negativo por parte de un radicalismo racista renacido; la elite gubernamental hace lo mismo con toda la oposición, no sabiendo discernir niveles de conflictividad y de actores que no pueden ser tratados con la misma vara. Todo eso no hace sino conducirnos al estallido social, es decir, a una “revolución de colores”. Frente a eso, cuando se debiera dar línea política estratégica de reposición hegemónica popular, el “termidor” opta por el enfrentamiento. Quien nunca ha podido producir hegemonía y tampoco ha permitido la *politización* del sujeto del cambio, es decir, la *constitución del pueblo en sujeto* (porque sólo le interesó reducirlo a “obediente” de los dictámenes de arriba) es quien se constituye en el “termidor” que se dedica, para su propia desgracia, a restituir el Estado que quería transformar. Si su proyecto de vida fue ser un viabilizador de la asunción de un indio al poder, ahora reafirma que nunca creyó en el indio ni en lo que cree el indio.

Los ingenuos y los oportunistas líderes de la oposición, tampoco se dan cuenta que sus aspiraciones acabarán, si se concretara la insurrección de la oligarquía, en la reposición de un orden que *sí* hará realidad sus miedos. *Serán barridos* como simples peones de un juego que acabará con una más férrea injerencia de nueva clase. Como en la Argentina de Macri, o el Brasil de Temer, una reposición oligárquica-liberal conculcará la democracia y todas las conquistas sociales y populares alcanzadas estos últimos años. Otra vez se reditará el episodio del gobierno de Torrez, cuando la izquierda también provocó el golpe militar.

No se dan cuenta que la derecha no actúa ni siquiera para sí misma y que, en su debido momento, el componente fascista se impondrá y *desplazará* a todos los ingenuos que, liderando interesadamente las marchas y los paros, habrán servido, en bandeja de plata, el poder a la insurrección de la oligarquía. El desenlace hasta burlesco que podría provocar la digitación externa de una “revolución de colores”, para terminar por descomponer una recomposición del campo popular, sería la entronización de otro “indígena” en el poder (no en vano un ex vicepresidente “indígena” es el más entusiasta crítico del gobierno), con la siguiente amonestación: “con un indio quisieron soñar en cambiar todo, con otro indio les enseñaremos que *nada* se puede cambiar”.

¿CÓMO DESCOLONIZAR LA REVOLUCIÓN EN ESTE NUEVO SIGLO?

14 de septiembre de 2018

La pregunta requiere de contexto. Porque, en primer lugar, no se trata de una revolución a secas, sino de *revolucionar* el concepto mismo. Veamos. Una revolución es entendida, desde la ortodoxia de izquierda (llamado “socialismo del siglo XX”, aunque la crítica se dirige también al “socialismo del siglo XXI”), como una transformación del presente de acuerdo a la imagen de un futuro modélico. Esto quiere decir que estas categorías temporales son comprendidas de acuerdo a una lógica lineal, de carácter evolucionista; que además es posible por el optimismo ingenuo en un futuro canonizado por un devenir histórico de carácter unívoco. El vector presente-futuro presenta al concepto revolución como la mediación necesaria de la resolución misma de la historia, que hace del pasado el sacrificio necesario en esta teleología encubierta, que le impone a la historicidad un sentido único y fatal.

Esta visión racionalista canoniza una metafísica de la historia que se impone definitivamente desde el siglo XIX; es decir, esta visión es el modo cómo se auto-comprende una subjetividad específica –la moderna– que ve, en la temporalidad humana,

un *proceso lineal de crecimiento exponencial*. A esto le denominamos el “mito del progreso infinito”. Sin este mito, es imposible una “economía del crecimiento”, es decir, el capitalismo. Ahora bien, cuando la izquierda habla de crisis del capitalismo, nunca hace referencia a este detalle. Y esto sucede porque el socialismo se propone, también, una “economía del crecimiento”. Es decir, capitalismo y socialismo parten de la misma mitología que envuelve a la propia ciencia moderna.

El “progreso infinito” es un postulado contra-fáctico que le sirve a la modernidad para generar una nueva religiosidad travestida de realismo racional; lo cual legitima la creencia optimista en el futuro, como el nuevo cielo de la sociedad moderna bajado al plano terrestre, pero transferido siempre hacia un adelante *nunca alcanzado*. Por eso la sociedad moderna se concibe como la sociedad del futuro: “la vida es eso que pasa mientras hacemos planes” a futuro, decía John Lennon.

Esta creencia *naturalizada* en la subjetividad moderna tiene historia y se impone definitivamente, como dijimos, desde el siglo XIX. Son los propios románticos de mediados del siglo XVIII, quienes atestiguan ser “los inventores de la antigüedad”. El propio romanticismo, en su versión no conservadora, es escéptica del futuro moderno. Hasta ese siglo no se tenía, ni siquiera en Europa, una visión tan devaluada del pasado y un optimismo tan cándido por el futuro. Estas son categorías de interpretación de la temporalidad humana que contienen ya una concepción *lineal* de la historia. La propia periodización histórica (prehistoria-esclavismo-feudalismo-capitalismo-socialismo) que creemos *natural* y que es credo de la ciencia histórica, es algo que se lo debemos a Hegel, cuando remata su filosofía de la historia con esta metafísica teleológica que pone a la modernidad como la culminación de un devenir necesario e inevitable.

Desde entonces, lo que no es Europa, queda relegado al pasado, *inferiorizado* además por la imagen de un futuro sin contradicciones, es decir, “perfecto”. Por eso se trata de una teleología metafísica, pues se cree que todo pasado es inferior y lo superior es patrimonio exclusivo del futuro; pero ese futuro no es cualquier futuro sino el futuro diseñado por el “progreso infinito”, y el pasado es todo aquello que *no es* la Europa moderna. Por eso el *ser*, *lo que es*, es decir, lo posible, es el futuro moderno, y el *no-ser*, lo que *no es*, es decir, lo que no es posible ni deseable, son los otros horizontes civilizatorios de la humanidad conquistada restante, condenados a un pasado sin porvenir alguno.

El futuro le pertenece exclusivamente a lo que es capaz de proyectar la modernidad. La historia se hizo unidireccionalmente lineal-evolutiva y la modernización de todas las relaciones humanas se revestía, ahora sí, como *re-evolucionaria*. Desde entonces (hace apenas 2 siglos) se entiende que toda revolución no puede dejar de impulsar el tren de la historia hacia adelante, pero ese adelante no es cualquier adelante sino el futuro que proyecta la propia mitología de la modernidad: el “progreso infinito”.

El “desarrollo”, como sustantivo de toda acción política “revolucionaria”, ahora se puede imponer como el marco de interpretación del horizonte de expectativas de toda revolución. Por eso hasta la izquierda se autodenomina “progresista”. Los credos modernos, como religiosidad secularizada, los asume la izquierda que, sin saberlo, son parte constitutiva del modo cómo la modernidad desarrolla la economía que ha creado: el capitalismo.

El capitalismo es imposible sin “progreso” y “desarrollo”. La propia revolución industrial configura una economía que hace del proceso de acumulación de capital un proceso de *crecimiento exponencial* al infinito. El problema radica en que ese crecimiento, de carácter siempre infinito, pretende sostenerse en una base real

que *no es infinita* sino finita. La *crisis climática* (mal llamada “cambio climático”) da testimonio de aquello: una economía del crecimiento es incompatible con un planeta físicamente limitado (el agotamiento de los recursos es la evidencia de aquello). El trabajo humano y la naturaleza no pueden sostener indefinidamente las expectativas crecientes de una producción de riqueza exponencial. Eso es lo que describe Marx cuando muestra la lógica suicida del capital.

Entonces, ¿por qué las revoluciones socialistas fracasan en el siglo XX? y, ¿por qué son siempre periodos de capitalismo renovado los que los suceden? Para colmo, ¿por qué los “revolucionarios” pueden cambiar fácilmente de bando? A esto debe responderse con una crítica al sistema de categorías que sustenta al horizonte de expectativas de la propia subjetividad “moderno-revolucionaria”.

Cuando, por ejemplo, esta subjetividad se expresa como “progresista”, devela sin saberlo una religiosidad que *le constituye en subjetividad moderna*, o sea, burguesa. Creer en el “progreso” es creer en el cielo secularizado del mundo moderno; esto le hace descreer, o sea, negar y anular toda otra posibilidad que no sea la que impone la cosmogonía moderna expresada secularizadamente como ontología del tiempo histórico.

Jürgen Habermas señalaba curiosamente —hace poco— que, uno de los problemas que atraviesa la cultura moderna es su excesiva secularización (en ese sentido es que algunos autores se plantean una necesaria situación “post-secular” para entender el mundo de hoy). No en vano se pone de moda Walter Benjamin, porque es precisamente él quien señala que el capitalismo *es una religión*. Esto señala que la modernidad no es un mundo racional post-mítico, sino que es tan mítico como cualquier otro estadio civilizatorio. Y esto sucede porque el mito es *condición humana*.

Porque la razón es finita y no puede conocerlo todo, precisamos de mitos para descubrir el sentido de la existencia humana. Pero los mitos no son indiferentes a los proyectos históricos que se propone la humanidad sino que, como fuente histórica, pueden ser, tanto de liberación como de dominación. En ese sentido es que afirmamos que la modernidad origina mitos de dominación; pero al presentarse, a sí misma –por mediación de la ciencia y filosofía modernas–, como la superación del mito, lo que hace es imponer esos mitos como lo *único* real y más racional.

Para que sus mitos aparezcan como lo *único* verdadero, racional, justo y bueno para la humanidad, condena todas las otras creencias, espiritualidades, y sus mitos respectivos, al pasado (sin vigencia alguna y, en consecuencia, sin lugar en el devenir histórico); por ello, cuando subjetivamos, es decir, interiorizamos y encarnamos los mitos modernos, lo único posible, factible, deseable, que se nos aparece, es el “progreso” que impone la *religiosidad* del futuro moderno.

En la cosmogonía moderna el tiempo histórico es lanzado al futuro que consagra el “progreso infinito”. Ese es el tren de la historia y Walter Benjamin se encarga en denunciarlo como la *catástrofe misma*, por eso dice que una revolución ya no debiera considerarse como el acelerador del tren de la historia sino como un freno que haga posible otra direccionalidad histórica. Los marxistas no le entendieron, ni siquiera los de la famosa “Escuela de Frankfurt”; pero lo que hizo fue una lúcida recepción de la “teoría del fetichismo” de Marx.

Esta teoría es donde despliega Marx el método dialéctico en toda su radicalidad. Porque si la dialéctica piensa las contradicciones radicales, éstas sólo pueden ser expuestas cuando se describe el contenido último del “modelo ideal” –es decir, de los mitos– que sostiene una forma de vida (que se objetiva como sis-

tema de la producción). Lo que hace la descripción del “modelo ideal” es exponer los mitos que fundan y hacen posible esa forma de vida (como auténtica producción de muerte en el capitalismo moderno); es decir, lo que haría la “teoría del fetichismo” es desmontar históricamente el *cómo se han naturalizado* esos mitos en la propia subjetividad de los individuos.

Porque la objetividad moderno-capitalista, como realidad producida, precisa de impulsores y estos sólo podrían impulsarla si han *subjetivado* esa objetividad como una suerte de *naturalización* en su propio *sistema de creencias*, incluso “revolucionarias”. Esto significa que una crítica al capitalismo es inútil si la crítica no es dirigida al horizonte mítico que hace posible al propio capitalismo. El método dialéctico entonces nos debiera conducir a un necesario más allá de ese horizonte, como el locus de exterioridad desde el cual se nos pueda manifestar la contradicción esencial en toda su envergadura: capital versus vida.

Esto significa trascender categorial y existencialmente el paradigma de vida que sustenta a la economía que, aun en crisis terminal, puede reponerse gracias a la correspondencia que halla en las propias expectativas de los individuos, constituidos –por esta *naturalización*– en *subjetividad moderna*, o sea, burguesa. Por eso los deseos no bastan, cuando lo único posible de imaginar, incluso para el “revolucionario”, es el mismo mundo que tanto critica. Esto es lo que señalan los sabios cuando dicen que: “es fácil salir del mundo, lo difícil es que el mundo salga de uno mismo”. Y el mundo no sale de uno porque el modo cómo ese mundo se *naturaliza en nuestra subjetividad* no es precisamente racional sino mítico-simbólico. Los individuos se hallan desarmados e indefensos ante aquello, porque esta dimensión de la existencia ha sido anulada por la propia ciencia moderna al despachar la teología de las universidades.

Una vez que la modernidad impone su propia *religiosidad* de modo secularizado, es decir, en lenguaje científico, entonces puede denunciar toda creencia como locura, menos la suya. Por eso la *subjetividad moderna*, o sea, burguesa, es atea. Cuando seculariza sus mitos, que actúan como literales *dioses sustitutivos*, cree que ya no precisa de ninguna religión; el método demostrativo-experimental se convierte en su nuevo credo y la ciencia le brinda una nueva fe: la tecnología nos convierte en Dios. La izquierda latinoamericana ha subjetivado muy bien esta *religiosidad* moderna y, por eso, ella misma se ofrece como continuadora fiel de la Conquista, es decir, se hace continuadora fiel de la “extirpación de idolatrías”.

El “izquierdista revolucionario”, “marxista”, “comunista”, “trotskista”, etc., no cree en ningún Dios, menos en la Pachamama, porque si el indio –desde la mitología moderna– es “inferior”, sus dioses también lo son. No cree en nada pero cree *religiosamente* en los ídolos terrestres que imponen la modernidad y el capitalismo. El capitalismo *es una religión* porque produce *dioses sustitutivos* que toman el lugar de toda referencia trascendental que conduce y decide la vida y la muerte a espaldas de los actores. En política eso se hace evidente y conduce a la perversión de la misma política.

René Zavaleta decía que, cuando se pierde la *cosa sagrada* de la política, ésta se reduce al puro cálculo político. Porque cuando el político ya no cree en nada, el único objeto de su devoción es el poder. Sus referencias trascendentales se hacen tan mundanas que aquello le conduce, inevitablemente, a la inmoralidad de sus actos. La corrupción de la política no empieza con la pérdida de legitimidad sino con la *pérdida de horizonte utópico*. Esto es *lo sagrado de la política*. Cuando Hegel hablaba de reforma y revolución, no se refería a lo que, desde Rosa Luxemburgo, se entiende por reformismo. Por reforma se refería a la reforma protestante.

Con Ernst Bloch sabemos que todo acto político verdaderamente revolucionario es portador de un espíritu utópico. Por eso, no hay revolución sin una gran narrativa mítica que constituye al pueblo en sujeto histórico. Esto era la reforma protestante para la revolución burguesa. Una vez que la burguesía produce su propia objetividad, en cuanto mundo moderno-capitalista, por mediación de la ciencia y la filosofía, le priva al pueblo de toda otra referencia trascendental, para subsumirlo en la utopía burguesa como lo único posible y deseable. Esa fue la dinámica emplazada en el Nuevo Mundo para acabar con el “Taki Unkuy”; el laboratorio de aquello es Europa, cuando se liquida a los movimientos mesiánico-milenaristas de los campesinos europeos (por ejemplo, el liderado por el predicador alemán Thomas Müntzer).

Si la constitución política de un pueblo es histórica, esta constitución sólo puede ser entendida como reconstitución, es decir, como constitución de una *nueva subjetividad*. Sólo una nueva subjetividad podría ser la creadora de una *nueva objetividad*. Por eso no nos cansamos en subrayar: no se es pueblo por adscripción automática sino por *apuesta histórica*. Ser pueblo es un desafío que nace producto de una decisión libre y soberana; entonces puede aparecer, más precisamente, un *pueblo en tanto que pueblo*, es decir, un sujeto histórico. Pero esta descripción es todavía formal si no aparece un añadido: lo histórico nos remite al origen, *no* al futuro.

El pasado no es algo pasado sino el lugar donde el presente demanda su petición de sentido. La *colonialidad subjetivada* de los “revolucionarios” ha hecho olvidar que el pasado es también campo de *posibilidades no cumplidas*, es decir, horizonte de también futuros posibles y nunca pensados. Por eso lo por-venir no es un atributo exclusivo del adelante en cuanto futuro único.

Sólo de ese modo tiene sentido *descolonizar* el concepto de revolución, es más, una revolución del concepto sólo podría ser

comprendida a partir de una descolonización de la propia temporalidad histórica, porque las revoluciones se producen en el tiempo, pero *no en cualquier tiempo*. Por ello se habla ahora, en lo mejor de la filosofía política, del concepto de “tiempo mesiánico”, donde acontece un *otro tiempo* irreductible al devenir lineal del tiempo mundano. Por eso una revolución sería un acontecimiento extra-ordinario, y en ello encontraríamos su carácter hasta sagrado, es decir, apartado del tiempo profano. Porque en el “tiempo mesiánico” confluirían todos los tiempos, de tal modo que, hasta el origen y el fin comparecerían en una experiencia que, sólo de ese modo, podría llamarse revolucionaria, es decir, transformadora y, sobre todo, trascendental.

Todos los tiempos confluyen quiere decir que el presente ha dejado de ser lo simple deducido de un devenir lineal y se constituye en la *irrupción* misma de la historia hecha *acontecimiento*. En ese sentido es que el “tiempo mesiánico” es apocalíptico porque marca el fin y el origen de un nuevo tiempo y ese nuevo tiempo sólo puede ser vivenciado de modo *místico*. Es decir, si detrás de toda gran revolución hay una gran narrativa mítica, la relación con ésta se da, en su grado más excelso, de modo *místico*. Esto es lo que hace que el pueblo se constituya en portador del espíritu de un nuevo tiempo.

Entonces, de lo que se trata es de explicitar las narrativas contenidas en el proceso de constitución de un *pueblo en tanto que pueblo*, porque en esas narrativas se describe *aquello en lo que cree* y hace a *un pueblo ser pueblo*. Creer en lo que cree un pueblo significa situarse —en cuanto *consciencia anticipatoria*— en ese horizonte que hace a un pueblo ser pueblo, o sea, *hacerse pueblo*. Por eso la constitución histórica de un pueblo es un proceso de reconstitución mítico-simbólica y es el *desde donde* un pueblo se *reconstituye en cuanto comunidad*, es decir, como lo que es antes de su subsunción

en *consciencia periférica*, o sea, satelital, o sea, colonial; en ese sentido se podría decir que, no se es pueblo en tanto no se es *potencia* trascendente de su determinación sistémica. Por eso no puede acudir a los meta-relatos hegemónicos, porque ellos son la fuente de la dominación de la cual es objeto. Recuperar su pasado es el movimiento diacrónico de su propia recuperación como *sujeto*. Cuando el capitalismo produce miserables para auto-producirse a sí mismo, la miseria que produce es, en última instancia, cultural y espiritual; sólo de ese modo, privado de dignidad, el ser humano puede ser ofrecido como el sacrificio perfecto para el dios capital en el altar del mercado global.

Por eso la deshumanización que produce es esencial para afirmar el sistema de la producción de la muerte de una economía de carácter exponencial. Esta economía es imposible sin una *devaluación absoluta* de ser humano y naturaleza; las dos únicas fuentes de riqueza tienen que ser despojadas de toda referencia trascendental para ponerlas al servicio, como simples mediaciones, de la lógica de acumulación insensata de riqueza material.

Esto significa, en el ser humano, anular su espíritu utópico, es decir, su potencia creadora, o sea, su constitución en cuanto sujeto. Entonces, una *revolución* de la revolución significaría, ya no arrojarnos resignadamente al futuro moderno (que ya no es nada halagüeño) como fatalidad histórica, sino de proponernos un giro existencial y convocar otros horizontes no logrados como respuesta al laberinto en el que nos ha encerrado la propia modernidad.

Por eso ya no se trata de una revolución a secas sino de lo que, por ejemplo en Bolivia, habíamos deseado como “revolución democrático-cultural”. Porque se trata de impulsar lo que, de más democrático, posee una revolución, y esto consiste en el proceso mismo de constitución de *un pueblo en tanto que pueblo*. Un pueblo

se hace pueblo en la medida en que es portador de una gran narrativa que es capaz de constituir un nuevo sentido común (eso era el “suma qamaña” o “vivir bien”). En esa medida es que un pueblo es capaz de transformar su propio horizonte de creencias y producir, *desde sí*, su propia liberación; entonces es cuando activa su máximo de disponibilidad común y se hace poder, es decir, sede soberana de todo poder político (el poder como facultad no como propiedad). Ese *producir desde sí* es lo que de cultural posee lo revolucionario de su proceder, porque *acudir a sí mismo es despertar desde su propia historia como en quien se redime toda la historia*.

Por ello hay que trascender los 500 años de dominación moderna y convocar lo *milenario-originario* ausente en la proyección utópica de una revolución global del siglo XXI. Una revolución, si es tal, en el presente siglo, sólo podría serlo si se asume como *restauradora de lo sagrado de la vida*; es más, sólo podría superar su provinciana versión eurocéntrica si incluso, paradójicamente, se postula como “conservadora”. ¿Qué es lo que hay que conservar?, es una pregunta necesaria ante cierto anarquismo que pretende empezar todo de nuevo, otra vez, como anulación absoluta de todo pasado.

Ante la tan denunciada pérdida de valores humanos, se hace evidente que el camino adoptado por el progreso moderno no nos lleva a nada bueno. Ponerle freno al tren de la historia sería devolverle sensatez al devenir histórico. Por eso el indio se constituía como “reserva moral de la humanidad”, no como la idílica imagen del “bon savage”, sino como el portador de un otro destino distinto al fatalismo historicista del mundo moderno. Sólo de ese modo tendría sentido un futuro, ya no como la ideológica superación nihilista del pasado, sino como la reconciliación histórica de todos los tiempos en un porvenir que sea común: “un mundo en el que quepan todos”.

EL VERDADERO JUEZ ES EL PASADO

8 de abril de 2019

El cisma geopolítico que se ha de definir en Venezuela es inédito y merece una resignificación del concepto de coyuntura. Si la coyuntura tiene importancia analítica es porque ésta viene a ser el modo cómo la historia hace del tiempo político *acontecimiento*. Pero un *acontecimiento* es sólo posible si el tiempo deja atrás su inercia cronológica y se produce experiencia histórica, es decir, *se hace historia*. Esto es lo que se denomina “tiempo mesiánico”, porque éste literalmente *acontece* cuando el presente deja de ser simple presente y se constituye en receptor de memoria histórica, es decir, cuando el presente se hace coyuntura política. Entonces, la importancia de la coyuntura radica, más que en su escenografía política, en el *cómo la historia comparece* y deja de ser pasado y se hace horizonte político; de ese modo, el pasado deja de ser una simple rememoranza y se hace presencia decisiva en la *definición política del presente*. Sólo por esta *definición* el presente se hace proyectivo y abre la posibilidad de que se proponga parir un nuevo tiempo.

Por eso la coyuntura se constituye en locus histórico desde donde pueden hilvanarse las referencias trascendentales que encarna el presente y que reclaman su resolución histórica; por eso, cuando nos referimos a la coyuntura, no nos referimos a cualquier

evento sino a la fragua decisiva de la *definición política del presente*. Ese es el verdadero tiempo político y no la dinámica acelerada de la gestión política. Por eso una reflexión histórica no mienta sobre el pasado en cuanto pasado sino que es siempre una reflexión del presente a la luz de la historia.

En ese sentido, hacer de la coyuntura una mera síntesis de la combinación de factores y circunstancias en la arena política es no saber pensar el pasaje *de la historia a la política*. Entonces, ampliar la coyuntura es devolverle a la política materialidad histórica. Sólo cuando el pasado deja de ser pasado, el presente se hace coyuntura, y el futuro ya no se impone como fatalidad, dejando a la política huérfana de todo sentido histórico.

Esta reflexión la creemos necesaria para comprender si, lo que se juega en Venezuela es el *destino de nuestros pueblos*, debemos de discernir, a la luz de todos los tiempos, *a qué tipo de destino* nos estamos refiriendo. Entonces, una reflexión coyuntural (más allá del mero análisis de coyuntura) debe trascender las limitaciones conceptuales y abrirse a aquello que históricamente está aconteciendo en el presente. La combinación de factores y circunstancias presentes configuran la escenografía pero no explica el drama mismo en que se debate la coyuntura. Por ello se suele recurrir a referencias inmediatas pero, de ese modo, en el análisis de coyuntura, el presente aparece desconectado de la historia y, en consecuencia, la política queda a merced del puro cálculo político.

En ese sentido, muchos de los análisis actuales, sólo ven una réplica de, por ejemplo, la “crisis de los misiles”, reducido a una disputa entre potencias; pero en este análisis desaparece *lo histórico* de la coyuntura y, en consecuencia, el pueblo desaparece como sujeto y también *lo político* del presente. Es decir, esta visión no hace más que reafirmar la despolitización aristocrática de la percepción social, que resume todo al puro poder de negociación.

Reducir el cisma geopolítico a una disputa, incluso de carácter geoestratégico, significa también asumir el guion imperial como hermenéutica política y esto, infelizmente, sólo conduce a su reposición hegemónica; porque esta versión es funcional a la demagogia de la “amenaza al mundo libre” que usa el Imperio para desatar sus “guerras defensivas” (no hay poder más peligroso que aquel que se hace la víctima).

Por eso la guerra arancelaria desatada contra China viene acompañada de una renacida sinofobia que se impone en nuestros países para demonizar la expansión china y, de ese modo, vestir de añoranza la decadencia imperial. Los mismos intereses desatan el renovado sentimiento anti-ruso de la guerra fría para, entre otras cosas, incrementar el presupuesto militar (único sostén actual del dólar). Ambos develan la inseguridad imperial a la hora de reponer su hegemonía, porque el mundo ya no es unipolar y la narrativa imperial *ya no sabe en qué mundo se encuentra*. En su decadencia, ya no sabe cómo renovar su dirigencia mundial y sólo acude a reponer sus mitos fundacionales; frente a la expansión e influencia de nuevas hegemonías, sólo sabe reafirmar su horizonte de prejuicios e imponer su mitología más acabada: su “excepcionalismo” como su “destino manifiesto”. Por eso la reposición de la Doctrina Monroe no es casual sino se inscribe en una decadencia que no es sólo económica sino hasta espiritual.

Entonces, el cisma geopolítico que se abre, abre también al presente y lo enfrenta a la historia, porque el cisma tiene que ver con la sobrevivencia misma de la dicotomía global *centro-periferia*, es decir, *del orden geopolítico moderno-imperial*. Eso significa la develación de la carne misma que se atiza en esta conflagración, y esto consiste en el *posible desmantelamiento del concepto de soberanía*. Es decir, lo que se pretende demoler, al modo del auto-atentado a las torres gemelas, son las *soberanías nacionales*. Al Imperio no le queda

otra, porque su reposición hegemónica en un des-orden tripolar y, para colmo, post-occidental, depende de desterrar a nuestro continente —y al mundo entero— a una situación pre-estatal (Venezuela es sólo el comienzo). Esta regresión histórica *no es una fatalidad del subdesarrollo sino una demanda del desarrollo* (el discurso de “make America great again” presupone esta condena).

Por ello la necesidad de restaurar la Doctrina Monroe, para así enfrentar la posibilidad de una revolución continental. Si esto es así, la reflexión coyuntural nos debe posibilitar advertir qué *horizontes no cumplidos* están debatiendo en el presente su posible resolución; porque *no hay pasado que esté pasado y no hay lucha histórica que no despierte utopías no logradas* y, si el conflicto es de tal magnitud, cabe preguntar *si el presente político está a la altura de una resolución de tal magnitud*.

Como hace casi dos siglos, USA acude a su mitología para afirmar su vocación imperial (en la historia no hay nada casual). Una otra Doctrina, desde el Sur, nacía desde la visión profética de Bolívar, que comprendía la necesidad de una liberación continental; después Chávez es quien intenta cumplir aquello, expresado como Doctrina Bolivariana, ahora continuado por Maduro. Eso es lo que ahonda la decadencia de la hegemonía imperial y le obliga a transferir su contienda global a lo que considera su “patio trasero”. Desde el golpe a Mel Zelaya en Honduras, hasta la creación del PROSUR, la cosa estaba clara: no se iba a permitir, bajo ninguna circunstancia, una *desobediencia generalizada*; porque es precisamente condición básica, para ser Imperio, la ausencia de un proyecto común en sus naciones oprimidas.

La lucha de doctrinas manifiesta una lucha a vida o muerte que enfrenta el Imperio en su propia decadencia; para sobrevivir en un nuevo equilibrio global tiene que sepultar toda apuesta liberadora de sus colonias inmediatas, lo que implica una *despo-*

sesión sistemática de toda soberanía nacional. A la hora de reponer la importancia estratégica de la Federación Rusa, Vladimir Putin es consciente del peligro global que implica un mundo sin soberanías nacionales. En ese contexto, la aparición de los BRICS, era la respuesta nacionalista frente la globalización financiera del dólar. Por eso es desacertada la acusación que hace el Imperio: *ni China ni Rusia son competencia imperial.* Por un lado, lo que antepone Rusia en la actual disputa geopolítica global es no permitir, bajo ninguna circunstancia, volver a ser periferia, ya que eso significaría la balcanización total, es decir, la capitulación indefinida. Por otro lado, la expansión China no es imperial; los inventores de la pólvora—que se anticipan a los europeos por 74 años al “descubrimiento” de América— nunca necesitaron de invasiones extraterritoriales, siempre les bastó su expansión comercial.

Para China, ni el socialismo ni el capitalismo son fines nacionales; o sea, encasillar al nacionalismo chino en una clasificación occidental es puro eurocentrismo y eso es lo que hace que Europa y USA *no entiendan a quién en verdad se enfrentan.* Por eso la coyuntura nos brinda la posibilidad de, incluso delimitar—más allá de la provinciana visión anglosajona del mundo— el concepto de Imperio como *exclusivamente occidental.*

No toda dominación es imperial; una dominación apenas formal no constituye Imperio. La expansión imperial es la primera manifestación de lo que conocemos como “factor exponencial”. La historia imperial comienza en Roma, pero requiere de la vocación “universalista” que le brinda un cristianismo funcionalizado, para rematar definitivamente su proyección imperial en proyecto “civilizatorio”; de ese modo, una *dominación infinita* se afirma contundentemente en cuanto “proyecto de salvación universal”. Por eso las guerras que patrocina el Imperio gringo se declaran “guerras santas” o “lucha del Bien contra el Mal”; ésta inevitable

divinización es el verdadero *fundamentalismo moderno*. Por eso Marx tiene razón: la crítica de la religión es condición de toda crítica. Bajo el Imperio romano no hay otro Dios que el Dios del Imperio; esa amenaza imperial se expresa actualmente de este modo: no hay otra democracia que la democracia gringa.

Por eso puede invadir países en nombre de la “libertad”, los “derechos humanos” y la “democracia”. Estos ídolos conforman el discurso secular de su pretensión divina. Esto es lo que *naturaliza* el Imperio como *geopolítica del sentido común*, es decir, como *religiosidad naturalizada* (por eso hasta beatifica a sus sicarios mediáticos, como “San Jorge Ramos”, patrón de los falso-positivos). En ese sentido, la Doctrina Monroe expresa la antropología imperial como *clasificación naturalizada de la desigualdad humana*; esto es lo que significa “América para los americanos”. Por eso la coyuntura es tan dramática y pone en juego la existencia misma de nuestras naciones. En el des-orden tripolar, el Imperio sólo puede sobrevivir si acaba con toda soberanía nacional, por eso alinea a todos sus títeres y los reúne en el PROSUR contra la UNASUR (la OEA contra la CELAC, la AP contra el ALBA, etc.).

La visión geopolítica del comandante Chávez era una actualizada y estratégica adecuación de un proyecto de liberación continental en un contexto post-imperial; su lucidez consistía en advertir el desmoronamiento imperial, lo cual significaba *apartarse de ese derrumbe* y optar por un ingreso soberano en la nueva arena global multipolar. En su ambición infinita, un Imperio muere desde adentro y todo empieza por la decadencia moral; cuando cae, cae como un coloso de bronce con pies de barro y arrastra a todo aquello que no sabe apartarse de esa caída.

Si la economía sigue su viraje al pacífico (y el último encuentro en París, entre Xi Jinping, Angela Merkel, Emmanuel Macron y el jefe de la Comisión Europea Jean Claude Junker –donde

Europa busca desesperadamente ingresar a las tres “rutas de la Seda” y China promover un nuevo orden internacional—, es una muestra del apogeo oriental y la declinación de Occidente), todo intento de cooptar nuestras economías por parte de la hegemonía del dólar sólo logrará *aislarnos* del mundo, es decir, el verdadero aislacionismo se hará realidad gracias a la vergonzosa capitulación que promueven las oligarquías latinoamericanas en defensa exclusiva del dólar.

Demoler la soberanía de los Estados supone una *transferencia de derechos por desposesión jurídica*, es decir, la *transmisión de soberanía* a un “apoderado” transnacional. Esto significa el fin de la ONU; pero no se trata de su obsolescencia sino de que el Imperio declara *el fin del derecho internacional*; de este modo se implementa la estrategia Rumsfeld-Cebrowski: dividir el mundo en el caos y el orden. Sólo de ese modo los Estados sobrevivientes pueden acceder al mundo del caos reducido a tanque de recursos estratégicos, pero sólo y únicamente a través del Estado gendarme.

La Doctrina Monroe fue pensada para impedir la injerencia de las potencias europeas en América, mientras USA desarrollaba todas sus capacidades intervencionistas; ahora el intervencionismo es apenas un dato que verifica la soberanía hipotecada de nuestros Estados. Por *transferencia de soberanía*, es decir, de poder político, es que el Imperio se *unge* de poder *real*; sólo de este modo el colonialismo *se hace colonialidad*. En ese sentido, las invasiones son, para el Imperio, cobro hipotecario. La riqueza hidrocarburoífera, mineral y acuífera, de la cuenca del Orinoco, no son meros justificativos de un saqueo mercantil sino el cobro que estima “justo” el “derecho de conquista”.

Con el último reconocimiento gringo de la soberanía israelí de los Altos del Golán, el Imperio antepone el “derecho de conquista” sobre la diplomacia, la guerra sobre la política; y con

ello entierra el derecho internacional que, precisamente, dio origen a la ONU. Éste es el coup d'Etat contra toda jurisprudencia vinculante y la renuncia a un pacto democrático entre potencias (un Imperio no lucha por algo sino por todo). Ya evidenciada su vulnerabilidad imperial (sobre todo en el ámbito militar), la única opción que le queda, es amenazar al derecho y la seguridad global. Lo cual ya es una realidad con la deuda universalizada que promueve la *religiosidad* acabada del capital, donde la incertidumbre, el miedo, la insatisfacción, la inestabilidad, la angustia, la inseguridad generalizada se vuelven activantes de la única seguridad: el dinero inmediato. Si no hay nada seguro, la propia fisonomía que adquiere la realidad es la incertidumbre. ¿Por qué las fake news son decisivas en esa clase de mundo? Porque éstas, aunque no establecen ninguna certidumbre a largo plazo, sí ofrecen un soporte efímero, como el dinero. Las fake news tienen ese origen, sólo pueden nacer del fake money (o del llamado dinero fiat), es decir, expresan a las finanzas actuales, cuyo grado de realidad son apenas burbujas en un mundo de la post-verdad.

Por eso, para el Imperio, ninguna alternativa puede prosperar, porque eso significaría la relativización de su mitología. Desde su “excepcionalismo” USA jamás se ha considerado un igual a las otras naciones, por eso concibe la ONU desde la *clasificación imperial*: mientras la Asamblea General aparenta una democracia mundial, el Consejo de Seguridad y su poder de veto es el *ojo de Dios* que reduce al mundo a un *panóptico global*.

Por eso la coyuntura, como acceso sintético a lo histórico de la política, nos puede conducir al escenario último que se debate en el presente. La descripción que hemos realizado es posible desde esa perspectiva. En ese sentido, la “revolución bolivariana” —como lo que posibilitó inicialmente la “revolución democrático-cultural” en Bolivia— es imposible de comprender si

no incluimos en la reflexión aquello que actualiza como pasado latente. Todo el orden referido en nuestra descripción es el sistema-mundo moderno que, en su decadencia, en cuanto rebelión de los límites empíricos que relativiza toda economía del crecimiento —como es el capitalismo moderno—, vuelve a sus orígenes como expresión histórica de su crisis. La modernidad nace con la conquista del Nuevo Mundo y esa conquista empieza en el Caribe. Y en el Caribe, una vez que el genocidio indio es consumado, es continuado por el genocidio afro; es decir, el Caribe es el primer altar sacrificial que alza la modernidad para consagrar su proyecto de dominación universal.

Si lo que se enfrentan, hoy en día, son, como habíamos dicho, dos tipos de doctrinas, es porque esas doctrinas resucitan el conflicto inicial. Porque lo que pretende naturalizar el Imperio es, en realidad, producto de la invasión, saqueo y genocidio que origina el mundo moderno. Por ello hablamos de *crisis civilizatoria* y no simplemente de crisis del capitalismo. El Caribe, como el Mare Nostrum del mundo moderno, siempre fue, geopolíticamente hablando, una zona estratégica. Fue la primera área de disputa entre las potencias europeas; y su autonomía, con respecto del lecho continental, fue el primer descuartizamiento del Abya Yala como un todo integrado. Eso es lo que el Imperio pretende confirmar en la idiosincrasia política, incluso de izquierda, para dilatar la disociación entre lo indio y lo afro en todo proyecto de liberación continental.

Venezuela se constituye en el puente histórico entre el continente y el Caribe, donde se está produciendo el comparecer histórico del pasado más profundo de la crisis actual. Haití fue la primera nación de hombres libres del mundo moderno; de ese modo la diáspora africana hizo también suyo el destino del Abya Yala. Lo que queda de Haití es la saña de los imperios modernos

en escarmentar toda pretensión de igualdad humana. Pero Haití fue la primera nación en apoyar la independencia americana, financiando incluso al ejército de Bolívar. Después Haití es excluida por todos, como después lo será Cuba. El desenlace actual depende de saldar esas deudas históricas y superar esa fatalidad política.

USA impulsa su vocación imperial en el Caribe, por eso en el Caribe también se define su sobrevivencia, lo cual no es casual, ya que el primer contra-discurso de la modernidad, como señala Enrique Dussel, nace también en el Caribe. Desde que nace el sistema-mundo moderno, siempre ha sido una área de definiciones globales (la última fue la “crisis de los misiles”), así que, a la luz de una historia de liberación, *lo que hoy se debate es la resolución histórica de aquellos horizontes diferidos*. Sólo en ese contexto, la auto-constitución del pueblo en sujeto histórico, cobra las dimensiones explícitas de lo que significa ser sujeto histórico. Pues la “sujeción” del sujeto es histórica porque su constitución no es de hoy sino de *toda la acumulación histórica que transfiere las esperanzas pasadas en compromisos presentes*. Por eso el sujeto llamado pueblo se hace universal, porque en su lucha se implican todos los muertos que *reclaman reparación mesiánica*, es decir, *resurrección de todos los justos* (como decía Vallejo: “cuándo será que desayunemos todos juntos/al borde de una mañana eterna”).

No todo se define en el reino de este mundo. El mismo mundo no se define sino a partir de una referencia siempre trascendental a sí mismo. Lo que le trasciende es aquello que precisamente le da sentido, le otorga singularidad y destino. Esa referencia jamás la encontramos en el futuro *sino en el pasado*. El secularismo moderno, traducido en praxis política, nos conduce al desprecio del pasado y apostar por un futuro ya definido por la inercia del progreso infinito. Pero esta apuesta cancela *lo histórico* de nuestra existencia política y despoja a la lucha de todo carácter trascendental. Un

pueblo es pueblo, o sea, actúa *en tanto que pueblo*, cuando *encarna toda la materia utópica del pasado* y se *propone la redención final*.

Por eso toda revolución siempre se ha concebido como el principio de algo nuevo; esta pasión mesiánica, que nunca ha sido tematizada por la intelectualidad de izquierda, es la clave que falta para devolverle la “cosa sagrada” a la política. En última instancia, creer en el pueblo significa creer en esta “cosa sagrada” que contiene el pueblo *en tanto que pueblo*, como *encarnación de lo diferido histórico* y hecho *epifanía revolucionaria para todos los tiempos*.

El espíritu de los tiempos ya no pertenece al Occidente moderno. Más bien Occidente comparece hoy en el tribunal de la historia. Por eso no todo se define, como decía Alejo Carpentier, en el reino de este mundo. El cóndor del Sur y el águila del Norte del Abya Yala presagian un nuevo tiempo, que ha escogido a Venezuela como sitio de *peregrinación histórica*; en lenguaje cristiano, acercándose la pascua, los pueblos son convocados a salir de la dominación del reino de este mundo y merecer la “tierra prometida”; porque la promesa utópica se transfiere históricamente y el Abya Yala se encuentra en condiciones de redimir toda la historia pasada. El mundo ya no es unipolar y la decadencia imperial es inobjetable. Una nueva fisonomía se abre en el tablero geopolítico global del siglo XXI y, si bien, ya no es el tiempo del ALBA y la UNASUR, la coyuntura que se desata en Venezuela nos impele a *definir en el presente todas las luchas pasadas*.

Sólo de ese modo se *redime la historia* y el presente se hace tiempo mesiánico. Por eso la coyuntura política nunca ha sido materia de ortodoxos, pues lo real de la realidad no puede ser reducido a objeto de disección. Lo real es más bien lo que da sentido al presente y eso trasciende toda referencia empírica. Por eso también *lo político de la existencia no se decide en el presente sino en el pasado. El verdadero juez es el pasado*.

Una descripción geopolítica crítica que se proponga estar a la altura de la hiper-complejidad global que adquiere el mundo en un orden post-occidental, parte de un locus histórico-político que le permite la apertura propositiva de pensar el mundo más allá de los marcos eurocéntricos impuestos en todo ejercicio cognitivo de comprensión de la realidad. En ese sentido, pensar el horizonte histórico-político que proyecta la coyuntura, nos conduce a un ascenso metodológico que sería, en última instancia, el modo cómo se comprende una determinada realidad, esto es, *exponer su relevancia en el contexto mundial*.

En eso consistiría pensar un proyecto: en el *cómo de su modo de inserción positiva en el mundo*. En ese sentido, tematizar el contexto epocal no es una operación analítica del presente sino una *reflexión histórica trascendental*. Esto complejiza la propia aproximación epistémica a la coyuntura y nos brinda la posibilidad de superar límites epistemológicos que son, a su vez, límites políticos. Esto es lo que nos ha conducido a que complejicemos la reflexión en términos de geopolítica. Ello también significó tematizar las posibilidades de una *descolonización de la geopolítica*, para proponer ya no sólo una geopolítica crítica sino lo que estamos denominando: una *geopolítica de la liberación*.

Libros de Rafael Bautista S.:

- ★ La Intimidad (Plural, 2005).
 - ★ Octubre: el lado oscuro de la luna (Tercera Piel, 2006).
 - ★ La memoria obstinada (Tercera Piel, 2007).
 - ★ La masacre no será transmitida: el papel de los medios en la masacre de El Porvenir (Min. Pres., 2009).
 - ★ Pensar Bolivia del Estado colonial al Estado plurinacional. La revolución democrático-cultural, 2003-2009, vol. I (rincón ediciones, 2009).
 - ★ ¿Qué significa el Estado plurinacional? (rincón ediciones, 2010).
 - ★ Hacia una constitución del sentido significativo del “vivir bien” (rincón ediciones, 2010).
 - ★ Hacia una fundamentación del pensamiento crítico (rincón ediciones, 2011).
 - ★ El 18 brumario del kananchiri (Autodeterminación, 2011).
 - ★ Marco Histórico del “Plan nacional de lucha contra el racismo” (Viceministerio de Descolonización, 2012)
 - ★ Del mito del desarrollo al horizonte del suma qamaña (CBDDHH, 2012).
 - ★ Pensar Bolivia del Estado colonial al Estado plurinacional. La reposición del Estado señorial, 2009-2013, vol. II (rincón ediciones, 2013).
 - ★ La geopolítica y el derecho al mar (rincón ediciones, 2013).
 - ★ La descolonización de la política. Introducción a una política comunitaria (Plural, 2014).
 - ★ Reflexiones des-coloniales (rincón ediciones, 2014).
 - ★ Del mito del desarrollo al horizonte del vivir bien. ¿por qué fracasa el socialismo en el largo siglo XX? (yo soy si Tú eres ediciones, 2017)
- Además de diversos artículos y ensayos en libros y revistas académicas.



Próximos a publicarse:

- ★ La memoria obstinada (segunda edición aumentada).
- ★ ¿Qué significa enseñar?
- ★ Cuatro meditaciones amáuticas
- ★ La primera teoría de la descolonización.

“El primer libro de geopolítica boliviana en perspectiva mundial”

“Se trata de pensar Bolivia, pero desde una óptica de pensar nuestro país en términos de geopolítica, desde la concepción de la descolonización, que el autor la denomina *geopolítica de la liberación*. El concepto de descolonización interpela casi a todos los ámbitos del conocimiento y la existencia. Para definir ese concepto tenemos que ubicarnos en la crisis civilizatoria actual para insistir en una descolonización planetaria. Personalmente recomiendo no solamente su lectura sino su estudio para poder analizar la realidad y hacerle frente”.

Emb. Ph. D. Jorge Miranda Luizaga

“El libro es una provocación para abrir un debate constructivo y urgente sobre el mito del desarrollo, las dicotomías de la modernidad y la crisis civilizatoria, por un lado, así como sobre el hecho histórico que protagoniza nuestro país, girando en torno al vivir bien, por otro. Su libro y sus reflexiones, estamos seguros, serán la misma savia que alimentó nuestras utopías *kataristas* de forjar una conciencia crítica constructiva, de aportar con un grano de arena en la revolución del conocimiento”.

Franz Barrios Villegas
Fundador y director Instituto Politécnico
Tupak Katari IPTK-Sucre

